



Opal Carew

DOS MEJOR QUE UNO

ARGUMENTO

Jenna Kerry lleva una vida casi monacal. Su novio, Ryan, vive entregado a su trabajo y lleva meses sin verle. Cuando una noche se lo encuentra en un hotel, se lanza a su cuello y no le deja ni hablar. Cuando descubre que el hombre no es Ryan, sino su hermano gemelo, es demasiado tarde. La vieja rivalidad entre los gemelos ha vuelto con más fuerza que nunca. Y todos los trucos sirven en el amor y en la guerra... para la alegría de Jenna.

*A mi marido, Mark,
que llena mi vida de amor y felicidad*

*Y a mis dos hijos,
¡a los que quiero infinitamente!*

AGRADECIMIENTOS

Ante todo, deseo manifestar mi más profunda gratitud a Colette, por sus críticas constructivas, sus cumplidos y su aliento para que escribiera este y muchos otros libros. Ella fue quien me convenció de que llegaría donde me lo propusiera. Me despabiló cuando lo necesitaba y me devolvió al buen camino cuando me desvié. Colette y yo no somos hijas de los mismos padres, pero es mi hermana del alma.

También deseo expresar mi gratitud a mis hijos, Matt y Tason, por entender, incluso cuando eran pequeños, que mamá necesitaba tiempo para escribir, y Ahora que son adolescentes, que mi momento de escritura es importante.

Y a Emily Sylvan Kim, por ser la mejor agente imaginable y arriesgarse conmigo, para luego darme la oportunidad de mi vida.

A Rose Hilliard, una editora magnífica, gracias por tu paciencia, aliento y generosidad. Es evidente que crees en mí y que juntas hacemos un equipo indómito.

Y gracias por último a Trish y Vicki, dos amigas a quienes echo mucho de menos en mi vida y quienes me han ayudado a aprender a escribir y a madurar como escritora, haciendo con sus críticas que mis textos cobraran nueva luz. Gracias por toda la ayuda que me habéis brindado a lo largo de estos años.

Capítulo 1

Jenna observó cómo el novio, vestido de esmoquin, entregaba una copa de champán a Suzie, su prometida, y luego se inclinaba hacia ella y la besaba en el cuello, bajo el lóbulo de la oreja, y le acariciaba el hombro desnudo con la mano. Suzie llevaba un exquisito vestido de novia palabra de honor, confeccionado en tejido de encaje de color marfil y decorado con cuentas. Lo miró sonriente, con los ojos relucientes de felicidad.

Saltaba a la vista que Suzie y Glen estaban profundamente enamorados. A Jenna se le encogió el estómago al pensar en su novio, a quien añoraba terriblemente.

La orquesta empezó a tocar una de sus canciones preferidas y Jenna sintió unas ganas terribles de lanzarse a dar vueltas por la pista con Ryan, el hombre a quien amaba. Por desgracia, *él* había preferido no estar allí.

Seguía enfadada, porque en el último momento hubiera decidido no acompañarla. Había tenido que viajar a Toronto para solucionar unos problemas que sus clientes, Bryer Associates, estaban teniendo con la instalación del nuevo software que su empresa había programado para ellos. No es que ella no entendiera que dirigir un negocio propio tenía sus complicaciones. Lo que ocurría era que aquel era solo el último de una ristra de planes rotos.

Llevaba mucho tiempo esperando aquella boda y la oportunidad de pasar toda una noche en brazos de Ryan, mientras bailaban al son de la orquesta... antes de vivir horas y horas de sexo tórrido. Apenas lo había visto en los últimos dos meses, y no habían hecho el amor desde hacía más de tres. ¡Anhelaba *desesperadamente* una noche en la cama juntos!

Cindy, la mejor amiga de Jenna, le dio un ligero codazo.

—Mira, por ahí viene ese monumento de abogado, Kurt.

Jenna alzó la vista y vio aproximarse a aquel abogado rubio y de ojos azules que se había sentado a su lado durante la cena. Llevaba un vaso de whisky y dos copas de vino blanco entre los dedos.

—Hola, señoritas —dijo, dejando las copas en la mesa y luego entregando una a Jenna y otra a Cindy—. He pensado que tal vez os apetecería beber algo.

—Gracias —contestó Jenna, agradeciéndole sus atenciones, pero deseando secretamente que vinieran de Ryan. Empezó a dar sorbitos nerviosos a su vino por temor a que le pidiera...

—Jenna, ¿me concedes este baile? —pregunto Kurt.

Cindy, que llevaba intentando animarla toda la noche, le dio otro codazo disimulado y la alentó insistentemente con sus ojos color verde esmeralda. Pero Jenna la ignoró y negó con la cabeza.

—Gracias, Kurt, pero no me apetece.

Él la tomó de la mano y, levantándola, la hizo girar lentamente sobre sí misma.

-
- Vamos, Jenna, soy un bailarín magnífico —intento persuadirla.
—Lo siento, pero estoy con alguien, y no me sentiría cómoda.
—Pero si bailar no tiene nada de malo... —intervino Cindy.

Jenna no estaba tan segura de ello. Deseaba estar en brazos de Ryan, dejarse querer, pero también estaba enfadada con él y ofuscada por una miríada de pensamientos y sentimientos. De hecho, hacía tiempo que albergaba serias dudas acerca de su relación con Ryan.

Kurt se llevo su mano a los labios y le rozo los nudillos al estampar un beso persistente en sus dedos. Jenna sintió un escalofrío. Kurt era un hombre extremadamente apuesto. Y además era inteligente, ingenioso y atento. Una combinación letal. Si bailaba con él, tal vez sentiría la tentación de olvidar que estaba enamorada de Ryan. Con varias copas de vino nublándole el pensamiento y notando como aquel hombre tan atractivo la envolvía con su calidez mientras la guiaba por la pista de baile, quizá decidiera que el hecho de *ser amada* era más importante que *por quien*. Nunca se había acostado con un hombre al que acabara de conocer.

- ¿Estás segura? —pregunto Kurt.

Antes de tener tiempo de contestarle, Mona, la madre de la novia, se les acercó y tomó a Kurt por el brazo.

—Kurt, me habías prometido un baile —le dijo, sonriendo a Jenna y a Cindy—. Chicas, no os importa que os lo robe un momentito, ¿verdad?

Cindy y Jenna conocían a Suzie y a su madre desde la época del instituto. A Jenna siempre le había gustado aquella mujer exuberante y llena de vida.

- Por supuesto que no —respondió Cindy.

- Volveré —prometió Kurt, mientras Mona lo alejaba de allí.

—Cuando vuelva, baila con el —le dijo Cindy a Jenna, mientras los despedía con la mano.

- No debería. De hecho, no debería haber venido sin Ryan.

Aunque la verdad es que él no le había dejado otra alternativa.

—Claro que deberías —le dijo Cindy, dándole unas palmaditas en el brazo—. Solo porque el Sr. Aburrido no quiera divertirse no significa que tú tampoco debas hacerlo. Ese vestido nuevo te sienta fenomenal. Sería una pena que no lo lucieras. —Cindy sonrió en dirección a los tres padrinos del novio, que las observaban desde el bar—. Si no quieres bailar con Kurt, escoge a cualquier otro. Eres el centro de todas las miradas.

Jenna se encogió de hombros. Se había dado cuenta de que los hombres la miraban, pero sus miradas aprobadoras solo conseguían incomodarla. Se había comprado aquel vestido para seducir a Ryan y lograr que no apartara la vista de ella y que pensara en lo que harían tras la ceremonia.

—Le estaría bien empleado que conocieras a otro hombre para sustituirlo aquí y ahora, esta noche.

- Cindy, yo no voy a...

Cindy le apretó el brazo.

- Ya lo sé, pero es que me molesta. Te mereces que te traten mejor.

- Simplemente ha estado muy ocupado, eso es todo.

- ¿Un sábado por la noche?

—Ya te he explicado que está trabajando bajo presión. El nuevo *software* tiene que estar en funcionamiento el lunes a primera hora. Lleva dos días solventando los últimos problemas y esta noche va a verificar que todo funciona como es debido. Mañana vuela a Toronto...

—¡En domingo!

—Sí, en domingo, para instalar el *software* y comprobar que todo funciona bien.

Ryan pensaba quedarse en Toronto aproximadamente una semana para formar a los usuarios del sistema y estar disponible por si surgía algún imprevisto. Jenna no tenía ni idea de cuando volvería a verlo.

—¿Y qué me dices del mes pasado? ¿Y del anterior?

Jenna suspiro.

—Tiene una empresa que dirigir.

—Sí, y tu una vida que vivir. Y con suerte, acompañada. Si él no saca tiempo para estar contigo, ¿qué sentido tiene seguir juntos?

Cindy expresó en palabras lo que Jenna llevaba pensando las últimas semanas. ¿Qué sentido tenía aquello? Quizá solo intentaba retener a Ryan. Si él no se sintiera obligado a tener que pasar tiempo con ella, quizá podría dedicarse a su trabajo en cuerpo y alma.

Jenna vio que Kurt se acercaba de nuevo.

—Ahí viene —dijo Cindy—. ¿Seguro que no quieres...?

—Segurísimo.

—¿Te importa si bailo yo con él?

Jenna sonrió.

—En absoluto.

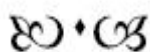
Abrió el bolso y empezó a hurgar en el, fingiendo que buscaba algo para evitar tropezar con la mirada de Kurt, cuya sonrisa empezó a desdibujarse, hasta que Cindy le sonrió abiertamente, alentándolo a invitarla.

—Cindy, ¿me concedes este baile?

—Encantada.

Jenna los observo atravesar la estancia en dirección a la pista de baile. Cuando Kurt tomó a Cindy en sus brazos, Jenna deseó sentir los brazos de Ryan rodeándola, notar cómo le besaba los labios y como el hombre a quien amaba se deslizaba sobre ella. Anheló sentir como la penetraba. Pero eso no era todo: anhelaba sentirse deseada por él de nuevo.

De repente, el calor de aquella estancia se le hizo insoportable. Se bebió el resto del vino de un trago, dejó la copa en la mesa y se dirigió apresuradamente hacia la puerta.



Ryan tecleó la orden de compilar datos. Mientras que el resultado iba apareciendo en la pantalla del ordenador, se acordó de Jenna. Había logrado no pensar en ella durante varias horas. Todo un record.

¿Qué estaría haciendo en aquel instante? Probablemente estaría dando vueltas en la pista de baile en brazos de algún semental apuesto y deseoso de pasar una noche de pasión con ella en la cama. Sintió un ataque de celos, pero, en lo más profundo de su ser, sabía que podía confiar en ella.

Maldita sea, le habría gustado estar allí, a su lado, tenerla entre sus brazos. La imaginaba enfundada en el fantástico vestido de seda roja que se había comprado para la boda y que le marcaba las curvas y le realzaba su generoso busto. Al girar en la pista, la falda se le levantaría y revelaría por un instante sus largas y bien torneadas piernas. Se excitó al imaginar el cuerpo de Jenna contoneándose contra el suyo, con los senos apretados contra su torso y sus manos acariciándole los hombros.

Tras unos cuantos bailes, le sugeriría que fueran a su casa, donde le quitaría aquel increíble vestido para deleitarse contemplando su cuerpo desnudo. Una descarga de adrenalina le recorrió el cuerpo al pensar en tocarle los pechos desnudos y en notar sus pezones endureciéndose con sus caricias, apretándose contra las palmas de las manos como si desearan huir de allí. Imaginó que se los metía en la boca y Jenna empezaba a gemir en voz baja. Su verga, apretada contra sus tejanos por la excitación, le exigía un alivio inmediato.

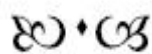
Se acarició con la mano el bulto de los pantalones. Maldita sea, cada vez que pensaba en Jenna, su cuerpo reaccionaba como el de un adolescente calenturiento. La deseaba a todas horas. Estaba obsesionado con ella. El amor podía ser un fastidio.

Gimió al recordar sus manos acariciándole el vientre, los dedos rodeándole su verga erecta y sus delicados labios deslizándose sobre su polla. No dejaría a Jenna por nada del mundo, pero tenía que encontrar un equilibrio. No podía pasar con ella todos y cada uno de los momentos de su existencia, por mucho que lo deseara. Tenía que lograr que la empresa funcionara. Tenía que alcanzar el éxito... como lo había hecho su hermano, Jake.

Ryan se ajustó los pantalones, intentando aliviar la presión. La polla bajó un poco al pensar en la vergüenza que habría sentido si su hermano hubiera estado allí y hubiera notado que se excitaba. Por suert, le había dicho a Jake que se marchara hacia una hora. Solo había que ultimar unos detalles y ya no le hacía falta su ayuda.

Jake y Ryan eran programadores informáticos, y cada uno había montado su propia empresa. Ryan le había pedido ayuda a Jake porque tenía más experiencia con el sistema operativo del cliente, que le había estado dando errores extraños con la interfaz.

Eran las diez y media. Si lo solucionaba todo en media hora, podría ir al Westerly Inn y encontrarse con Jenna en la boda.



Jenna salió de la sala de baile, dejando tras ella todo aquel oropel y glamour. Bajo la iluminación más interna del vestíbulo, suspiro profundamente. Miró a su alrededor, confusa.

Ryan ya no encontraba tiempo para ella. No entendía por que la había apartado de aquella manera, pero lo cierto es que lo había hecho, y Jenna tenía que afrontar la realidad. La cálida pasión que habían compartido hacia un año, había ido menguando en los últimos meses.

El corazón se le encogió al darse cuenta de que estaba a punto de tomar la decisión que llevaba sopesando durante varias semanas. No quería estar sola, y se había sentido más sola saliendo con Ryan en los últimos meses, que cuando estaba soltera.

Lo amaba, de eso no le cabía la menor duda, pero cada vez tenía más claro que su amor no era correspondido. O, al menos, no en la medida en la que ella lo necesitaba. El corazón le dio un vuelco al empezar a enfrentarse a la verdad.

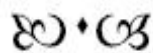
Ambos parecían necesitarse, pero ¿qué sentido tenía seguir juntos? La relación estaba muerta. Parecía que Ryan estaba esperando que ella le pusiera fin. La decisión estaba en sus manos.

Cindy abandono la sala de baile, seguida por Kurt.

—Jenna, ¿te encuentras bien?

A Jenna se le salto una lágrima y se la enjugo. Abrió la boca para decir algo, pero no fue capaz de articular palabra. Cindy le susurro algo a Kurt y él desapareció entre la multitud de invitados.

—Cielo —la consoló Cindy, tomándola de la mano y llevándola a un rincón apartado junto a unas plantas altas—, ¿qué ocurre?



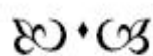
Jake avanzó a grandes zancadas por el vestíbulo del hotel, atraído por la animada música que salía de la sala de baile. Acababa de cenar en el restaurante y no le apetecía quedarse solo, sentado en el salón y oyendo el piano. Su mirada se posó en la figura de una joven espectacular con un vestido de satén rojo, salpicado de purpurina que estaba hablando con una amiga. Parecía infeliz, y pensó que le habría encantado tomarla entre sus brazos y llevarla a la pista de baile, para iluminar con una sonrisa aquel bello rostro. Pero él no era de los que se colaban en fiestas ajenas, de modo que decidió aguardar y observarla un rato más.

Al día siguiente tenía que acompañar a su hermano gemelo a Toronto para ayudarlo a instalar un nuevo *software* en la empresa Bryer Associates. Jake se encargaría de verificar que Ryan instalaba todos los parches y lo ayudaría con los problemas de última hora que pudieran surgir durante la instalación *on—line*.

Jake había volado desde Montreal, donde vivía, hasta Ottawa en su *jet* privado, un Cessna. Él y Ryan habían comido juntos y habían dedicado la tarde a depurar el código del nuevo programa informático. A aquellas alturas, todo estaba probado y comprobado, pero Ryan, tan obsesivo como siempre, había decidido dedicar el resto de la tarde a reexaminar pormenorizadamente el sistema.

Al día siguiente, ambos volarían a Toronto en el avión de Jake, para asistir a la reunión. Jake regresaría a casa una vez concluida la instalación, el domingo, y Ryan permanecería allí unos días más para asegurarse de que todo funcionara correctamente.

En aquellos instantes, lo que a Jake le apetecía era relajarse y divertirse.



—Yo... —dijo Jenna tragando saliva—. Mi historia con Ryan no va a salir bien, ¿verdad?

Miró a Cindy a la cara y la línea tensa de los labios de su amiga le dijo todo lo que tenía que saber. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Voy a tener que... —se le hizo un nudo en la garganta al reprimir un sollozo. Intentó coger un poco de aire y continuó—:... romper con él.

Detestó el sonido de aquellas palabras al salir de su boca. Cindy la abrazó con fuerza.

—Cariño, lo siento mucho.

La soltó y abrió su bolso de mano, de satén, de donde sacó un pañuelo limpio. Se lo tendió a Jenna paraa que se enjugara las lágrimas.

—Parece haber perdido el interés por mí.

—Le hablaste de tus fantasías sexuales, ¿verdad?

—Sí, el fin de semana pasado.

—¿Mencionaste la de la doncella secuestrada por un pirata?

Jenna asintió.

—¿Y la de acostarte con un desconocido?

—Ajá.

Cindy sacudió la cabeza.

—No puedo creer que no te devorara allí mismo.

Jenna recordó como Ryan se había encerrado en sí mismo cuando le había revelado sus fantasías, marcando una distancia aún mayor entre ellos. En lugar de sentirse excitado y darse un revolcón espontáneo, había puesto fin a la velada y se había marchado apresuradamente.

—¿Cuando tienes pensado hacerlo? —le pregunto Cindy.

—En cuanto regrese le...

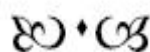
—¡Madre mía, Jenna, no puedo creérmelo! —exclamo Cindy, alzando la vista por encima del hombro izquierdo de su amiga.

Jenna sintió como un escalofrió le recorrió la columna.

—¿Qué ocurre? —pregunto, volviendo la vista para tropezarse con un par de ojos azules que la miraban atentamente.

El corazon le dio un vuelco y sus labios dibujaron una gran sonrisa.

¡Era Ryan!



La mujer de rojo volvió la vista súbitamente hacia él y su rostro quedó enmarcado por unos mechones de cabello oscuro. Clavó su mirada en la de Jake. A él, se le corto la respiración por un instante, al ver que a ella se le agrandaban los ojos y le sonreía. Su bello rostro se tornó entonces de una belleza absolutamente pura y etérea. Durante unos instantes, simplemente se miraron el uno al otro. Al final, él se libro de aquel sensual encandilamiento y se acercó a ella a grandes pasos. La sonrisa de ella se ensanchó.

—Hola, me llamo Jake.

Ella se lo quedó mirando incrédula, con el ceño fruncido. Su amiga soltó una risita, le dio un codazo y le susurró algo al oído. A Jake le pareció oír algo acerca de un desconocido y una fantasía. Los labios de la mujer de rojo dibujaron una sonrisa aún mayor y él deseó que, fuera cual fuese esa fantasía, él fuera el extraño venido a satisfacerla.

—Yo me llamo... Aurora.

—Encantado de conocerte —le dijo.

Le tendió la mano y ella se la estrechó con fuerza. Jake se llevó la mano de Aurora a los labios y le besó los nudillos. El contacto de la suave piel de aquella mujer lo hizo estremecerse. La amiga volvió a soltar una risita.

—Y yo soy Cindy —se presentó, dándole otro codazo a Aurora—. Ahora tengo que irme. Que os divirtáis —añadió, dándose la vuelta y dirigiéndose hacia la puerta de la sala de baile—. Encantada de conocerle..., Jake.

El la despidió educadamente con la cabeza, mientras se alejaba y luego miró de nuevo a Aurora.

—¿Has venido con alguien?

Ella le sonrió seductoramente.

—Tenía una cita, pero la canceló en el último minuto.

Jake arqueó una ceja.

—Ningún hombre en su sano juicio cancelaría una cita con una mujer tan espectacular.

Aurora soltó una carcajada. A Jake le encantó percibir el sonido de una alegría sincera con tintes de deleite en su voz. Anotó mentalmente hacerla reír a menudo. Oyó las primeras notas de una balada.

—¿Te apetece bailar?

—Me encantaría.

Jake cogió su mano y pensó que el tacto de sus dedos largos y finos le gustaba. La condujo hasta la sala de baile, tenuemente iluminada, y luego hasta la pista. Se volvió y quedaron cara a cara. Aquel vestido rojo tan sexy que llevaba, una invitación al pecado, marcaba las curvas de su sensacional figura. El corpiño sin tirantes se ajustaba a sus pechos generosos y redondos, para luego estrecharse en su esbelta cintura. La falda se acampanaba ligeramente a la altura de las caderas y caía hasta el suelo. Aurora dio un paso al frente y él la rodeó con sus brazos, con el corazón palpitándole a un ritmo acelerado. Ella deslizó sus manos por encima de los hombros de él y le sonrió con aquellos ojos azules tiernos y húmedos. Cuando los dedos de Aurora se enzarzaron en su cabello, un escalofrío le recorrió la columna. Aurora apoyó la cabeza en su hombro, y su dulce y delicado perfume a hierbas lo ensimismó. Los labios de ella le rozaron el cuello, y todo empezó a dar vueltas.

Mientras se movían al ritmo de la música, ella se apretó más contra él..., mucho más de lo que Jake habría podido soñar. Se excitó al notar el contacto de sus pechos y de sus pezones endurecidos contra su torso. Deslizó las manos por sus hombros desnudos.

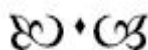
Aquella mujer lo estaba hechizando... Rogó que la música no acabara pronto, porque le habría dado vergüenza abandonar la pista de baile en aquel preciso instante.

Capítulo 2

Jenna no acertaba a creer que finalmente Ryan hubiera acudido a la fiesta. Y el fingir ser un desconocido para hacer realidad su fantasía sexual, había sido una sorpresa deliciosa, romántica y sumamente excitante. Se estremeció al pensar que aquella noche le haría el amor. Seguramente era su intención..., a menos que decidiera que tenía que marcharse corriendo en el último momento.

Se apretó más contra él y le acarició la espalda. Notó el bulto que iba creciendo contra su vientre. La balada acabó y sonaron los primeros acordes de la siguiente. Ryan la conducía por la pista de baile con confianza y gracia. Jenna desconocía que fuera un bailarín tan excepcional. La canción concluyó y empezó a sonar un ritmo más rápido. Ryan la soltó, pero Jenna no quería perder la cercanía con él. Se puso de puntillas y le susurró al oído.

—Lo que me gustaría —murmuró— es estar solos, los dos juntos.



A Jake se le aceleró el pulso ante aquella insinuación. Nunca había conocido a una mujer tan atrevida. Aurora se apretó más contra él, frotándose contra su erección, que crecía rápidamente y desencadenaba un torrente de hormonas por todo su cuerpo.

—Tengo una habitación —dijo, sin que su cerebro tuviera tiempo de procesar aquellas palabras antes de pronunciarlas.

Aurora se lo quedó mirando fijamente y Jake temió haberla malinterpretado. Quizá sólo quería que salieran a tomar una copa juntos.

Contuvo el aliento, temeroso de haberlo echado todo a perder. Los ojos de ella centellearon y su sonrisa volvió a florecer. Jake suspiró aliviado.

—¿A qué esperamos? —preguntó Aurora en un arrullo.

Jake le dio media vuelta y caminó pegado a ella, para ocultar la enorme protuberancia de sus pantalones. La condujo hacia la puerta. Avanzaron a toda prisa por el pasillo que salía del vestíbulo y se dirigieron al ascensor.

Jake pulsó el botón de subir, y luego la tomó de la cintura y la atrajo hacia sí. Por suerte, nadie más esperaba el ascensor. Mientras la pantalla luminosa iba descontando plantas, él le acariciaba el cuello con la barbilla. No daba crédito a que aquella joven tan hermosa fuera a subir a su habitación con él. Se acababan de conocer. Y, sin embargo, era innegable que entre los dos había mucha química. Quizá hubiera bebido una copita de más. No quería aprovecharse de ella, pero tampoco quería que se marchara. Aunque podía oler el sutil aroma del vino en su aliento, no parecía estar ebria.

Aurora posó una mano en la parte exterior de su muslo y lo empezó a acariciar con delicadeza. Tenía la sensación de que le iba a estallar la polla. Posó la mirada en la turgencia de los senos de ella, e imaginó que le quitaba aquel vestido de seda y quedaban expuestos, en todo su esplendor carnal. Se le marcaban los pezones, duros, bajo la tela. Jake apretó el puño para distraerse de la urgencia de tocarla.

Era una mujer de lo más sensual. Nunca había deseado tanto a nadie como la deseaba a ella en aquel instante.

Un tilín indicó la llegada del ascensor. Cuando la puerta corredera se abrió, la apremió a entrar. La puerta se cerró con un silbido tras ellos y al fin se encontraron a solas en un espacio reducido. Quería estrecharla entre sus brazos, devorarle los labios y acariciarle todo el cuerpo, pero se contuvo. No quería asustarla.

La cogió por la cintura. Aurora se acurrucó contra él, le rozó el lóbulo con los labios, lo rodeó por la cintura y se aferró a él, sus cuerpos totalmente pegados a medida que los números de las plantas iban ascendiendo a una velocidad tan lenta que parecía una tortura.

Para sorpresa y deleite de Jake, Aurora parecía incapaz de dejar de tocarlo. Deslizó las manos por los botones de su camisa y jugueteó con el nudo de su corbata, arreglándoselo. Le rodeó la cintura con una mano, mientras con la otra le acariciaba el antebrazo, antes de subir por el brazo y enredar sus dedos en el vello que le asomaba por el cuello. Restregó su cara contra la barbilla de Jake y luego le besó la clavícula, justo en la base del cuello.

A Jake, cada vez le costaba más respirar. Tenía toda la sangre agolpada en la verga, dura como una piedra. Quería tomarla entre sus brazos y besarla hasta hacerla perder el sentido. No, en realidad lo que le apetecía era deslizar sus dedos bajo aquel sensual corpiño sin tirantes del vestido y bajárselo, para dejar a la vista sus pezones fruncidos. Luego la echaría hacia atrás, sosteniéndola con un brazo, se metería uno de aquellos botones en la boca y lo lamería hasta hacerla gemir de placer.

Se oyó un segundo tilín, y el ritmo ralentizado del ascensor lo alertó de que las puertas estaban a punto de abrirse. La tomó de la cintura con un brazo y la arrastró a toda prisa por el pasillo hasta su habitación, intentando calmar su sobreactividad hormonal. Introdujo la tarjeta de plástico en la ranura y la sacó, pero lo hizo demasiado de prisa y se iluminó una luz roja. Aurora sonrió y le cogió la tarjeta de los dedos. Repitió la operación. En cuanto la luz se puso verde, accionó la manecilla y abrió la puerta.

— ¡Qué habitación más bonita! —exclamó a entrar.

Aurora recorrió con la vista la decoración en tonos granate y dorado, con mobiliario de madera de cerezo, con vetas oscuras.

—Pues espera a contemplar las vistas —comentó él, pasando junto a ella y dirigiéndose a paso rápido hasta la ventana.

Descorrió las cortinas y el fabuloso horizonte urbano de la ciudad se iluminó a sus pies. Al otro lado del canal, se alzaba la asombrosa arquitectura antigua del Château Laurier, cuya iluminación se reflejaba en el agua.

Aurora se acercó a la ventana con un contoneo de caderas que hizo que a Jake se le disparara el pulso. Contempló la vista fascinada. Jake, en cambio, no lograba apartar la vista de ella.

—Humm. Es fantástica.

Se dio media vuelta y posó la mirada en la amplia cama con baldaquín, cubierta con un edredón de terciopelo granate, que parecía sumamente acogedor. Alguien había abierto la cama y habían quedado al descubierto unas sábanas de satén del mismo color. Sobre la almohada había una chocolatina con menta de envoltorio dorado.

Aurora se acercó a Jake, quien se sintió embriagado por el calor que desprendía su cuerpo. Aurora le sonrió seductoramente.

—¿Qué hacen dos extraños que se sienten salvajemente atraídos el uno por el otro?

—preguntó ella.

Jake sabía perfectamente lo que le apetecía hacer, pero, en su lugar, dijo:

—Podríamos pedir que nos subieran un poco de champán y fresas o...

—O podríamos hacer esto. Una oleada de calor recorrió el cuerpo de Jake al escuchar el seductor timbre de voz de Aurora. Ella le acarició la mejilla, y el suave contacto de las yemas de sus dedos despertó en él todos sus sentidos. Quería abrazarla apasionadamente, devorarle los labios, pero esperó a que fuera ella quien diera el primer paso. Aurora le rozó los labios con los dedos, incendiándole por dentro, le rodeó la nuca con las manos y lo atrajo hacia sí. Lo cogió por la mejilla y le acercó el rostro. El primer contacto delicado con su boca hizo que a Jake le palpitara el corazón a un ritmo frenético. Sentía un cosquilleo en los labios que enviaba torrentes de sensaciones por toda su mandíbula, mientras sus bocas se movían al unísono. Jake sintió un calor abrasador y un dolor punzante en su verga. Aurora se apartó de él y lo miró con los ojos como platos.

—¡Vaya beso! —exclamó, con una voz entrecortada y sensual que hizo que a Jake le hirviera la sangre.

—Eres la mujer más sexy del mundo —susurró él, tomando aire profundamente antes de volverle a devorar los labios.

El tacto aterciopelado de la boca de Aurora bajo la suya, despertaba en él sensaciones extrañas y maravillosas. Se le disparó el pulso y el corazón empezó a latirle a mil por hora. Los pantalones estaban a punto de estallarle.

—Huummm —murmuró Aurora, alzando la vista para mirar aquellos ojos azules que centelleaban como la luz de la luna reflejándose sobre un lago al ponerse el sol—. Parece que me deseas.

Al oír su voz entrecortada, Jake supo que el deseo era mutuo.

—Te has dado cuenta, ¿no?

Volvió a besarla, deleitándose con el calor que desprendía, con su dulce fragancia y con la suave respuesta de sus labios.

Aurora deslizó la mano entre ambos y él descubrió con placer que le estaba desabrochando la camisa. Había empezado por el botón superior, y Jake buscó a tientas los inferiores para ayudarla, movido por el deseo de abrirse la camisa y notar las manos de ella sobre su piel desnuda. No lo decepcionó, cuando le acarició el vientre con las yemas de los dedos y jugueteó con sus pezones. Lo besó en el cuello y descendió con los labios hasta su torso. A Jake se le cortó la respiración cuando Aurora le lamió un pezón y luego se lo metió en la boca. Ella se apartó un poco y le sonrió. Luego se volvió de espaldas, con las manos en la cintura.

—¿Me ayudas?

Jake posó la mirada en su nuca y fue descendiendo por sus hombros hasta alcanzar el borde de su vestido rojo. Sólo entonces cayó en la cuenta de que le estaba pidiendo que le desabrochase el vestido. Cogió la diminuta cremallera entre sus dedos y la bajó lentamente. Respirar le costaba cada vez más, a medida que el tejido iba abriéndose y dejaba a la luz la tersa piel de Aurora. Refrenó la urgencia de tocar esa piel que veía por primera vez, sabiendo que, si lo hacía, le arrancaría el vestido y la poseería allí mismo, en el suelo.

Ella se bajó el vestido, aún de espaldas a él y dejando al descubierto la curva de su esbelta cintura. Se lo deslizó por las caderas y lo dejó caer en el suelo. Jake sonrió complacido al ver el diminuto triángulo de puntilla roja, lo único que asomaba de su sensual tanga. Recorrió con la mirada la curva suave, definida y desnuda de su culo.

Aurora se dio media vuelta y Jake acarició con la mirada sus suaves líneas femeninas. El sujetador de copa sin tirantes, que apenas le cubría los pezones, parecía ofrecerle sus pechos. Sus diminutas braguitas acentuaban la redondez esbelta y elegante de sus caderas. Aurora deslizó los dedos por la línea del torso de Jake y adoptó una pose sensual.

— ¿Te gusta lo que ves?

Jake estuvo a punto de soltar una carcajada ante la sombra de inseguridad que apreció en sus ojos. Teñía que estar de broma. Deslizó sus manos por el cuerpo de Aurora, tal como ella había hecho, deleitándose el tacto de su piel satinada.

— Desde luego.

Ella sonrió y se llevó las manos a la espalda. Jake la atrajo hacia sí y le besó la sien.

— Deja que te ayude —susurró.

Rodeó los ajetreteados dedos de Aurora con los suyos. Ella logró desabrochar tres de los cuatro broches de su sujetador. El soltó el último, pero lo sostuvo en su sitio un momento más, mientras acariciaba con los dedos la suave piel de debajo del elástico. Recorrió con besos delicados el borde superior del sujetador, escuchando cómo a ella se le aceleraba la respiración.

Separó el elástico del sujetador de su piel y dio un paso atrás, mientras apartaba las copas de su cuerpo y los pechos generosos y redondos de Aurora quedaban al descubierto. Su miembro se tensó contra su bragueta.

Empezó a quitarse la chaqueta, pero ella lo asió por las solapas y volvió a meterse entre sus brazos. Le abrió la camisa y restregó sus senos desnudos contra el torso de Jake. Luego se apretó contra él, abrazándole por el cuello y besándolo ardientemente. Jake la rodeó con los brazos y le acarició la espalda desnuda.

— ¿Esto te gusta, verdad? —le susurró al oído, espoleado por sus gimoteos dulces y suplicantes—. Te gusta estar desnuda mientras yo sigo totalmente vestido.

A él lo excitaba infinitamente.

— Sí, es muy sensual —respondió Aurora.

— Déjame verte —la urgió, tomándola por los codos y separándose ligeramente de ella.

Ella retrocedió y giró sobre sí misma, sonriendo con picardía y exhibiendo una saludable hilera de dientes blancos. Levantó un brazo, se colocó el otro tras la nuca y caminó pavoneándose adelante y atrás, oscilando las caderas de un modo provocativo. Se volvió de cara a él, se puso las manos bajo los pechos y se los levantó.

— ¿Quieres verlos?

—Humm. Por supuesto.

Su sonrisa se agrandó y se le dibujaron arruguitas en los ojos. Frotó el brazo contra la manga de la elegante chaqueta de lana de Jake; su piel tersa y pálida contrastaba con el oscuro color gris plomo.

—¿Quieres *tocarlos*?

Eran tantas las ganas que tenía de acariciarle los pechos que casi le dolían las manos. Tenía que reprimirse para no alargarlas y apretarlos entres sus dedos.

—Sí, me encantaría tocarlos. —El tono serio de su voz lo sorprendió incluso a él.

Aurora suavizó su sonrisa y, con el rostro casi resplandeciente, le preguntó:

—Me deseas de verdad, ¿no es cierto?

El tono de compunción en la voz de ella lo sorprendió. ¿De veras no era consciente de su atractivo?

—Nunca he deseado tanto a una mujer —respondió con absoluta franqueza.

Aurora le tomó las manos y se las colocó sobre los pechos. Al notar su carne cálida y redonda llenar sus palmas, Jake contuvo la respiración. Le acarició los senos blancos y tersos con reverencia, y notó cómo se le endurecían los pezones.

—Eres increíblemente guapa.

Le acarició las puntas de los pezones con los pulgares. La respiración entrecortada de ella le aceleró el flujo sanguíneo. Deseaba desesperadamente quitarse los pantalones y liberar su enloquecida verga, dolorosamente confinada, pero quería acariciarla un poco más. Se inclinó hacia delante, atrapó uno de aquellos pezones tersos entre sus labios y lo mordisqueó juguetonamente.

—Oh, sí —murmuró ella.

Mientras con una mano sostenía uno de aquellos magníficos pechos redondos y su lengua se enredaba en el pezón, la otra mano descendía por el talle de Aurora, alrededor de su cintura hasta posarse en su atractivo trasero y darle un apretón.

—Huumm —gimió ella, pasándole los dedos por el cabello.

Jake se ocupó entonces del otro pecho, hasta excitarle tanto como a su gemelo. Cuando ambos pezones se irgieron inmensos e hinchados, le besó el talle y continuó bajando, hasta quedar agachado ante ella. Aurora enredó con más fuerza sus dedos en los cabellos de él. Jake le metió la lengua en el ombligo y prosiguió con su lento descender. Se arrodilló, deslizó los dedos bajo el ribete de encaje de su tanga y se lo bajó muy despacio, dejando al descubierto sus rizos oscuros y sedosos.

Le acarició la piel rosada de entre los muslos. Aurora estaba resplandeciente. Le separó los pliegues de la vulva con los pulgares hasta tener a la vista el botoncito de su clítoris. Lo tocó suavemente con la punta de la lengua.

—Ohhh —gimió ella.

La rodeó con las manos, agarrándola por las nalgas, y besó su suave e íntima piel. Luego empezó a lamerla con delicadeza.

—Oh, Dios. Ven aquí —susurró ella, tirando de él para ponerlo en pie y besarlo con fervor.

Remetió las manos por debajo de la chaqueta y la camisa de él y se las deslizó por los brazos. Sus movimientos urgentes hicieron que a Jake empezara a hervirle la sangre. Aurora le abrió la cremallera y por fin notó que los pantalones dejaban de oprimir su erec-

ción. Se bajó los pantalones, impaciente por notar su piel desnuda en contacto con la de ella. Estaba tan excitado que apenas podía contenerse.

Aurora se agachó y estiró de la cinturilla de su slip. Su pene quedó al fin liberado. Le bajó los calzoncillos y él se deshizo de ellos, apartándolos a un lado, de una patada. Le agarró el rígido pene y lo acarició. Estuvo a punto de eyacular en aquel mismo instante. Le apartó la mano y tiró de ella para ponerla en pie.

—Cariño, estoy demasiado excitado para eso. La besó apasionadamente.

—Yo también estoy muy excitada —dijo ella, cuando sus labios se separaron—. Y muy húmeda —jadeó.

Le lamió el pezón derecho y, al hacerlo, lo recorrió un anhelo urgente.

—Quiero que esto dure —murmuró Jake, mientras Aurora volvía a agarrarle la verga.

—Durará —le dijo, masturbándolo—. La próxima vez.

Aurora se inclinó hacia delante y se acurrucó bajo la barbilla de Jake.

—Quiero notarte dentro, ahora mismo—le susurró al oído. Y luego murmuró—: Estoy tan húmeda que podrías deslizarte dentro de mí sin más.

Oír sus palabras y notar su cálida respiración en el lóbulo lo hicieron enloquecer de deseo. La apoyó contra la pared y, agarrándola por las nalgas, la levantó en el aire. Aurora guió su verga erecta hasta ella y la penetró.

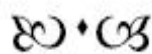
—Oh, Dios, ¡qué maravilla! —exclamó Aurora, enroscando las piernas alrededor de sus caderas.

El calor de ella lo rodeaba. Jamás había sentido una erección así. Aurora lo había llevado al límite antes de deslizarse siquiera en su interior. Sabía que no había modo en la Tierra de hacer que aquello durara, pero tenía que encontrarlo. Tenía intención de llevarla al orgasmo antes de alcanzarlo él.

Salió lentamente y luego, muy despacio, volvió a deslizarse en su interior. Aurora se retorció de placer. Jake se sintió enloquecer.

—Más rápido y más fuerte —insistió ella. —Pero...

Apretó las piernas alrededor de él y se arqueó hacia delante. Demasiado tarde. Dio una estocada, luego otra y ella gimió de placer. «Gracias a Dios», pensó Jake antes de que la razón lo abandonara por completo. Continuó embistiéndola hasta estallar, por fin, dentro de ella.



Jenna apoyó la cabeza en su hombro y suspiró, aferrándose a su ancha espalda. Sintió la tremenda verga moverse dentro de ella y la apretó con delicadeza.

—Cariño, ha sido increíble —dijo Jake, ahogando sus palabras contra su cuello.

Se movió de nuevo y Jenna apretó las piernas en torno a él. Notó cómo se endurecía de nuevo en su interior.

—Creo que me deseas otra vez —le susurró al oído.

—No creo que deje de desearte, *nunca* —comentó con un tono ronco que la llenó de euforia, pues nunca lo había visto expresar tanta emoción.

Jake empujó la pelvis hacia delante, introduciendo todavía más su miembro erecto dentro de ella. Jenna sintió que le faltaba el aire. Jake volvió a bambolearse adelante y atrás, y ella se aferró a él con fuerza al tiempo que un placer intenso amenazaba con desbordarla de nuevo.

—Oh, Dios.

La penetró con más ímpetu y ella buscó aire a medida que la invadían oleadas de placer. Siguió embistiéndola una y otra vez. La cordura empezó a erosionarse como la arena de una playa y se dejó invadir por aquel deleite sensual. Alcanzó de nuevo el orgasmo, que lo notó hasta en el último poro de su cuerpo.

Volvió a apoyar la cabeza sobre su hombro, aspirando el masculino perfume almizclado de Jake y disfrutando de la sensación de seguir notando su pene erecto dentro de ella. Bajó los pies al suelo.

—Bueno, semental, parece que aún te quedan fuerzas.

Se dejó ir aún todavía dentro de ella y la besó en el cuello, buscando el punto que la volvió loca de anhelo y le hizo sentir un hormigueo por todo e cuerpo.

—No lo dudes. Esta vez quiero poder tocar eso pechos tan bonitos que tienes más rato, y explorar resto de tu cuerpo hasta el último milímetro.

Jenna sonrió.

—Explora todo cuanto quieras, Magallanes.

Se apartó de ella. Jenna suspiró al notar cómo s pene abandonaba sus profundidades. La condujo hasta la enorme y maravillosa cama. Al tumbarse, notó el tacto de la colcha de terciopelo granate pecaminosamente sensual contra su espalda. Jake la recorrió con la mirada de pies a cabeza y sonrió con admiración.

—Eres absolutamente preciosa.

Jenna sintió el calor del rubor teñirle las mejillas. Jake se sentó junto a ella y le recorrió la línea de la barbilla con los dedos, luego fue descendiendo por su cuello, el canalillo y alrededor del ombligo.

—Absolutamente preciosa.

Jenna era incapaz de apartar la mirada de su ancho y musculoso torso, salpicado por aquellos cabellos oscuros y rizados que lo ensombrecían. Le acarició el pecho, adorando su fuerza, y dibujó con la punta de un dedo un círculo alrededor de uno de sus pezones.

Jake le tomó los pechos entre las manos y las yemas de sus dedos encontraron sus pezones, que se endurecieron al instante, suplicantes. Se inclinó hacia delante y lamió uno con la punta de la lengua. Primero se concentró en el botoncito y luego dibujó circunferencias a su alrededor. Volvió a lamerle la punta del pezón. Aquella exquisita tortura la hizo gemir de placer. El pezón se le endureció más allá de lo imaginable. Deseaba a Jake con todas sus fuerzas. Entonces él se ocupó de su otro seno, hasta llevarlo al mismo grado de excitación.

—Oh, Dios, es maravilloso —murmuró ella. Hacía tanto tiempo que no la tocaba así... De hecho, nunca había surtido este efecto en ella. Aunque ya había tenido dos orgasmos, quería volver a notarlo dentro..., ya. Pero lo que más anhelaba era su cercanía.

—Bésame —rogó, abriendo los brazos e invitándolo a acercarse más a ella.

Jake sonrió y se tumbó junto a ella, atrayéndola hacia sí mientras ella lo rodeaba con los brazos. Sus labios se encontraron con dulzura, y la suave presión suscitó en ella un

deseo implacable. Jenna buscó sus labios con la lengua y se abrió camino dentro de su boca fuerte y masculina. Las puntas de sus lenguas se encontraron y se acariciaron hasta quedar enfrascadas en un baile circular. Jenna sintió un cosquilleo en el interior de su boca que fue extendiéndose poco a poco, primero a sus labios y barbilla, y luego al resto de su cuerpo.

Con los labios unidos, Jake ahondó en su boca. A Jenna se le aceleraron la respiración y el pulso. Le acarició el pecho, deleitándose en el tacto de su pelo rizado y grueso rozándole la palma de la mano. Deslizó los dedos sobre su ombligo y tropezó con la punta de su pene. Lo recorrió con el dedo desde el prepucio hasta la base. Le encantaba notar cómo su larga verga se endurecía ante el roce de su mano.

Jenna tomó sus testículos peludos y los apretó con delicadeza. Luego los acarició. Jake gimió dentro de su boca. Con la otra mano, Jenna buscó uno de sus pezones, lo pellizcó ligeramente y luego jugueteó con él entre sus dedos.

Apartó su boca contra la de él y sonrió. Descendió para chuparle el pezón. Jake gimió y ella succionó con más fuerza. Entonces cambió al otro pezón y lo capturó con su apresurada boca.

—Cariño, sabes exactamente lo que me gusta —dijo Jake, besándole la coronilla.

—Lo cual es sorprendente, siendo como somos dos completos desconocidos —replicó Jenna, recordándole la fantasía.

Hacer el amor con un desconocido. ¡Un placer prohibido! ¡Y maravillosamente emocionante! Le mordisqueó con más fuerza y Jake contuvo el aliento.

—Oh, cielo, eres la mejor —exclamó él, tumbándola boca arriba y colocándose encima de ella, apretándole las caderas entre sus rodillas.

Le cogió los pechos con las manos y los estrujó. Después, los masajeó hasta que Aurora empezó a jadear. Sin interrupción, apresó uno de aquellos pezones rosas y duros en su boca. Aurora estuvo a punto de gritar de placer.

Jugueteó con su lengua, mientras le toqueteaba el otro pezón con las yemas de los dedos. Aurora estiró la mano y cogió su larga y dura verga, acariciándola désele la base hasta la punta. Empezó a masturbarlo, deseosa de hacer que él se sintiera tan estimulado e increíblemente excitado como ella. Jake le agarró las manos y se las colocó tras la cabeza.

—Cielo, no tan deprisa. —Le chupó uno de los pezones hasta hacerla gemir con fuerza y arquearse contra él; luego apretó el otro entre su lengua y el paladar. La miró sonriendo y dijo—: De lo contrario, te perderás esto.

La soltó, deslizó las manos sobre sus muslos y los separó. Luego se inclinó hacia delante y le acarició el ombligo con la lengua. Jenna le besó la cabeza mientras él seguía deslizándose hacia abajo, recorriéndole el vientre con la lengua. Sus dedos se deslizaron en su vulva, le acarició los labios exteriores y luego fue separándole los pliegues con caricias. Cuando Jenna notó su lengua contra su carne húmeda y caliente y cómo le lamía el clítoris, contuvo la respiración. Ryan rara vez le había hecho un cunnilingus ¡y era la segunda vez que se lo hacía aquella noche!

La lamió otra vez, despertando en ella un ardiente anhelo. Decididamente, aquel personaje de Jake ofrecía claras ventajas.

Jake le separó los labios del pubis con los dedos y le acarició el clítoris.

—Ohhh —murmuró ella disfrutando de aquella sensación tan intensa.

Entonces, substituyó la yema del dedo por la punta de la lengua y jugueteó con ella, hasta llevarla a cumbres mareantes de placer. Jenna se aferró a su hombro.

—Oh, sí. Es maravilloso. ¡Oh, sí!

Jake dibujó círculos con su lengua, la chupó y la lamió con avidez.

—Ohhhhhhh. No pares, por favor, no pares.

Jake deslizó sus manos por el vientre de ella y le acarició los pechos, sin apartar nunca aquella maravillosa lengua suya de su clítoris, enviando un potente torrente de placer por todo su cuerpo.

—Ohhhh, lo haces tan bien.

Enredó sus dedos en el pelo de Jake y se agarró a él. Casi rompió a llorar por la inmensidad del placer que la recorría. Todo su cuerpo pareció inflarse y luego explotar en el orgasmo más potente que había tenido nunca.

Mientras yacía jadeante, Jake ascendió besándole el vientre hasta alcanzar su cuello, se tumbó junto a ella y le acarició el lóbulo de la oreja.

—Eres increíble —exclamó ella, respirando hondo—. Ciertamente ha sido una fantasía hecha realidad.

Jake la besó en la mejilla y dijo:

—Estoy a punto de estallar.

Jenna sonrió picaramente.

—De eso me encargo yo —dijo.

Se sentó y se tumbó sobre él. Le separó las piernas con un leve empujoncito, se arrodilló entre ellas y acarició su rígida verga de arriba abajo, luego tomó aquel mástil entre sus dedos y lo bombeó un par de veces, encantada de sentir su turgencia entre sus manos.

Se inclinó hacia delante y lo lamió a todo lo largo, luego dibujó un círculo con la lengua alrededor de la corona y fue jugando a lamerlo y atraparlo entre sus labios, ejerciendo una ligera presión. Cuando alcanzó la polla, jugó con él, excitada por la respiración acelerada de Jake.

Se lo metió en la boca y movió sus labios alrededor de la corona. Jake gimió mientras ella continuaba dándole placer. Notó cómo la polla se inflaba ligeramente y supo que estaba a punto de alcanzar el climax.

—Cariño, será mejor que...

Pero ella sacudió la cabeza y continuó lamiéndolo y apretándolo entre sus labios.

—Ah..., demasiado tarde.

Jenna notó un líquido cálido estallar en su boca. Continuó lamiéndolo hasta que él se dejó caer de espaldas en la cama. Ella se tragó su semen y le sonrió.

—¿Ves como me encargaba yo?

—Oh, ven aquí —insistió él.

Al tirar de ella para tenderla a su lado y fundirse en un beso apasionado, Jake se preguntó cómo había podido tener la suerte de encontrar a una mujer tan increíblemente sensual. La estrechó entre sus brazos y luego empezó a lamerle los pechos con dulzura.

Atrapó un pezón en su boca y lo notó endurecerse contra su lengua. Los jadeos de Aurora mientras él alternaba entre sus dos pezones, lo hicieron excitarse de nuevo. Aunque acababa de eyacular en su cálida y sensual boca hacía apenas unos momentos, su

pene volvió a ponerse en acción, hinchándose y endureciéndose en contacto con el vientre de ella.

Deslizó los dedos hasta la cálida y húmeda vagina de ella y se los introdujo. Era resbaladiza como el terciopelo. No podía aguantar más. Se colocó sobre ella y buscó la entrada con su impaciente verga. Aurora quería un amante de fantasía y él estaba decidido a complacerla.

Ella subió la pelvis y él la penetró. Al notar el calor de ella envolver su pene, sintió la necesidad de embestirla con más ímpetu.

—Ohhh, sí —gritó ella.

Retrocedió y volvió a empujarla con fuerza. Aurora se aferró a él con más fuerza; le faltaba el aire. Jake continuó con sus arremetidas, adelante y atrás, adelante y atrás, excitándose cada vez más a medida que se aceleraban los gemidos de placer de su amante.

—Oh, sí. Quiero notarte más adentro.

La penetró del todo, con fuerza.

—¡Sí! —gimió ella—. Más rápido.

Jake aumentó el ritmo y Aurora contrajo los músculos alrededor de él, a un ritmo palpitante, llevándolo al climax. Cuando eyaculó en su interior, Aurora dejó de gemir y empezó a gritar de entusiasmo y éxtasis, emitiendo un largo chillido que no dejó rastro de duda en él: había alcanzado el orgasmo. ¡Una y otra vez!

Jenna se dejó caer en la cama, exhausta, aún rodeándolo con los brazos.

—Ha sido maravilloso —sonaba totalmente saciada—. Eres todo un semental.

—Gracias —dijo él, colocándose de lado y atrayéndola contra su pecho—. Tú sí que eres increíble.

Jenna se acurrucó contra él y se dejó vencer por el sueño que la invadía. Al cabo de unos instantes, se había quedado dormida.

Capítulo 3

Jenna se despertó sobresaltada. Estaba oscuro y la habitación no le resultaba familiar. Unos brazos cálidos y fuertes la abrazaban contra un torso musculado y decididamente masculino. Miró el rostro, del que le separaban tan sólo unos centímetros, cuyos rasgos iluminaba la tenue luz de la luna.

Era *Ryan*... fingiendo ser un desconocido para hacer realidad su fantasía. Se le derritió el alma. La había hecho enloquecer. Ni siquiera había creído que él le estuviera prestando atención cuando le había revelado sus fantasías. Parte de ella había empezado a pensar que no la quería lo bastante como para seguir escuchándola.

La había sorprendido de veras, y había sido una sorpresa deliciosa. De hecho, ella misma se había sorprendido. En su jueguito había descubierto una parte de ella que no sabía que existiera. Sonrió al recordar cómo se había convertido en una gatita descarada. Y a él le había gustado, de eso no había duda.

Le acarició la mejilla, deteniéndose en su patilla. No daba crédito a lo distinta que había sido aquella noche.

Se había comportado casi como un verdadero extraño. Un desconocido maravilloso y sensual hasta el pecado.

Jake abrió los ojos y Jenna sintió un sobresalto al tropezar con su mirada amorosa.

—Hola —la saludó, con una voz ronca y somnolienta increíblemente sensual.

—Hola.

Jake la apretó entre sus brazos, atrayéndola más hacia sí. Al entrar en contacto con su torso velludo, se le endurecieron los pezones.

—Hummm. Es genial tenerte entre mis brazos —murmuró él.

Le besó el cuello y Jenna notó que la sangre se le calentaba. Le mordisqueó el lóbulo de la oreja, pero, mientras entretenía su mirada en su pelo ondulado, los dígitos azules del minuterio del despertador cambiaron y atrajeron su atención. Eran las cuatro y cincuenta y dos.

—Oh, no.

Maldita sea, tenía que marcharse. Se había ofrecido voluntaria para llevar en coche a la junta directiva a un desayuno con creps, por la mañana, en el centro comunitario. No podía llegar tarde.

—Tengo que irme. Tengo una cita a las ocho en punto.

Aún tenía que llegar a casa, ducharse y cambiarse. Empezó a soltarse de su brazo, pero él la aferró con más fuerza por la cintura.

—Espera —suplicó, acariciándole con los labios la frente y relajándola con aquel dulce contacto—. Seguro que tienes tiempo para esto.

La envolvió con su boca e intentó disuadirla de que se marchara de una manera dulce y tácita. Intentó convencerla para que olvidara sus responsabilidades, y sólo pensara en él y en la dicha que podía alcanzar entre sus brazos. Cuando su anhelante lengua logró abrirse camino entre los labios de ella, Aurora se desplomó contra él. Le respondió con un beso, moviendo sus labios rítmicamente, y su lengua se unió en aquel revoloteo. Sensaciones deliciosas hicieron que todo su cuerpo temblara. Pero una parte de ella aún conservaba la cordura. Volvió a mirar la hora: las cuatro y cincuenta y seis.

—Hummm. —Su voz se amortiguó mientras luchaba por apartar su boca de la de él—. No puedo llegar tarde, de verdad.

Se apartó ligeramente de Jake, pero tuvo un ataque de debilidad y volvió a besarlo. Jake le besuqueó toda la línea de la mandíbula y el hueco del cuello, mientras se colocaba encima de ella.

—¿Seguro que tienes que irte ya?

Ella asintió con la cabeza, con una mirada de súplica. Si continuaba por aquel camino, iba a fundirse en un charquito allí mismo en la cama y permitir que él hiciera con ella lo que quisiera. Jake suspiró hondo.

—De acuerdo, pero te dejo ir a regañadientes.

Ella se envolvió en la sábana e intentó ponerse en pie, pero Jake tiró de la tela.

—Eh, no es justo —se quejó—. Si no puedo hacerte el amor, al menos deja que te vuelva a contemplar.

Jenna lo miró titubeante, ruborizada. No era de las que desfilaban por ahí desnudas.

—Vamos, cielo. No te hagas la tímida. No después de anoche.

Tenía razón. Estaba comportándose como una tonta. La noche anterior le había encantado pavonearse por la habitación desnuda. Se puso en pie, dejando que la sábana se deslizara por su cuerpo. Al apreciar la oscura mirada de deseo en los ojos de Ryan, salió corriendo hacia el cuarto de baño entre chillidos y carcajadas, mientras él se ponía en pie de un brinco y la perseguía, cada vez más pegado a sus talones. La atrapó y le dio media vuelta. La besó como si fuera el fin del mundo. La ayudó a entrar en la ducha y procedió a enjabonar cada centímetro de su cuerpo. Veinte minutos después, salieron de allí, limpiños y saciados... de momento.

Jenna recogió su ropa y se puso el diminuto tanga rojo. Ryan la ayudó a abrocharse el sujetador y le cerró la cremallera del vestido.

Nunca se había mostrado tan atento. Jenna estaba encantada. Se dirigió a la puerta.

—Espera un segundo, Aurora —la instó Jake, enfundándose los pantalones—. Te acompaño hasta el coche.

Sonrió al oírlo usar su nombre ficticio, sorprendida de que aún quisiera mantener viva aquella fantasía. Decidió no preguntarle nada acerca de su viaje a Toronto o hacer cualquier otra cosa que pudiera hacer añicos aquel sueño.

Jake se puso la camisa, los calcetines y los zapatos.

—Venga, vamos.

Jenna cogió su bolso mientras él abría la puerta. A aquella hora de la mañana el pasillo del hotel estaba vacío. Cuando llegaron al ascensor, Jake pulsó el botón de bajada, que se iluminó. Segundos después, la luz se apagó y las puertas correderas del ascensor se abrieron.

Entraron en el cubículo y las puertas se cerraron tras ellos. Jenna pulsó el botón del vestíbulo. Jake la rodeó por la cintura con los brazos y la atrajo hacia su pecho. Le besó el cuello.

—Es una pena tener que dejarte ir.

Ella se fundió contra él y Jake le acarició los pechos.

—Hummm. Ya lo sé.

Mientras contemplaba cómo los números de las plantas se iban iluminando uno a uno, Jenna sonrió. Un vistazo a su reloj le dijo que aún podía regodearse unos minutos más.

—¿Sabes una cosa? Lo has hecho tan bien colmando mi fantasía de hacer el amor con un guapo desconocido que he pensado que tal vez podrías ayudarme con otra.

El estrujó con fuerza sus pechos.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué se trata?

—Siempre he querido hacer el amor con un desconocido en un ascensor.

Jake dio un paso al frente y pulsó el botón rojo de parada. Jenna notó su pene endurecerse contra sus nalgas, mientras el ascensor se detenía.

—Encantado.

Jake le acarició los muslos y luego deslizó su mano hacia arriba, levantándole la falda. La falda de vuelo se arremolinó en las piernas de Jenna, mientras que él la levantaba e intentaba sujetarla con una mano. Enrolló la tela y la remitió por la cintura del vestido. Jenna se inclinó hacia delante, apoyó las manos contra el espejo del ascensor y sonrió al ver su propio reflejo. Jake tiró del elástico de su tanga, apretándole el clítoris con la tela. Jugó a tirar y soltar el elástico. Deslizó un dedo bajo la tela satinada de sus braguitas, alcanzó su clítoris y empezó a frotarlo.

Jenna tropezó con su propia mirada de arrobamiento en el reflejo del espejo mientras se dejaba llevar por aquella oleada de placer. Jake deslizó dos dedos dentro de su vagina mientras continuaba acariciándole el clítoris, cada vez más rápidamente, hasta llevarla al borde del orgasmo, y luego ralentizaba el ritmo.

Metió los dedos bajo el elástico del tanga y se lo bajó. Jenna se lo quitó por los pies y observó a Jake en el espejo mientras se desabrochaba los pantalones y sacaba su largo pene semierecto.

—Espera —dijo, dándose media vuelta.

Se arrodilló frente a él, embutiéndose la falda entre las rodillas. Quería meterse aquel magnífico pene en la boca. Lo cogió entre sus manos y se lo llevó a los labios. Luego deslizó la lengua alrededor de la corona, se metió la larga y morado cabeza en la boca y la succionó con fuerza. La rodeó con sus labios y escuchó cómo a él se le aceleraba la respiración. Chupó adelante y atrás, notando cómo la verga de Jake se hinchaba en su boca. El le acarició los hombros mientras ella le daba placer.

Jenna lo rodeó con las manos, se agarró a sus musculosas nalgas y se metió su falo hasta la garganta, apretándolo en el interior de su boca. Notó cómo las nalgas de él se tensaban. Sabía que no podría contenerse mucho más.

Le apretó y jugó con su verga ahora totalmente erecta, mientras él emitía un gemido ronco y masculino. Metió las manos por debajo y le acarició los testículos. Luego se sacó el pene de la boca y le lamió los testículos.

—Ah, Aurora, voy a correrme en cualquier momento.

Ella volvió a metérselo en la boca, deslizando sus labios adelante y atrás, más y más rápido, apretando su pene entre ellos. Jake hizo erupción dentro de ella, volcando en su garganta todo su semen.

Jenna liberó su miembro ya flácido, emocionada por el poder que ejercía sobre él. Se puso en pie, se desabrochó el vestido y lo dejó caer en el suelo del ascensor.

—Has sido un chico malo, dejándote ir así. Ahora tendré que apañármelas yo sola —dijo, cogiéndose los pechos con las manos y estrujándolos.

Se bajó el sujetador y se recorrió los pezones con los dedos. Su dureza la excitó. Jake la observaba con los ojos vidriosos. Tuvo una erección. Jenna se deslizó los dedos por el vientre y los introdujo en su propia abertura húmeda.

—Hummm. Estoy mojada.

Jake le cogió los pechos y le acarició primero uno y luego el otro. Su boca apresó un pezón y lo succionó con avidez. Jenna se excitó aún más. Jake le endureció el otro pezón más de lo imaginable. Le dio media vuelta, le desabrochó el sujetador y se deshizo de él.

Siguió chupándole el pezón, con rapidez y fuerza. Jenna gimió de placer. Estaba a punto de llegar al orgasmo, pero quería notarlo dentro de ella.

Se dio media vuelta, poniéndose de nuevo de cara al espejo. Se inclinó hacia delante y lo cogió para acercarlo a ella. El le rodeó las nalgas con las manos, la acarició y fue jugando con ella, aproximándose cada vez más a aquella cálida hendidura. Jenna gimió y al fin los dedos de él la penetraron. Notó cómo la punta de su verga erecta rozaba con su pubis y, acto seguido, cómo se deslizaba dentro de ella. Su polla se ensanchó al penetrarla. Ella empujó hacia detrás y él la arremetió con fuerza.

—Oh, sí —gritó ella.

Él empezó a moverse, atrás y adelante, a un ritmo cada vez más rápido.

—Ah —exclamó ella, notando que estaba a punto de alcanzar el orgasmo—. Más fuerte.

El la embistió con aún más fuerza, entrando y saliendo de ella una y otra vez. Jenna observó su rostro en el espejo, vio su gesto tenso, concentrado. Un anhelo todopoderoso se hizo presa de ella, azotándola con oleadas de placer que acabaron convirtiéndose en una enorme avalancha de éxtasis.

—Sí, sí—exclamó, moviéndose arriba y abajo, cabalgando por aquellas intensas olas mientras sus pechos se agitaban.

Se sentía una libertina. Su voz fue aumentando de intensidad a medida que se incrementaba el placer, que hizo explosión en ella como una supernova.

Jake le cogió los pechos y tiró de sus pezones, intensificando con ello aquel cataclismo de orgasmo. Jenna echó la cabeza hacia atrás y gimió en voz alta. El gruñó y la embistió una vez más.

Poco a poco, Jenna notó las manos de él alrededor de la cintura, atrayendo su espalda hacia él. Se dejó caer contra su ancho pecho y apoyó la cabeza en su cuello, apretando su verga con sus músculos internos.

—Hummm. Ha sido espectacular —murmuró. Jake le besó la mejilla.

—Y que lo digas —convino, mordisqueándole el lóbulo de la oreja y haciéndole cosquillas.

—Y ahora, de verdad, tengo que irme.

El deslizó su pene fuera de ella y le dio media vuelta. Quedaron cara a cara. La besó con ternura y luego la abrazó con fuerza. Jenna se sentía amada. Una vez que se separaron, se perdieron el uno en los ojos del otro. El sonrió.

—Ha sido un verdadero placer, Aurora.

Ella sonrió.

—Sí, sin duda alguna, lo ha sido..., Jake.

Jake recogió su vestido y su ropa interior del suelo y se los entregó, luego se abrochó los pantalones y se alisó la ropa.

—Tengo que volver a verte —le dijo, ayudándola a abrocharse el sujetador. Jenna se metió el vestido por la cabeza y se lo colocó bien. Él se lo ajustó de modo que el corpiño quedara sobre los pechos y, al rozarla con los dedos, le erizó la piel.

Jenna pulsó el botón del ascensor y retomaron el descenso.

—Pero entonces dejaría de ser una fantasía con un desconocido, ¿no es así?

Las puertas se abrieron y ella salió al vestíbulo. El recepcionista alzó la vista un momento y volvió a fijarla en la pantalla de su ordenador.

—Te acompaño hasta el coche —le dijo, rodeándola por la cintura con el brazo.

Atravesaron el pasillo y salieron por una puerta lateral.

—Entonces, ¿no nos vamos a volver a ver? —le preguntó él, mientras la seguía y dejaban atrás la primera fila de coches.

Jenna se detuvo junto a su pequeño Toyota Echo rojo, que estaba en medio de la segunda fila, y abrió la puerta.

—Si volviéramos a vernos dejaría de ser un polvo de una noche con un desconocido. Sin embargo, si fueras un pirata...

Jake la tomó entre sus brazos, la atrajo hacia sí y le propinó un beso apasionado.

—Puedo ser Barbazul si tú me lo pides...

—Seguro que lo harías igual de bien —respondió ella sin aliento.

Echó un vistazo al reloj: eran las cinco y cuarenta y tres.

—Ahora tengo que irme.

Fue a abrir la puerta del coche, pero él apresó su mano.

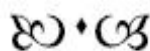
—Aurora, al menos dime tu apellido... Ella soltó una carcajada.

—Te lo has tomado en serio, ¿no es así? —preguntó, cogiéndole la cara entre las manos y besándolo con ternura—. Muchísimas gracias por esta noche. Ya sabes cuánto significa para mí.

Se subió a su coche y puso el motor en marcha. Jake la observó, sintiéndose completamente indefenso. No quería volver a verlo. Se le hizo un nudo en el estómago. Jenna volvió a mirar el reloj.

—Si me doy prisa, llegaré a tiempo. Espero que tu reunión en Toronto vaya bien.

Mientras la observaba alejarse, memorizó la matrícula de su coche. Después cayó en la cuenta de sus últimas palabras. ¿Cómo diantres sabía ella que se iba de viaje a Toronto?



¡Tenía un retraso!

Jenna echó un vistazo al calendario que había junto al frigorífico y volvió a contar, sabiendo que no habría ningún cambio en sus cálculos, pero repasándolos una vez más. Maldita sea, tenía un retraso importante.

Se apartó el pelo de la cara, mientras se desplomaba en el taburete de color beige que había frente a la isla de la cocina y apoyó los codos en la encimera de roble. Miró el reloj que había sobre el marco de la puerta, contando los segundos que componían un minuto y luego cogió el pequeño termómetro azul que había sobre la base de plástico junto a ella. Lo miró y pestañeó. Vio un signo positivo. Volvió a dejar el termómetro en la base y enterró la cara entre sus manos. Estaba embarazada.

Sonó el teléfono y se le crispó la espalda. Fue hasta la mesa escritorio que había junto al frigorífico y descolgó el auricular.

—Hola, guapa, ¿cómo va eso?

Al oír la voz alegre de Cindy, Jenna rompió a llorar.

—Jenna, cielo, ¿qué ocurre?

—Estoy embarazada —dijo entre sollozos.

—¿Embarazada? Pensaba que tú y Ryan no..., ah, claro, salvo el sábado pasado.

—Eso es. El sábado. Y ya me conoces. Soy puntual como un reloj. El lunes tenía que venirme la regla y, al no hacerlo, empecé a preocuparme. Llevo cuatro días de retraso... y a mí nunca se me retrasa —sollozó de nuevo.

—Salvo aquella vez el año pasado —le recordó Cindy.

Jenna comenzó a caminar de un lado a otro. El cable enrollado del teléfono volcó la taza en la que tenía los bolígrafos y los diseminó sobre el escritorio. Volvió a poner de pie la taza negra y dorada, y recogió con las manos los bolígrafos mientras hablaba.

—Sí, tenía un test de embarazo que me sobró de aquella vez.

—Ya me acuerdo. Compraste el paquete doble porque era más barato y yo te dije que no volverías a necesitarlo.

—Pues te equivocabas —respondió Jenna, dando golpecitos en la mesa, con un lápiz.

—Bueno, te sugerí que invirtieras el dinero que sobraba en condones —replicó Cindy con suavidad.

—Lo sé. Soy una cabeza de chorlito. Pero, cuantío una es tan regular como yo, es fácil creer que algo así no pasará.

—Es lo mismo que me dijiste la última vez.

Jenna metió el lápiz en la taza.

—Y la última vez tenía razón —la cortó secamente.

—Jenna, pero ¿por qué te arriesgas? Se hundió en la silla del escritorio, mientras flashes de aquella fabulosa noche le venían a la memoria. Se quedó mirando el vacío.

—Cindy. Ponte en mi lugar. Eran las cinco de la mañana. Estaba sola en un ascensor con un desconocido absolutamente arrebatador.

—Humm. Sí, vale.

Jenna sabía que Cindy estaba imaginando la escena, probablemente babeando. Jenna también regresó con el pensamiento a aquella experiencia increíble y se estremeció por dentro.

—Pero estamos hablando de Ryan, ¿me equivoco? —confirmó Cindy.

—¡Claro que no! —replicó Jenna.

—Vale, vale. Bueno, pues los dos tenéis una relación estable. Probablemente querrá llevarlo al siguiente nivel. Las cosas vuelven a funcionar entre vosotros, ¿no es así?

Jenna pensó en los meses de abandono y luego recordó aquella maravillosa fantasía que había hecho realidad para ella.

—La semana pasada sí hizo un esfuerzo, pero no sé si es suficiente —dijo, enterrando el rostro entre las manos.

Cielos, aquello no podía estar pasándole a ella.

— ¿Te llamó mientras estaba fuera?

—No —contestó Jenna, enroscándose el cable en el dedo—. Me telefoneó ayer al regresar.

— ¿Cuándo vas a volver a verle?

—Mañana por la noche —respondió Jenna liberando de un tirón su dedo del cable y viendo cómo éste rebotaba adelante y atrás—. Vamos a cenar.

— ¿Se lo vas a decir?

—Sí.

— ¿Te casarás con él si te lo pide?

¿Se casaría? El matrimonio no era la respuesta a todo. Si se casaban pero él continuaba volcado en su trabajo, ella seguiría sintiéndose sola. ¿Se mostraría él disponible emocional y físicamente para ella tanto si se casaban como si no?

— ¿Jenna?

Se llevó la mano al vientre, imaginando que podía sentir los movimientos de la nueva vida que se estaba formando en su interior.

Quería que su hijo creciera con un padre que formara parte de su vida. No como ella. Sus padres se habían divorciado cuando sólo tenía tres años y recordaba haber llorado desconsoladamente, rogándole a su padre que no se marchara. El la había levantado en sus brazos. Lo recordaba secándose las lágrimas. Su hermano mayor, Shane, se había marchado con su padre. Durante un par de años los vio cada fin de semana, pero luego el trabajo de su padre le exigió mudarse a Vancouver, en la otra punta del país. Y desde entonces, sólo los había visto un par de veces al año.

El vacío que aquello había dejado en su vida seguía acechándola. No podía hacerle algo así a su hijo.

—Sí, lo haré.

Capítulo 4

Ryan llamó a la puerta del apartamento de Jenna. Se moría de ganas de verla, de volver a ver aquel rostro que poblaba sus sueños cada noche y sus ensoñaciones diarias.

Cuando Jenna abrió la puerta, a Ryan lo invadió una sensación de calor. Los ojos le centelleaban y toda la cara parecía resplandecerle. Definitivamente, había permanecido demasiado tiempo lejos de ella. El problema era que, si de él dependiera, estarían siempre juntos. Si se dejaría llevar por su corazón, estaría con ella a todas horas y abandonaría todo lo demás. Pero, si lo hacía, su empresa se iría a pique y el éxito que tanto sudor le había costado, se desvanecería sin más.

Jenna se había convertido en una obsesión peligrosa. Sin embargo, al contemplar su dulce y resplandeciente rostro, en aquellos momentos, pensó en tirarlo todo por la borda. Y eso era precisamente lo que más le aterraba.

—Hola —lo saludó con un aire un tanto reservado.

Jenna retrocedió para franquearle el paso. Cerró la puerta tras él y se quedó de pie, en silencio, observándolo. El jersey azul y los téjanos negros que llevaba Jenna, acentuaban sus fantásticas curvas. Ryan no se explicaba cómo una mujer tan guapa había escogido salir con él. La tomó de la mano y la atrajo hacia sí, luego le levantó la barbilla y la besó. Jenna le rodeó el cuello con las manos y le devolvió el beso.

Una sensación familiar lo recorrió, pero logró desembarazarse de ella. Había practicado mucho en los últimos meses. Si sucumbía a sus instintos, le arrancaría la ropa allí mismo y la tendría, en cuestión de segundos, tumbada bajo su cuerpo. La deseaba con todo su ser, deseaba tomarla, pero rendirse a la pasión no haría justicia a sus sentimientos y no sería justo para Jenna. Se merecía una sesión larga de amor. El reverenciaría su cuerpo de la cabeza a los pies, le haría sentirse mujer en cada poro de su piel y la complacería como merecía.

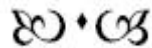
La apartó y le sonrió.

—¿Cómo está mi chica?

—Bien —contestó ella.

Pero Ryan percibió una sombra de duda en su voz. ¿Seguiría estando enfadada porque había cancelado su cita? La abrazó, deleitándose en el placer de sentir sus cuerpos pegados. Hacía mucho tiempo que no notaba su cuerpo desnudo junto al suyo. Se excitó al pensarlo. Esta noche le haría el amor larga y pausadamente. Llevaba reprimiéndose mucho tiempo. Hacía mucho que había antepuesto su trabajo a ella, pero sólo porque tenía que demostrarse que podía hacerlo, tenía que saber que amarla no iba a acabar por completo con su modo de vida. Se había sentido mal por no haber acudido a la boda. Había recapacitado mucho mientras había estado fuera y había llegado a la conclusión de que había sido injusto con ella. Tenía que encontrar un mejor equilibrio en su vida. Tenía

que dar con una forma de quererla y encontrar tiempo para conseguir el éxito que tanto anhelaba para su empresa, un éxito al menos equiparable al de la empresa de su hermano Jake.



La llevó a un restaurante recoleto con decoración italiana. Mientras cenaban a la luz de las velas, charlaron sobre su viaje a Toronto y él le preguntó cómo progresaba el proyecto de Salud y Bienestar en el que Jenna estaba embarcada. Ella le habló de los últimos cambios en el sistema prototipo para gestionar los números DIN de identificación de los nuevos medicamentos lanzados al mercado, pero parecía un tanto distraída.

Cuando la cena se aproximaba a su fin, Ryan empezó a sentir la urgencia de marcharse de allí. La noche iba a ser larga y estaba ansioso por llegar a casa de Jenna y llevarla a la cama.

Al entrar en el apartamento, la siguió a la cocina y abrió el armario encima de los fogones en el que Jenna guardaba el vino.

—¿Blanco o tinto? —preguntó.

—Escoge tú.

Eligió una botella de su Riesling preferido.

Ella abrió el frigorífico y sacó una botella de zumo de cítricos y frutos del bosque.

—¿Te vas a preparar una sangría?

Si lo hubiera dicho, habría elegido un vino tinto. A veces Jenna mezclaba medio vaso de vino con medio de zumo (le gustaba aquella mezcla de frutas porque combinaba bien con el vino), pero sólo lo hacía con vino tinto.

—No, esta noche no me apetece beber vino, pero bebe tú.

Ryan apoyó la botella en la isla de la cocina y ella le pasó el sacacorchos. Mientras descorchaba la botella, Jenna sacó dos copas de color azul claro de un armario y se sirvió zumo en una de ellas.

Ryan llenó la suya de vino blanco y la siguió al salón. Encendió el equipo estéreo y eligió una emisora con música melódica. Luego se sentó al lado de Jenna en el sofá y le rodeó los hombros con el brazo. Jenna se apartó ligeramente.

—Ryan, tenemos que hablar.

Se le hizo un nudo en la garganta. La experiencia le decía que, cuando una mujer formula esa frase, lo que pretende es romper con uno. Le apartó el pelo del rostro.

—¿Qué ocurre, cariño?

—Quiero que sepas que la boda de Suzie significó mucho para mí. No puedes imaginar cuánto me decepcionó que no vinieras.

«Oh, no. Tenía que suceder...»

—Lo sé, cariño, y lo siento muchísimo, pero...

—Pero tu empresa es muy importante. Sí, ya lo sé —atajó ella, llevándose las manos al corazón—. Lo que ocurre es que yo también debería ser importante.

Al ver el brillo de las lágrimas que se agolpaban en los ojos de Jenna se le partió el corazón.

—Lo eres. Yo...

Jenna le hizo un gesto para que se callara.

—Espera, sé que quieres exponer tus argumentos y escucharé lo que tengas que decirme luego, pero primero escúchame tú. Tengo que decirte lo que siento.

Ryan tomó las manos de Jenna entre las suyas.

—De acuerdo, adelante, Jenna. Te escucho.

—Me entristeció mucho que no vinieras. Estaba muy dolida, de verdad —dijo, con los ojos cada vez más brillantes, casi resplandecientes a la luz de la lámpara.

Ryan tenía el corazón en un puño. No había pretendido hacerle daño. La verdad es que ni se le había ocurrido.

Jenna apartó las manos de él y se alejó un poco más, creando una cierta distancia entre ambos.

—Había..., había llegado a la conclusión de que..., bueno, de que lo nuestro no iba a funcionar.

Era cierto. Iba a dejarlo. Sintió que todo se oscurecía.

—Fue la gota que colmó el vaso. Siempre das prioridad al trabajo y, desde mi punto de vista, una relación no puede funcionar así —explicó, toqueteándose las manos sin atreverse a mirarlo—. Además, hacía más de tres meses que no hacíamos el amor.

Tres meses, dos semanas y cinco días. Como si él no hubiera llevado la cuenta...

—Pero aquella noche acabó siendo la mejor noche de mi vida. Hacer realidad mi fantasía sexual fue inmensamente estimulante.

—¿Qué fantasía?

¿De qué demonios estaba hablando? Jenna le sonrió picaramente, con los ojos entrecerrados.

—La de tener un sexo absolutamente fantástico y tórrido con un completo desconocido en su habitación. Fue fabuloso.

La miró atónito. Debía de estar oyendo mal. Ella no era de las que se dejaba seducir por un desconocido. No era propio de Jenna. Entonces ella bajó la voz y añadió:

—Y luego lo del ascensor. Fue... increíble.

A Ryan se le heló la sangre. Estaba aturdido. Jenna colocó su mano sobre la de él y le estrechó los dedos. El brillo de sus ojos le parecía una tortura.

Ryan recordó que ella le había explicado sus fantasías sexuales, aunque no se acordaba de nada relacionado con un ascensor, y estaba seguro de que algo así no le habría pasado por alto. Tuvo que esforzarse por contenerse, haciendo acopio de hasta el último gramo de compostura para no tumbarla en el sofá y tomarla en un arrebató de pasión. Estuvo a punto de no conseguirlo. Al final se inventó una excusa para marcharse temprano. No podía permitirse arrancarle la ropa y poseerla sin más. ¿Qué ocurriría si le hacía daño en un arrebató de locura?

Maldita sea. Le embargó la ira al pensar que ella le había sido infiel, pero ni siquiera eso logró eclipsar la pesadumbre que sentía por haberla perdido. Su relación con Jenna era la cosa más importante de su vida y, sin embargo, había intentado controlarla, mantenerla confinada en un pequeño compartimento. Le había dado miedo que sus ganas de estar con ella eclipsaran todos los demás aspectos de su vida y, sin embargo, ahora que la había perdido caía en la cuenta de que nada era ni la mitad de importante que Jenna. La había

abandonado hasta tal punto que ella se había sentido impulsada a buscar el amor en alguna otra parte. Lo cierto es que la culpa de haberla perdido era sólo suya.

—Lo que quiero decirte es que, después de aquello, decidí que quiero estar contigo.

La cabeza le daba vueltas. Entonces, ¿no lo estaba dejando? Una mezcla de sentimientos lo embriagó y se sintió mareado. Allí estaba Jenna explicándole que había mantenido relaciones sexuales con otro hombre, un completo desconocido, y, sin embargo, se sentía aliviado por no haberla perdido.

Jenna se inclinó hacia delante y lo besó. Lo abrazó y apoyó la cabeza en su pecho. Ryan le rodeó la cintura con el brazo y se dejó invadir por la sensación de notar el cuerpo de ella apretado contra el suyo. Debería decir algo, protestar, explicarle lo enfadado que estaba por el hecho de que se hubiera acostado con otro hombre. Pero, en su lugar, la abrazó con fuerza. No quería perderla nunca. Había estado a punto de hacerlo y aquello cambió su perspectiva de todas las cosas.

—Hay algo más que tengo que decirte, algo muy importante.

¿Algo muy importante? ¿Qué podría ser más importante que decidir dejarlo y luego acostarse con otro hombre?

Jenna se zafó de sus brazos y lo tomó de las manos. Lo miró y era tanto el temor que reflejaban sus ojos que Ryan estuvo a punto de volverla a abrazar y asegurarle que todo iba a salir bien, al margen de lo que tuviera que decirle. La quería por encima de todas las cosas. La necesitaba por encima de todas las cosas.

—Ryan, estoy... —dudó, se balanceó adelante y atrás, con la vista clavada en sus manos entrelazadas.

Ryan le acarició los nudillos con los pulgares. Tanto suspense lo estaba volviendo loco.

—Suéltalo ya, Jenna —la urgió.

Jenna lo miró a los ojos.

—Estoy embarazada.

Embarazada. ¡Y de otro hombre! Se sintió palidecer.

Jenna continuó con la vista clavada en él. Le brillaban los ojos. Cuando por fin logró asimilar lo que le había dicho cayó en la cuenta de que Jenna estaba llorando.

—Jenna, no. —La abrazó con fuerza—. Jenna, cariño, no llores.

La besó en la cabeza, enterrando el rostro en su pelo. Jenna debía de haber temido que la dejara después de descubrir que lo había engañado. A juzgar por las apariencias, había hecho un trabajo excelente ocultándole cuánto la quería. Y puesto que el padre de la criatura no era más que un polvo de una noche, probablemente tuviera miedo de encontrarse criando a un hijo sola.

—¿Y qué quieres hacer? —le preguntó.

—Quiero..., quiero que mi hijo tenga un padre.

¿Qué pensaría hacer? ¿Intentar dar con aquel desconocido, el padre de su hijo? O, peor aún, ¿habría pensado en casarse con ese indeseable? ¿Acaso había previsto que Ryan, con toda su experiencia en informática, la ayudara a encontrar a aquel tipo?

No, Jenna le había aclarado que quería estar con él. Quizá simplemente pensara en compartir la custodia del niño con el padre. Sólo imaginar que otro hombre pudiera compartir algo tan importante e íntimo como criar a un hijo con Jenna, lo rompía por la

mitad. Tal vez el comienzo hubiera sido inocente, pero compartir momentos vitales tan importantes como presenciar el nacimiento de un hijo, oírlo balbucear sus primeras palabras, verlo dar sus primeros pasos... Ryan sabía que estas cosas tenían un profundo efecto en los padres. Y no sólo eso, sino que estaba claro que Jenna se sentía atraída por aquel tipo. Si pasaban mucho tiempo juntos quizá volviera a caer en sus brazos. A decir verdad, se había acostado con él por primera vez sin apenas conocerlo.

Por primera vez. Pero ¿qué demonios le pasaba? Ya estaba imaginándose a Jenna manteniendo una relación permanente con aquel tipo.

Jenna le recorrió el brazo con los dedos.

—Espero..., espero que quieras criar al niño conmigo. Espero que quieras que estrechemos lazos de forma más permanente.

Sintió un alivio inmenso y el corazón henchido. Le levantó el rostro y dejó que su mirada se perdiera en aquellos ojos azules llorosos.

—Jenna, ¿me estás diciendo que, si te pido que te cases conmigo, aceptarás?

Jenna lo miró y asintió con un ligero mohín de incertidumbre.

Ryan la estrechó con más fuerza entre sus brazos. Luego la soltó y se puso en pie. Iba a hacerlo como era debido. Se arrodilló, tomó su mano derecha y la besó.

—Jenna, amor mío —dijo, mirándola fijamente a los ojos—. ¿Quieres casarte conmigo?

Jenna rompió a llorar, ahora ya sin tapujos. Asintió con la cabeza y por fin consiguió articular una respuesta:

—Sí —contestó, abalanzándose en sus brazos y fundiéndose en un fuerte abrazo con él—. Sí, quiero casarme contigo —le susurró al oído, haciendo que Ryan sintiera cómo un escalofrío le recorría el cuerpo.

La tuvo abrazada un rato, deleitándose con su cercanía. Finalmente la apartó y le tocó la barriga con una mano, pensando en esa pequeña chispa de vida que crecía dentro de ella. Quizá fuera hijo de otro hombre, pero él lo cuidaría como si fuera suyo y lo querría tanto como quería a su madre. A su preciosa Jenna. Nunca más volvería a darle motivos para que cayera en los brazos de otro hombre.

—Mañana saldremos a buscarte un anillo. El anillo de compromiso más bonito que encontremos. Podemos programar la boda para el mes que viene para que no se te note aún la barriga y...

Sonriéndole, se apartó de él y le puso un dedo en los labios para que se callase. Ryan sintió una oleada de calor en todo el cuerpo.

—Vale, Sr. Organización, todo eso suena genial, pero ahora preferiría hacer otra cosa en lugar de planear nuestra boda.

—¿En serio? Pensaba que organizar su boda era el sueño de toda mujer —bromeó él.

—Bueno, yo considero que hay otras cosas más emocionantes —apostilló ella, tirándole del cuello de la camisa y comenzando a desabrochársela por el botón superior.

Ryan sintió prenderse un incendio en su entrepierna y notó cómo su pene iba poniéndose erecto. Quería deslizar sus manos sobre el suave jersey azul de Jenna y sentir sus pechos aún más suaves bajo la delicada lana. Sentía unas ganas terribles de meterle las manos bajo aquella prenda y tocar su piel desnuda, encontrar sus pezones y acariciárselos con los dedos hasta que se endurecieran y se agrandaran.

—Me pregunto qué será —dijo, remetiéndole el pelo por detrás de las orejas y tomando medidas drásticas para refrenar el deseo que sentía en su interior.

Jenna se inclinó hacia él y le rozó la clavícula con los labios. Su sensual boca casi le hizo perder el sentido. El incendio que había prendido en su entrepierna quemaba con más fuerza aún. Su pene erecto rogaba por ser liberado de los confines de sus pantalones de pana. Mientras Jenna ascendía por su cuello y le recorría la barbilla, besándolo, una oleada de deseo más poderosa que un tsunami arrasó el último ápice de control que le quedaba. Se agarró la camisa por ambos lados y la rasgó. Los botones salieron volando por todos sitios. Jenna lanzó un gritito de sorpresa y luego soltó una carcajada.

—Vaya, Ryan, estás aprendiendo a soltarte...

Capítulo 5

Jenna le atrapó el pezón con los labios y Ryan gimió de placer al notar su lengua jugando con él; se le puso duro por la excitación. Empezaba a costarle tragar saliva. Ryan recorrió la larga cabellera castaña de Jenna con los dedos, deslizándolos por sus mechones sedosos. Ella le acarició el torso y se detuvo en su estómago. Al oír un tintineo, Ryan se percató de que le estaba desabrochando el cinturón. El sonido de la cremallera al abrirse le hizo estremecerse. Hacía tanto que deseaba notar las caricias de Jenna, y llevaba tanto tiempo negándose aquel placer...

Contuvo el aliento al notar cómo los suaves dedos de Jenna se metían bajo sus calzoncillos y rodeaban su verga, que se endurecía por momentos. Exhaló lentamente mientras ella tocaba con delicadeza su miembro erecto. Era sensacional. Se bajó los pantalones, arrastrando a su vez los calzoncillos, para dejarle el campo libre.

—Hummm —gimió ella, acariciándolo de abajo arriba antes de empezar a jugar con su lengua.

Ryan gimió al notar la lengua de Jenna en la base de su pene y luego lamerlo en toda su longitud. Ella describió un círculo con su lengua alrededor de la corona de la polla y luego juguetó un rato a lamerle el frenillo. Ryan sintió su excitación hasta en la última terminación nerviosa. Jenna deslizó una mano por su torso, le cogió un pezón y empezó a pellizcárselo y acariciarlo. Él le tocó el pelo mientras que ella le acariciaba el pene con los labios hasta conseguir que estuviera totalmente enhiesto. Se lo metió hasta la garganta, Ryan nunca había entendido cómo lo hacía, pero podía engullirlo de todo.

Al notar que su verga avanzaba por la cálida y húmeda garganta de Jenna, Ryan tuvo que contenerse para no eyacular. Podría haberse corrido en aquel mismo momento; de hecho, notaba la tensión de sus testículos. Sólo el deseo de prolongar aquel placer, de notar la cálida y resbaladiza vagina de ella abrazando su pene le permitió refrenarse.

Jenna continuó masturbándolo, moviendo su boca hacia delante y hacia atrás, prolongando aquellos instantes de sensualidad y llevándolo al máximo de su excitación. Luego volvió a describir un círculo, con la lengua, alrededor de su polla.

Se sacó el pene de la boca, que se enfrió ligeramente al entrar en contacto con el aire, y lo besó. Le lamió la punta, dándole unos golpecitos suaves en el diminuto orificio, y a continuación deslizó la lengua por toda su verga. Empezó a lamerle los testículos, luego se los chupó.

—Oh, Jenna, Jenna.

Ella lo miró sonriendo. Le lamió de nuevo el pene como si fuera un helado y volvió a metérselo entero en la boca. Sus labios se movían adelante y atrás con entusiasmo.

—Cariño, me voy a correr.

Jenna se concentró entonces en la polla, rodeándolo una y otra vez con la lengua y ejerciendo presión justo debajo de la corona, llevando con ello a Ryan al borde de la locura. Le acarició el pene con la mano hasta alcanzar su boca, envolviéndolo con su calidez, apartó los labios y le dijo:

—Cuando quieras, cariño. —Y volvió a atraparlo dentro de su boca.

Lo chupó con fuerza mientras le acariciaba los testículos. Ryan notó cómo se le tensaban los músculos y la sangre le fluía a raudales por todo el cuerpo. Todo él se contrajo a medida que el semen brotaba de su pene directamente en la boca de Jenna. La sensación de éxtasis lo dejó sin aliento unos segundos, palpitando en la calidez de ella. Al fin se desplomó en el sofá y Jenna se acurrucó a su lado. Una vez que recuperó el aliento, le acarició el cabello y empezó a levantarle el jersey.

—Ahora te toca a ti.

Jenna se puso en pie, se sacó el jersey por la cabeza y lo dejó caer en el suelo. Ryan fijó la mirada en la turgencia de sus senos mientras que ella se llevaba las manos a la espalda para desabrocharse el sujetador de encaje azul. Se bajó los tirantes. La prenda se mantuvo suspendida por efecto de la fricción. Jenna lo miró dejando al descubierto sus generosos pechos redondos. Tenía los pezones duros. Ryan se relamió los labios, anhelante de recorrer aquellos pequeños botones con su lengua. Jenna se quitó el pantalón y quedaron a la vista unas braguitas de satén y encaje azul. Se colocó encima de él a horcajadas, con una de aquellas largas y torneadas piernas a cada lado de los muslos de Ryan. Cuando el satén de sus braguitas, caliente por el ardor que desprendía su cuerpo, entró en contacto con su pene flácido, lo insufló de vida.

Ryan le cogió los pechos, deleitándose con el contacto de sus pezones fruncidos. Jenna se inclinó hacia delante, colocando una mano a cada lado de la cabeza de Ryan y ofreciéndole sus senos para que se diera un festín. El se metió uno en la boca, disfrutando al notar cómo la areola se tensaba y excitándose al percibir el duro pezón contra su lengua. Le cubrió el otro pecho con la mano, buscando a tientas el pezón y lo acarició con la punta de su dedo.

—Huummm. Me encanta —murmuró ella con voz suave.

Jenna movía las caderas adelante y atrás, acariciando el pene erecto de Ryan con el calor de su pubis. Ryan estaba cada vez más excitado y pensó que ella se movía demasiado deprisa. La cogió por las caderas y la paró.

—Cariño, vamos a ir más despacio —le dijo, atrayéndola hacia él y besándola—. ¿Por qué no vamos al dormitorio?

Jenna sonrió.

—Vale.

Bajó del sofá y Ryan la siguió por el pasillo hasta la tranquilidad del dormitorio. Mientras cogía las tres almohadas de color verde claro de la cama y las lanzaba sobre la poltrona que había junto a la ventana, Jenna se quitó las diminutas braguitas y las apartó de una patada. Sonriéndole abiertamente, se estiró sobre el edredón verde con estampado de cachemir. Se colocó a un lado, apoyó la cabeza en un brazo, apretando sus pechos, y dobló una pierna, adoptando una pose sensual. Ryan se sentó en la cama junto a ella y le acarició los suaves y morenos rizos de vello púbico, incapaz de contenerse. Luego cogió sus pechos entre sus manos. Se inclinó hacia delante y la besó en el cuello, justo en el

nacimiento del hombro, en el punto que sabía que la volvía loca. Los gemidos de Jenna lo hicieron estremecerse de placer.

Jenna creía estar en el paraíso. Ryan le había pedido que se casara con él, quería tener el niño y ahora le estaba haciendo el amor. Gimió de nuevo cuando sus manos reclamaron sus pechos y luego se metió un pezón en la boca. Sentía oleadas de placer que se rompían directamente en su vagina.

Le lamió el pezón y luego describió círculos con la lengua a su alrededor. El aire frío lo estimuló aún más cuando lo liberó para dedicarle sus atenciones al otro pecho. Un pezón frío y uno caliente, tan caliente... Jenna arqueó la cadera, suplicando por notar las caricias de Ryan en su pubis. Quería cogerle la mano y llevársela exactamente hasta donde quería notarla, pero no lo hizo. Aguardaría, esperaría a que él descendiera lentamente por ella, prolongando su placer.

Ryan pretendía explorar hasta el último centímetro de su cuerpo. Ella cogió su verga erecta con una mano y empezó a sacudírsela, sólo para aumentar ligeramente su urgencia.

Cubriéndole los pechos con las manos para mantenerlos calientes y estimulados, Ryan descendió por el cuerpo de Jenna. Se detuvo en su ombligo, jugando en él un rato con la punta de la lengua. Bajó una mano, se la lamió ligeramente y enredó sus dedos en los rizos del vello púbico de Jenna. Continuó su descenso, acariciándole levemente los labios inferiores y los muslos. Luego volvió a deslizar la mano hacia arriba hasta alcanzar su vientre. Jenna levantó la pelvis para encontrar su mano, pero llegó tarde. Gimió.

Ryan soltó una carcajada y volvió a descender con sus caricias. Esta vez ahuecó la mano sobre su monte de Venus y le acarició la húmeda hendidura con los dedos. Jenna gimió de placer. Ryan colocó su boca frente al pubis de Jenna y sopló sobre sus rizos. Utilizó ambas manos para apartar sus labios y luego tocó el botoncito de su clítoris con la yema del dedo.

—Oh, sí—murmuró Jenna.

Su lengua reemplazó a su dedo y empezó a succionarle y lamerle el clítoris. Jenna sintió un torrente de descargas eléctricas por todo el cuerpo. Ryan deslizó un dedo dentro de ella y hurgó con él en su interior mientras dibujaba movimientos rotatorios y de lado a lado con la lengua sobre su clítoris. Jenna se sintió embriagada por oleadas sucesivas de placer. Ryan acariciaba con el dedo sus paredes vaginales. Le metió un segundo dedo. Aumentó el ritmo de su lengua. A Jenna se le aceleró la respiración. Cada vez sentía más placer. Un tercer dedo se unió a los anteriores y, tras un momento de intensa combinación de sensaciones, Jenna ahogó un chillido y emitió un largo y sonoro gemido al sentir cómo se apoderaba de ella una erupción de inmenso placer.

—Eres tan guapa, Jenna.

Aquellas palabras quedaron flotando en la conciencia de Jenna como si llegaran desde muy lejos, mientras ella regresaba al aquí y ahora. Cuando abrió los ojos, Ryan la estaba contemplando embelesado.

—Tan guapa...

La sonrisa de Ryan la encandiló y la profundidad de los sentimientos que traslucían sus ojos azules como la medianoche la enterneció. Abrió los brazos y lo tomó entre ellos, estrechándolo con fuerza. Se acurrucó contra él, infinitamente feliz de pensar en el niño

que crecía dentro de ella y de estar en brazos de Ryan, el padre de su hijo, su futuro marido.

—Hazme el amor, amor mío —le susurró al oído.

—Ahora mismo, cariño.

Se colocó sobre ella. Su verga, henchida de necesidad, le rozó el vientre, incendiando hasta la última de sus terminaciones nerviosas. Ryan se la agarró con la mano y buscó con ella la entrada de su vagina. Jenna abrió las piernas, dándole la bienvenida. Ryan se deslizó en su interior, se inclinó hacia delante y la besó. Fue un beso largo y amoroso, pero también tan apasionado que logró que la mera excitación de Jenna dejara paso a un deseo inconcebible.

—Ah, amor mío, métemela hasta el fondo, con fuerza.

Las palabras de Jenna revolotearon en los oídos de Ryan, que, asombrado, sintió que la sangre le hervía.

—¿Qué has dicho? —le preguntó, con las cejas enarcadas, mientras la embestía y le daba un poco de lo que ella le había pedido.

Jenna arqueó la pelvis, intentando notarlo más dentro de sí, pero él se retiró en broma.

—He dicho que me la metas hasta el fondo y con fuerza —insistió Jenna.

Ryan se sumió en su interior y la besó. Luego arremetió con un poco más de fuerza. Jenna enroscó sus piernas alrededor de los muslos de Ryan e intentó notarlo hasta lo más profundo de su ser.

—Hablame, cielo —le susurró Ryan al oído—. Dime qué quieres que te haga.

Jenna sonrió.

—Quiero que me metas hasta dentro tu enorme polla.

Ryan pensó que iba a abrasarse. No podía creer lo excitante que era oírle decirle aquellas cosas. Quería más.

—¿Cómo es mi polla?

Ella puso los ojos en blanco y soltó una carcajada.

—Está bien, quiero que me metas tu enorme polla una y otra vez.

Las palabras de Jenna lo excitaron aún más e incitaron a su cuerpo a enviar más sangre a su miembro ya inflamado, hasta ponerlo duro como una piedra.

—Quiero que me folies con fuerza, rápidamente —insistió Jenna, participando en el juego.

Ryan la embistió con más fuerza, sonriente, y con el corazón latiéndole a toda prisa por la emoción.

—Jenna, me encanta que me digas esas cosas.

La recompensó hundiéndose en ella hasta el final. Jenna gimió complacida. Ryan empezó a moverse adelante y atrás, con fuerza y rápidamente, tal como ella le había pedido.

Jenna se aferró a las barras verticales del cabezal de madera de arce y se acopló a sus embestidas.

—Nunca antes me habías hablado así.

—Salvo aquella vez. Ahhh —exclamó, apretando con más fuerza sus piernas en torno a él y arqueándose para sentirlo aún más adentro—. Cuando eras Jake.

Ryan estuvo a punto de perder el compás por unos instantes, de perder incluso su erección, pero entonces ella lo apretó con sus músculos internos y gritó:

—Ryan, voy a correrme. Foliame con fuerza, hasta el fondo.

Ryan sintió que se avecinaba el orgasmo que acabó envolviéndolo por completo, mientras penetraba a Jenna a un ritmo rápido y constante. Jenna profirió un largo gemido de placer.

Ryan se derrumbó sobre Jenna; luego se hizo a un lado y tiró de ella para atraerla hacia sí. La abrazó de forma posesiva, obsesionado por el hecho de que hubiera pronunciado el nombre de su hermano. Nunca le había mencionado la existencia de Jake. Durante toda su infancia y juventud, la gente los había confundido. A veces, Ryan había tenido la sensación de carecer de una identidad propia. Cuando conoció a Jenna no quiso presentarle a Jake, no quería arriesgarse a que ella los confundiera, ni siquiera por un instante. Quería ser único y especial para ella.

Luchó contra el deseo de preguntarle por qué había mencionado el nombre de Jake, pues sabía que la respuesta le resultaría insoportable, aunque no tenía ni idea de cuál podía ser. Le acarició el cabello, aparcando sus dudas. Respiró profundamente y preguntó:

—Jenna, ¿me has llamado Jake antes?

—¿Quéé? —preguntó ella semidormida—. No, te he llamado Ryan. —Se acurrucó todavía más contra él—. Te quiero, Ryan.

Sus palabras resonaron en el corazón de Ryan. Jenna lo amaba. La estrechó con fuerza entre sus brazos. Debía de haber oído mal. Acababa de pedirle a la mujer que amaba que se casara con él y posiblemente eso, había disparado sus más profundas inseguridades. Su temor a que su mujer lo dejara por su hermano. Había ocurrido varias veces cuando él y Jake eran adolescentes. Pero no porque Jake le hubiera robado intencionadamente las novias. Simplemente, las mujeres parecían sentirse más atraídas por el carácter de Jake, que era más amante de las diversiones.

Su hermano había hecho una fortuna diseñando un juego de rol informático. ¿Cómo podía ser?! Se ganaba la vida divirtiéndose. ¿Cómo podía competir con algo así? El era Ryan, al que todos habían considerado siempre el serio, el que siempre dibujaba el palito de la t y le ponía los puntos a las íes. Ahora podría dejar de lado aquellas inseguridades. Jenna lo amaba. *A él*. Había elegido casarse *con él*.

Aunque lo cierto era que aún no había conocido a Jake. Y Ryan pretendía asegurarse de que no lo hiciera..., al menos hasta el día de su boda. Ni siquiera pensaba decirle que tenía un hermano gemelo. No era que no confiara en su relación, simplemente prefería ser cauto. O, para ser honestos, quizá albergara algunas dudas acerca de la relación con Jenna. Ella llevaba en su seno el hijo de otro hombre. No tenía sentido tentar al destino. Se relajó, deleitándose en la sensación de tenerla envuelta entre sus brazos.

—Oh, Ryan, soy tan feliz —dijo Jenna, tomándole la mano, colocándosela en el vientre y cubriéndola con la suya—. Vamos a tener un hijo.

El hijo de otro. Le torturaba la idea de imaginar a Jenna haciendo el amor con otro hombre. Al menos no había sido Jake. ¿Cómo podía haberla abandonado tanto tiempo? Había sido un estúpido. La besó en la coronilla.

—Hummm. ¡Qué bien! —exclamó Jenna, acercándose más a él.

Encontraría un modo de conciliar su vida laboral con su vida personal y asegurarse de que Jenna se sentía amada. No la perdería. No permitiría que ni Jake, ni nadie, la alejara de él.

Capítulo 6

Jake sostuvo en la mano aquel gran sobre sellado de color marrón mientras su mirada se perdía en la vista panorámica que se disfrutaba desde la ventana de su ático. Las luces de la ciudad titilaban a su alrededor.

No lograba dejar de pensar en aquella increíble mujer que lo había colmado de fantasías sexuales para toda una vida. Aurora.

Se le tensó el cuerpo al recordar el tacto de sus suaves manos sobre su torso y el brillo de deseo en sus ojos. Imaginó que la tenía delante, que se le acercaba, lo rodeaba con sus brazos y lo besaba. Al pensar en notar los carnosos labios de Aurora en contacto con los suyos, sus seductores senos apretados contra su pecho y sus pezones duros, se excitó. Sonrió al recordar la sonrisa picara de ella mientras descendía por su cuerpo y le desabrochaba los pantalones. Tuvo una erección al recordar sus deliciosos y pecaminosos labios rodeando su miembro, cada vez más abultado.

Maldita sea, cada vez que pensaba en ella, cosa que parecía incapaz de dejar de hacer, le ocurría lo mismo. Se sentía salvajemente excitado y terriblemente frustrado.

Quería volver a verla. Había estado a punto de desesperarse a medida que iban pasando las semanas tras su noche juntos. Tanto que al final se había rendido y había contratado a un detective privado para que la siguiera. Le había facilitado el número de la matrícula de Aurora. Hacía diez minutos, un mensajero le había entregado el primer informe.

Allí lo tenía, en la mano, en aquel sobre cerrado. Lo había esperado impacientemente, había soñado con desgarrarlo y arrancar el contenido de dentro, con abrir la carpeta y averiguar todo lo que necesitaba saber para ponerse en contacto con la mujer de sus sueños.

Clavó la mirada en el sobre, recorriendo el borde con los dedos.

Sin embargo, por alguna inexplicable razón, ahora que lo tenía delante no se atrevía a abrirlo. Se dio unos golpecitos con el sobre en la rodilla. Era una locura. Había pagado una buena suma por obtener aquel informe. Y lo que era más importante, iba a estallar de dolor. Nunca en su vida había deseado tanto a una mujer. La idea de no volverla a ver se le hacía insoportable, y no sólo por razones físicas. Cogió el abrecartas del escritorio, lo metió bajo la solapa del sobre y lo rasgó. Necesitaba encontrarla.

Puso bocabajo el sobre y asomó la punta de una carpeta de papel de manila de unos dos centímetros de grosor. La agarró con los dedos y tiró de ella. Una vez fuera, la depositó sobre el escritorio. Deslizó sus manos por encima de ella, saboreando aquel momento. En cuanto abriera aquella carpeta, podría levantar el auricular y telefonarla. La idea de volver a oír su voz lo removió por dentro. Mejor aún, podía subirse a su avión y volar a Ottawa aquella misma noche. Presentarse en su casa. Contemplar la mirada de sorpresa de ella.

Imaginó a Aurora abriendo la puerta y tropezando con él. Seguro que la sorprendería, pero ¿qué pasaría luego? ¿Se enfadaría? ¿Le molestaría? Quizá incluso se asustara y pensara que era un acosador.

Dio una palmada en la mesa. Se sentía frustrado. Le había dicho que no quería volver a verlo y, por mucho que detestara hacerlo, tenía que respetar sus deseos. Volvió a meter la carpeta en el sobre y empezó a dar vueltas por la habitación, con el informe en la mano. Al final, se desplomó en su sillón de piel, frente a la chimenea.

Dio otro puñetazo en la mesa. Maldita sea. No lo entendía. ¿Cómo podía no querer verlo? ¿Es que tan poco había significado aquella noche para ella?

Se pasó la mano por el pelo. No estaba siendo justo. Aurora le había dicho que el tiempo que habían pasado juntos había significado mucho para ella, pero que quería que quedara como un encuentro entre dos desconocidos que viven una noche de pasión. Sólo lo había utilizado para hacer realidad una fantasía sexual, pero lo cierto es que había sido franca en todo momento. No le había dado falsas esperanzas.

El corazón se le encogió. Quizá aquello estuviera bien para ella, pero él la echaba muchísimo de menos. Recorrió con los dedos el borde dentado y abierto del sobre. Pensaba en ella día y noche. La deseaba en cuerpo y alma. Y lo único que tenía que hacer era abrir aquel sobre. Todos sus secretos estaban allí dentro.

Le vino a la mente una imagen de Aurora quitándose el vestido rojo ceñido que llevaba y dejando a la vista sus pechos redondos y turgentes. Tuvo una erección. Se le tensó la bragueta del pantalón. Recordó el tacto de sus senos sedosos, de su pubis aterciopelado y húmedo cuando lo había recorrido con su lengua y luego había encontrado el botón de su clítoris entre los pliegues.

Se reclinó en el sillón, se bajó la cremallera y recordó cómo lo había tocado ella. Recordó cómo lo había acariciado con sus delicados dedos. Se metió la mano por dentro de los calzoncillos y se sacó la verga, acariciándose tal como Aurora lo había hecho, pero sus dedos gruesos y ásperos no eran iguales que los de ella. Se cogió la polla con fuerza y se masturbó pensando en los cálidos labios y en la boca de Aurora envolviéndolo. Aceleró el ritmo al recordar cómo se había metido su polla hasta la garganta. La idea de deslizarse en su cálida y húmeda vagina lo hizo eyacular al tiempo que emitía un gemido.

Oh, era tan sexy. Y había sido tan dulce. Recordó la sensación de tenerla enroscada junto a él en la cama, acurrucándose contra él. Se acordó de la agradable fragancia de su cabello. A fresas y coco. Recordó el delicado contacto de sus dulces labios en su piel.

Cerró los puños. Obsesionado. Estaba obsesionado.

Sacó un puñado de pañuelos de papel de la caja que había en la mesilla lateral y se limpió. Luego se embutió el pene flácido en los calzoncillos y se abrochó la cremallera.

Maldita sea. Se había enamorado de ella.

Era un hombre que se guiaba por sus instintos. No debería sorprenderle ser víctima de un flechazo. O de un primer encuentro sumamente erótico. Pero no sólo la amaba por el sexo. Y lo sabía. Le había gustado su espontaneidad, su sensualidad y sus ganas de divertirse. Era el tipo de mujer que siempre lo mantendría alerta, que no dejaría nunca de sorprenderlo. Decididamente, era su tipo de mujer. Y, además, había percibido en ella una enorme capacidad de amar.

El hecho de que hubiera hecho realidad sus fantasías sexuales le había revelado que se sentía cómoda con su sexualidad y que ambos mantendrían una relación sexual emocionante y llena de nuevas experiencias. Haría todo lo posible para que no tuviera que ir en busca de desconocidos que satisficieran sus fantasías. El sería el último extraño con el que tendría una aventura.

Es posible que Aurora no quisiera verlo, pero sus sentimientos también contaban. Simplemente por haberse enamorado, tenía derecho a volver a hablar con ella. Aunque tras su encuentro, ella hubiera decidido no darle otra oportunidad, sentía que estaba en su derecho de intentar conseguirla.

Sonó el teléfono. Se acercó a zancadas hasta el escritorio y descolgó el auricular.

—Hola.

—Hola, hermanito. ¿Qué tal?

Ryan. La mirada de Jake se posó en el sobre de lino gris, de Ryan, que tenía apoyado contra la fotografía de la familia que había en su escritorio. Sonrió al caer en la cuenta de que iría a Ottawa aquel fin de semana para la boda. Podía ir a ver a Aurora entonces.

—¿Lo has organizado ya todo con mamá y papá? —preguntó Ryan.

—Sí, ya he sacado los billetes. Los recogeré y los llevaré al aeropuerto.

Charlaron sobre detalles del fin de semana y el transporte. Su gata, Sam, subió de un brinco al escritorio y maulló, luego le buscó la mano con la cabeza, para que la acariciara. A medida que la conversación avanzaba, Jake decidió que no sería justo contactar con Aurora en breve.

Ryan por fin había resuelto su vida y había encontrado a una mujer a quien amar. Llevaba un año sa liendo con su prometida, y Jake se había preguntad si esta vez llegaría a atar el nudo o también la perdería, como a tantas otras antes. Ryan tenía tendencia concentrarse demasiado en el trabajo y no lo bastante en el amor.

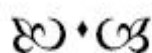
La ironía no le pasó por alto. Allí estaba él reflexionando sobre los puntos flacos de Ryan en sus relaciones amorosas. ¡Al menos su hermano no habí tenido que contratar a un detective para localizar una aventura de una noche!

Se despidieron y colgaron. Jake sonrió. Tomó a Sam con una mano, la puso sobre su hombro y le acarició el lomo, de la cabeza a la cola, con delicadeza. Su hermano iba a casarse. Se alegraba por él. Ahora mismo, en eso era en lo que tenía que concentrarse, en la boda de su hermano, no en su inestable vida amorosa. Ryan se merecía su atención sin paliativos, y si Jake se ponía a pensar en un futuro encuentro con Aurora, no estaría precisamente concentrado en su hermano y en la felicidad que había encontrado.

Esperaría hasta después de la boda. Fijó la vista en el sobre marrón que descansaba sobre la mesa y le dio unos golpecitos con el dedo índice.

—Pero ándate con cuidado, Aurora, porque después de la boda voy a ir en tu búsqueda.

Abrió el cajón de su escritorio y guardó dentro el sobre.



Jenna aparcó su coche en Nicholas Street, a la vuelta de la esquina del hotel, y metió una moneda en el parquímetro. Se alzó el cuello para protegerse de la lluvia y se fue

corriendo hacia el semáforo, esquivando los charcos más grandes. Cuando se puso verde, cruzó la ajetreada carretera y tomó rumbo oeste por Daly hasta la puerta del Westerly Inn. Al acercarse a la entrada, el portero le abrió y pudo ponerse por fin a cobijo. Se sacudió la cabeza y se ahuecó la melena, que se le había quedado un poco húmeda por la llovizna.

Atravesó el majestuoso vestíbulo, confundiéndose entre la multitud de huéspedes, hasta llegar a la oficina del director de catering, con un humor casi tan gris como el tiempo. Faltaban pocos días para la boda, y hacía tres semanas desde que no veía a Ryan. Debería haber regresado de París hacía tres días, con tiempo de sobra para ayudarla con los imprevistos de última hora, pero había pospuesto su regreso y no llegaría hasta mañana.

Por suerte, ella había cerrado el contrato de asesoría para Sanidad y Bienestar antes de lo previsto, de modo que tenía unos días libres para ocuparse de ultimar los detalles. Tenía que cerrar otro contrato para organizar un curso de formación para instruir a los empleados de una empresa de software local sobre las nuevas herramientas de una aplicación, pero había decidido no abordarlo hasta después de la luna de miel.

Era un proyecto muy interesante. La empresa, Quixote, conocía el trabajo de Jenna porque habían requerido sus servicios en varias ocasiones anteriormente y le habían permitido trabajar desde casa. No necesitaban el curso hasta dentro de seis meses y Jenna sabía que concebirlo no le llevaría más de dos, lo que le daba la oportunidad de tomarse las cosas con calma y tiempo libre si lo necesitaba. Y eso haría que no se sintiera estresada mientras que ella y Ryan se acostumbraban a la convivencia y se preparaban para el nacimiento de su hijo.

El repicar de sus tacones en el suelo de mármol se detuvo cuando atravesó el vestíbulo y empezó a caminar por la alfombra del pasillo que había a la izquierda de la recepción. Al acercarse a la puerta de roble de color castaño donde podía leerse la palabra CATERING en letras doradas, un hombre corpulento con un bigote oscuro y el pelo rizado salió al pasillo, delante de ella. Lo reconoció. Era el director del catering, el señor Deluse.

—Hola, señorita Kerry. Puntual como un reloj —la saluda, dándole un apretón de manos—. Es un placer volver a verla —añadió, mirando detrás de ella—. ¿Viene el señor Leigh con usted?

—No, me temo que no. Está en París.

El señor Deluse arqueó las cejas.

—¿Y no la ha llevado con él?

—Pues me habría encantado, pero nos casamos dentro de cuatro días... —contestó ella, encogiéndose de hombros.

—Claro, claro —convino el director del catering, halándole un gesto para que se sentara en una de las butacas de cuero de color granate que había frente a un escritorio—. Hay tantos detalles que ultimar. Pero no está bien...

No lo estaba. Le habría encantado ir. Y ni siquiera para ver París, sólo para volver a estar con Ryan. Se había marchado hacía dos semanas, pero hacía mucho más tiempo que había vuelto a desaparecer.

Y por si eso no fuera poco, con el embarazo, su cuerpo había empezado a experimentar algunos cambios desconcertantes. Al principio, había notado que sus pezones se le habían vuelto extremadamente sensibles. El mero roce de la tela la excitaba

sobremano. Un día, en el trabajo, se había rozado con el borde de una carpeta al ir a coger algo del estante superior de una estantería y se le habían puesto los pezones como pinchos. Había sentido un hormigueo intenso en los pechos y se había deslizado la mano bajo la chaqueta para acariciarse un pezón, imaginando que le hacía una felación a Ryan mientras él estaba sentado a la mesa de su oficina. Se había ruborizado, cuando su colega Sal había salido de la oficina y le había preguntado en broma si estaba soñando despierta. Por suerte, Jenna estaba de espaldas a la puerta, de modo que Sal no la había visto acariciarse. Desde entonces, la cosa había ido a peor. Con la alteración de las hormonas en su organismo, parecía estar excitada en todo momento. En cuanto Ryan regresara a casa iba a arrojarlo sobre la cama y follárselo como una loca.

—Nuestro chef de pastelería ha creado un nuevo postre que le gustaría que probara para incluirlo en el banquete. En unos momentos, nos enviará una porción para catarlo.

Jenna se revolvió en la butaca, luchando por quitarse de la cabeza las imágenes de Ryan tumbado boca arriba en la cama y ella cabalgando sobre su gruesa y dura verga. Sin embargo, la sensación imaginaria de notar su barra de acero rozando sus sensibles paredes vaginales parecía no querer abandonarla.

El señor Deluse abrió el archivador que había sobre su escritorio, etiquetado con sus apellidos, Kerry —Leigh. La miró.

—¿Se encuentra bien, señorita Kerry? Está sonrojada.

Al oír aquellas palabras, se puso como una grana.

—Estoy bien —farfulló.

Las palabras del señor Deluse le cayeron como un jarro de agua fría y por fin consiguió expulsar de su cabeza aquellas distracciones sexuales. El siguió mirándola unos instantes, con cara de preocupación, antes de dirigir sus castaños ojos de nuevo a los papeles.

—He ordenado que dispongan una cesta de flores en la habitación de su madre, tal como solicitó el señor Leigh —continuó—. Estará allí cuando llegue esta noche. El chef está montando una bonita cesta de frutas selectas para la habitación de su padre, para mañana. Tiene un prometido muy considerado.

Ryan era considerado, de eso no cabía duda..., siempre que estaba presente. Se encolerizó al pensar que Ryan la había abandonado, haciendo que se sintiera sexualmente tan frustrada.

El señor Deluse rebuscó en el cajón archivador unos segundos y luego la miró con el rostro casi tan atribulado como el de la propia Jenna.

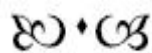
—Quería revisar con usted los diseños de los centros de mesa, pero parece ser que mi ayudante se ha llevado la carpeta. Discúlpeme un segundo, tenga la amabilidad.

Se puso en pie y salió apresuradamente de su despacho. Jenna se ensimismó en sus pensamientos.

Ryan había estado fabuloso las primeras semanas después de pedirle matrimonio. Se había mostrado sumamente atento, y habían pasado juntos todas las noches y los fines de semana. De hecho, casi había llegado a sentirse agobiada... Pero no realmente... No podía permitírselo, viéndole esforzarse tanto. Entonces se hizo evidente que había dejado de lado el trabajo en la oficina y las cosas habían empezado a descontrolarse.

El ayudante de Ryan lo había llamado una noche mientras él había salido a comprar una pizza. Según parecía, Ryan había estado posponiendo sus viajes a Toronto, donde necesitaba concretar los planes para otro proyecto de desarrollo de software para Bryer Associates, y tenía un archivador lleno de informes que había de leer y a los que debía responder para que el personal pudiera seguir trabajando como era debido. Además, tenía un nuevo encargo que requería su atención y le exigía viajar a París. Jenna no conocía todos los detalles, pero estaba segura de que ella tenía que ver con todo aquel desbarajuste. Cuando Ryan había regresado con la cena le había dicho que tenía que ocuparse de su empresa. No quería que todo su proyecto se hundiera por culpa de ella. No sería bueno para ninguno de los dos. Por desgracia, Ryan se tomó aquella recomendación como un permiso para ignorarla por completo.

Se detuvo al pensarlo, pues sabía que no estaba siendo del todo justa. Ryan estaba intentando atar un montón de cabos sueltos y arrancar el tema de París a tiempo para que su ayudante y el personal pudieran ocuparse del asunto. De ese modo, no requeriría toda su atención después, y él podría concentrarse en ella y el bebé. El plan era que, para la fecha de la boda Ryan se hubiera desembarazado de una cantidad de trabajo considerable y realizara una jornada laboral normal, una jornada que le permitiera tomarse libre las noches y los fines de semana para pasar tiempo con ella y el bebé, una vez naciera. Jenna esperaba que todo saliera según lo planeado.



Jake cogió la tarjeta electrónica que le entregó el recepcionista del hotel y se dirigió a los ascensores. Le hizo señas para que se fuera al botones que se había ofrecido a llevar su equipaje. Sólo tenía una pequeña maleta de cabina. Le habían perdido el equipaje en el avión. Ése era uno de los motivos por los que prefería volar en su jet privado cuando venía a Ottawa. Sólo que esta vez había volado con sus padres, y bajo ninguna circunstancia su madre habría subido a su pequeño avión privado, pues prefería la comodidad y la estabilidad de los vuelos comerciales.

Jake le pidió al taxista que dejara a sus padres en casa de Ryan y luego continuó su trayecto hasta el hotel. Ryan seguía en París, pero sus padres tenían una llave de su casa. Era curioso que Ryan no le hubiera invitado a hospedarse allí, como solía hacer. Probablemente se debiera a los nervios previos a la boda. Aunque quizá la razón fuera que Jake siempre había declinado educadamente su oferta y se había alojado en un hotel. No era que no quisiera a su hermano, pero prefería contar con su propio espacio.

En cualquier caso, con sus padres allí, acabarían volviéndose todos locos, especialmente si su madre empezaba a explicarle con todo lujo de detalles a Ryan los éxitos de Jake, cosa que seguro que haría. Jake sabía que Ryan era consciente de lo bien que le había ido con el Finale Alley, el juego informático de rol que Jake había programado por diversión y que se había hecho sumamente popular. De hecho, se había convertido en el juego de ordenador más vendido de toda Norteamérica. Jake sabía que había sido un golpe de suerte, pero Ryan parecía creer que Jake tenía una experiencia empresarial o un conocimiento del mercado superior, o algo por el estilo. Jake sabía que había sido una cuestión de instinto, un instinto que su hermano también poseía, aunque no fuera

consciente de ello. De hecho, lo único que Ryan tenía que hacer era dejar de darle mil vueltas a todo y seguir los dictámenes de su corazón.

Al atravesar el vestíbulo en dirección a los ascensores divisó a una joven vestida con un traje chaqueta azul. Clavó la mirada en sus largas y torneadas piernas, que alcanzaba a ver fugazmente a través de la raja central de su larga y recta falda al caminar. La recorrió con la mirada de pies a cabeza, siguiendo el contorno de su falda, la línea de su chaqueta sastre, deteniéndose un instante en su esbelta cintura y luego deleitándose en sus generosos pechos. Era sensacional. Continuó repasándola, siguiendo la suave línea que su melena morena y brillante dibujaba en sus hombros, y llegó a su rostro.

Capítulo 7

Jake sintió una punzada en el corazón y a punto estuvo de tropezar.

—Aurora.

La mujer volvió la vista hacia él y se detuvo, abriendo los ojos como platos.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

A Jake se le paró el corazón. ¿Se pondría hecha una luria? Pero entonces ella le sonrió lentamente, con dulzura, y él se relajó.

Aurora se acercó a él, atravesando los escasos metros que los separaban, con una sonrisa deslumbrante. Se inclinó hacia él y le puso la mano sobre el brazo. Al notar sus dedos, a Jake lo recorrió un escalofrío. La fragancia de sus cabellos y el calor embriagador del cuerpo de Aurora lo aturdieron.

—Me has llamado Aurora —le murmuró al oído—. ¿Significa eso lo que creo? —preguntó, arqueando las cejas.

Por supuesto que la había llamado Aurora. ¿Cómo si no debía llamarla? ¿Tal vez hubiera preferido que la llamara «cariño» o «cielo»? Desde luego no iba a llamarla «gatita» o algo por el estilo a voz en grito en medio de aquel vestidor atestado de gente. Pero, claro está, con todo aquel tema de las fantasías no estaba seguro de no poder hacerlo. Lo que estaba claro es que Aurora sabía cómo desconcertarlo.

—¿Qué crees tú que significa? —le preguntó.

Aurora bajó la mirada hacia la mano de Jake y dio unos toquitos a la tarjeta de su habitación, sonriendo abiertamente.

—Pues, según parece, significa exactamente lo que creo que significa —aclaró, cogiéndolo del brazo y dirigiéndose al ascensor—: una noche de sexo ardiente entre Aurora y Jake.

A Jake se le hinchó la polla al oír aquellas palabras.

Aurora le apretó el brazo mientras caminaban, rozándole con sus tentadores pechos.

—¡Eres tan considerado! ¡Era justo lo que necesitaba!

Así que ella también lo necesitaba. Se le aceleró corazón, confiando en que aquello supusiera una oportunidad para convencerla de iniciar una relación con él. Le apretó el brazo.

—Me alegro —dijo.

Jake dio un paso al frente y pulsó el botón de llamada del ascensor, rezando. Al regresar junto a él le rozó el pecho y eso le bastó para notar cómo se endurecía el pezón mientras se le escapaba un suavísimo gemido de los labios. La miró a la cara. Tenía los ojos entrecerrados y las mejillas encendidas. Lo buscó con los ojos, unos ojos oscuros e intensos que rezumaban sensualidad. Jake sintió una descarga de adrenalina al pensar en lo que

ocurriría cuando entraran en la habitación. Rezó para que el ascensor llegara pronto. Aurora se le acercó y le propinó un beso en la mejilla mientras esperaban.

Sonó una campanilla: el ascensor había llegado. Se apartaron a un lado para dejar que salieran los cinco ocupantes. Una mujer con una adolescente y un niño de unos diez años a la zaga entraron en el ascensor, seguidos de Aurora y Jake. También entró una pareja de ejecutivos, justo antes de que las puertas se cerraran.

Jake miró la funda de su tarjeta para comprobar el número de su habitación, que estaba escrito a mano. Era la mil quinientos veinticinco. Pulsó el botón pertinente. Al notar el dulce cuerpo de Aurora apoyado en el suyo se excitó. Sólo el hecho de viajar con otras personas en aquel ascensor lo frenó de tomarla entre sus brazos y repetir su último trayecto en aquel cubículo. El recuerdo de penetrarla mientras observaba su rostro de placer en la pared de espejo lo incomodó, pues notó que su verga luchaba por escapar del pantalón. El ascensor se detuvo en la sexta planta y salió un hombre. La familia lo hizo en la décima. En la planta número quince, mientras la puerta se deslizaba, rodeó a Aurora con el brazo y salieron del ascensor. Las puertas se cerraron tras ellos.

Las suites estaban en los extremos del pasillo, pero había dos por planta, una a cada lado, y Jake comprobó en el letrero de la pared frente al ascensor hacia dónde debían dirigirse. La mil quinientos veinticinco estaba a la izquierda. Mientras avanzaban por el pasillo, se soltó el cuello de la camisa, sintiendo un súbito ataque de calor. Esta vez quería asegurarse de volver a verla.

Aurora lo cogió del brazo y él colocó su mano sobre la de ella.

—Hay algo de lo que necesito hablar contigo —le dijo.

Aurora lo miró y por un instante se apagó el brillo de sus ojos.

—¿En serio? ¿Algo que no puede esperar? —preguntó, mirándolo con aquellos ojos azules abiertos de par en par—. He estado muy tensa estos últimos días y me encantaría que simplemente disfrutáramos de la compañía mutua antes de solucionar algo.

Por primera vez, Jake observó que parecía cansada. Tenía la mandíbula tensa y ojeras. Se preguntó qué debía inquietarla, pero decidió dejar las preguntas para más tarde.

—De acuerdo —convino.

Se detuvieron frente a la puerta de la habitación

—Hace tanto que no nos vemos. Te he echado de menos —dijo Aurora, rodeándole la cintura con el brazo y apoyando la cabeza en su hombro mientras que él deslizaba la tarjeta por la ranura.

En el interior de Jake se desató un tornado. Las emociones se le arremolinaron. Aurora lo había echado de menos. Su confianza en que accediera a continuar su relación había pasado una nueva pantalla. Con un poco de suerte, incluso se embarcarían en una relación a largo plazo. Con mucha suerte, para siempre.

Abrió la puerta de un empujón. En cuanto entraron y cerraron la puerta, ella lo rodeó con los brazos. Él dejó la bolsa en el suelo y la atrajo hacia sí.

—Te he echado tanto de menos —repitió ella, tomándole el rostro entre las manos y besándolo intensamente.

Se acurrucó contra él. Jake se quedó de pie, acariciándole la espalda y sintiéndola entre sus brazos mientras ella lo abrazaba con fuerza por la cintura.

—¿Va todo bien, cariño?

Aurora lo miró y estuvo a punto de que se le saltaran las lágrimas. Asintió.

—Te quiero tanto.

Se le cortó la respiración. ¿Lo quería? Una enorme sonrisa iluminó su rostro. La mujer a quien amaba le correspondía. ¿Qué más podía pedirle a la vida? La estrechó contra sí con tanta fuerza, que de repente temió estrujarla. La soltó y miró su dulce rostro, ese rostro que lo había acechado en sus sueños.

—Amor mío, yo también te quiero.

Quería espetarle que quería casarse con ella, que quería vivir con ella para siempre, pero se contuvo. Ahora tenía tiempo y lo emplearía en conocerla y construir una relación de confianza y amor entre ambos, que sirviera de base para una vida juntos.

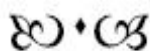
Aurora se apartó de él. Tenía los ojos llorosos. ¿Lloraría acaso porque no había tenido medio de dar con él? ¿Habría pensado tal vez que nunca más volverían a verse? Lo embriagó una sensación de máxima satisfacción al pensar que Aurora lo había echado tanto de menos. Sacó su pañuelo y le secó las mejillas. Luego se lo entregó y Aurora se enjugó los ojos.

—Lo siento, estoy un poco sensible últimamente.

—No pasa nada —la reconfortó él, acariciándole con ternura la mejilla—. Tienes derecho a estarlo.

Aurora lo tomó de la mano. A Jake se le encogió el alma al verla mirarlo con aquel brillo en los ojos. Lo besó, con un delicado roce de labios, y luego le sonrió picaramente. Deslizó sus manos hasta el botón superior de su chaqueta y lo desabrochó; continuó con el segundo, el tercero y, por fin, el último. Lo agarró por la corbata, justo por debajo del nudo, y lo arrastró hacia la cama.

—Y ahora, Jake... —dijo, desanudándole la corbata, quitándose la chaqueta y arrojándola al suelo—... vamos a divertirnos.



Jenna no podía creer que Ryan le hubiera dado la sorpresa de regresar antes de París. Justo cuando empezaba a temer que volviera a descuidarla, hacía algo así. Y encima había vuelto a enfundarse en la piel de Jake. Era fantástico.

Se desabrochó el botón trasero de la falda y se deslizó por las caderas, dejando que cayera arruga en el suelo. Aunque «Jake» no era exactamente desconocido, tampoco era «el de siempre», de modo que ella podía comportarse de forma diferente. Ser atrevida y salvaje.

Jugó con el botón superior de su blusa, hasta desabrocharlo, al fin. Se abrió las solapas para dejar a descubierto parte de su escote, y luego se dio media vuelta y contoneó las caderas. Se inclinó hacia delante para recoger su falda, al tiempo que ofrecía a Jake una visión de su trasero, que empezó a menear provocadoramente.

Jake se puso en pie tras ella y colocó las palmas de sus manos sobre las nalgas de Aurora, cubiertas por unas braguitas de puntilla, pero ella se alejó de él contoneándose y lanzó su falda a la silla más cercana. Se dio media vuelta y se desabrochó el segundo botón y el tercero... mientras contemplaba cómo se intensificaba la mirada ardiente de Jake.

Finalmente se deslizó la blusa de seda por los hombros, la hizo girar rápidamente en alto y se la lanzó sobre la cabeza. El se la quitó lentamente, se la llevó a la nariz y la olió.

—Huele deliciosamente... a mujer dulce y sensual. La arrojó a un lado y se acercó a ella, decidido. La tomó por la cintura y la atrajo hacia sí. Notar sus fuertes manos en su talle, hizo que una ola de calor embriagara a Aurora, por dentro y por fuera. Se aproximó a él para devolverle el beso que le ofrecía. Sus labios se rozaron y la excitación estalló entre ambos. El beso se volvió cada vez más cálido y apasionado, tan distintos a los besos delicados, tiernos y casi temerosos que Ryan le había dado desde que había descubierto que estaba embarazada.

El sexo con él había pasado a ser dulce y tierno. Mecánico. Casi aburrido. Jenna echaba de menos el sexo salvaje y emocionante que habían compartido cuando él había encarnado su fantasía..., tanto que había reunido el valor de preguntarle a su médico si podían tener relaciones sexuales un poco más... intensas. El ginecólogo se había reído y le había asegurado que tener sexo apasionado no sólo no era perjudicial, sino que le sentaría magníficamente.

Y ésa era la respuesta que más habría podido complacerla, porque lo que más deseaba en aquellos momentos era tener sexo caliente, tórrido, sucio. Quería que Ryan se sumiera tan dentro de ella que la sensación la acompañara hasta la semana siguiente. Quería que la penetrara hasta que todo el cuerpo se le estremeciera en un orgasmo que nunca olvidaría.

Le acarició el torso. Recordando la última sesión verdaderamente erótica que habían compartido, le agarró de la pechera de la camisa y se la desgarró. Los botones saltaron por los aires. A Jenna le había parecido tan sexy cuando Ryan había hecho aquello la última vez.

Jake sonrió.

—Vaya, cielo, eres una fierecilla.

—Hummm, ya lo sabes.

Le besó la base del cuello y luego descendió hasta su diminuto pezón. Juguetearon con él hasta que se le puso duro como un haba, describiendo círculos a su alrededor con la lengua. Deslizó las manos hasta su sólido abdomen de Jake y luego por dentro del elástico de sus calzoncillos. Jake se desabrochó apresuradamente el botón y la cremallera de los pantalones mientras los dedos de Aurora encontraban y rodeaban su tenso miembro. La hebilla del cinturón tintineó al chocar los pantalones contra el suelo. Aurora le lamió juguetonamente el otro pezón y luego deslizó la boca por el cuerpo de Jake hasta llegar a su pene, que crecía rápidamente, con la punta inflada y morada. Lo lamió, deslizando la lengua bajo la corona. Sonrió al oír su gemido. Lentamente, le rodeó la polla con los labios y fue deslizándolos hasta cubrirla por entero con su boca. La succionó y la apretó suavemente unas cuantas veces antes de continuar resbalando sus labios por su verga y metérsela hasta la garganta.

—Oh, sí —gimió él, acariciándole el cabello cariñosamente.

Aurora lo succionó, adelante y atrás, agarrándolo de las nalgas con fuerza. Le encantaba sentir sus músculos tensándose bajo sus manos. Continuó chupándolo hasta que Jake estuvo a punto de estallar y entonces lo soltó. Tomó entre sus manos su

maravilloso pene y continuó masturbándolo mientras le besaba los testículos. Se los metió en la boca y los chupó. Jake no pudo reprimir los gemidos.

Aurora se detuvo, pues no quería que se corriera aún, le recorrió la verga con la lengua y le estampó un beso en la punta. El pene de Jake se agitó mecánicamente. Aurora se puso en pie lentamente, aplastando su cuerpo contra el abdomen y el torso de Jake, rozándolo con sus pechos. Los pezones le dolían de placer.

—Jake, te deseo. Quiero que me folles con fuerza ahora mismo.

Jake le había dicho muchas veces cuánto le gustaba oírle decir aquellas cosas y Aurora se sentía muy sexy haciéndolo.

—Quiero que me metas esa polla tan enorme que tienes hasta el fondo.

Se quitó las braguitas, las arrojó a un lado y se tumbó en la cama boca arriba, con las piernas abiertas. Se deslizó las manos por el vientre y se cogió los pechos, aún cubiertos por el sujetador de encaje negro. El se arrodilló en el suelo, delante de ella. Le acarició los muslos, en sentido ascendente, rodeó con sus manos su húmeda y caliente vulva, y la agarró por la cintura. Aurora se desabrochó el broche delantero del sujetador y se lo abrió. Se buscó con los dedos los pezones, llamativamente erectos, y se los estiró.

Jake la observaba completamente fascinado.

—Oh, cariño, eres tan sexy.

Le besó la barriga, sin apartar ni un momento la vista de sus atareados dedos y luego le deslizó la lengua en el ombligo, dentro y fuera, como si estuviera penetrándola con ella. Aurora se estremeció al pensarlo. Se sentía sucia y salvaje sólo de pensar en las guarradas que se le ocurrían. Se llevó las manos al cabello, abandonando sus pechos. Entonces fue Jake quien los cubrió, apresando un pezón en su cálida y húmeda boca. Aurora sentía un anhelo embriagador.

—Oh, Dios, Jake —exclamó, con una voz teñida de desesperación. Estaba tan excitada...—. Foliame, foliame ya —suplicó, ruborizándose aún más.

No daba crédito a haber pronunciado aquellas palabras en voz alta, pero lo cierto es que la habían excitado y cada vez sentía una necesidad más apremiante de sentirlo dentro. Le cogió la polla y empezó a masturbarlo rápidamente. La suave piel de niño de Jake se deslizaba fácilmente sobre la barra de acero que recubría.

—Estoy tan caliente. Foliame, por favor, cariño —gritó Aurora.

A Jake se le hacía la boca agua ante la perspectiva. Trepó a la cama y le apartó los muslos con las rodillas.

—¿Cómo has dicho que querías que te follara?

—Con fuerza, ahora mismo.

Jake le besó el cuello y el lóbulo de la oreja. Aurora notó cómo buscaba con su pene erecto el orificio entre sus suaves pliegues.

—De hecho, me has pedido que te follara con fuerza y ahora mismo, y luego que te metiera mi enorme polla hasta el fondo —le susurró al oído, con el aliento entrecortado, haciéndola estremecerse por dentro.

—Sí, sí —murmuró ella, arqueando la pelvis y apresando su polla dentro de ella—. Hazlo.

El apartó su polla, le acarició la ranura con el dedo y luego se lo metió dentro.

—No te preocupes cariño. Estoy muy mojada.

Jake sonrió.

— Así que hoy estás siendo una chica mala, ¿no es verdad? —le dijo, besándola, antes de susurrarle—: Me encanta.

Ella le tomó el rostro entre las manos, lo miró fijamente a los ojos y le dijo:

— Entonces dame lo que quiero.

Jake se rió.

— Ahora mismo.

Aurora sintió que su pene volvía a entrar suavemente dentro de ella y contuvo el aliento al sentir cómo la empalaba de una fuerte embestida.

— Oh..., Dios mío...

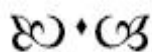
Jake se dejó caer sobre ella, y Aurora notó la corona de su pene se frotaba contra las paredes de su vagina estimulando deliciosamente cada centímetro de su ser, en su avance. Volvió a embestirla y ella gimió mientras se arqueaba para acoplarse a su ritmo.

— Oh, Jake, folíame rápido.

Volvió a penetrarla.

— Y con fuerza.

La penetró una y otra vez, con un vigor y una intensidad que Aurora no había experimentado nunca antes. Se prendió un fuego en su interior. Ardía. Estaba fuera de control. Aquel calor la embriagó hasta que finalmente la hizo gritar de placer, abrasándole el cuerpo. Pareció estallar en una catarata de chispas electrizadas y, justo cuando aquel orgasmo empezaba a desvanecerse, Jake volvió a embestirla, dibujando círculos con las caderas y penetrándola rápidamente hasta llevarla de nuevo al climax. Se combó mientras que el calor ardiente de sus orgasmos iba disminuyendo.



Jenna se quedó tumbada, acurrucada entre los brazos de Jake, saboreando la sensación de sentirse abrazada por su prometido. Había estado haciéndole arrumacos un largo rato, besándola, acariciándola y disfrutando del arrebol hasta que al final se había quedado dormido. A Jenna le encantaba escuchar el ritmo profundo y lento de su respiración. Al final, se había zafado del brazo con el que le había rodeado las caderas y había logrado ponerse de pie sin despertarlo.

Fue al baño, se lavó y se cepilló el cabello. Después, recogió su ropa y fue alisándosela a medida que se la iba poniendo. Al avanzar sigilosamente hacia la puerta vio una bonita cesta con frutas sobre el tocador, junto al televisor. Era exactamente igual que la que Ryan había solicitado para su padre y su hermano, que llegaban ese mismo día de Montreal. Vio una copia de la invitación a la cena de ensayo enganchada a la cinta con la cara del mapa hacia arriba. Le dio la vuelta. ¿Por qué tendría aquello allí? Cogió la tarjeta y, justo cuando iba a darle la vuelta, el frufrú de las sábanas llamó su atención.

Jake se sentó en el borde de la cama, con los pies en el suelo.

— ¿Qué haces? —preguntó.

— Tengo que irme —respondió ella, calzándose los zapatos.

—No, espera. No te me escapes —le suplicó él, poniéndose en pie y acercándose a ella, con la luz de la lámpara refulgiendo sobre su cuerpo desnudo—. Teníamos que hablar.

Jenna frunció el ceño.

—Es verdad. Se me había olvidado —dijo, consultando la hora en su reloj: eran las seis y treinta y cuatro—. Lo siento mucho, pero tengo que irme ahora mismo. Voy a recoger a mi madre al aeropuerto. Le prometí que cenaría con ella esta noche.

—Está bien —dijo él, rascándose la cabeza—. ¿Y podemos vernos mañana?

Aurora sonrió. Era tan mono... Seguía interpretando su personaje.

—Claro.

A menos que se le hubiera olvidado que la cena de ensayo era al día siguiente.

—¿Por qué no cenamos? —insinuó ella.

—Hummm. Tengo la cena de ensayo de la boda de mi hermano mañana. Se casa el sábado.

Era tan mono...

—¿En serio? ¿Tu hermano?

—Supongo que no le importará que vaya acompañado.

Aurora dio un paso hacia él y le acarició el torso desnudo. Se detuvo en el vello del pecho y luego descendió, deleitándose en la turgencia de sus definidos abdominales. El hotel de París debía de tener un gimnasio excelente. Sonrió. Quizá había hecho ejercicio cada día para aliviar la tensión de no estar con ella.

—Estoy segura de que a nadie le importará que aparezcas acompañado —susurró, dándole un mordisquito en el lóbulo de la oreja, y añadió en un susurro—: De hecho, estoy segura de que esperan que lo hagas.

—Desde luego, mi madre se sentiría muy feliz.

Jenna soltó una carcajada. Todavía no conocía a su madre. Lo haría mañana, durante el ensayo general. Esperaba causarle una buena impresión.

Al pensar en madres, le dio un beso en la mejilla y se apresuró hacia la puerta.

—Tengo que irme. De verdad.

—Espera, necesito que me des tu dirección para pasar a recogerte.

Soltó otra carcajada.

—No, está bien. Vendré directamente después de la reunión —indicó, abriendo la puerta—. Quedamos aquí, en la sala de baile de otoño a las seis —aclaró, cerrando la puerta al salir.

Jake permaneció incrédulo con la mirada clavada en la puerta. ¿Cómo diantre lo sabía? Entonces posó la vista en la cesta que Aurora había estado mirando. Cogió el pequeño sobre del pinchapapeles y extrajo la tarjeta.

Querido Jake:

Puesto que no vas a estar en mi casa, he pensado que esto podría hacer tu habitación más hogareña. En la invitación encontrarás las indicaciones del lugar y la hora para mañana.

Ryan

Leyó por encima la tarjeta de color rosa pálido atada a la cinta. Por eso lo sabía. Había leído la invitación. Era una chica lista. Se moría de ganas de presentársela a su madre. Estaba convencido de que le encantaría.

Capítulo 8

Jenna y su madre pasaron junto a las altas palmeras del espacioso vestíbulo situado en la planta superior del Westerly Inn. Ella y Ryan habían reservado una habitación con vistas al río para aquella tarde, y habían convocado a sus padres, a sus hermanos y a los padrinos para reunirse allí antes del ensayo general. A juzgar por las voces que se oían dentro, algunos de ellos ya habían llegado.

—Vaya, es preciosa, cariño —dijo su madre al entrar.

Los ventanales integrales ofrecían una vista magnífica del río y de las montañas que se alzaban en la distancia. Un cuarteto de cuerda tocaba música melódica de fondo.

—Sal a ver las vistas —insistió Jenna.

Condujo a su madre hasta las puertas dobles que daban a un balcón, pues estaba segura de que le encantarían las flores que había en las grandes macetas. Jenna no conocía el nombre de aquellas grandes llores violetas, pero estaba segura de que su madre se lo diría.

Mientras abría la puerta para dejar pasar a su madre, divisó a su padre y a Shane acercarse. Por el modo en que su madre se aferró a su brazo, supo que ella también los había visto.

—No me apetece nada hablar con él ahora.

—Sabes que vas a coincidir con él en algún momento mañana o pasado. Sin ir más lejos, durante la sesión fotográfica de la boda.

—Ya lo sé, cariño. Pero ahora no tengo ganas.

—Está bien, me lo llevaré a otra parte.

Su madre salió al balcón y Jenna cerró la puerta tras ella. Le había encantado que su madre no se sintiera incómoda cuando aparecía su padre. Jenna sabía que la ruptura de su matrimonio tenía algo que ver con el hecho de que su madre se hubiera enamorado de otro hombre. No es que ella se lo hubiera confesado, pero no era difícil imaginarlo, puesto que empezó a ver a otro hombre poco después de la separación y se casó con él a los seis meses de divorciarse. Jenna había aprendido a querer a su padrastro, Henry. Pero desde su muerte siete años atrás había albergado secretamente la esperanza de que sus padres se reconciliaran. Suspiró. Sabía que tenía que enfrentarse a la realidad. Su madre estaba convencida de que su padre jamás la perdonaría por haberlo traicionado. Y quizá estaba en lo cierto. ¿Cómo podía sobrevivir una relación a este tipo de traición?

—Jenna —la saludó su padre, acercándose a ella con los brazos abiertos.

Jenna sonrió y lo abrazó.

—Papá, me alegro tanto de volverte a ver. —Lo abrazó con fuerza—. ¿Qué tal el vuelo desde Vancouver?

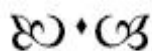
—Largo, como siempre.

—Hola, hermanita.

Volvió la vista y vio a Shane acercarse a ellos. Le sonrió y se abalanzó en sus brazos. Shane le dio un abrazo de oso que casi la dejó sin respiración.

—Hola, hermanito.

Shane había estado trabajando en Australia durante el último año y lo había echado muchísimo de menos. Había regresado la semana anterior, pero, como vivía en Toronto, aún no lo había visto. Jenna y Ryan habían pospuesto la boda un par de semanas para hacerla coincidir con el regreso de Sháne. Jenna estaba encantada de que todo hubiera salido tan bien. De haberse casado un par de meses después, ya se le habría notado la barriga. Le dio un fuerte beso y lo tomó del brazo.



Jake entró en la habitación y echó un vistazo alrededor en busca de Ryan o de sus padres. Quería mencionarles que había invitado a Aurora antes de que ella llegara. Barrió la estancia con la mirada, divisando a su paso a una docena de invitados más o menos, y luego posó la vista en tres personas que había junto a las puertas del balcón. Un hombre mayor y una pareja abrazándose. Cuando se separaron y vio que se trataba de Aurora, se le agarrotó el cuerpo. El hombre le deslizó el brazo alrededor de la cintura. Sintió un arrebato de ira y celos al contemplar la escena. Estaba atónito. ¿Cómo demonios conocía Aurora a aquella gente? Apretó los puños. Estaba claro que aquella mujer no necesitaba conocer a un hombre antes de seguirlo a su habitación y hacerle el amor. De hecho, ¿no era eso lo que había hecho con él mismo, un completo desconocido, hacía sólo un par de meses?

—Eh, Ryan, ¿qué tal estás? —lo saludó la mujer que había visto con Aurora la noche en que se conocieron, acercándose a él.

¿Qué demonios hacía aquella mujer allí? ¿Por que la habría invitado Aurora?

—No soy Ryan. Soy su hermano, Jake.

—¿Jake? Claro, ¿cómo no?

Jake prefirió pasar por alto su tonillo de sorna y miró en dirección a Aurora.

—Cindy, ¿te llamabas así, no? —le dijo, señalando a Aurora—. ¿Quién es ese tipo?

Cindy miró hacia donde apuntaba Jake y sonrió.

—Ah, claro, aún no conoces a su familia. Es su hermano, Shane. Y el hombre mayor es su padre.

Se sintió infinitamente aliviado. Pero luego se preguntó, confuso, por qué habría invitado Aurora a toda su familia y a su amiga a su cita. Se volvió hacia Cindy.

—¿Y qué haces tú aquí? —le preguntó en tono afable.

—Bueno, soy la mejor amiga de la novia y su dama de honor. No me lo perdería por nada del mundo.

Jake enarcó las cejas ante aquella asombrosa coincidencia.

—¿Conoces a Jenna Kerry?

Cindy le dio un golpecito en el brazo con el puño.

—Vaya, Ryan, hoy estás de guasa, ¿eh?

—Ya te he dicho que no soy Ryan. Soy Jake, su hermano gemelo. Somos idénticos.

Cindy estalló en carcajadas, pero Jake concentró toda su atención en Aurora, que, al verlo, se acercó a él, cimbreado suavemente sus caderas y hechizándolo con aquella sonrisa luminosa suya.

—Hola.

Su murmullo grave y sensual le recordó las cálidas sábanas y su piel desnuda. Lo miró con ternura, con aquella mirada cálida y resplandeciente tan suya.

—Hola —la saludó, con una delicadeza en la voz que transmitía claramente que estaba enamorado de ella.

Cindy soltó una carcajada.

—Vaya, y tú intentándome convencer de que no eras Ryan. Sólo hace falta veros. Parecéis un par de tortolitos de luna de miel. ¡Mira qué forma de miraros...!

Aurora miró a su amiga de soslayo, con una sonrisa divertida en los labios.

—¿De qué demonios hablas, Cindy?

—Nada, tu amorcito, que intentaba convencerme de que su nombre es Jake. —Cindy se acercó a ella—. Creo que intenta tenderte una trampa para volver a revivir aquella fantasía.

Aurora soltó una risita.

—Ya lo hemos hecho.

Cindy repasó a Jake con la mirada y luego sonrió picaramente.

—Pues ya me lo puedes estar explicando.

Aurora le pegó un manotazo en el brazo.

—Cindy, eres terrible. No lo sonrojes.

Agarró a Jake del brazo y lo alejó de Cindy, riendo por lo bajo.

—Si intentas raptarme de la fiesta —dijo—, creo que deberías aguardar a que concluyan las celebraciones.

El la agarró por la cintura.

—Haré todo lo posible para esperar hasta entonces. —La tomó de los brazos y la atrajo hacia sí—. Pero para lo que no puedo esperar es para esto.

Un leve murmullo de aprobación recorrió la pequeña multitud que los rodeaba cuando Jake la tomó entre sus brazos y la besó con toda la pasión del alma. Aurora se deshizo en sus brazos. Movié su boca al ritmo de los suaves y dulces labios de él. Jake notó que la sangre le hervía y pensó que la espera le costaría más de lo que imaginaba.

La amiga de Aurora, Cindy, contuvo el aliento.

—Oh, Dios mío —dijo—. Vaya, hola, señora Leigh, señor Leigh. ¿Han tenido buen viaje? —preguntó Cindy.

Jenna se tensó un poco, nerviosa ante la expectativa de conocer a los padres de Ryan, sobre todo después de aquella extraña muestra de afecto en público. Intentó zafarse de sus brazos, pero Ryan la sostuvo con fuerza.

—Muy guapa, querido —opinó aquella señora mayor, probablemente la madre de Ryan—. Pero, dime, Ryan, ¿por qué besa tu hermano a tu prometida?

Jake se tensó. Luego soltó a Aurora y deslizó las manos hasta sus hombros mientras se apartaba de ella. Jenna levantó la mirada y vio que Ryan estaba blanco como el papel. Jamás lo había visto así.

—Ryan, ¿qué ocurre? —susurró.

—¿Jenna? —murmuró él con voz quebrada.
—¿Qué? —preguntó, notando un nudo en el estómago.
¿Qué diantre le pasaba?
Jake sacudió la cabeza.
—Yo no soy Ryan.

Jenna lo miró atónita. Lo que oía no tenía sentido. Se le heló la sangre. El comentario de la madre de Ryan, un comentario en el que ni siquiera había reparado, resonó en su memoria. *¿Por qué besa tu hermano a tu prometida?* Empezó a dar vueltas en la cabeza a aquellas palabras. No tenían sentido, pero no auguraban nada bueno. Estaba demasiado atemorizada para pensar siquiera en las consecuencias.

Lentamente se dio la vuelta, en dirección a las voces. Una mujer mayor muy elegante la miraba con sus intensos ojos azulgrisáceos llenos de curiosidad. Iba cogida del brazo de Ryan, un Ryan con la cara desenchajada.

¡Ryan!

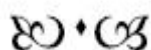
Sintió que se mareaba. Pensó que iba a vomitar. Volvió la cabeza hacia atrás para contemplar al hombre al que acababa de besar. Ryan. ¿Jake?

—Oh, Dios —dijo con voz apenas perceptible, intentando agarrarse al suave tejido de lana de las mangas del traje de Jake.

Miró a un Ryan y a otro. Sintió que iba a desmayarse. De repente, toda la situación se aclaró. El hombre que la tenía entre sus brazos, el hombre que acababa de besarla apasionadamente y al que había correspondido con un beso igual de ferviente no era su adorado prometido, sino un completo desconocido.

—Oh, Dios —balbuceó de nuevo, al recordar al amante de sus fantasías.

«Un completo desconocido.» Se le llenaron los ojos de lágrimas. El aire alrededor de ella se tornó denso. Le costaba trabajo respirar. Las luces parecieron apagarse y las rodillas comenzaron a flaquearle. Notó que la agarraban mientras se sumía inconsciente en una agradable oscuridad.



A Jake se le encogió el corazón y sintió que su cuerpo flojeaba mientras deslizaba su brazo bajo las piernas de aquella mujer inconsciente y la levantaba en sus brazos. La cabeza de ella reposó en su hombro. No daba crédito a lo ocurrido. Aurora era Jenna, la prometida de Ryan.

Cindy fue corriendo hacia él. Tomó la mano de Jenna entre las suyas y empezó a darle golpéenos frenéticos.

—Oh, no, se ha desmayado —exclamó, agarrando a Jake del brazo—. Busquemos algún sitio donde tumbarla.

Cindy empezó a abrir camino, pero Ryan les barró el paso. Con las manos firmemente apoyadas en las caderas, se inclinó hacia ellos ligeramente.

—¿Qué demonios estabas haciendo? —preguntó con ojos iracundos.

Jake se enfrentó a la furia de su hermano, apenas contenida, intentando aplacar la ira que él mismo sentía. Se había enamorado de Aurora (Jenna, se recordó para sus adentros)

y ahora descubriría que iba a casarse con su hermano. ¿Cómo podía no enfadarse con el hombre que iba a arrebatarse la felicidad?

—Ryan, no sabía que era tu prometida —farfulló entre dientes—. ¿Crees que la habría besado de haberlo sabido? —preguntó impaciente.

Cindy les puso una mano en el hombro a cada uno y los apartó.

—Escuchadme bien los dos —los reprendió—. Ahora mismo en quien hay que pensar es en Jenna. Luego ya arreglaréis vuestras diferencias.

Ryan lanzó una mirada iracunda a su hermano y, extendiendo los brazos, dijo:

—Es mi prometida. Yo la llevaré.

A regañadientes, Jake colocó a Aurora (Jenna) en brazos de su hermano. La cabeza le quedó colgando, apoyada en el torso de Ryan. Al contemplar aquella imagen lo embriagó un ataque de celos.

Apareció entonces un hombre alto y corpulento vestido de esmoquin, restregándose las manos con nerviosismo.

—¿Se encuentra bien la señorita Kerry? —preguntó con franca preocupación, a juzgar por el tono de su voz.

Cindy abrió paso al hombre a través de la multitud que los rodeaba.

—Ryan, ¿te acuerdas del señor Deluse, el director del catering!

Ryan asintió con la cabeza, sin apartar del todo la mirada de su hermano. Cindy volvió la vista hacia el señor Deluse.

—¿Hay algún sitio donde podamos tumbarla?

—Sí, claro —dijo, señalando en dirección a la puerta—. Caballeros, por favor, síganme.

Los condujo hacia los ascensores y luego a través de una puerta, hasta el ascensor del servicio. Introdujo una llave y pulsó el botón de llamada. Ryan daba golpecitos con el zapato en el suelo mientras esperaban. Al final se abrieron las puertas y entraron. El señor Deluse los llevó hasta el vestíbulo del hotel y, desde allí, a través de un pasillo. Abrió una puerta, encendió la luz y los invitó a pasar.

—Es mi despacho. Ahí hay un sofá. —Los condujo hasta el sofá de cuero granate y observó cómo Ryan tumbaba en él a Jenna—. Iré a buscar un poco de agua. ¿Quieren que llame a una ambulancia?

Ryan palideció. Parecía un espectro.

—No, señor Deluse —intercedió Cindy, poniendo su mano sobre el brazo de Ryan—. Se pondrá bien.

Lo dijo más para tranquilizar a Ryan que al señor Deluse. Ryan la miró como un náufrago a quien de repente le lanzan una cuerda de salvamento. Cindy le hizo un gesto con la cabeza y volvió la vista hacia el señor Deluse.

—Sólo necesitamos alejarla de todo ese revuelo unos instantes. Si es tan amable, traiga un poco de agua y tal vez un par de bebidas más fuertes para Ryan y Jake.

—Por supuesto —dijo, saliendo a toda prisa por la puerta y cerrándola a sus espaldas.

Ryan volvió a mirar a Jake con ira.

—¿Por qué diablos estabas besando a mi novia? —le preguntó.

Jake estuvo a punto de espetar que la quería, que ella también lo amaba y que estaba en su pleno derecho de besarla, pero se mordió la lengua. Recordó la primera vez que habían estado juntos, cuando ella le había confesado que su fantasía era hacer el amor con un desconocido, y cayó en la cuenta de que Jenna había creído en todo momento que él era Ryan. El día anterior le había dicho que lo amaba, creyendo que se lo decía a Ryan. El corazón se le partió en dos y un dolor devastador le recorrió todo el cuerpo. Respiró hondamente y suspiró.

—Ya te lo he dicho. No sabía que era tu prometida —respondió con voz sosegada y segura, aunque no se sentía de ninguna de las dos maneras—. Pensaba que era una mujer a la que había estado... viendo.

Cindy los miró a uno y a otro, con sus ojos verdes abiertos como platos.

Ryan preguntó en tono de burla:

—¿Pretendes que me crea que Jenna tiene una doble en Montreal y que da la casualidad que sales con ella?

—No, la conocí aquí.

A Ryan se le heló la sangre. Miró a su hermano con mirada reconcentrada.

—¿Cuándo exactamente?

—Hace dos meses. El día que vine a verte antes de tu reunión con Bryer Associates.

Cindy contuvo el aliento. De repente todo le pareció claro como el agua.

La expresión de Ryan se ensombreció como una tormenta eléctrica. A Jake no le hubiera sorprendido que un rayo hubiera salido de sus ojos y lo hubiera fulminado.

Jake se atusó los cabellos. ¡Menudo lío! La mujer con la que deseaba casarse más que ninguna otra cosa en el mundo estaba enamorada de su hermano e iba a contraer matrimonio con él al día siguiente. Pero el hecho de que Jake tuviera el corazón partido no implicaba que su hermano tuviera que sufrir. «Dios mío, ¿cómo voy a explicarle a Ryan que me he acostado con su prometida? Su relación nunca se repondrá de algo así.»

—¿Dónde la conociste?

—En este mismo hotel. Había venido a una boda —aclaró, señalando con la cabeza a la amiga de Aurora..., de Jenna—. Estaba aquí con Cindy.

Cindy abrió aún más los ojos y asintió con la cabeza.

—¿Cuántas veces la has visto? —quiso saber Ryan.

—Sólo esa vez... y ayer.

—¿Ayer? —bramó Ryan.

Cindy se tapó la boca con el puño, como si estuviera siendo testigo de un cataclismo.

—Ya te lo he dicho, no tenía ni idea...

—¿Pero es que eso tiene alguna importancia? —gritó Ryan.

Cindy agarró a Ryan por la muñeca.

—Tranquilízate. Así no vas a solucionar nada. —Le acarició el brazo para que se sosegara—. Escucha, Ryan, ¿por qué no vas a la lavandería y pides una toalla o algo que humedecer para ponérselo en la frente a Jenna?

Ryan respiró profundamente y asintió con la cabeza.

—Sí, buena idea.

Jake se quedó mirando a la mujer inconsciente que yacía en el sofá. La mujer a quien amaba. La prometida de su hermano. Parecía tan frágil y pálida allí tumbada, en contraste

con la piel granate del sofá. Toda aquella situación había resultado desconcertante para todos ellos, desde luego, pero Jenna no le parecía el tipo de mujer que se desmayaba a la ligera.

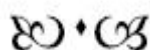
—¿Por qué se habrá desmayado? —se preguntó Jake.

—Probablemente porque está...

La frase de Cindy tuvo un final abrupto. Jake pilló a Ryan fulminándola con la mirada.

—Está muy estresada —respondió Ryan entre dientes—. Cindy, ven conmigo a la lavandería.

La cogió por el codo y la condujo hacia la puerta.



Al notar el frío en la frente, Jenna recobró la conciencia.

—Jenna. —Una voz ronca pronunció su nombre—. Jenna, ¿te encuentras bien?

Era la voz de Ryan.

Estaba confusa, parecía tener que abrirse camino entre una cortina gris oscuro en medio de una noche tormentosa. Pero lo logró. Abrió los ojos y se encontró con el rostro preocupado de Ryan. Sus sensuales labios dibujaban una delgada línea. Cindy asomó la cabeza por detrás.

—Ha abierto los ojos —le dijo Cindy a alguien que había tras ella. Sonrió a Jenna y, en medio de aquel aturdimiento, ésta notó los dedos de Cindy entrelazarse con los suyos—. ¿Te encuentras bien, cariño?

Cindy le apretó la mano y Jenna le devolvió el apretón, aferrándose a ella para regresar a la realidad. Se le cerraron los ojos de nuevo al tomar aire. Alguien le llevó un vaso a los labios.

—Dale un trago, Jenna —dijo Cindy.

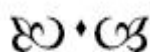
Notó el líquido frío e insípido en su boca y luego deslizarse por su garganta. Abrió los ojos, concentrando la mirada en el vaso y asiéndolo entre sus manos. Se inclinó hacia delante y bebió un poco más de agua. Cindy, sin apartar las manos del vaso, lo inclinó hacia delante y se lo retiró de la boca cuando Jenna le indicó que lo hiciera. Al volver a alzar la vista, Jenna vio a dos Ryan mirándola.

—Ostras, veo doble —dijo. La cabeza empezó a darle vueltas. Sintió un pinchazo en las sienes.

Uno de los dos Ryan le cogió la mano.

—No, cariño, no ves doble. Este es...

Sus labios continuaron moviéndose, pero las palabras se las tragó el ruido ensordecedor que se apoderó de sus oídos. Ryan parecía preocupado, pero Jenna no entendía lo que le decía. Pestañeó un par de veces, intentando deshacerse de la niebla que se apoderaba de ella, pero entonces volvió a caer en aquella maravillosa y acogedora oscuridad.



Enfadada, Cindy golpeó a Ryan en el brazo.

—¿Sois idiotas o qué? ¿Qué intentáis hacer? ¿Asustarla? No es una buena idea desconcertarla en su... —omitió el estado al notar la mirada asesina de Ryan—... situación —remató.

—¿De qué situación se trata? —preguntó Jake, con el ceño fruncido.

Está embarazada, le habría gustado gritar a Cindy, pero Ryan la había llevado aparte unos momentos antes y le había prohibido explicarle a Jake nada acerca del bebé. Y aunque Cindy no estaba de acuerdo, a menos a largo plazo, había pensado que añadir otra complicación más a una situación ya de por sí bastante tensa no era buena idea. Ryan podría haberle retorcido el pescuezo a su hermano sin más. Y si Jake descubría lo del embarazo y sumaba dos más dos... Lo que necesitaba era que entrasen en razón. Los dos se disputaban el mismo trofeo. Parecían prepararse para competir. Los hombres y sus egos...

—La situación es que está a punto de casarse —farfulló Ryan entre dientes—. ¿O acaso lo has olvidado?

Cindy apretó los puños.

—Ya basta, chicos. Ahora mismo vuestra única preocupación debería ser Jenna. Si se despierta y vuelve a veros a los dos aquí, probablemente caiga en coma, así que sugiero que uno de los dos se vaya.

Ryan se acomodó en su butaca.

—Es mi prometida. Yo me quedo. Mojó la toalla en un vaso de agua, la escurrió y se la colocó de nuevo a Jenna sobre la frente, dándole la espalda a Cindy y a Jake.

Jake cruzó los brazos y entrecerró los ojos. Cindy los miró a uno y a otro, se dirigió hacia el hermano de Ryan y lo tomó del brazo con firmeza. Así que aquél era Jake, el hombre de los sueños de Jenna.

—Creo que deberías irte —dijo con dulzura y recurriendo a su tono más persuasivo—. Sólo hasta que consigamos que vuelva en sí.

Jake se relajó. Miró el cuerpo sin fuerzas de Jenna y se pasó la mano por el cabello. Tenía una melena larga, morena y ondulada. Cindy sintió una oleada de calor. No podía evitar pensar que, dejara a quien dejase, Jenna iba a hacer un gran favor a las mujeres solteras del mundo, pues eran dos hombres de lo más turbadores. Jake asintió.

—Vale, de acuerdo. —Sacó una tarjeta del bolsillo interior de su chaqueta y se la entregó—. No andaré lejos. Llámame al móvil en cuanto se despierte. Quiero hablar con ella.

Cindy cogió la tarjeta y lo acompañó hasta la puerta.

—Lo haré. Te lo prometo.

Compadecía profundamente a Jake. Debía de ser un golpe terrible. Imaginaba en qué estaría pensando.

Recordó cuando Jenna le había explicado que Ryan había hecho realidad su fantasía. Jenna se había emocionado tanto que el rostro le resplandecía de felicidad. Pero ahora resultaba que el desconocido de sus fantasías no era Ryan. Cindy sintió un escalofrío. Se imaginó en el papel de Jenna y sintió un cosquilleo en el estómago. No podía evitar pensar en lo terriblemente excitante e ilícita que era toda aquella situación. Evidentemente, Jake tal vez no compartiera su opinión, y desde luego Ryan no la compartía en absoluto.

Posó de nuevo la vista en Jenna, que seguía tumbada, ajena por completo a la realidad. No le extrañaba que no quisiera recuperar la consciencia.

Cindy no recordaba haber vivido un momento tan emocionante desde que... Empezó a divagar. Se perdió en sus recuerdos. De hecho, nunca había vivido un momento tan emocionante.

Capítulo 9

Ryan dio unos golpecitos en las mejillas a Jenna. Estaba fría. Se le encogió el corazón al verla así, tan frágil.

—¿Jenna? —la llamó, remetiéndole el cabello por detrás de las orejas e intentando reanimarla una vez más dándole palmaditas en las mejillas—. Jenna, despierta, cariño.

—Huummm —murmuró Jenna, abriendo muy despacio los párpados—. ¿Ryan?

Jenna se pasó la mano por la frente, cogió la compresa húmeda y se la apartó. Ryan la cogió y la colocó en la bandeja que había en la mesa, junto al sofá.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Jenna llevándose las manos hasta las sienes para masajearse las.

—Te has desmayado —le explicó, acariciándole la mejilla y sonriéndole.

—No digas tonterías, yo nunca me desmayo —le reprochó ella, echando un vistazo a su alrededor—. ¿Dónde estoy?

—Estamos en el despacho del director del *catering* —explicó Ryan, tomándole la mano y dándole unas palmaditas—. No pasa nada, estamos los dos solos —la tranquilizó; el sonido repentino de alguien aclarándose la garganta le recordó que la amiga de Jenna se encontraba a su espalda—. Y Cindy —añadió.

—¿Cindy? —preguntó Jenna, buscando con la mirada a su amiga.

—Estoy aquí, Jenna —contestó Cindy, asomándose por encima del hombro de Ryan—. Estás bien, cielo. Sólo has tenido un pequeño sobresalto.

Cindy echó a Ryan una mirada rápida y le hizo un gesto con la cabeza.

—*Cuéntaselo* —le dijo a Ryan, articulando para que le leyera los labios.

—Jenna, nunca te he hablado de mi hermano.

Jenna le apretó la mano.

—Jake —dijo Jenna en un susurro. Los ojos empezaron a ponerse vidriosos.

Cindy apartó a Ryan y se arrodilló junto al sofá. Le arrebató la mano de Jenna a Ryan.

—Jenna, no, intenta no perder la conciencia, cielo —dijo, cogiendo la compresa y refrescándole las mejillas—. Cariño, no pasa nada. Ryan tiene un hermano y se llama Jake.

Cindy dio unas palmaditas de aliento a su amiga, en la mano. Ryan las contemplaba indefenso, sintiendo un nudo en el estómago al imaginarse a Jenna en los brazos de su hermano. Le torturaba pensar que Jenna había mantenido relaciones sexuales con Jake, más aún, saber que el niño era hijo suyo.

—Escúchame, Jenna. Jake es el hermano de Ryan su hermano gemelo. Pero no pasa nada —aclaró Cindy, articulando claramente cada sílaba. Miró a Ryan como diciéndole «sigúeme la corriente o mira y no hagas nada»—. Jenna, ¿oyes lo que te digo?

No hubo respuesta.

—Jenna —la increpó Cindy bruscamente.

—Sí —respondió Jenna casi sin fuerzas.

—Todo va bien, porque Ryan entiende lo sucedido. Sabe que pensabas que Jake era él. ¿No es así, Ryan? —preguntó, haciéndole un gesto de asentimiento con la cabeza como retándolo a contradecirla.

—Claro que lo entiendo, Jenna —dijo Ryan, acariciándole el hombro—. Sé que pensabas que era yo. No te culpo de nada. —Se inclinó hacia ella, aguardó hasta que Jenna lo enfocó con los ojos y repitió—: No te culpo de nada.

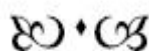
Y no lo hacía. Era culpa de Jake, no de su dulce e inocente Jenna.

Jenna sacudió la cabeza.

—¿De verdad? —preguntó con voz trémula.

—De verdad —reafirmó él.

Jenna estalló en sollozos.



—¿Qué diantre está pasando? —preguntó Jake irrumpiendo en la habitación.

Contemplar a la mujer que amaba llorando desconsoladamente en el sofá hizo que le aflorara el instinto protector.

—Jake, no pasa nada —lo tranquilizó Cindy, interponiéndose ante él para frenar su impulso—. Simplemente está descargando la tensión. Esto ha sido un golpe muy duro para ella.

—Bienvenida al club —rezongó Jake, observando a su hermano sostener a Jenna entre sus brazos. Le invadió un terrible deseo de apartar a Ryan y abrazarla—. Quiero hablar con ella.

—No es el mejor momento —intervino Ryan con sequedad.

Jenna se apartó de su prometido y clavó la mirada en sus manos. Ryan le tendió un pañuelo y se sonó. Se inclinó hacia Ryan, apoyándole la mano en el hombro, y le susurró algo que Jake no alcanzó a oír. Detestó la intimidad que compartía con su hermano.

—No creo que sea buena idea, Jenna. Al menos, por ahora —respondió Ryan, pero ella le susurró algo más y él le preguntó—: ¿Estás segura?

Jenna asintió con la cabeza y volvió a fijar la vista en sus manos.

—Dame un minuto —dijo, extrayendo otro pañuelo de la caja que había en la mesa, junto a ella, y enjugándose los ojos.

Tomó varias respiraciones para tranquilizarse. Finalmente miró a Jake. Cuando sus ojos se toparon, sintió un ligero temblor, que desapareció repentinamente, pero fue regresando poco a poco.

—Jake, me gustaría hablar contigo.

—Gracias, Jenna —dijo él, sonriéndole de forma tranquilizadora, pese al desaliento que sintió al ver cómo lo miraba: como a un completo extraño.

Ryan se inclinó sobre Jenna y le susurró algo al oído. Ella lo miró con dureza.

—Pero no creo que...

Ryan volvió a acercársele y le murmuró algo más;

Jenna asintió con la cabeza. Ryan se puso en pie y salió a grandes zancadas por la puerta, lanzando a Jake una mirada de advertencia a su paso. Cindy le dio unas palmaditas en el brazo a Jake y siguió a Ryan. Cerró la puerta tras de sí con un ligero portazo.

Jake se acercó al sofá. Percibió la mirada de pánico de Jenna al aproximarse a ella. Le alargó la mano.

—Hola, me llamo Jake. Soy el hermano gemelo de Ryan.

Ella se quedó mirando su mano como si sintiera miedo de tocarla. Al final, le tendió la suya, con vacilación, y Jake le dio un apretón suave, pero firme.

—¿Qué tal estás? —preguntó Jake.

—He tenido momentos mejores.

Se sentó junto a ella, con las manos entre las rodillas. Ahora que tenía por fin un momento para hablar con ella a solas, no sabía qué decirle. *¿Por qué no nos escapamos juntos y nos casamos?* parecía una pregunta totalmente fuera de lugar.

—Así que mañana vas a casarte con mi hermano...

—Ese era el plan —confirmó Jenna. ¿Por qué habría dicho «era»? ¿Se lo estaría replanteando? ¿Sería posible que lo quisiera más a él que a Ryan? Sintió un arrebató de esperanza, pero éste no tardó en desvanecerse al preguntarse si era lícito huir con la prometida de su hermano.

—Escucha, tengo que saber algo —dijo Jenna, alzando la vista hacia él y toqueteándose los dedos—. Ese beso... en el salón de baile, hace un momento... ¿Era la primera vez?

—¿La primera vez? ¿A qué te refieres?

—Cuando..., cuando te he besado de ese modo ¿te ha sorprendido? ¿Te has visto como implicado sin quererlo?

—A ver si lo entiendo. ¿Me preguntas si cabe la posibilidad de que nos hayamos conocido esta noche y que haya sido la primera vez que me has besado... confundíendome con Ryan, claro..., y que yo te haya correspondido a ese beso ardiente aunque sabía que eras mi futura cuñada y era algo totalmente fuera de lugar?

Jenna lo miró con un atisbo de esperanza.

—No, Jenna. No era la primera vez. Te conocí hace más de dos meses, en este mismo hotel, cuando me llevaste a mi habitación y me hiciste el amor..., aunque entonces yo pensaba que te llamabas Aurora y eras una mujer fascinante, capaz de hacer realidad tus fantasías sexuales.

Jenna se puso roja como un tomate. A Jake le fastidiaba un poco que hubiera podido sugerir tal cosa, así que decidió volver las tornas contra ella.

—Es mi turno. Ahora quiero que tú me digas algo. Y sé honesta. ¿Realmente me tomaste por Ryan la noche en que nos conocimos o buscabas de verdad a un desconocido con quien dar rienda suelta a tu fantasía? ¿Sentiste un hormigueo al encontrar al gemelo de tu novio y orquestaste nuestra aventura sabiendo que yo no pondría en peligro mi relación con mi hermano por una mujer?

Jenna se estremeció al oír la palabra «aventura» pero sintió un arrebató súbito de indignación.

—Por supuesto que no. Yo nunca haría algo así.

—Vale, pues yo tampoco.

Su indignación fue desvaneciéndose.

—Lo siento, no debería haber preguntado eso —dijo, apretando sus diminutos puños en el regazo—. Simplemente prefería pensar que no había ocurrido.

—Pero sí ha ocurrido, Jenna —replicó Jake con delicadeza—. Nuestro tropiezo en el vestíbulo ayer y nuestro primer encuentro, en el que quisiste que encarnase tu fantasía de pasar una noche de sexo con un desconocido. Y el ascensor.

—¡El ascensor! —gimoteó Jenna, enterrando la cara entre las manos—. Oh, Dios mío, me da tanta vergüenza... Ni siquiera te conozco.

Los labios de Jake esbozaron una débil sonrisa.

—De eso se trataba, ¿no?

Jenna parecía a punto de romper a llorar de nuevo. Jake le tocó el hombro y se le encogió el corazón al notar que ella se tensaba.

—Escucha, Jenna, lo que ocurrió, ocurrió. Ahora ya no podemos hacer nada para cambiarlo. Y por mucho que deteste la idea, mañana vas a casarte con Ryan —dijo Jake, sintiendo un dolor agudo en el pecho, como una puñalada. Pero sabía que no podía interponerse en la felicidad de su hermano. Al fin y al cabo, cuando Jenna le había dicho que lo quería, en realidad se lo había dicho a Ryan. Estuvo a punto de iltarle el aire, pero hizo acopio de todas sus fuerzas y sonrió—. Cielo, tenemos que olvidar lo ocurrido.

Ella sacudió la cabeza y dijo:

—No es tan sencillo.

—¿Qué quieres decir?

Jenna cogió otro pañuelo y se sonó la nariz. Luego dejó el puñado de pañuelos que tenía en la mano sobre la mesa. Le dio un sorbo al agua y depositó bruscamente el vaso en la mesa.

—Tengo que decirte algo. Ryan me ha pedido que no lo hiciera. Decía que sólo complicaría más las cosas..., pero las cosas ya están bastante complicadas, así que... prefiero decírtelo.

—¿Qué ocurre?

Jenna respiró hondo y lo miró fijamente, con seguridad. Le tomó la mano y le dio unas palmaditas suaves. Al notar sus dedos y caer en la cuenta de que le había cogido la mano sabiendo que era Jake y no Ryan, Jake sintió un torbellino de sensaciones erráticas.

—¿Qué tienes que decirme?

Ella le apretó la mano suavemente.

—Jake, estoy embarazada.

Jake sintió un vuelco en el corazón.

—Ah..., ya entiendo —dijo, apartando la mano de ella y echando de menos al instante su calidez, pero necesitando un poco de distancia—. Enhorabuena.

Jenna apoyó la mano en su manga.

—No, no lo entiendes. Cuando te tomé por Ryan aquella primera vez, cuando..., cuando tú y yo...

—¿Hicimos realidad tu fantasía? —preguntó él, sintiéndose ligeramente mareado.

Jenna asintió.

—Exacto. Ryan y yo no..., no habíamos... intimado desde hacía varios meses; Se quedó helado.

—Madre mía. ¿Intentas decirme que...? —se apagó la voz, la cabeza empezó a darle vueltas, no parecía encontrar las palabras.

Ella asintió.

—Sí, Jake —contestó, clavando la vista en sus propias manos mientras se las frotaba con fuerza—. Vas a ser padre.

Padre. ¡Qué mareo! La prometida de su hermano, la mujer a quien él amaba, llevaba en su seno a su hijo. Sintió un ataque de euforia, seguido de otro de consternación. Iba a ser padre. Todo lo demás pareció perder importancia. La tomó de la mano.

—¿Es hijo mío? —preguntó con un ligero tono de pavor.

Ella lo buscó con la mirada y asintió.

Jake la estrechó con fuerza.

—Hijo mío —dijo, sonriendo de oreja a oreja.

Jenna frunció el ceño.

—Me parece que no estás entendiendo bien la situación. Se supone que voy a casarme con tu hermano mañana y él piensa... —Abrió los ojos como platos, sin acertar a concluir la frase—. Oh, Dios.

—¿Qué piensa él?

A Jenna se le perdió la mirada.

—¿Jenna? —la increpó Jake, temiendo que fuera a desmayarse de nuevo. De repente Jake cayó en la cuenta de que se había desmayado porque estaba embarazada—. ¿Jenna? ¿Quieres que te traiga una bebida? Ah, no, espera, no puedes beber alcohol. ¿Quieres un poco de agua? —le preguntó tomándola de la mano y apretándosela—. Jenna, ¿me oyes?

—¿Qué? —preguntó ella, fijando la mirada en él.

—¿Qué cree Ryan?

—¿No lo entiendes? —preguntó Jenna sacudiendo la cabeza—. Yo pensaba que él creía que era hijo suyo... porque yo creía que era hijo suyo. Pero él lo ha sabido siempre. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Y eso significa... Oh, Dios mío —exclamó, enterrando la cara entre las manos.

—¿Te refieres a que sabía que era hijo mío desde el principio?

—No —sollozó ella—. El pensaba que me había acostado con un desconocido —farfulló—. Creyó que había salido y había tenido una aventura de una noche con un extraño... y me había quedado embarazada —dijo, agarrando a Jake por las solapas y estrujando la tela entre sus puños—. Y de todos modos me pidió que me casara con él —añadió, con las mejillas llenas de lágrimas y la voz reducida a un leve susurro—. Debe de quererme tanto...

—Puedes estar segura.

Jenna miró en dirección a la puerta al oír la voz de Ryan. Estaba en medio de la habitación, con las manos en los bolsillos del pantalón y la corbata aflojada.

—¿Cuánto...? —preguntó Jenna, respirando coil dificultad—. ¿Cuánto rato llevas ahí?

—El suficiente para saber que lo has entendido todo —contestó, acercándose a ella y arrodillándose junto al sofá, apartando a Jake de un empujón. Ryan la cogió de la mano—.

Te conozco, Jenna. Estás replanteándote la boda. Seguro que quieres posponerla o quizá incluso cancelarla, pero no lo hagas.

La invadió un sentimiento de culpa. Ryan la conocía tan bien... La besó en las manos y al notar el roce de sus labios la embriagó un tierno sentimiento de amor. Lo cogió de la mejilla y lo miró fijamente a los ojos.

—Ryan, eres tan dulce, tan bueno. No puedo creer que quisieras casarte conmigo aun pensando que te había engañado. —Al pronunciar aquellas palabras se sintió repentinamente horrorizada y apartó la mano de él—. ¡Caray! Pero es que te he engañado...

Ryan le asió la mano y se la llevó a los labios.

—¿Qué otra cosa podía hacer? No quería perderle —explicó, posando delicadamente la mano en su barbilla y levantándole la cara para encontrarse con su mirada—. Jenna, cástate conmigo mañana. Finjamos que nada de esto ha ocurrido. Finjamos que el niño es mío. Reúnete conmigo en el altar y conviértete en la esposa de *Ryan Leigh*.

A Jenna se le humedecieron los ojos; empezó a llorar y las lágrimas resbalaron lentamente por sus mejillas. Se movió adelante y atrás y se llevó la mano a la boca.

—No —dijo con voz débil. Le acarició la mejilla y añadió—: No puedo. Necesito tiempo para meditar todo esto. Y también para hablar con Jake y ver qué quiere hacer. También es su hijo.

Ryan frunció los labios.

—Maldita sea, ya sé que es su hijo. ¿Es que no ves que me corroe saberlo?

Jenna se apartó de él, asombrada por la brusquedad de su tono, y dejó caer los puños sobre su regazo. A Ryan se le suavizó la expresión de la cara.

—Lo siento, cariño —se disculpó, acariciándole la mejilla con dulzura—. Mira, Jake podrá mantener el contacto con el bebé, visitarlo cuando quiera y, cuando el niño sea mayor, podrá pasar las vacaciones con él, si es que a Jake le apetece ejercer de padre.

—Claro que me apetece. Por si no os habéis dado cuenta, sigo en esta habitación.

Ryan clavó los ojos en Jake, que estaba sentado en una de las butacas frente al sofá.

—¿Y podría saberse por qué sigues aquí? —le preguntó con tono desafiante.

—Tengo derecho a estar.

—¡Y un cuerno! Ya has causado suficientes problemas.

—Dejadlo —suplicó Jenna—, por favor. —Cogió a Ryan de la manga y le dijo—: Ryan, lo siento. No puedo casarme contigo mañana. Necesito tiempo para pensar en todo esto. Todos lo necesitamos.

Ryan la miró con ternura.

—Yo no tengo que pensar en nada. Quiero casarme contigo independientemente de quién sea el padre del niño que llevas dentro. —La calidez de sus palabras hizo que Jenna se estremeciera—. Jenna, te quiero.

Jenna le puso la mano en el brazo.

—Entonces deberías estar dispuesto a esperarme y esperar a que decida lo que considero mejor para mí y para el bebé..., y para el padre del bebé.

A Ryan se le contrajo tanto el rostro que Jenna pensó que iba a partírsele.

—Maldita sea, Jenna. No pretendo ser duro, pero para Jake sólo has sido una aventura de una noche, una desconocida con la que se acostó. Dudo que quiera casarse contigo, ¿verdad, Jake?

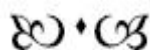
Se hizo el silencio. Ryan y Jenna se volvieron a mirar a Jake.

—¿Verdad, Jake? —lo provocó Ryan con dureza.

Jake se inclinó hacia delante, con las manos enlazadas entre las rodillas.

—Ryan —dijo con mucho sosiego—. Creo que deberías escucharla y darle tiempo.

Ryan palideció.



Cindy vaciló en el pasillo mientras Ryan y Jake sacaban a Jenna del despacho. Rodeó a su amiga por los hombros con gesto protector.

—Yo te llevo a casa, cielo. No te preocupes por la fiesta. Le he dicho a todo el mundo que no te encontrabas bien.

—Mi madre estará preocupada...

—Le he dicho que era una jaqueca, que con todo el estrés de organizar la boda y la vergüenza de besar al hermano de Ryan y todo eso te había entrado dolor de cabeza. Lo ha entendido.

Jenna asintió con gratitud y dejó que Cindy la condujera hasta el ascensor. Esta pulsó el botón de bajada y descendieron al aparcamiento. Jake y Ryan iban tras ellas.

—Te acompaño hasta el coche —se ofreció Ryan.

—No, vosotros quedaos aquí. Necesita un poco de espacio —ordenó Cindy, pulsando el botón de subida para enviarlos arriba—. Además, Ryan, tienes que acudir a la fiesta y atender a tus invitados.

Jake se acercó a Jenna.

—Vale, entonces iré yo...

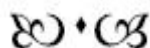
—No, tú ve a hablar con tus padres mientras que Ryan se ocupa de los demás invitados.

Un ding indicó que el ascensor había llegado. Las puertas se abrieron y Cindy condujo a Jenna al interior.

—Te llamaré mañana, Jenna, y hablaremos de todo —dijo Ryan desde la puerta.

—Todos hablaremos —apostilló Jake.

Mientras las puertas se cerraban, Cindy observó cómo los dos hermanos se miraban con rencor, con los brazos cruzados, mientras esperaban al otro ascensor.



Jake descolgó el teléfono de golpe para detener el zumbido constante. El despertador indicaba que eran las diez y cincuenta y cuatro de la mañana. Había tomado demasiadas copas la noche anterior y tenía una resaca espantosa.

—¿Sí, qué pasa?

—¿Jake? —preguntó una voz femenina. No era Jenna.

—¿Quién es?

—Soy Cindy, la amiga de Jenna.

Jake se enderezó de golpe, con las sábanas enredadas en las piernas.

—¿Qué ocurre? ¿Jenna está bien?

—Sí, sí, está bien. Anoche estuve con ella. Yo..., esto..., me gustaría hablar contigo, si es posible, sobre todo lo sucedido. ¿Te apetece que quedemos para comer?

—Claro. Pero no en el hotel. Este sitio está infestado de amigos y familiares.

Jake cogió su reloj de la mesilla de noche, metió la mano por la correa metálica y ajustó el cierre.

—De acuerdo. ¿Conoces el restaurante Blue Moon, en Nepean Street, cerca de Bank? Seguramente la gente de fuera se quedará cerca del hotel o por la zona del mercado.

Jake sacó un bolígrafo y un bloc de notas del cajón de la mesilla de noche y apuntó las señas del restaurante.

—Lo encontraré. Si te parece, quedamos a la una y así nos saltamos la hora punta.

—De acuerdo. Nos vemos ahí.

Jake llegó a aquel restaurante de estilo francés a la una menos cinco. Estaba decorado con mesas redondas pequeñas, sillas de hierro forjado y un montón de plantas. Pidió un café, que le sirvieron cinco minutos después, justo cuando Cindy entraba por la puerta.

—Vaya, veo que lo has encontrado sin problemas.

Cindy le pidió a una camarera que pasaba por allí un refresco y echó un vistazo al menú. Otra camarera le trajo la bebida, y ambos pidieron sandwiches.

—Jake, no quiero que malinterpretes lo que voy a decirte. No pretendo ponerme de parte de nadie ni daros ventaja a ninguno de los dos. He venido para ayudar a Jenna.

Jake arqueó las cejas.

—¿Jenna necesita ayuda?

—Necesita tomar una decisión fundamental que afectará al resto de su vida y a la de su pequeño, por no mencionar a la tuya y la de Ryan. Quiere tomar la decisión correcta para todos. Y aunque tú eres el padre del niño, Ryan la quiere.

—Yo también la quiero —espetó él, dándole un sorbito a su café.

Cindy se inclinó hacia delante, apoyando sus manos enlazadas sobre la mesa.

—¿De verdad? ¿O lo dices sólo por el niño?

Jake apartó la taza y se inclinó hacia ella.

—Me enamoré de ella aquella primera noche. Me di cuenta más tarde, pero es amor.

Ella lo escudriñó con los ojos.

—¿Estás seguro de que no fue sólo porque se acostó contigo?

—¿Bromeas? Esa es la situación perfecta para la mayoría de los hombres. Una mujer que sólo quiere pasar una noche de sexo salvaje y luego no volverte a ver. Nada de ataduras ni quebraderos de cabeza. Como Aurora, me dejó claro que era una aventura de una noche..., pero, claro, todo formaba parte de su fantasía.

—Quizá la deseabas porque sabías que no podía tenerla.

—Cindy, tú conoces a Jenna. Seguro que sabes lo fácil que es quererla. Créeme si te digo que quiero pasar el resto de mi vida con ella.

Cindy asintió.

—Pero te frenas, porque te inquieta la idea de robarle la novia a tu hermano.

Jake se aferró al borde de la mesa

—No es algo para tomárselo a guasa.

Cindy apoyó la barbilla en su mano.

—Entonces, de acuerdo, hay algunas cosas que deberías saber.

Capítulo 10

Jake caminaba de un lado a otro en su suite del hotel mientras esperaba la llegada de su hermano, aún furioso por lo que Cindy le había revelado. Cuando por fin Ryan llamó a la puerta, la abrió airado.

—Hay algunas cosas que el otro día se te olvidó contarme sobre ti y Jenna.

Ryan miró a su hermano imperturbable mientras cerraba la puerta a su espalda.

—¿Como qué?

—Como que la noche que yo conocí a Jenna tu relación con ella estaba acabada.

Ryan se dirigió hasta el mueble bar y sacó una botellita de whisky.

—¿Te lo ha dicho Jenna? —preguntó, poniendo boca arriba un vaso sobre el aparador y echando dentro un par de cubitos de hielo de la cubitera que Jake había llenado una hora antes. Los cubitos resonaron al caer en el vaso.

—¿Es cierto? —preguntó Jake.

—No —contestó Ryan, vertiendo el líquido de color ámbar sobre los hielos, que crepitaron.

—No me mientas, Ryan —dijo Jake, apoyándose en el tocador y mirando fijamente a su hermano. Ryan le sostuvo la mirada.

—No te miento —repitió con voz sosegada e imperturbable.

—Iba a romper contigo —le informó Jake con los brazos cruzados.

Según Cindy, ella y Jenna estaban hablando precisamente de eso cuando él la había visto por primera vez fuera de la sala del banquete aquella noche. Por eso parecía infeliz. Su desconsiderado hermano la había desatendido, tal como había hecho con todas sus novias anteriores. Y según Jake, si Ryan era tan estúpido como para no entender lo que tenía con Jenna, no se merecía conservarla.

—*Iba* es la palabra clave. Pero no lo hizo —replicó Ryan sentándose en el brazo del sofá y dándole un sorbo a su bebida.

—Claro, porque pensó que yo era tú. El hecho de conocerme aquella noche te salvó. Si no me hubiera presentado allí, ahora no estaríais juntos.

—Parece que olvidas algo, hermanito —dijo Ryan, haciendo girar los cubitos en su vaso y con la vista clavada en el líquido—. En este momento no estamos exactamente juntos, cosa que también debo agradecerte.

—No te desvíes del tema. ¿Iba Jenna a dejarte o no?

Ryan suspiró.

—Sí.

Dejó el vaso sobre la mesa de centro, y luego se dirigió hacia la ventana y se quedó contemplando la vista.

—Porque la habías desatendido —continuó Jake, acercándose al sofá y cogiendo su bebida, que estaba en una esquina de la mesa. Le dio un trago y notó el whisky deslizarse por su garganta.

—Le dedicaba todo el tiempo que podía...

—La habías abandonado.

Ryan volvió la vista hacia Jake.

—Está bien. ¿Y qué? —preguntó, regresando junto a la mesa para coger su bebida—. Ahora todo eso ha cambiado.

—Ah, ¿sí? ¿Cuánto tiempo has pasado con ella durante las últimas tres semanas? Has estado dos semanas en París. Y antes de eso estuviste en Toronto varios días. Te has atrevido a dejarla aquí, embarazada y organizando la boda sola.

—Precisamente intentaba dejar todos los cabos atados para poder delegar más trabajo en mi personal y dedicarle más tiempo. ¿Es todo?

—No. ¿Qué me dices del hecho de que no le pidieras que se casara contigo hasta *después* de saber que estaba embarazada?

Ryan se quedó helado.

—¿Qué tiene eso de malo?

—Que quizá no se lo habrías pedido si no hubiera estado embarazada.

A Ryan se le tensó la mandíbula.

—Ni siquiera era hijo mío.

—Fantástico, así que actuabas por galantería. Eso no significa que la quieras —opinó Jake, sentándose en el sofá.

Por primera vez durante la conversación, Ryan mostró un atisbo de rabia. Resopló enfadado y la mirada se le ensombreció. Su rostro adquirió una expresión amenazante.

—No pongas en duda mi amor por Jenna.

Jake se inclinó hacia delante.

—La quieres tanto que pensabas mentir para retenerla.

—¿De qué diablos hablas? —preguntó Ryan lanzando una mirada asesina a su hermano.

—Hablo del hecho de que le pidieras a Jenna que no me dijera nada del bebé. ¿Pensabas ocultármelo para siempre? ¿Criarlo como si fuera tuyo? Nadie iba a pensar que se parecía más a mí que a ti, eso desde luego.

—Jenna estaba bajo mucha presión —explicó Ryan caminando de un lado para otro—. No quería complicar más las cosas.

—Entonces, ¿tenías previsto contármelo más adelante?

Ryan tuvo la dignidad de poner cara de culpabilidad.

—No lo creo —continuó Jake—. Óyeme bien. Si de verdad la quieres, la ayudarás a tomar la decisión más conveniente para *ella*. Le permitirás que recopile tanta información como necesite.

Ryan se detuvo en seco.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Jenna ya te conoce. Lleva saliendo contigo más de un año. Sabe lo que es estar contigo todos los días. Ahora, para estar en igualdad de condiciones, debes dejarla que me

conozca a mí, que descubra lo que es estar *conmigo* cada día. Sólo entonces podrá tomar una decisión con conocimiento de causa.

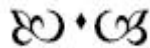
Ryan entrecerró los ojos.

—¿Qué es exactamente lo que sugieres?

—Sugiero que venga y pase conmigo unos meses en Montreal. Sin ti. De ese modo podremos conocernos.

—Estaría loco si aceptara algo así —gruñó Ryan, con los puños apretados a ambos lados del cuerpo.

—Sí, loco de amor. Supongo que para ella eso contará a tu favor.



Ryan iba atusándose el pelo pensativo mientras conducía por la autopista 417 de camino a casa de Jenna. ¿Qué diantre era lo que había ocurrido? El día anterior estaba planeando la boda con la mujer a la que amaba, esperando verla avanzar hasta el altar vestida de blanco, y hoy, el día de su supuesta boda, todo se había ido al traste... por culpa de Jake.

Ahora tenía que quedarse sentadito y con los brazos cruzados mientras Jake invitaba a Jenna a pasar con él un mes. Al menos, había conseguido rebajar la propuesta inicial de su hermano de prolongar la estancia varios meses. Conociendo a Jenna, seguro que aceptaría la invitación. Querría darle esa oportunidad a Jake, el padre del bebé (a Ryan se le encogió el alma al pensar en ello). Iría a Montreal y Jake la tendría enterita para él durante todo un mes, ejerciendo su influencia sobre ella, convenciéndola de que era mejor hombre para ella.

Sinceramente, Ryan temía perderla. Sin embargo, haberse opuesto a algo así no habría tenido sentido. Jake le expondría su idea a Jenna con o sin el consentimiento de Ryan. Si Ryan le dejaba claro a Jenna que no quería que se marchase, seguramente ella lo tomaría en su contra. Jake había señalado que, si Jenna quería de verdad a Ryan, pasar un mes con él no haría que sus sentimientos cambiaran. En lo más profundo de su corazón, Ryan sabía que amaba a Jenna y que ese amor sobreviviría a todo.

Aparcó en la plaza de visitantes del edificio de apartamentos de Jenna y entró por la puerta principal con la llave que Jenna le había dado. Subió en ascensor hasta la planta donde se encontraba el apartamento, avanzó con paso decidido hasta su puerta y llamó. Al instante entreabrió la puerta la madre de Jenna, con cara de incertidumbre.

—Vaya, hola..., esto...

—Necesito ver a Jenna —dijo Ryan.

Ella asintió con la cabeza y lo dejó pasar.

—Entra —lo invitó, se dio la vuelta y gritó—: Jenna. Tienes visita.

Estaba claro que no sabía si se trataba de Ryan o de Jake. Jenna apareció por la puerta de la cocina.

—Hola, Jenna.

—Ryan —dijo, acercándose a él corriendo. Su madre desapareció discretamente por el pasillo Jenna lo rodeó con los brazos por la cintura y apoyó la cabeza en su pecho. Al sentir su abrazo, Ryan notó cómo una ola de calor le recorría el cuerpo. Era el calor de estar

en casa, el calor de estar con la perssona a la que más amaba en el mundo. Con su Jenna. Cerró los ojos y dejó que ese sentimiento lo embriagara.

—¿Cómo has sabido que era yo? —preguntó.

Ella se separó un centímetro y lo buscó con la mirada. Le acarició la nuca.

—Por el pelo. Lo llevas más corto que tu hermano.

—Vaya —respondió él, decepcionado por el hecho de que ella sólo lograra distinguirlos por algo tan superficial como el peinado.

Jenna le acarició la solapa de su americana de lana.

—Y, además, yo te ayudé a elegir este traje —le dijo, levantándole la corbata y dejando que se deslizara entre sus dedos—. Con la corbata a juego.

Ryan recordó el día que habían ido juntos de compras. Después habían comido en un pequeño restaurante con vistas al canal y habían compartido risas mientras contemplaban la puesta de sol, las vistas y disfrutaban de una magnífica comida juntos, deleitándose en la novedad de su relación. Aquella noche habían hecho el amor por tercera vez. Sintió un pinchazo en el corazón al pensar que quizá ya no podría volver a tocarla así.

—Pero, sobre todo, por la voz —prosiguió ella.

—¿Por la voz? —preguntó él, asombrado, puesto que todo el mundo afirmaba que él y Jake tenían el mismo timbre.

La miró a los ojos, húmedos por el brillo de las lágrimas sin derramar.

—¿Te refieres a que Jake te llamaba de otro modo? —le preguntó, creyendo recordar que se había referido a ella como Aurora.

Jenna sacudió la cabeza.

—No, no tiene nada que ver con eso —contestó, poniendo la mano sobre su pecho. Su calidez hizo que a Ryan se le acelerara el corazón—. Cuando me llamas por mi nombre, hay una ternura y una familiaridad que no se aprecia cuando lo pronuncia un extraño. Y tu hermano es un desconocido para mí. —Apoyó la cabeza sobre su pecho y lo estrechó entre sus brazos—. Ryan, lo siento tantísimo... No pretendía hacerte daño. Cuando él y yo... —continuó entre sollozos—, pensaba que eras tú... fingiendo ser un desconocido.

Fingiendo ser un desconocido. De modo que ella sí había notado una diferencia entre él y Jake. La abrazó con fuerza, acariciándole la cabeza.

—No pasa nada, cariño mío —murmuró. La apretó contra sí y sus labios se fundieron en un beso lleno de ternura y amor. Ryan notó cómo el corazón de Jenna latía junto al suyo y lo embriagaba una sensación indescifrable de plenitud. Allí era donde ella debía estar, entre sus brazos, en su vida. Sonó el portero automático.

—Ese debe de ser Jake.

Jenna miró nerviosa en dirección a la puerta.

—¿Jake? ¿Qué hace aquí?

—Tenemos que hablar contigo de un asunto.

A Jake se le heló el corazón al ver a Jenna en la puerta, mirándolo como si fuera un extraño.

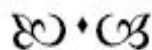
—Hola, Jake.

Detestaba lo duro que sonaba su nombre en sus labios. Jenna retrocedió para dejarle pasar. Ryan estaba dentro, de pie. Jenna caminó junto a él, rozándolo con el brazo. Había

intimidad entre ellos. Jake sintió un ataque de celos al apreciar la cercanía existente entre su hermano y Jenna. El año y medio de experiencias y amor compartidos era evidente.

Mientras Jake le exponía a Jenna la idea de que pasara un mes con él en Montreal para conocerlo, ella no dejaba de observar a Ryan para medir su reacción y buscar su apoyo.

Jake no quería autoengañarse. Iba a ser duro convencerla de que lo eligiera a él, probablemente imposible, pero tenía que intentarlo. La quería con toda su alma. No quería herir a su hermano (Jake habría dado lo que fuera por que aquella situación no se hubiera producido jamás), pero no sería bueno para ninguno de ellos que Jenna se casara con el hombre equivocado. Y por mucho que Jake la quisiera, tenía que saber que ella también lo quería de verdad.



Jenna se aferró a su bolso mientras observaba los frondosos y altos árboles que flanqueaban la pequeña carretera privada por la que conducía Jake.

Vaya lío. Ella y Ryan habían mantenido una relación formal durante el último año y medio y habían estado a punto de casarse, y ahora tenía que afrontar el hecho de que estaba embarazada de Jake. Iba a instalarse un mes con él para sopesar la posibilidad de pasar juntos el resto de sus vidas. Era prácticamente un desconocido.

Había estado a punto de romper con Ryan hacía dos meses, y el suceso que la había hecho cambiar de opinión con respecto a su relación, en realidad, había resultado estar ocasionado por una confusión de identidades. Ahora Jenna era consciente de que tenía que replantearse toda su relación con Ryan. Esperaba que aquel mes le diera un poco de perspectiva, en lugar de confundirla aún más.

Jake entró en un claro y aparcó frente a una casa de cedro de aspecto acogedor, con un enorme ventanal en la fachada. Un encantador jardín iluminado por tulipanes rosas y morados y altos lirios amarillos y malvas rodeaba el prado delantero. Aquel idílico refugio aislado sería su hogar durante el mes que se abría por delante. Imaginarse pasando todo un mes sola con Jake la hacía sentir incómoda. Estaba claro que entre ellos había química, pero ¿tendrían suficientes cosas en común para convivir? Sin embargo, eso era exactamente lo que tenía que dilucidar en aquel tiempo.

Jake abrió la pesada puerta de roble y esperó a que ella entrara. Una vez dentro de la casa, se encontraron en la cocina, una amplia y bonita estancia con! armarios de madera de arce y una larga encimera que lindaba con un espacioso salón en el que había un par de sofás y una mecedora. La luz del sol entraba por todas partes. Era muy acogedor.

Un gato con pelaje de color carey y un anillo blanco en la punta de la cola se acercó rápidamente hasta Jake y se refregó contra sus piernas. Jake lo tomó en sus brazos y lo rascó detrás de las orejas. El gato ronroneó de placer.

—Este es *Sam*.

Jenna sonrió con franqueza.

—Vaya, hola, *Sam* —lo saludó, acariciándolo—. Pareces muy buen chico.

Sam entrecerró sus ojos de color miel y apoyó la cabeza en el hombro de Jake.

—En realidad es una gata. *Sam* es la abreviatura de *Samantha*.

—¿Samantha?

—Bueno, cuando se presentó ante mi puerta, empapada y desvalida, no sabía si era un gato o una gata, así que pensé que *Sam* funcionaría en cualquiera de los dos casos.

Dejó a *Sam* en el suelo y la gata los siguió mientras cruzaban la puerta de la cocina para ir al salón.

—¿Vives aquí siempre?

—Tengo un ático en la ciudad, pero paso mucho tiempo aquí en verano y algunos fines de semana en invierno. Esquiar por estos montes es una experiencia magnífica.

La condujo hasta el salón de estar y señaló una puerta a la derecha que daba al patio.

—Hay una piscina climatizada en la parte posterior.

A través del vidrio Jenna vio una bonita piscina con forma de haba cuyas aguas refulgían por efecto de la luz del sol.

—Ven, voy a enseñarte tu habitación.

Jenna lo siguió a través de un pasillo hasta llegar a un dormitorio situado a la derecha.

—¿Mi habitación? —le preguntó.

Le había preocupado que intentara convencerla de que durmieran juntos.

—Sí, tu habitación. No me malinterpretes. Me encantaría que te instalaras en mi dormitorio y en mi cama, pero pensé que no te sentirías cómoda —aclaró, señalando hacia el otro extremo del pasillo—. Mi habitación está allí. Ven si quieres, cuando tú quieras. O, si te apetece que yo acuda a la tuya, no tienes más que decirlo. Tú eres la que manda, Jenna. Cual quier cosa que quieras o que necesites no tienes más que pedirla.

Jenna entró en su habitación. En el centro había una cama de matrimonio cubierta con un edredón con un estampado abstracto azul zafiro y algunos tonos en fucsia.

Ryan dejó sus maletas junto a un armario alto de madera clara de arce. Jenna se sentó en la cama y acarició el cobertor de algodón denso, asombrada de su tacto sedoso.

—¿Sabes? Todo esto es muy extraño. No te conozco en absoluto. Somos dos completos extraños y, pese a ello, acabamos de irnos a vivir juntos...

El se apoyó en el tocador.

—Bueno, no somos exactamente dos extraños, Jenna. Hemos compartido momentos muy íntimos.

—Sí, pero yo creía que eras... Ryan.

Jenna le dio la espalda. No quería pensar en Ryan y el dolor que le había causado. Toqueteó el ribete de la funda de la almohada.

—Ya sabes lo que pensaba. Pero la verdad es que te conocí de verdad el jueves y estamos a domingo... —dijo ella, señalando a su alrededor—. Y aquí estoy.

—Precisamente por eso no quiero que te sientas presionada a hacer nada más que pasar un tiempo conmigo. Y tampoco quiero que te agobies con eso, así que iré a la oficina cada día entre semana. De ese modo tendrás tiempo para ti misma —aclaró Jake con una sonrisa—. Pero, si te apeteciera pasar más tiempo conmigo, sólo tienes que decírmelo y me las apañaré para estar aquí siempre contigo.

A Jenna le costaba creer lo diferentes que eran aquellos dos hermanos gemelos. Ryan casi no encontraba tiempo para dedicarle y Jake, que apenas la conocía, estaba dispuesto a dejar de lado su trabajo, sin previo aviso, para estar con ella.

—Gracias —dijo. Jake sonrió.

—Un placer —replicó, poniéndose en pie—. ¿Quieres que te ayude a deshacer el equipaje?

La idea de que Jake la ayudara a desempaquetar su ropa, la interior incluida, la incomodó.

—No, ya lo hago yo.

Jake levantó la maleta más grande y la colocó sobre un bonito y amplio sillón situado junto a la ventana.

—Entonces te dejo para que te instales. —Se encaminó hacia la puerta, pero, antes de alcanzarla, se detuvo y añadió—: Jenna, quiero advertirte algo —dijo, dando media vuelta para mirarla cara a cara con ademán serio—. Aunque no quiero presionarte, soy un hombre y te deseo. —Se acercó a la cama y se sentó junto a ella. Su fragancia picante y masculina la envolvió—. Es cierto que oficialmente nos conocimos el jueves, pero tengo la sensación de conocerte desde siempre. Y la realidad es que hemos compartido momentos muy íntimos, más íntimos de los que comparten muchas parejas en años —continuó, con una sonrisa en los labios—. A fin de cuentas, has compartido tus fantasías sexuales más profundas conmigo.

Jenna notó que se sonrojaba. Jake le alzó la barbilla y ella se perdió en sus profundos ojos azules. Sintió un arrebato de calor, en parte debido a las hormonas que segregaba en abundancia a causa del embarazo, pero sobre todo por encontrarse tan cerca de aquel hombre tan viril y sensual.

—Jenna, imagina encarnar tu fantasía conmigo en este momento —le sugirió, acariciándole tiernamente los brazos y poniéndole la piel de gallina—. Imagina cuan real sería ahora, ya que tal como tú misma has dicho, soy un desconocido de verdad.

Jenna se sobrecogió al imaginar las fuertes y viriles manos de Jake desabrochándole el vestido, sus dedos apartando la tela y acariciándole la piel mientras dejaba al descubierto sus turgentes senos. Se le erizaron los pezones al imaginar sus labios cubriéndolos y su lengua jugueteando con ellos. Un desconocido de verdad tocándola de aquella forma tan íntima. Sería increíblemente sensual. No daba crédito a lo excitada que se sentía ante el mero pensamiento de acostarse con Jake, sabiendo que era un extraño mientras la tocaba, le daba placer y la llevaba al orgasmo.

Le habría gustado ponerse en pie y desgarrarse la ropa allí mismo. Jake le besó la mano, provocándole un cosquilleo en todo el brazo, y se puso en pie.

—Te dejaré que lo medites —concluyó, antes de salir por la puerta.

A Jenna continuaba abrasándola la excitación. Aunque era un desconocido, sabía por su propia experiencia que la complacería como nadie más lo había hecho. Sería un amante tierno, aventurero, completamente entregado en su forma de hacer el amor y salvajemente apasionado. Parte de ella deseaba notar sus manos deslizándose sobre su piel. De hecho, toda ella lo deseaba, salvo su cabeza.

Con el cuerpo palpitándole como lo hacía, ¿cómo iba a poder reprimir el deseo de acostarse con él? Recordó el episodio del ascensor, recordó las manos de Jake agarrándola por las caderas mientras la penetraba. Recordó el rostro de Jake reflejado en la pared de espejo, desfigurado por el placer mientras se corría dentro de ella, tras haberla llevado a un orgasmo demoledor.

¿Cuánto tiempo sería capaz de resistir?

Capítulo 11

Jenna pasó una noche de exquisita tortura soñando con Jake. El hecho de sentirse continuamente excitada por su alteración hormonal no jugaba a su favor.

Jake preparó una deliciosa tortilla de jamón y queso para desayunar, que sirvió acompañada de té de hierbas. Durante todo el almuerzo, Jenna le lanzó miradas furtivas de deseo. Lo observó llevarse el tenedor a la boca, atraparlo entre sus carnosos labios y deslizados por el tridente de metal, y sintió desatarse en su interior un torbellino. Al sorprenderla mirándolo, Jake sonrió, con un destello en sus ojos de un color azul intenso.

— ¿Por qué no me cuentas algo sobre ti, Jenna?

Jenna lo miró por encima de su té mientras se lo bebía a sorbitos. Dejó la taza de cerámica roja sobre la mesa.

— Bueno, trabajo por cuenta propia... como asesora informática. Mi especialidad es concebir cursos para empresas de *software* que quieren vender un producto y necesitan formar a sus clientes —explicó, dubitativa, porque no quería aburrirlo con historias de la vieja Jenna, alguien muy distinto al personaje de Aurora que él conocía. Jake sonrió.

— ¿Y qué haces en tu tiempo libre? Aparte de tener fantasías sexuales, claro.

Jenna notó que se sonrojaba.

— Bueno..., me gusta bastante leer. —«¡Qué aburrida soy!», pensó para sus adentros—. Y... también me gusta bailar. —¡Lo había soltado! Aquella afición echaba para atrás a muchos hombres. La mayoría de ellos detesta bailar—. A veces también hago punto y ganchillo. —«Dios mío, voy de mal en peor... ¿En qué demonios estoy pensando?»

— Pues eso resultará muy útil con el bebé.

Toda la inseguridad que sentía al descubrir a la auténtica Jenna a ojos de Jake se desvaneció al recordar que llevaba dentro un hijo. Un hijo de Jake. Jake le sonrió cálidamente, como si le leyera el pensamiento.

— Si te apetece, mañana te llevo de compras y escogemos algunas madejas de lana juntos.

— ¿De verdad?

No se imaginaba a Ryan entrando con ella en una tiendecita de lanas, examinando juntos las estanterías de madejas de colores vivos. Y, sin embargo, por algún motivo que desconocía, sí podía imaginarse haciéndolo con Jake y le parecía perfectamente... cotidiano.

— Luego podríamos regresar, sentarnos juntos frente a la chimenea y quizá ver una película.

Muy cotidiano. Le encantaba aquella sensación. Tuvo que recordarse que Jake era casi un desconocido. Se movió incómoda en su silla. Debería sentir este tipo de cosas con

Ryan, el hombre del que llevaba enamorada más de un año, el hombre con quien había estado a punto de casarse.

—Jake, ¿por qué Ryan nunca me había hablado de ti?

—¿Qué quieres decir?

—Si te soy sincera, nunca me ha hablado mucho de su familia, pero..., no sé, sois gemelos. Me habría parecido normal que me hubiera comentado algo sobre ti. Pensaba que los hermanos gemelos compartían un vínculo muy íntimo.

Jake asintió con la cabeza.

—Ryan y yo estamos muy unidos, pero mi hermano es muy competitivo por naturaleza.

Jenna puso los ojos en blanco.

—¿Qué me vas a contar a mí?

Jenna había contrastado ese aspecto de la personalidad de Ryan en su forma de hacer negocios y en cómo buscaba lograr el éxito, pero también lo había detectado en otros rasgos de su personalidad, como la vez en que jugaron una partida de minigolf con Cindy y su novio de entonces. Ryan no dejó de darle instrucciones a Jenna en cada hoyo para asegurarse de que lo hiciera lo mejor que pudiera porque quería ganar a toda costa.

—De niños, siempre competía conmigo —continuó Jake—, en las notas de la escuela, en los deportes..., en cuestión de chicas. Jenna enarcó las cejas en gesto de curiosidad.

—¿Te robaba las novias?

—No, más bien al revés.

—¿Se las robabas tú? —le preguntó ella asombrada, pues eso explicaría que Ryan no le hubiera presentado a su hermano Jake.

—En realidad, no. Simplemente..., sus novias acababan gravitando hacia mí. Ryan es un gran tipo, no me malinterpretes, pero su intensidad asustaba a muchas chicas que lo único que buscaban era divertirse,

—Y tú eres el divertido —conjeturó Jenna.

Jake se encogió de hombros.

—Supongo que eso lo hacía sentirse un poco inseguro. Luego, cuando mi primer juego de ordenador se hizo muy popular e hizo que mi empresa saltara a la fama, se lanzó a hacer negocios con el ánimo de superarme. Yo le aseguré que sólo había sido un golpe de suerte (tener la idea oportuna en el momento oportuno), pero él se lo tomó como un desafío personal. Por la forma en que se comporta, me sorprende que hallara tiempo para pedirte que salieras con él —añadió sonriendo—. Pero seguro que te encontraba tan irresistible como te encuentro yo.

Jenna se sonrojó por el cumplido y jugueteó con su cuchara.

—¿Cómo os conocisteis? —quiso saber Jake.

—En una conferencia. De hecho, en el avión. Nos sentaron juntos en el vuelo a San Diego y luego tropezamos recogiendo el equipaje. Cuando descubrimos que nos dirigíamos al mismo hotel, decidimos compartir un taxi.

—¿Fue la conferencia sobre técnicas de concepción de sitios web?

Jenna asintió con la cabeza.

—Vaya, estuve a punto de asistir. Si lo hubiera hecho, tal vez nos habríamos conocido allí.

—Pero tú y yo vivimos en ciudades distintas. Probablemente me hubiera decantado por Ryan, de todos modos.

Jake la tomó de la mano.

—Jenna, yo nunca permitiría que algo tan trivial como la distancia nos mantuviera alejados.

Jenna notó un escalofrío que le recorría la columna. Ojalá Ryan tuviera sentimientos tan intensos hacia ella... Vivían en la misma ciudad y apenas lograba verlo.

—¿Y qué me dices de ti? Sé que tienes un hermano. ¿Tienes alguna hermana? —preguntó Jake.

—No, sólo a Shane. Pero no nos hemos visto mucho. Mis padres se divorciaron cuando yo era muy pequeña y Shane se fue con papá.

Jake le apretó la mano. Jenna se sintió reconfortada.

—Lo siento. Tuvo que ser muy duro para ti.

Jenna asintió.

—Lo fue. Echaba mucho de menos a Shane y a mi padre.

De hecho, había echado de menos formar parte de una familia. Sintió una punzada en el corazón al dejar que aquellas emociones afloraran en su interior. Jake se inclinó hacia ella.

—Y ahora quieres asegurarte de que tu hijo no sufra el mismo destino. No quieres que crezca sin un padre, ¿no es así?

Jenna asintió con la cabeza, incapaz de articular una palabra. Jake la rodeó con el brazo.

—Jenna, yo siempre estaré ahí. Siempre, te lo prometo.



Después de desayunar, llevaron los platos a la cocina. Jake los metió en el lavavajillas, pero Jenna insistió en fregar la sartén. Al final, Jake accedió y desapareció unos minutos. Regresó cuando Jenna estaba limpiando la encimera.

—Vaya, ya está todo listo, por lo que veo. Bien. Tengo una sorpresa para ti.

Jenna se secó las manos en el paño de cocina que colgaba del asa del horno.

—¿Qué clase de sorpresa?

—Ven. Te la mostraré.

La tomó de la mano, transmitiéndole su calidez y la condujo al salón. Había un paquete sobre el sofá, envuelto en papel dorado y un gran lazo rojo. Encima se podía ver una tarjeta con su nombre escrito en mayúsculas, «JENNA». Lo cogió.

—Venga, ábrelo.

Jenna deshizo el lazo y desenvolvió el paquete, su interior encontró una caja larga y delgada con una ventanilla de celofán. Recorrió con la vista la forma vagamente cilíndrica y de color morado traslúcido del objeto que había en su interior. Tenía un bulto en un lado.

—¿Qué es? —preguntó, mientras repasaba el pequeño bulto y el abrupto cambio de dirección en el extremo con forma de seta, como el glándulo de un pene masculino.

—Es un vibrador.

Se le cayó de las manos, rebotó en el sofá y se estampó en el suelo. Jenna se puso coloradísima. Jake estalló en carcajadas.

—No pasa nada, Jenna. No estoy sugiriendo nada raro. Simplemente quería que te quedara claro que hablo en serio cuando digo que no quiero presionarle para que te acuestes conmigo. No quiero que vengas a mí porque te sientes frustrada sexualmente. Sólo tienes que venir si de verdad quieres estar conmigo.

Jake se agachó y recogió la caja del suelo. El *vibrador*. Jenna se lo quedó mirando, sin saber muy bien si tomarlo de su mano o aguardar a que él lo dejara en algún sitio. La idea de tocarlo al mismo tiempo que Jake le parecía excesivamente íntima, sobre todo teniendo en cuenta lo que iba a hacer con él... y lo que él sabía que iba a hacer con él. Probablemente se la había imaginado usándolo.

Se sonrojó aún más.

—En realidad..., nunca he utilizado uno.

—¿De verdad? ¿Una mujer con fantasías sexuales tan vivas? Pues déjame que te enseñe cómo se hace.

—¡No! —gritó ella, apartándose ligeramente.

—No quiero decir de verdad... —aclaró él entre risas—. Sólo te indicaré cómo funcionan los botones.

Abrió la caja y sacó de ella aquel artilugio. Le quitó el molde de plástico transparente con el que iba protegido y sostuvo en alto aquella cosa morada—. Esta parte es evidente —señaló, indicando la forma se pene que conformaba el grueso del aparato. Dio unos golpecitos al bulto que se curvaba en uno de los lados. Deslizó el dedo por él, hasta el punto en que se estrechaba y se convertía en una punta pequeña de aspecto delicado. Le dio unos golpecitos—. Esto es para estimular el clítoris. Mira, déjame la mano.

Jenna se apartó al ver que Jake intentaba tomarle la mano derecha, pero luego se dio cuenta de que se estaba comportando como una niña y le permitió cogérsela y colocar su dedo en la punta de aquello. Era blanda y flexible.

—No lo muevas —le indicó Jake, mientras pulsaba un botón cerca de la base.

Se oyó un ligero runruneo y Jenna empezó a notar la vibración en su dedo. Leve, delicada. Se imaginaba notándola contra su clítoris. Sintió un calor repentino en la matriz y se le endurecieron los pezones, que quedaron apretados contra su sujetador de encaje.

Jake señaló la hilera de cuatro botones, indicando con el dedo el segundo empezando por arriba.

—Con éste se cambia la vibración —explicó, presionándolo.

La vibración aumentó, lanzando un cosquilleo por todo el dedo y el brazo de Jenna. Jake le colocó el dedo en la punta del pene. Por todos los santos, estaba empezando a considerar aquella cosa como un pene. Por vergüenza, debería haber retirado la mano, pero la fascinación le impedía apartarla. Permitted que Jake le condujera el dedo por aquel pene largo y morado, diseñado exclusivamente para dar placer a las mujeres. Se maldijo al notar que los pezones se le ponían aún más duros e intentaban escapar de su prisión de puntilla.

—¿Ves? También puedes notar la vibración en el tronco.

Jenna contuvo el aliento al imaginar tener aquel largo y placentero pene dentro de ella, notando la vibración en toda su vagina. Al constatar su embelesamiento, Jake la miró con un destello divertido en los ojos.

—Y mira esto —dijo, pulsando el tercer botón.

El pene empezó a describir círculos. Jenna apartó el dedo asustada, pero mantuvo la vista fija en aquella cosa que se movía dando vueltas y más vueltas.

—Está diseñado para llegar al punto G. La mujer de El escondrijo secreto me dijo que ayuda a tener orgasmos muy intensos.

—¿Qué es El escondrijo secreto?

—Una tienda —contestó Jake, apagando el vibrador. Se detuvo el movimiento en espiral—. Está especializada en artículos sexuales para mujeres.

¿Quería decir con ello que había hablado sobre aquel artilugio con una mujer en una tienda? Jenna nunca se atrevería a hacer algo así. Pero lo encontraba admirable. Ojalá ella se tomara la sexualidad de forma tan relajada.

—Tienen toda una colección de juguetes sexuales, ropa interior e incluso literatura erótica. Compré un par de libros para que los leyeras y vieras si te gustaban. Están en la mesilla.

Jenna vio los libros en la mesilla que había junto al sofá. Cogió el que estaba arriba.

—¿Amor virtual?

—Como trabajas con ordenadores, pensé que te gustaría todo este tema de la realidad virtual —contestó él con una sonrisa—. En la primera escena, a la mujer la secuestra un pirata. Recuerdo que mencionaste algo sobre un pirata el primer día que pasamos juntos.

¡Que el cielo la amparara! Aquel extraño sabía demasiadas cosas acerca de ella... Incluso más que Ryan, al menos en ese aspecto.

—Puedes leer el libro para despertarte el gusanillo y utilizar esto mientras yo estoy en el trabajo, así nunca lo sabré —dijo Jake guiñándole el ojo— ...a menos que me lo cuentes...

—Vaya, para no querer presionarme en materia de sexo, no paras de hacerme pensar en el tema.

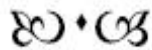
—Jenna, el sexo es sano. Quiero que encuentres una vía de escape para liberarte sexualmente. Yo puedo ser esa vía, pero, como ya te he dicho, no quiero que acudas a mí sólo por eso. Si hacemos el amor, quiero que sea porque quieres hacer el amor conmigo. ¿Está claro?

Jenna asintió con la cabeza.

—¿No te das cuenta de que si quisiera meterte prisa para llevarte a la cama... —dijo, cogiendo aquel artilugio mientras hablaba y agitándolo delante de ella— ...no te regalaría algo así? Te daría los libros y aguardaría a que te sintieras tan excitada que no tuvieras otro modo de consolarte más que conmigo... Sin embargo, —continuó, acercándose un paso a ella— debo añadir que soy un hombre y te deseo, de modo que no dejes que la vergüenza te impida venir a mí.

Cuando Jake se fue a trabajar, Jenna guardó los libros y aquella cosa en el cajón de la mesilla de noche y se olvidó de su existencia.

O para ser más precisos, intentó olvidarse de su existencia. En los días que siguieron, abrió el cajón varias veces y se quedó mirando embelesada aquel arlilugio. Una vez incluso lo sacó del cajón y sopesó la posibilidad de probarlo, pero ¿qué ocurriría si Jake regresaba a casa temprano por algún motivo inesperado? Se moriría de vergüenza si él llegaba mientras lo estaba utilizando, aunque la puerta estuviera cerrada. Lo más probable es que él lo oyera.



Cinco días después de instalarse en casa de Jake, Jenna estaba sentada en el salón junto a la encimera donde comían, con la cabeza apoyada en la mano, contemplando cómo Jake preparaba una cena deliciosa. Estaba tan arrebatadoramente sexy con aquella camisa gris con los tres botones superiores desabrochados y el varonil vello asomándole por el cuello. Se le marcaba un torso bien definido. Se había deshecho de la corbata instantes después de regresar a casa del trabajo. Los pantalones de pinzas de color gris marengo que llevaba, remarcaban su esbelta cintura.

Jake se negaba a que ella preparara la cena, esgrimiendo el embarazo como excusa para que se sentara y se relajara, mientras bebía un cóctel de arándanos en una copa de vino y lo observaba.

En los últimos días Jenna se había descubierto observándolo atentamente en varias ocasiones, contemplando a un desconocido con una cara familiar. Por entonces ya comenzaba a apreciar las diferencias entre Jake y Ryan. De hecho, notaba más diferencias que semejanzas. Ryan detestaba cocinar y, cuando lo hacía, seguía la receta al pie de la letra o preparaba algo precocinado. Jake parecía especiar los platos de forma instintiva, echando una o dos pizcas de hierbas de varios botes etiquetados a mano. En el alféizar de la ventana de la cocina tenía plantadas hierbas frescas en macetitas.

Jake la pilló mirando absorta las plantas.

— ¿Te gusta cocinar, Jenna?

Jenna hizo una mueca, paseando la mirada por la cocina de gourmet de Jake. Cacerolas con base de latón colgaban del techo, sobre la encimera de mármol se apilaban electrodomésticos de aspecto complicado, y junto al fogón de seis quemadores y el doble horno había bonitos utensilios de cerámica.

— Obviamente, no tanto como a ti. Cocino porque tengo que comer, pero eso es todo. Me encanta hacer pasteles, pero son una tentación demasiado irrefrenable, así que no lo hago muy a menudo. Sólo en vacaciones.

Hornear galletitas de Navidad era una de las pocas tradiciones de la infancia que recordaba haber con partido con Shane. Siempre que su hermano las visitaba durante las vacaciones, los tres horneaba galletitas de formas divertidas y las espolvoreaba por encima con azúcar glas y de colorines. A Shane lo que más le gustaban eran las bolas plateadas de azúcar, mientras que Jenna prefería las verdes y rojas brillantes.

Jake sonrió. Los ojos le centellearon.

— Te imagino perfectamente en esta cocina, con la cara manchada de harina mientras ayudas a nuestro hijo o hija a cortar formas divertidas de la masa de galletas.

Jenna se llevó la mano a la barriga. Sintió la vida que crecía en su interior y la recorrió una oleada de calor. La emocionó pensar en ese día.

—¿Y qué harías tú? —preguntó.

—Preparar el pavo, por supuesto.

Se le empañaron los ojos al imaginar aquella adorable escena familiar, a su hijo riendo mientras la harina volaba por los aires al caerse el paquete al suelo, y a Jake soltando carcajadas mientras cogía al pequeño en brazos y le daba vueltas en el aire, tal como su padre había hecho con ella... antes de marcharse.

Una familia feliz. Unas Navidades unidas. Sintió un pinchazo en el corazón. Era lo que más deseaba en el mundo. Por lo que sabía de Jake hasta el momento, estaba segura de que sería un padre fabuloso. Y un marido maravilloso.

—¿Por qué no escoges una película y la vemos después de cenar? —sugirió Jake.

—De acuerdo —contestó Jenna.

Descendió del taburete y se dirigió a la estantería que recorría la pared, junto a la inmensa pantalla de alta definición. Recorrió con el dedo el lomo de las fundas de los DVD. A juzgar por su colección, Jake no tenía el mismo gusto en cine que Ryan o, para ser más exactos, tenía un gusto más variado. A Ryan le encantaban los thrillers de ciencia ficción y las películas cuyo argumento giraba en torno al espionaje militar. A Jake también parecían gustarle, pero tenía asimismo comedias, películas de misterio, de fantasía, dramas y algunas cintas de autor. Jenna detuvo el dedo sobre *Corre, Lola, corre*, una película alemán de montaje rápido y sincopado en la que la protagonista repite los mismos cuarenta y cinco minutos intentando salvar la vida a su novio varias veces, gracias lo cual aprende cosas sobre ella misma y sobre la gente que la rodea. Continuó revisando la colección y se detuvo en una cinta antigua titulada *Me enamoré de una bruja*, con Kim Novak y James Stewart, una película ambientada en Nueva York, sobre una bruja que lanza un hechizo a un hombre del que acaba enamorándose y por el cual pierde sus poderes. Era una de sus películas preferidas.

Paternity, con Burt Reynolds, también formaba parte de la colección. A Jenna se le encendieron las mejillas al recordar que aquella película había sido la detonante de su fantasía de querer acostarse con un desconocido. Había una escena curiosa en la que Burt Reynolds encarnaba exactamente esa fantasía con la protagonista para que el sexo entre ambos resultara más emocionante. De hecho, Jenna nunca había fantaseado con acostarse con un desconocido real, sino con echarle un poco de pimienta a su vida sexual con Ryan, fingiendo ser extraños.

Sacó la carátula de la película y miró el reverso, sin prestarle excesiva atención. Pensaba en tener sexo con un desconocido de verdad, un desconocido que empezaba a convertirse en alguien muy familiar. ¿Por qué no? Jake le había explicado que Ryan había decidido darle la oportunidad de conocerlo. Ryan sabía que existía una alta probabilidad de que Jenna y Jake mantuvieran relaciones sexuales. Lo sabía porque lo había debatido con él. Al principio, Ryan se había opuesto taxativamente, pero había acabado por ceder cuando ella había argumentado que, para ser justa, tenía que explorar también esa faceta de su relación con Jake.

En realidad, no tenía previsto acostarse con él, porque ambos sabían que eran perfectamente compatibles en la cama. Dentro de poco, Jake dejaría de ser un desconocido.

Y eso era algo bueno, pero una voz en su interior la instaba a no dejar pasar la oportunidad de acostarse con un auténtico desconocido, la única oportunidad real que tendría en su vida y que poco a poco se le escapaba de las manos.

—Imaginaba que te gustaría esa película, no sé por qué... —comentó Jake.

Jenna lo miró. Estaba apoyado en el marco de la puerta de la cocina y sostenía una cazuela humeante entre las manos, que llevaba protegidas con unas manoplas. «¿Cómo se las apañaba este hombre para estar tan sexy en el papel de cocinero?», se preguntó Jenna. Devolvió la película a la estantería. Jake arqueó una ceja y sonrió de manera cómplice.

El buey stroganoff que había preparado estaba absolutamente delicioso. Después de la cena, se acomodaron en el sofá a ver una comedia que Jenna había seleccionado rápidamente, sin prestar mucha atención, salvo al hecho de que no fuera *Paternity*. Sam trepó al sofá y se enroscó a su lado.

Por desgracia, escogió *American Pie 2*, a la que, con los nervios, confundió con *American Beauty*. Resultó ser una película sobre adolescentes universitarios en busca de sexo.

Durante la escena en la que dos jóvenes fingen ser lesbianas para excitar a los chicos, Jenna se descubrió lanzando miradas furtivas en dirección a Jake, preguntándose si él también compartiría aquella fantasía. ¿Acaso no les gustaba a todos los hombres ver a dos mujeres en acción? Sin duda, el director de la película así parecía creerlo. Un personaje oculto en la ventana retransmitía de forma fortuita lo que veía a través de las ondas de radio y todos los hombres del condado parecían babear al imaginarse esa situación.

Aunque la película no incluía sexo explícito, hacia el final de la cinta, Jenna no podía dejar de pensar otra cosa. El cuerpo se lo pedía. Le dolían los pezones de la excitación. Le apetecía un revolcón. Le apetecía un revolcón con Jake. Quería vivir la experiencia de mantener relaciones con un desconocido, pero con un desconocido del que no sintiera temor, como Jake. Se moría de ganas de acostarse con Jake, fuera un desconocido o no. Tomó aire para intentar aplacar la revolución hormonal que tenía lugar en su interior.

Cuando los títulos de crédito comenzaron a aparecer en la pantalla, Jake agarró el mando y apagó el DVD. Activó un CD de Diana Krall. El sensual jazz empezó a hipnotizarla. Le dio el último sorbito al zumo de arándanos y naranja y se repantingó en los cojines del sofá, acariciando distraídamente a Sam, que ronroneaba de felicidad.

—Dame la copa, voy a rellenártela.

—Ponme agua, por favor.

Jake cogió la copa y se dirigió a la cocina. Jenna levantó sus agujas de hacer punto e inspeccionó los cinco centímetros de lana de color azul turquesa claro que había tejido. Juntos, habían elegido el hilo y el punto, el día anterior, y ella había empezado a tejer el jersey esa misma mañana. No apreció ningún error evidente, de modo que leyó las instrucciones para seguir tejiendo. Jake regresó momentos después con un vaso de agua fría y un refresco de cola. Se sentó a su lado.

—Jake, tú sabes mucho más de mí que yo de ti.

Jake se enlazó las manos tras la nuca.

—¿Qué quieres saber? ¿Cómo me gano la vida? ¿A qué escuela fui? —preguntó, dándole un sorbo al refresco.

—Me gustaría conocer tus fantasías sexuales.

Jake estuvo a punto de atragantarse. Depositó el vaso en la mesa y se volvió para mirarla a la cara.

— ¿Mis fantasías sexuales?

Jenna acabó la vuelta del punto y dejó las agujas sobre la mesilla lateral.

— Bueno, tú conoces las mías, al menos algunas de ellas.

Jake alzó una ceja y sus labios esbozaron una sonrisa demoledora.

— ¿Tienes más? Cuenta, cuenta.

— Tú primero.

— Bueno, tengo una en un ascensor por la que siento debilidad...

Jenna sonrió.

— Sí, yo también —se acercó a él—. Pero hablo en serio. ¿Qué tipo de fantasías tienes tú, como hombre, quiero decir? Apuesto lo que sea a que te gustaría hacer un trío con dos mujeres.

La miró con una calidez que a Jenna le resultó turbadora.

— Sólo si las dos fueran como tú.

— Va, venga, no me hagas la pelota.

— Si me dejaras, te haría otras cosas...

Ella le dio un golpecito en el hombro.

— Eres terrible —bromeó, inclinándose hacia delante y apoyando los codos en las rodillas—. ¿Pretendes que me crea que si dos mujeres espectaculare con unas buenas tetas... —dijo, describiendo con un gesto unos pechos generosos—... se desnudaran y empezaran a besarse delante de ti y acariciarse mutuamente no te excitarías?

— Claro que me excitaría. No estoy muerto. ¿Y tu?, ¿Te excitarías?

— ¿Si me excitaría viendo a dos mujeres? —repitió ella, sonrojándose—. No lo sé.

— Apuesto lo que sea a que sí, pero no me refería eso. ¿Te excitaría estar con dos hombres?

— ¿Te refieres a verlos... juntos? —preguntó Jen repiqueteando con el dedo.

— No, me refiero a hacer un trío con ellos. A que los dos te acariciaran. A que te besaran los pechos, uno cada uno. O uno te acariciara aquí... —dijo deslizándole la mano por encima de la barriga y dibujando un círculo alrededor de uno de sus senos. Jenna se le endurecieron aún más los pezones. Jake deslizó la otra mano hacia abajo y le envolvió el pubis—...mientras el otro te lame aquí.

Jenna notó que sus músculos internos empezaban a contraerse. Deseaba que Jake la tocara por dentro.

— Suena bastante excitante —confesó, apartándole la mano de sus partes bajas y colocándosela alrededor de la cintura—. Pero sigues sin contarme tus fantasías.

Jake se dejó caer suavemente sobre ella y le rozó los labios, un roce que disparó un torbellino de sensaciones en el interior de Jenna.

— La única fantasía que tengo es que una mujer guapísima llamada Jenna, una mujer a la que tengo en mucha estima, me mire a los ojos y me diga: «Jake, quiero hacer el amor contigo» —confesó, apartando la mano de su pecho para acariciarle la mejilla con la yema de un dedo—. Y que esa mujer sepa que soy yo y no un personaje de su imaginación. Que me haga sentir que quiere estar conmigo.

Sus labios volvieron a encontrarse y sus bocas se lundieron en una larga caricia. Jenna sintió un cosquilleo por todo el cuerpo. Se le hincharon los senos, anhelantes de notar sus manos sobre ellos, con más intensidad esta vez.

—Jake, yo...

—Jenna, yo no soy mi hermano. Somos dos personas completamente distintas.

—Ya lo sé —replicó ella, acariciándole la mejilla y deleitándose con el tacto de su pelo ondulado al resbalar entre sus dedos y con la nostalgia que reflejaban sus ojos—. Lo supe la primera vez que estuvimos juntos, aunque entonces pensaba que era un juego. Ahora sé que todo aquello ocurrió porque eres un hombre muy distinto y muy excitante. —Alzó su boca en busca de un beso. Jake le acarició los labios con dulzura—. Jake, quiero que me hagas el amor.

Con ojos ardientes, Jake deslizó las manos bajo sus piernas y la levantó en el aire. Mientras la llevaba en volandas al dormitorio, Jenna empezó a ponerse nerviosa.

—Jake, espero... —titubeó dubitativa.

—¿Qué ocurre, cielo?

—Espero no decepcionarte.

Jake se detuvo en seco.

—¿Por qué dices eso? ¿Cómo puedes siquiera insinuar que podrías decepcionarme?

—No sé, yo también me estaba haciendo pasar por una extraña. En realidad no soy así.

Jake sonrió.

—Me juego lo que quieras a que sí eres así. De hecho, apuesto a que ésa eres la auténtica tú cuando eliminas tus barreras.

—¿Y si no es así?

La besó con una delicadeza que poco a poco dio paso a una necesidad imperiosa. Ahondó en su boca y las lenguas de ambos se enroscaron rítmicamente. Jake se apartó de ella, dejándola casi sin aliento, y dijo:

—Nunca podrías decepcionarme. De hecho, ¿por qué no te quedas tumbada y dejas que sea yo quien se encargue de todo?

Capítulo 12

Jake la llevó a su dormitorio. Una enorme cama de madera oscura presidía aquella masculina estancia en tonos azul marino y granate. La posó sobre la cama y se sentó en el borde, junto a ella, mirándola y sonriéndole con ternura. Jenna hizo ademán de empezar a desabrocharle la camisa, pero Jake le envolvió los dedos con sus manos y se los apartó.

—Te he dicho que te relajes y me dejes hacer a mí.

So puso en pie y se desabrochó el botón superior y el siguiente. Se llevó las manos al cuello y se lo abrió ligeramente, dejando al descubierto las marcadas líneas de su clavícula. Continuó descendiendo, desabrochando otro botón y luego otro, avanzando con una lentitud dolorosa, abriéndose poco a poco la camisa para ir revelando sus abdominales uno a uno. Comenzó a balancear las caderas de lado a lado. Se desabrochó el cinturón, estiró de la hebilla y lo arrojó a un lado.

—¿Alguna vez un hombre te ha hecho un *striptease*, Janna?

—Esto...

Jake soltó una carcajada.

—Vaya, vaya, qué chica más traviesa...

—Bueno, en realidad no era para mí, era para la futura novia. Y estábamos en un club —explicó, pensando en lo distinto que era encontrarse en un entorno tan íntimo como el dormitorio de Jake.

—Bueno, cielo, pues éste es todo para ti —dijo, dejando caer sus pantalones y apartándolos de un puntapié.

Se quitó los calcetines, y luego se dio la vuelta y se levantó la camisa para mostrarle el trasero, contoneándolo sin parar. Sus músculos, al tensarse y relajarse perfilaban el culo más duro y firme que Jenna había visto nunca. Se moría de ganas de levantarse, colocarse tras él y cogerle las nalgas para sentir el movimiento de aquellos músculos duros contra sus palmas. Pero él le había dicho que permaneciera tumbada, y eso hacía.

Jake se dio media vuelta de nuevo y se deslizó la camisa, descubriéndose primero un hombro y luego, el otro. Se la abrió por un lado, revelando su torso largo y esbelto. Jenna clavó la mirada en su pezón, deseando cubrirlo con sus labios. Jake se abrió el el otro lado de la camisa y se la quitó por fin. Sosteniendo la manga derecha con una mano delante de él y la izquierda a su espalda, se pasó la camisa por entre las piernas y la hizo oscilar adelante y atrás, frotando la entrepierna con ella, excitándose, y sin dejar de balancear la pelvis.

Jenna estaba muy excitada. Quería tocarlo. O mejor aún, quería que él la tocara. Jake arrojó la camisa al suelo y ésta fue a caer sobre Sam, que había permanecido sentada en el suelo, observando a Jake. La gata lanzó un murmullo de queja y se fue con aire ofendido.

Jake se acercó a la cama y se inclinó hacia delante para besar a Jenna. Esta sacó la lengua, deseando introducirse en la boca. Jake le permitió catarlo, pero luego se apartó y se dio media vuelta. Se agachó para recoger su camisa, ofreciéndole un magnífico panorama de su duro trasero a sólo unos centímetros de distancia. Jenna alargó el brazo y lo tocó. Tras permitirle que le diera un apretón, Jake dio un paso adelante, quedando fuera de su alcance, y luego volvió la vista atrás con una sonrisa endiablada. Se llevó las manos atrás y se bajó los calzoncillos por un lado, dejando a la vista una nalga para delicia de Jenna, y seguidamente la otra. Jenna se relamió. De repente, Jake se bajó los calzoncillos hasta los tobillos. Se quedó agachado durante un par de segundos, mientras se los sacaba por los pies, cosa que permitió a Jenna atisbar su tenso y duro miembro. Luego se enderezó y se volvió lentamente, tapándose de tal modo que los calzoncillos impedían a Jenna divisar su verga. Se acercó a la cama.

—¿Qué quieres que haga ahora, Jenna?

—Yo, eh...

Jenna posó fascinada la vista en su entrepierna. Jake levantó un tanto los calzoncillos, permitiéndole atisbar sus testículos, y luego volvió a taparse. La polla se asomó momentáneamente, pero él se apresuró a volverlo a ocultar.

—Quiero hacer el amor...

—Sí, eso ya lo sé, pero ¿qué quieres que haga yo ahora?

Jake ocultó la mano derecha tras los calzoncillos y Jenna vio cómo empezaba a mover la muñeca derecha arriba y abajo.

—Quiero verte...

—¿Qué quieres ver, cielo? —preguntó él, apartando un tanto los calzoncillos y dejando al descubierto sus peludos testículos. También su mano oculta quedó a la vista. Jenna vio cómo se la deslizaba por debajo de los testículos y los levantaba—. ¿Quieres ver esto?

Jenna asintió.

—¿Y eso es todo? ¿Hay algo más que quieras ver?

—Quiero verte a ti entero..., desnudo.

Jake se deslizó los dedos por los testículos, acariciándoselos.

—¿Qué es exactamente lo que quieres ver? Cuétame —la instó.

—Quiero ver... —susurró ella, lamiéndose los labios—...quiero verte ¿el pene?

Jake soltó una carcajada.

—Recuerdo que en su día utilizaste otra palabra para designarlo.

Jenna se ruborizó y soltó una risita.

—La polla, quiero verte la polla.

Jake sonrió de oreja a oreja.

—Me encanta cuando dices guarradas.

Dejó caer los calzoncillos y Jenna contuvo el aliento. Jake tenía una polla larga y dura, con el glande morado por el deseo de penetrarla.

—Aquí la tienes, cariño. ¿Qué quieres que haga con ella ahora?

—Tráela aquí —dijo ella, con la voz ronca por la excitación.

Jake se sentó en la cama junto a ella y Jenna le acarició el abdomen, deleitándose en las duras ondulaciones de sus músculos. Deslizó sus dedos por el vello púbico de Jake y

rodeó con ellos su miembro erecto. Recorrió con las yemas la corona alrededor de la polla. Al instante, se inclinó hacia delante y lo lamió, luego se metió la punta de su pene en la boca. Describió alrededor de ella unos cuantos círculos con la lengua. Jake gimió.

—No, Jenna, para. —La detuvo, cogiéndola suavemente de los hombros y apartándola.

Ella apartó la boca y lo miró.

—¿Qué pasa? —preguntó con una voz dubitativa, sintiendo de pronto que su confianza en ella misma se le caía a los pies.

Clavó la mirada en sus manos, enlazadas en su regazo. Temía no ser capaz de complacerlo. El le alzó la barbilla y la miró a los ojos.

—No pongas esa cara, cielo. Lo que me estabas haciendo era genial —le aseguró, y su pene se movió arriba y abajo en señal de confirmación—. Lo que ocurre es que quiero concentrarme en darte placer a ti.

—Pero tocarte me da placer.

Jake sonrió.

—Me alegro —dijo, besándola con ternura—. Hagamos un trato. ¿Qué me dices si te dejo tocarme cuanto quieras, pero después de que me pidas que te haga algo?

Jenna se emocionó. Jake quería que lo tocara y quería complacerla.

—De acuerdo. Me gustaría que me desnudaras.

Jake deslizó la mano por los botones de su blusa.

—Sé más específica.

—Quiero..., quiero que me quites la blusa.

Jake deslizó los dedos hasta el cuello. El roce de sus yemas en la piel, mientras le desabrochaba el primer botón, le hizo sentir un escalofrío. Jake descendió tocándole la piel hasta el segundo botón y lo desabotonó. Para cuando le liberó el último, el del vientre, a Jenna le ardía la piel. Jake le deslizó la blusa por los hombros y se la sacó por los brazos. Jenna temblaba. Jake posó la mirada en sus pechos, que amenazaban con desbordar el sujetador de aros negro. Los contempló, pero no los tocó..., y ella deseaba que los tocara... desesperadamente. Se inclinó hacia delante y lo besó, acariciándole las sienes con las manos.

—¿Qué quieres, Jenna? —susurró él, con una voz ronca y sensual que le hizo estremecerse.

—Quiero que me acaricies los pechos —murmuró ella, con la voz grave por la excitación.

Jake acarició con las yemas de sus dedos la carne blanca que sobresalía por encima del sujetador. Con la otra mano le cogió un pecho por debajo, envolviéndolo con su calidez. Jenna sintió la necesidad de desprenderse de la puntilla para notar las manos de Jake sobre su piel. Le acarició la oreja con la frente, luego sopló con suavidad y susurró:

—Quítame el sujetador.

El deslizó las manos hasta su espalda, le desabrochó el sujetador y se lo despegó lentamente del cuerpo.

—Jenna, tienes los pechos más bonitos del mundo —le dijo, acariciándoselos y deteniéndose a rozarle con las yemas de los dedos los pezones, que se endurecieron y agrandaron agradecidos.

Jenna quería más.

—Quiero que... —gimió, lamiéndose los labios.

—¿Qué? —la instó él.

—Quiero que me los beses.

Jake le besó el pecho derecho por encima y luego dibujando círculos alrededor del pezón, succionando la areola con los labios antes de detenerse en el pezón y besarle la punta. Entonces se dedicó con igual esmero al otro pecho. Pero sólo se los besó.

Jenna quería más.

—Chúpamelos, métetelos en la boca.

Jake le lamió un pezón. Jenna gimió de placer. Luego Jake se metió aquel botoncito duro en la boca, sin dejar de jugar con su lengua en ningún momento. Jenna contuvo el aliento.

—Sí, así, me gusta.

El otro pezón recibió el mismo tratamiento.

—Chúpamelos.

Jake la obedeció al momento, atrapando los pechos de Jenna en su boca caliente y húmeda. Jenna jadeaba de placer.

—Oh, sí —murmuró casi sin aliento—. Me encanta.

Jake se fue de un pecho a otro, besándolos, lamiéndolos. De repente, Jenna pensó que aquel hombre (Jake, no Ryan), un hombre al que apenas conocía, estaba sentado en la cama junto a ella, totalmente desnudo y chupándole los pechos. Y no acababa ahí la cosa. Lo hacía siguiendo sus órdenes. Jake la había puesto al mando de la situación, al tiempo que la había estimulado sexualmente, instándola a que expresara en voz alta lo que quería. Aquello la excitaba tanto... Le dolían los pechos de placer... Lo quería dentro de ella.

—Jake, quítame los pantalones.

Jake le desabrochó el botón y le abrió la cremallera. Jenna arqueó las caderas hacia arriba para que pudiera quitarle los pantalones. Los arrojó a un lado y empezó a acariciarle las piernas en sentido ascendente, pero se detuvo a medio muslo.

—Tócame... —no se le ocurría ninguna palabra apropiada, de modo que le cogió la mano y se la llevó hasta la entrepierna, por encima de las bragas—. Tócame aquí. Quiero que me acaricies.

El ahuecó la mano sobre su vulva unos segundos, y luego recorrió con un dedo su raja, por encima de la seda de las bragas. La tela estaba empapada. Se inclinó hacia delante y la besó en la boca, mientras seguía moviendo los dedos arriba y abajo. Jenna le acarició el lóbulo con la boca.

—¿Puedo chuparte, Jenna? —susurró él.

—Sí..., me encantaría.

Jake se agachó, lamiéndole todo el cuerpo en s descenso. Jenna notó su lengua sobre sus bragas. Las lamió a todo lo largo varias veces, luego se detuvo unos instantes en la parte delantera, dándole suaves lengüetazos en el clítoris. El tejido húmedo se adhirió al cuerpo de Jenna al agitar él su cálida lengua.

—Por favor, quítame las bragas.

Jake se las quitó de un rápido movimiento y entonces su lengua encontró la carne desnuda de Jenna, recreándose en aquel botoncillo sensible. Jenna estuvo a punto de saltar

por la excitación. Jake continuó lamiéndola y succionándola, separándole los labios para llegar mejor a su clítoris.

—Oh, Jake. Ah, sí —gimoteó, al notar la primera oleada de placer que le recorría el cuerpo.

Jake se colocó las piernas de Jenna sobre los hombros, abriéndola más. Agitaba la lengua a una velocidad sorprendente y consiguió llevar a Jenna a un orgasmo intensísimo. Jenna se aferró a su cabeza, apretándola contra sí.

—Oh, Dios, Jake, sí, sí.

Jake continuó chupándola, lamiéndola y succionándola. Jenna sintió un estremecimiento en todo el cuerpo. Una vez dejó de gemir, Jake dejó de lamerla, le sonrió y se puso junto a ella.

—Sonaba como si te gustara.

Jenna sonrió de oreja a oreja.

—Me ha gustado mucho.

Le rodeó con la mano la polla y empezó a sacudírsela ligeramente arriba y abajo, utilizando sólo las yemas de los dedos.

—¿Te gusta?

—Sí.

Jenna lo tumbó en la cama y trepó sobre él.

—Vale, ahora me toca jugar a mí.

Le rodeó con las manos la verga, dura como una piedra, y la puso recta, en perpendicular al cuerpo. Se movía entre sus manos. Acarició con los labios la punta y golpeó suavemente con la lengua el diminuto agujerito central. Acarició el mástil con la yema de un solo dedo y luego empezó a hacer movimientos rotatorios alrededor de la punta. Jake tenía un pene magnífico, con la piel de un niño, una punta bulbosa en forma de champiñón y un asta larga, *muy larga*. Jenna ansiaba chupárselo y apretarlo en su boca, pero le había gustado el jueguecito iniciado por él. Jake le había dicho que dejara que fuera él quien hiciera todo el trabajo.

Volvió a lamerlo, y luego lo soltó y se tumbó en la cama. Jake la miró, con las cejas enarcadas. Jenna se encogió de hombros.

—Me has dicho que te dejara hacer a ti —le dijo, mirándole primero el pene y luego a la cara—. Vamos, ¿a qué esperas?

Jake sonrió y rodeó con su gran mano su miembro erecto. La punta, de color morado, sobresalía.

—¿Te refieres a esto? —preguntó, deslizando su mano hacia su cuerpo y luego de nuevo en sentido contrario.

Jenna asintió, mientras observaba atentamente cómo Jake se acariciaba pausada y delicadamente. Imaginaba notar su magnífico pene acariciándole las paredes vaginales mientras la penetraba. Le dolían los pezones de placer. Empezó a tocarse uno con un dedo. Jake se colocó de cara a ella, acelerando el ritmo de su mano, con los ojos vidriosos y la mirada fija en ella. Jenna le sonrió y empezó a acariciarse el otro pezón, tirando de ambos al mismo tiempo.

—Jenna, me vuelves loco.

Jenna se deslizó la mano hacia abajo, acariciándose el vientre de camino a su vulva. Notó el flujo resbaladizo.

—Ah, cielo, yo... —consiguió articular Jake, antes de eyacular y salpicarle el pecho de semen.

Jenna se quedó sin aliento. No dejaba de manar semen caliente a ráfagas. Jake soltó una carcajada y se apoyó sobre el codo.

—Me has puesto supercaliente —dijo, restregando un dedo sobre los pegotes de líquido blanco y deslizándolo luego hacia abajo—. Esto debería haber ido aquí —indicó, presionándole con un dedo la entrada de la vagina.

Jenna gimió al notar cómo Jake deslizaba su dedo en el interior de ella y empezaba a moverlo en círculos.

—Sí, es un buen sitio.

Jake empezó a acariciarle el clítoris. Al sentirse húmeda, Jenna pensó que había llegado el momento de hacer otra petición.

—Humm, necesito algo de ti, pero no estoy segura de si estás listo.

Clavó la mirada en su pene, se lamió los labios y abrió más las piernas. La polla mustia de Jake pareció volver a la vida. Jake le sonrió picaramente.

—Cariño, si tú estás lista, yo estoy listo.

—Quiero que vengas aquí. Quiero que me lamas y me chupes los pechos hasta que los pezones se me pongan tan duros que no pueda soportarlo.

—Como mandes, Jenna.

Se colocó sobre ella y le succionó un pecho con tanta fuerza que Jenna tuvo que ahogar un grito.

—El otro también —comentó ella con voz trémula.

Jake sonrió y le lamió el otro pezón, succionándoselo lenta pero inmisericordemente. Al cabo de diez segundos, a Jenna parecía faltarle el aire. Jake le sonrió. Le centelleaban los ojos.

—¿Y ahora qué?

Jenna sonrió.

—Ahora quiero que me metas esa polla *enorme* hasta el fondo.

A Jake se le ensombreció la mirada por el deseo. Colocó la punta de su pene contra la húmeda entrada de la vagina de Jenna y se dejó caer lentamente.

—No, métemela con fuerza, y rápido.

—Jenna, me encanta que me digas estas cosas.

Jake la embistió con fuerza, abriéndole toda la vagina de una sola estocada. Jenna gimió con fuerza. El se retiró, acariciándole con el glande las paredes vaginales, y luego volvió a embestirla. Jenna le enroscó las piernas alrededor del cuerpo, enlazándolas por los tobillos y atrayéndolo aún más dentro de ella.

Jake continuó penetrándola, mientras a Jenna se le aceleraba la respiración a medida que el placer aumentaba. Se sentía estremecer por dentro, presa de un torbellino de sensaciones indescriptibles.

—Jenna, córrete para mí. Déjame que te oiga gemir de placer.

—Ah, sí, me corro —gimió ella al llegar al orgasmo.

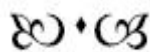
A Jake se le contrajo el cuerpo y Jenna sintió un calor líquido inundarla por dentro. Jake continuó embistiéndola. Jenna le cogió del pene, y Jake deslizó los dedos entre ambos y empezó a acariciarle el clítoris. Jenna volvió a llegar al climax jadeando en su oído.

Jake continuó estimulándole el clítoris y penetrándola. Aquel orgasmo parecía no tener fin. Cuando por fin se desvaneció, Jenna abrazó a Jake con fuerza.

—Ha sido fabuloso —dijo acurrucándose contra su pecho, sintiéndose de repente muy cansada—. El mejor orgasmo que he tenido nunca —confesó, bostezando; le dio un beso en la base del cuello y, acariciándole el abdomen, añadió—: Me duermo. Buenas noches, Ryan.

Jake se la quedó mirando mientras dormía, sintiendo un intenso dolor en el pecho. El sexo había sido fantástico. Su estratagema para ayudarla a tranquilizarse había funcionado a las mil maravillas. Jenna se había abierto y al final había disfrutado hablando explícitamente de sexo. Lo había llevado al borde del orgasmo varias veces y entonces había parado, hasta que al final él había estallado en un orgasmo increíble. Todo perfecto, salvo que se había olvidado de quién era. Lo había llamado Ryan. Sintió un malestar en el estómago. Ahora sabía cómo se había sentido su hermano, y no le gustaba lo más mínimo. De hecho, era un dolor casi insoportable.

Le acarició el cabello por detrás de las orejas. La quería tanto que le dolía todo el cuerpo. Jenna había accedido a pasar allí un mes con él para darse a sí misma la oportunidad de enamorarse del padre del niño que llevaba dentro, el hijo de Jake, pero ahora él se preguntaba si eso sería posible. ¿Pensaba Jenna que estaba haciendo el amor con su hermano?



A la mañana siguiente, Jenna se despertó en la cama de Jake, sola, disfrutando aún de la sensación de haber hecho el amor la noche anterior. Apartó las sábanas y comprobó si Jake estaba en la ducha del baño anexo a la habitación, pero lo único que encontró fue una toalla húmeda colgada de un toallero eléctrico.

Cogió una toalla seca de los estantes que había junto al jacuzzi. Diez minutos después salió de la bañera goteando. Se secó el pelo con la toalla, se lo peinó y se enfundó en un mullido albornoz que encontró en un colgador que había junto a la ducha. Le quedaba ancho y las mangas largas, pero le bastó con remangárselo y atárselo con el cinturón. Le encantaba oler el aroma de Jake, rodeada por la calidez aquella prenda.

Al regresar a la habitación consultó la hora en despertador que había en la mesilla de noche. Era las ocho y cinco. Jake no salía para el trabajo hasta las ocho y cuarto. Quizá aún estuviera en la cocina, desayunando. Empezó a caminar por el pasillo, reprimiéndose para no echar a correr, con la esperanza de notar sus brazos rodeándola antes de que se marchara. Sam estaba tumbada en la alfombra junto a la ventana del salón, echada sobre un rayo de sol.

Jenna abrió la puerta de la cocina de un empujón y sonrió al ver a Jake sentado en un taburete junto a la encimera, sorbiendo su café y leyendo un informe. De repente, sintió un arrebato de timidez y nervios.

—Buenos días —lo saludó.

Jake levantó la mirada.

—Hola. La tetera está llena de agua caliente, si quieres prepararte una infusión. No sabía a qué hora ibas a levantarte, así que no te la he hecho.

—Ah, está bien —replicó ella, sintiendo una punzada de inquietud.

Jake no le había sonreído y se había dirigido a ella con tono educado pero distante. ¿Habría hecho algo malo? Se sentó en un taburete junto a él, convencida de que se estaba comportando como una paranoica, y apoyó su mano en el muslo de él, pues necesitaba tocarlo.

—¿Has dormido bien? —le preguntó tanteando el terreno.

—Sí —contestó Jake secamente, sin apartar la vista de los papeles.

A Jenna se le encogió el corazón. La estaba rechazando y no tenía ni idea de por qué.

—Jake?

—¿Humm? —preguntó él, sin alzar la vista.

A Jake le habría gustado irse antes de que Jenna se levantara, pero ahora no podía marcharse sin más. No le apetecía hablar con ella en aquel momento.

Todavía estaba demasiado dolido. Aún podía oír su dulce voz pronunciando aquel *buenas noches, Ryan*. Sintió un palpito. Notar la mano de ella en su muslo era una tortura. No tenía intención de tirarle nada en cara. Jenna no lo había hecho para herirlo. De hecho, estaba convencido de que ni siquiera se había dado cuenta de su error.

—Jake, ¿qué pasa?

Jake la miró.

—Nada, nada —contestó, poniéndose en pie y apartándose de ella—. Tengo que irme a trabajar.

Notó la mirada de Jenna clavada en él mientras cogía su maletín y se dirigía a la puerta de la cocina. Algo lo forzó a devolverle la mirada antes de salir de casa. Jenna tenía los ojos llorosos. Maldita sea. Dejó el maletín en el suelo, se acercó a ella y la abrazó.

—Cariño, ¿qué ocurre?

—No..., no lo sé. Anoche... estábamos... —balbuceó Jenna entre sollozos, antes de romper a llorar moco tendido.

Jake no había querido disgustarla. De hecho, le hubiera gustado haberse ido antes de que ella percibiera que algo no iba bien. Sacó una servilleta de una caja que había en la encimera y se la tendió.

—Ten —le ofreció en tono cálido—. Suénate y resípira hondo.

Jenna hizo lo que le indicó y volvió a intentarll.

—Anoche estábamos muy unidos y esta mañana... —volvió a romper en sollozos—... esta mañana ni siquiera quieres estar cerca de mí —espetó, antes arrancar a llorar de nuevo.

Jake la rodeó con los brazos y la estrechó, sintiéndose más que culpable.

—Lo siento, cielo. Estoy preocupado por algo —le explicó, besándola en la coronilla—. No quería hacerte sentir mal.

Jenna se sorbió la nariz como única respuesta. Jake la cogió por la barbilla y le levantó la cara. Le rompía el corazón ver sus grandes ojos azules llenos de lágrimas.

—Ya te lo he dicho, cariño. No pasa nada.

—¿Estás seguro?

La besó en la punta de la nariz.

—Segurísimo.

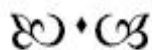
Jenna se enjugó las lágrimas.

—Lo siento, será cosa de las hormonas —comentó, subiéndose las solapas del albornoz, con una leve y temblorosa sonrisa en los labios—. Si continúo comportándome de esta manera, te vas a cansar de mí.

A Jake se le hinchó el corazón al pensar que Jenna llevaba dentro un hijo suyo. La estrechó con fuerza.

—Eso no pasará nunca, cielo. No hay nada en el mundo que puedas hacer para que deje de amarte.

Aunque ella no lo amara.



Jenna observó cómo Jake se alejaba en el coche. Se abrazó a sí misma, deleitándose en el placer de notar el albornoz de él cubriéndole el cuerpo y oler su fragancia.

Sin embargo, seguía un poco confusa por la conversación que acababan de mantener. Jake le había dicho que la amaba. Abrió el frigorífico, sacó el zumo de naranja y se sirvió un vaso. De hecho, ahora que lo recordaba, ya se lo había dicho antes, la noche antes de la cena de ensayo de la boda, pero no había pensado más en ello porque creía que era Ryan.

«Madre mía, Jake me ama.» ¿Cómo era posible? Si sólo hacía dos días que la conocía cuando se lo había dicho. ¿De verdad podía haberse enamorado de ella tan rápidamente? A Ryan le había costado ocho meses pronunciar aquellas palabras.

Observó dos arrendajos azules sumergiéndose en la pila para pájaros que había frente a la casa, arrojándose agua sobre el cuerpo, batiendo las alas y salpicándolo todo.

Sabía que Jake la había llevado allí para convencerla de que se casara con él, pero pensaba que sólo era porque llevaba a su hijo en su seno. Sin embargo, Jake acababa de decirle que la amaba. Todo era tan confuso. ¿Qué sabía ella del amor? ¿Qué sabían Ryan y Jake del amor? Ryan decía que la quería, pero, si era cierto, ¿por qué evitaba estar con ella?

Pasó el dedo por el vidrio de la ventana. Jake también afirmaba amarla y ella estaba empezando a enamorarse de él. Pero de repente, sin más, la apartaba de su lado. Le había dicho que estaba preocupada por algo, pero eso sonaba más propio de Ryan que del Jake que ella creía conocer. Sam entró en la cocina y se quedó mirando a Jenna, que la cogió y la abrazó. Quizá sencillamente se había convencido de que la quería por el niño que llevaba en su interior y ahora empezaba a distanciarse también.

Tras compartir una cena tranquila esa noche, Jake la invitó a jugar con él a videojuegos en su «madriguera». Se había montado una estancia increíble, con dos ordenadores conectados en red, monitores de alta resolución y unidades CPU de última generación para probar los juegos. A Jenna le gustaban más los juegos de habilidades que los de rol, de modo que jugaron a un nuevo juego de golf on—line. Tras una partida de dieciocho hoyos, Jenna decidió dar por concluida la noche.

Habían pasado toda la víspera juntos, pero en mesas diferentes, sin que existiera prácticamente ninguna interacción real entre ellos. Jenna se metió en la cama sintiéndose

sola. Había empezado a convencerse de que sentía algo auténtico por Jake, pero ahora creía que lo más probable es que viera en él lo que quería ver en Ryan.

Amaba a Ryan. Claro que tenían problemas que debían solventar, pero era su novio y nunca había dudado de los sentimientos de él hacia ella. Sólo cuando no estaban juntos... y lo cierto es que eso ocurría con bastante frecuencia. Si ahora estuviera allí... Aunque, pensándolo bien, no era él quien no estaba, era ella.

Echó un vistazo al teléfono plateado que había en la mesilla de noche. Quizá Ryan no estuviera allí, pero esto no significaba que no pudiera hablar con él. Se sentó y ahuecó las dos almohadas, se las colocó detrás y se apoyó en ellas. Levantó el auricular y marcó el número de Ryan. Echó un vistazo al despertador. Eran las once y media. Era un poco tarde (Ryan probablemente se habría acostado una hora antes), pero esperaba no molestarlo. Dejó sonar el teléfono tres veces, cuatro.

—¿Diga?

Al oír la voz somnolienta de Ryan todo el desasosiego de Jenna se evaporó.

—Ryan. Soy...

—Jenna —remató él, con la voz más clara—. ¿Va todo bien?

—Sí, yo... —Hizo una pausa, sobrecogida por la emoción.

El tono de preocupación en su voz y la sensación de protección que Ryan le transmitía la hicieron sentirse segura y amada. Era una sensación maravillosa una sensación que ella sabía que nacía de una relación profunda, construida a lo largo del tiempo, una relación de confianza y respeto mutuos. Y de amor.

—¿Jenna? ¿Sigues ahí?

Jenna cayó en la cuenta de que se había perdido, vagando en sus pensamientos.

—Sí..., sólo quería oír voz —dijo, soltando una lagrimilla.

—Cariño, ¿va todo bien?

—Te echo de menos, eso es todo.

—Cielo, yo también te echo de menos. Sabes que puedes regresar cuando quieras. No tienes por qué quedarte...

—No —dijo ella sacudiendo la cabeza, intentando convencerse a sí misma, tanto como a Ryan—. Prometí que le daría un mes a Jake.

—Pero si estás triste...

—No estoy triste... —lo interrumpió, sorbiéndose los mocos y traicionando sus palabras—. Son las hormonas. Jake se está portando de maravilla. Me ha hecho sentir como en casa. Es un encanto.

El silencio al otro lado del hilo la hizo arrepentirse de sus palabras.

—Quiero decir que... —ni siquiera sabía lo que quería decir.

—Sí.

Podía imaginarse la tensión en el rostro de Ryan y sus labios fruncidos. Debía de detestar la idea de que ella estuviera tan lejos, el no poder influir en su decisión. Seguro que se sentía impotente, y Ryan era un hombre acostumbrado a ejercer el control sobre su entorno.

—Pero, Ryan, te estoy llamando, *a ti* —lo reconfortó con una voz cálida—, porque te echo de menos.

—Sí —contestó él, esta vez con un tono que sonaba a sonrisa.

Jenna recordó esa sonrisa con añoranza, recordó besar esos labios gruesos y sensuales, recordó sentirlos contra los suyos mientras la tenía en sus brazos. Sus hormonas volvieron a activarse.

—¿Sabes qué? Estoy aquí sentada en la cama..., sola... —dijo, apagando la voz, a la espera de ver si él le recogía el guante.

—¿Sí? ¿Y qué llevas puesto?

«Nada.» Estuvo a punto de decirlo, pero le pareció un cliché demasiado manido. Se preguntó si a él le apetecería algo más picante.

—Llevo un sujetador que apenas me tapa nada y una falda por debajo del ombligo, como una bailarina del vientre.

—Hummm. Suena bien.

Jenna sonrió.

—Los pechos me desbordan la tela aterciopelada del sostén. Tú eres un jeque acaudalado y me has requerido en tu alcazaba hoy.

—¿Qué es eso? ¿El mercado de esclavas?

Jenna soltó una carcajada. Poner tanta atención en el detalle era un rasgo típico de Ryan, pero le sorprendía que no lograra desprenderse de él ni manteniendo una conversación erótica por teléfono.

—Claro. Y ahora me has llevado a tu habitación.J

—¿Quieres decir a mi jaima?

Jenna tiró de las sábanas con rabia.

—Ryan, ¿te apetece que entremos en detalles o mantenemos una conversación erótica?

—Vale. Estás en mi habitación. ¿Estás atada?

—Hum. Sí, tengo las manos atadas —contestó; guardó silencio un instante, pero, al ver que él no decía nada y esperaba a que ella continuara, tomó la iniciativa—: Estoy aquí de pie, aguardando a ver qué haces conmigo —espetó.

—Ahh. Te miro, te repaso de arriba abajo con la mirada, me detengo en tus hermosos pechos.

Estimulada por sus palabras a Jenna se le pusieron los pezones de punta. Se lo imaginaba contemplándola, deseándola. Deslizó una mano hacia uno de sus pechos. El deseo empezaba a apoderarse de ella.

—Me acerco a ti —continuó él.

—Yo retrocedo.

Podía notar la emoción de tener a un apuesto jeque, su Ryan, aproximándose a ella, con sus ojos color negro carbón clavados en ella. Sintió una oleada de calor.

—Te atrapo entre mis brazos.

Jenna ahogó un grito al imaginarse la escena.

—Te beso larga y apasionadamente —siguió Ryan.

—Hummm —murmuró ella al imaginar sus fuertes brazos rodeándola, obligándola a darle lo que quería darle, pero no podía, no como una esclava, no con la distancia física entre ellos.

—Te gusta, lo sé —susurró Ryan.

Jenna se toqueteó ligeramente un pezón y luego el otro. Se endurecieron y se marcaron bajo el suave tejido de su camisón.

—Sí, pero no quiero que lo sepas, así que me resisto —respondió.

—Entonces te beso aún más apasionadamente y al final tú sucumbes y me devuelves el beso.

—Oh, sí —dijo ella, deslizándose los dedos por los labios, sintiendo un cosquilleo al imaginar la boca de Ryan sobre la suya.

Lo deseaba. Ojalá estuviera allí en aquella habitación con ella. Le arrancaría la ropa y se abalanzaría sobre él. Quería verlo. Quería desnudarlo y tocarlo.

—Deslizo mi mano por tu duro y fuerte torso. Siento las ondulaciones de tus músculos bajo las yemas de mis dedos. Eres mi amo y quiero rechazarte, pero no puedo evitarlo: te deseo.

Jenna podía oír la respiración acelerada de Ryan al otro lado del hilo telefónico.

—Continúo descendiendo por tu abdomen y finalmente deslizo mi mano dentro de tus pantalones y... —Hizo una pausa, imaginando sus dedos tocando su duro miembro y luego deslizándose sobre él—. Ahhh.

—¿Jenna?

—Es tan grande y está tan dura.

Al percibir el asombro en la voz de Jenna, Ryan notó que su miembro erecto presionaba contra los pantalones. Empezó a masturbarse, deseando que fuera la dulce y delicada mano de Jenna y no la suya la que lo acariciara.

—La saco y la acaricio suavemente —continuó ella.

Ryan se bajó la bragueta. Su miembro quedó liberado, duro como una piedra. No tardaría mucho en correrse.

—Eh, pensaba que estabas atada —la cortó, imaginándola con el ligerísimo atuendo que le había descrito, con los pechos sobresaliéndole por el escote, el torso desnudo hasta las caderas y las piernas asomándole entre la brillante tela de la falda.

—Ah, sí, pero ya no —contestó ella.

—Yo quiero que lo estés —respondió Ryan con un gruñido ronco y sensual—. Apartas la mano por que te das cuenta de que te estás dejando llevar por la pasión y te niegas a sucumbir. Yo te empujo sobre la cama y te ato, con los brazos y las piernas abiertos en cruz.

—Ah, sí. Esto... no, por favor, libérame.

Al oír sus palabras Ryan sintió un anhelo irrefrenable.

—No, esclava. Eres mía y voy a demostrártelo.

Se la imaginó con las piernas abiertas, tumbada en la cama, mirándolo con los ojos llenos de pasión. Le demostraría que era suya en todos los sentidos. Se le hinchó el corazón al caer en la cuenta de que Jenna le estaba dando precisamente la oportunidad de hacerlo. Y eso significaba que aún tenía una oportunidad real.

—¿Y ahora qué haces? —le preguntó.

—Te miro. Respiras entrecortadamente y yo observo cómo tus pechos suben y bajan.

—Percibía su respiración acelerada—. Has estado resistiéndote, de modo que la tela brillante de la falda se te ha echado hacia atrás. Tienes las piernas completamente al aire.

—¿Y qué más tengo al descubierto? —preguntó ella con voz sensual.

— Al retorcerte para zafarte de mí, te he visto las bragas.

Jenna sintió que mojaba sus braguitas.

— ¿Sigues mirándome?

— No —le susurró él con voz cálida y suave al oído—. Ahora estoy sentado en la cama, a tu lado, botándome la pierna contra tu talle. Te acaricio la mejilla...

Jenna sintió un escalofrío al pensar en sus dulces caricias, que contrastaban con el personaje dominante que estaba interpretando. Por eso aquella esclava sabía que aquel jeque que la había comprado la amaba de verdad, aunque ella se negara a admitirlo. Por eso, en el fondo de su corazón, sabía que estaba a salvo con él.

— Desciendo por tu cuello..., luego continúo por tus pechos.

Jenna recorrió con sus propios dedos el camino que él describió. Se agarró el pecho derecho.

— El sujetador se abre por delante —indicó.

— Efectivamente. Deslizo el dedo bajo el cierre. Lo aprieto.

— Aparto la vista.

— Oh, sí. Se te ha abierto el sujetador. Te veo los pechos desnudos. Tienes los pezones duros como botones.

— Sí —susurró ella, apartándose el camisón para jugar con su dedo primero sobre un pezón y luego sobre el otro. Oleadas de placer la embriagaban.

— Los contemplo, embelesado por su belleza.

Jenna respiró hondo, inmensamente excitada por el tono maravillado de su voz y el recuerdo de cuanto le gustaba a Ryan contemplar su cuerpo.

— Los acaricio, los cubro con mis manos. Son tan blandos y cálidos...

— Me encanta notar tus manos sobre mí.

Cómo le gustaría notarlas de verdad.

— Te lameteo el pezón izquierdo.

— Oh, sí —exclamó ella, humedeciéndose los dedos y deslizándoselos hasta el pezón izquierdo—. Me gusta mucho, pero intento que no lo notes.

— Pero yo sé que te gusta. Tienes la cara sonrojada. Y la respiración acelerada. Te lamo el otro pezón, lo atrapo con la boca y te lo chupo.

— Huuummm —gimió Jenna, apretándose el pezón y deseando que estuviera realmente dentro de la cálida y húmeda boca de Ryan.

— Lo noto muy duro.

— ¿Y es mi pezón lo único que está duro? ¿Tú la tienes dura? —preguntó Jenna.

— Sí, claro que la tengo dura. Me pongo en pie y dejo caer mis pantalones, mostrándote lo que tanto ansias.

Jenna se lo imaginaba de pie frente a ella, con su larga y rígida verga moviéndose, dolorida por las ganas de penetrarla.

— Oh, es tan grande.

— Y es toda para ti. Pronto te voy a demostrar lo que se siente al tenerla dentro.

Jenna sintió que su vagina se contraía. Notó una punzada de placer. Se llevó la mano a las bragas, la deslizó dentro y se acarició el pubis húmedo.

— ¿Cuándo?

— Pronto, muy pronto.

— ¿Te la estás acariciando?

— Sí, la tengo cogida con los dedos y me la acaricio un par de veces para mostrártela.

Jenna imaginaba la mano de Ryan masturbándose. De hecho, estaba segura de que era lo que estaba haciendo en aquel preciso instante, porque la deseaba; ese pensamiento la hizo excitarse aún más.

— Verte masturbarte me ha humedecido. Estoy tan mojada...

Ryan gimió al imaginar a Jenna, no a una esclava en su cama, sino a la Jenna de verdad, tumbada en una cama y pensando en él, humedeciéndose ante sus palabras y las imágenes que él estaba evocando para ella. Siguió masturbándose. Estaba a punto de eyacular.

— Me muero de ganas de ver tu coño húmedo y te arranco la falda. Las bragas también. Ahora estás tumbada en la cama, completamente desnuda.

— Oh, sí.

— Deslizo mis dedos entre tus piernas y juego con ellos —continuó entre risas—. Sí, estás muy húmeda, lo noto.

— Oh.

— ¿Notas cómo te toco, Jenna? —murmuró.

Sí, lo notaba. Jenna podía notar su duro dedo deslizándose sobre su blanda y húmeda carne.

— Ahora te meto los dedos.

— Oh, sí —exclamó ella, cerrando los párpados mientras se metía los dedos.

— Te acaricio el clítoris con el pulgar.

Jenna se acarició el clítoris.

— ¿Lo notas, amor mío?

Jenna se retorció en la cama.

— Oh, sí—balbuceó.

Al oír sus palabras entrecortadas, Ryan supo que sentía lo que él le estaba describiendo. Sabía que Jenna se estaba metiendo los dedos y sólo de pensar en ello se sintió a punto de alcanzar el orgasmo. Tuvo que contenerse para llevarla al climax también a ella

— Ahora te acaricio el clítoris con la lengua.

— Ah, sí, noto tu lengua.

— Estás a punto de correrte.

No bromeaba. Jenna sintió una oleada de calor imaginar la lengua de Ryan danzando sobre su clítris. Se metió otros dos dedos más dentro, mientras que con el pulgar se acariciaba el clítoris, imaginando que era una lengua.

— ¿Qué pasa con tu polla? ¿Sigue estando dura?

— Dura y larga.

— Ohhh.

Ryan se agarró la polla con fuerza y empezó a masturbarse más rápido.

— Ahora me pongo sobre ti.

— ¿Sí? —preguntó ella, gimoteando un monosílabo que reflejaba su urgencia.

— Busco con mi polla la entrada de tu vagina.

— Ahhh...

—...y... ah, cariño, te penetro.

—Oh, sí, folíame.

—Te embisto.

—Oh, Dios, me..., me... —Los jadeos de Jenna le acariciaron la oreja y Ryan sintió que le faltaba el aire —... me corro —acertó a decir Jenna, entre gemidos.

Ryan se la sacudió un par de veces más y eyaculó, apretándose el pene, mientras que el cálido líquido le salpicaba el pecho. Los dulces gemidos de Jenna lo acompañaron durante su intenso orgasmo.

Jenna se arqueó y gimió mientras alcanzaba el climax, imaginando la cara de Ryan deformada por el placer, mientras se corría dentro de ella. Lo oía respirar al otro extremo del hilo. Cada vez más lento. Ahogó sus gemidos en la almohada.

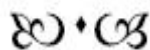
—Ahora te he soltado y te rodeo con mis brazos. Te abrazo con fuerza.

Jenna casi podía sentir la calidez de sus brazos alrededor de ella y su ancho y musculado pecho contra su mejilla.

—Huummm, yo me acurruco contra ti.

—¿No te resistes?

—No. Soy tuya.



Ryan colgó el teléfono. Quizá Jenna fuera suya... esa noche, pero Jake contaba con la ventaja de la proximidad. Normalmente, Jenna sentía un vivo interés por el sexo y ahora que estaba embarazada y tenía las hormonas revolucionadas..., con Jake en la misma casa..., ¿sucumbiría al deseo y se entregaría a él? ¿Lo habría hecho ya?

Ryan se pasó la mano por el pelo y comprobó la hora en el despertador de la mesilla de noche. Eran las doce y cuarenta y ocho. Bostezó. Puso el despertador a las ocho para dormir una hora más. Había estado trabajando hasta muy tarde cada noche. Camino a casa compraba la cena en un restaurante y se desplomaba en la cama, en cuanto llegaba. Necesitaba mantenerse ocupado, no por el bien de los negocios, sino para no enloquecer. Tenía que dejar de pensar en Jenna, en lo mucho que la echaba de menos, en el miedo a perderla.

Levantó el auricular de nuevo al darse cuenta de que esa noche no había comprobado si tenía mensajes en el contestador. La señal intermitente del tono de llamada le confirmó que sí los tenía. Marcó el número del buzón de voz y luego introdujo su contraseña. Tenía dos mensajes. Pulsó la tecla para escucharlos.

—Hola, Ryan, soy Hannah. —La voz de su ayatlante le recordó que tenía una reunión a las diez de la mañana siguiente.

Borró el mensaje y esperó al siguiente.

—Hola, señor Leigh. Llamamos de la consulta del doctor Morgan.

Al oír aquella amable voz femenina, Ryan se enderezó. Sintió un pinchazo en el estómago. El y Jenna habían acudido al doctor Morgan juntos para que le hiciera unas pruebas y asegurarse de que el embarazo iba bien. Jenna había autorizado a la consulta del médico a ponerse en contacto con Ryan mientras que ella estaba fuera, por si surgía algún

problema con sus análisis. También había dado permiso al despacho para contactar con él si necesitaban que se reincorporara.

— ¿Sería tan amable de llamar a nuestra consulta lo antes posible? El número es...

Capítulo 13

Jenna se acabó la infusión, dejó la taza en el lavavajillas y se dirigió al salón. El sol del atardecer inundaba cálidamente la estancia. Sam estaba tumbada en la alfombra, aparentemente ajena a la presencia de Jenna.

La noche anterior, el sexo telefónico con Ryan había sido fabuloso y la había ayudado a sentirse más conectada con él y más segura. Amada. Sin embargo, no había satisfecho su necesidad física más profunda.

Echó un vistazo a los rayos de sol que refulgían sobre los árboles. Estaba muy confusa. Por un lado, le gustaba la sensación de seguridad y compromiso que sentía con Ryan. Pero, por el otro, le encantaba la emoción y la novedad de su relación con Jake. Ambos hermanos eran muy distintos y, sin embargo, se parecían mucho. Sabía que si pasaba más tiempo con Jake, se enamoraría de él.

Había pasado gran parte de la noche dando vueltas en la cama, recordando la fantástica noche de sexo que ella y Jake habían compartido dos noches antes. El insistente anhelo seguía punzándola por dentro.

Deseaba sentir a Jake penetrándola en aquel preciso instante.

Decidió probar por fin uno de los regalos de Jake. Fue corriendo al dormitorio y eligió uno de los libros que Jake había escogido para ella. Regresó al salón y se repantingó en el sofá, se acomodó en los cojines y se tapó con una manta suave de felpa.

El libro empezaba en un galeón pirata, donde el sensual capitán se echaba a la protagonista al hombro y la arrastraba hasta su camarote. Cuando la arroja sobre su catre y le desgarraba el corpiño, dejando vista sus resbaladizos pechos desnudos, que subían y bajaban a causa de su respiración acelerada, Jenna se encontró acariciándose los pechos con los dedos. Cuando el capitán le ataba las manos a la protagonista sobre la cabeza, Jenna deslizó su mano sobre la curva de su pecho y lo rodeó, sosteniéndolo en su palma. A medida que la historia progresaba, se desprendió del sujetador y se toqueteó los pezones, endureciéndoselos en las partes más eróticas y dejándolos sedientos de caricias mientras se detenía a pasar las páginas.

Se estaba excitando. Pasó otra página más. Cuando el capitán pirata hizo girar sus caderas hacia delante y su dura masculinidad llenó a su cautiva, Jenna recordó el pene erecto de Jake, deslizándose dentro de ella. Movié los dedos más y más deprisa, pasando de un pezón a otro. La respiración se le aceleraba. Una estocada de dureza masculina demolió la última barrera de control de la protagonista, que no logró seguir resistiéndose a sus deseos.

Jenna no podía hacer caso omiso a la necesidad impetuosa de sentir un pene en su interior. Quería que un hombre la penetrara. Quería que *Jake* la penetrara. Recordó su enhiesto miembro embistiéndola y llevándola a un intenso orgasmo. El protagonista se echó atrás y luego se dejó caer hacia delante de nueva, con fuerza. La cautiva emitió un

grito agudo mientras que el capitán la llevaba a un climax frenético y excitante. Jenna gruñó frustrada.

Se mordisqueó la uña del pulgar mientras pensaba en el calor punzante que sentía en su vagina y en el charquito de anhelo que se había formado en sus braguitas. Entonces recordó la máquina de la pasión morada, o como quiera que la llamaran en el envoltorio. Se mordió la uña con más fuerza.

Consultó la hora en el reproductor del DVD. Eran las cuatro y once. Jake no regresaría hasta pasadas un par de horas.

Dejó el libro en el suelo, salió disparada hacia el dormitorio y fue corriendo a la mesilla de noche. Abrió a toda prisa el cajón, cogió la caja que contenía el largo pene morado. Se lamió los labios. Un pene para ella sola.

Regresó corriendo al sofá, se desprendió de sus tejanos y se acurrucó en la manta. Pulsó el botón superior, tal como le había indicado Jake. La máquina empezó a vibrar. Jenna tocó la zona abultada del lateral, imaginando la sensación de notarla contra su clítoris. Notó que se humedecía aún más. Se bajó las bragas e intentó tocarse con aquel artilugio su zona más sensible, pero aquella extensión se curvaba hacia el tramo del pene morado y no lo consiguió.

Tendría que deslizárselo en su interior para probarlo. Se colocó la cabeza de aquella cosa en la entrada de la vagina, humedecida por la excitación. Se sorprendió al notar lo salvajemente erótica que le resultaba la vibración. Se metió la punta del vibrador, y luego lo volvió a sacar. Se lo metió un poco más, lo sacó, y luego más adentro.

«No tengo nada que perder», pensó. Se lo metió hasta el fondo. Se colocó la parte vibrante contra el capuchón del clítoris. La masajeaba levemente, estimulándola de una forma deliciosa. Apoyó la cabeza sobre el brazo del sofá mientras disfrutaba de notar aquel artilugio dentro de ella, con aquella pequeña extensión jugando con su clítoris. Sintió que se tensaba por dentro y que un orgasmo se avecinaba al horizonte. Esperó, pero no llegaba. Se metió y se sacó aquel pene, pero con ello sólo conseguía apartarse el estimulador del clítoris, de modo que volvió a introducirse del todo. Intentó hacerlo girar con la esperanza de alcanzar el orgasmo, pero no hubo suerte.

Entonces recordó los demás botones. Jake había hecho que la punta se moviera describiendo círculos. Se lamió los labios. Aquello sonaba bien. Encontró a tientas la columna de botones en la base del pene y pulsó el segundo. El runruneo fue en aumento a medida que la vibración se aceleraba.

¡Vaya! Era demasiado fuerte, demasiado estimulante. Buscó el mismo botón, pero por error debió de accionar el tercero, porque el sonido se hizo aún más intenso y pudo notar que el pene empezaba a describir estimulantes círculos en su interior, acariciándole las paredes vaginales en un movimiento increíblemente excitante. La sensación era fabulosa, pero la vibración la taladraba y el sonido la ponía nerviosa. Volvió a pulsar los botones, pero sólo logró aumentar el ritmo del pene giratorio. Las sensaciones y el ruido la pusieron nerviosa, haciendo que el inminente orgasmo se alejara cada vez más. Tocó los botones como una posesa.

Oyó cerrarse la puerta de un coche. Madre de Dios, debía de ser Jake.

Se sacó aquel artilugio de dentro y tocó el primer botón; el movimiento y el ruido se detuvieron. Gracias al cielo. Pero ella seguía sintiéndose agitada por dentro. Bueno, qué

diablos, tenía un hombre a mano. Depositó la máquina sobre la manta y la tapó; luego empujó de un puntapié sus braguitas bajo el sofá. Ya guardaría después, a hurtadillas, la vergonzosa evidencia de su experimento, enrollándolo en la manta. Pensaba mantener a Jake tan ocupado que ni siquiera se daría cuenta de su presencia.

Se bajó la camisa, mientras se dirigía corriendo hacia la cocina. Pero ésta apenas le cubría las nalgas desnudas. Echó un vistazo a través del ventanal mientras atravesaba la cocina a toda prisa y vio a Jake acercarse a la puerta. Jenna la abrió de golpe.

— ¿Jenna?

Lo cogió de la mano y lo hizo entrar, cerrando la puerta detras de él. Lo rodeó con los brazos, atrapando su boca. El se apartó.

— Jenna, ¿sabes...?

Ella selló sus labios con un beso persuasivo.

— Lo único que sé es que te deseo —le dijo, cogiéndolo de las manos y llevándoselas hasta sus pechos, mientras arqueaba la espalda para aplastarlos más contra sus palmas.

Volvió a besarlo. Como un volcán. Con anhelo. Con urgencia. Los labios de él dejaron de protestar y empezaron a moverse sobre los suyos.

— Oh, cariño, no sabes cuánto te he echado de menos.

Hacía treinta y ocho largas horas desde que habían hecho el amor y ella también lo había echado de menos.

Jenna le sacó la camisa de los pantalones y deslizó las manos bajo ella, recorriendo sus marcados abdominales, hasta llegar a sus duros pezones, pellizcándolos y jugueteando con ellos mientras Jake le devoraba los labios. Jake le acarició la espalda y metió la mano bajo la camisa. Sus manos se deslizaron por la cálida piel desnuda de Jenna, por la curva de su trasero.

— Ostras, Jenna, no llevas ropa interior.

Jenna buscó el broche de los téjanos de Jake y los soltó, luego le bajó la cremallera.

— Y tú dentro de poco tampoco la llevarás.

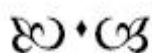
Jenna le besuqueó la clavícula y luego el torso visible bajo el pico de la camisa. Con una mano fue desabrochándole los botones, mientras le metía la otra en la bragueta y atrapaba con ella su miembro erecto. Lo sacó por la abertura de los calzoncillos. Descendió por su cuerpo, besándole, dejó atrás el ombligo y finalmente cubrió con sus labios la punta roja oscura de su pene.

— Cariño —susurró él, tomando aire—. Oh, sí.

Le acarició la cabeza.

— Cariño, tengo que decirte...

Jenna lo atrapó con toda la boca, metiéndose su verga hasta la garganta y chupándola con avidez. Jake gimió.



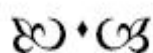
Jake abrió la puerta y se quedó helado. Allí, en medio de su cocina, Jenna le estaba haciendo una felación a su hermano, cuyo rostro se contraía de placer. Sintió un ataque de ira, pero luego, al recordar la cálida sensación de la dulce boca de Jenna deslizándose sobre su propio miembro, la sangre le bajó de la cabeza al pene, que cobró vida.

Observó la cabeza de Jenna subir y bajar. Ryan gemía. Y Jake se estaba excitando cada vez más. Notó que la cremallera le apretaba. Cerró la puerta silenciosamente y empezó a masturbarse. Jenna abrió la boca y lamió el pene de Ryan desde la base hasta la punta. Luego dibujó con la lengua círculos alrededor de la corona. Jake casi gimió al unísono con Ryan mientras contemplaba aquella escena erótica.

Sabía que debería estar enfadado, pero sus hormonas y su deseo de penetrar a Jenna eran más fuertes que cualquier otro sentimiento. Jenna unió sus manos tras el culo de Ryan y lo apretó para engullirlo.

Alternaba de posición, apoyándose primero en una rodilla y luego en la otra. Se le levantó la camisa y su culo desnudo quedó a la vista. Mientras se inclinaba sobre Ryan, Jake logró ver los rizos morenos de su vello púbico.

Se le aceleró el latido del corazón y emitió un jadeo que no pudo ahogar. Ryan, en pleno trance, no lo oyó, pero Jenna miró en su dirección y sus ojos se encontraron.



Jenna notó cómo a Jake se le tensaba la entrepierna mientras ella lo succionaba cada vez con más fuerza, apretándolo entre su lengua y el paladar. Se volvió ligeramente y oyó un leve gemido al otro lado de la estancia. Miró hacia el lado y localizó a Ryan, observándola desde el marco de la puerta mientras se acarcia el impresionante bulto de sus pantalones.

Jenna se detuvo durante una fracción de segundo pero al notar la polla erecta de Jake en su boca, y continuó chupándolo y succionándolo, con la vista clavada en Ryan. Al cabo de unos instantes su boca quedó invadida por ráfagas de semen caliente y salado. Jenna continuó chupándolo, observando los ojos neblinosos de Ryan, hasta que Jake dejó de eyacular. Lentamente soltó a Jake, se puso en pie y dirigió la vista a Ryan.

—Jenna, ha sido genial, pero... —dijo el hombre que tenía delante.

Ella lo miró y dijo:

—Jake, Ryan está aquí.

—Ya lo veo.

Jenna palideció al descubrir que quien respondía era el hombre de la puerta. Volvió la cabeza rápidamente para mirarlo. Y luego volvió a mirar al rostro del hombre a quien había tomado por Jake.

—¿Eres Ryan?

Los téjanos y la camisa informal. No era así como iba vestido Jake cuando había salido para la oficina esa mañana. Volvió a mirar a Jake, vestido con sus pantalones de pinzas grises oscuros, camisa blanca, corbata roja estampada y chaqueta deportiva de color marengo.

—He intentado decírtelo, pero no me has dado oportunidad. Lo siento.

Ryan se metió el pene flácido en los pantalones y se los abrochó. Luego se dirigió a Jake:

—No intentaba engañar a nadie.

Jake le hizo señas como restando importancia a sus palabras.

—Olvidalo. Podría volverme loco, pero también he estado en el otro lado. Simplemente dime a qué has venido.

—Tengo que hablar con Jenna. Ha ocurrido algo.

—Pero acordamos...

—Lo sé, pero es importante. No puede esperar —continuó, volviéndose para mirar a Jenna.

—Jenna, hay algo de lo que tenemos que hablar a solas. Puedes explicárselo a Jake una vez lo hayamos hablado. ¿Podemos cenar juntos esta noche?

—Yo, esto...

Un chirrido mecánico seguido por el bufido de un gato y un golpe atrajeron la atención de Jenna hacia el salón. «No, por favor», aquello no podía estar pasando. Entonces empezó a oírse un fuerte zumbido que provenía del sofá.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Jake, mientras se dirigía hacia el salón.

—Seguro que no es nada —contestó ella, intentando adelantársele, pero él tenía las piernas más largas y llegó a la puerta del salón antes que ella.

Miró en dirección al sofá, con una sonrisa en los labios. Jenna asomó la cabeza y vio a Sam sentada con una pata en la base del pene morado, dándole golpes al polla con la otra mientras éste se movía en círculos. Jenna notó a Ryan a su lado.

—¿Qué diablos es eso?

—Adivina —respondió Jake—. Vaya, Jenna, veo que estás disfrutando de mi pequeño regalo.

Ryan se tapó los ojos como si quisiera borrar la imagen de lo que acababa de ver.

—Yo me largo de aquí —anunció, dándose la vuelta y dirigiéndose a la puerta—. Jenna, voy a coger una habitación en un hotel. Te llamo dentro de una hora. Jenna se fue corriendo hacia el salón, ahuyentó a la gata y cogió el pene morado. Pulsó el botón de apagado, y los movimientos giratorios y el ruido desaparecieron. Lo dejó caer en la manta y lo tapó con una esquina.

Jake estalló en carcajadas.

Ella se sentó en el brazo del sofá.

—¿Jake, es que te has vuelto loco?

—Supongo que sí, pero, para ser honesto, el verte chupándosela a mi hermano me ha excitado.

Jenna se sonrojó.

—Pensaba que eras tú, de verdad.

Jake sonrió.

—Te creo. Ahora ya me imagino lo que ha pasado. Estabas usando el vibrador, cuando ha aparecido Ryan por la puerta. No pensabas con claridad. Te habías puesto tan caliente con el aparatito que te has abalanzado encima de él. Lo único que no me explico es por qué has pensado que yo llamaría a la puerta.

—No ha llamado.

—¿Ha entrado sin más?

—No, he oído el coche y he salido corriendo a la puerta para abalanzarme sobre ti. Me sentía frustrada porque no conseguía que este maldito trasto funcionara.

Ryan soltó una carcajada.

—Vaya, pues parece que Sam ha sido más hábil.

Jenna puso los ojos en blanco, al recordar su frustración.

—Bueno, sí funcionaba, pero no para mí. No he logrado que hiciera lo que tocaba en el momento que tocaba y... —dijo con un hilillo de voz, encogiéndose de hombros.

—Ya entiendo. Así que estabas frustrada cuando ha llegado.

—Todavía lo estoy. Lo único que he hecho con Ryan es... lo que has visto.

Jake sonrió de oreja a oreja.

—¿Debo entender entonces que te apetecería un poco de atención?

Jenna refunfuñó.

—Me apetecería mucha atención.

Jake se acercó a ella con una mirada devoradora, como si fuera presa del mismo anhelo que ella. La tomó entre sus brazos y la besó. Fue un beso sensual y hambriento. Jenna lo recibió apretándose contra él, deleitándose al notar la dureza de Jake contra su cuerpo.

—Jenna, ahora no me voy a echar atrás, pero quiero saber...

Ella volvió a besarlo.

—¿Saber qué, Jake?

—¿Me deseabas de verdad o sólo querías satisfacer tus ansias?

—Quería satisfacer mis ansias... —dijo, cogiéndole las manos entre las suyas y mirándolo fijamente a los ojos, percibiendo su profunda decepción— ... contigo.

Lo besó con pasión, ahondando con la lengua en su boca. Se enzarzaron en un beso de tornillo. Jenna le acarició el interior de los labios de Jake con movimientos circulares.

—Te deseo, Jake.

Jake sonrió mientras descendía las manos por su espalda, atrapaba las nalgas desnudas de Jenna y la apretaba contra su entrepierna. Jenna jadeó al notar aquel contacto. Jake mecía el bulto de su entrepierna contra el cálido centro de Jenna.

La atrapó con los labios y ella le echó los brazos sobre los hombros, dejando caer los párpados mientras se entregaba a aquel beso. La lengua cálida de Jake entraba y salía de su boca. Ella la acariciaba mientras movía sus labios vorazmente sobre los de él. Jake la cogió por detrás de la cintura y la levantó del suelo. Jenna enroscó sus piernas alrededor de él, mientras notaba cómo la llevaba hacia atrás..., a la cocina.

Notó el mármol frío como el hielo bajo su culo desnudo y se retorció de emoción. Estaba demasiado excitada para que la enfriara el contacto con aquella piedra. Jake le soltó la cintura y le desabrochó los botones de la camisa, observando cómo iba abriéndose a medida que descendía. Jenna se había quitado el sujetador antes, mientras leía la novela erótica que él le había regalado, y al contemplar ahora la pasión en los ojos de Jake, se alegró de haberlo hecho.

Jake le acarició los pechos con delicadeza, se agachó y se metió uno en la boca. Lo chupó con voracidad, haciendo que a Jenna se le incendiara aún más el cuerpo. Cuando le chupó el otro pezón, ella lo agarró de la cabeza y se lo acercó, gimoteando levemente.

Jake se apartó y se detuvo a contemplar su cuerpo, repasándolo de arriba abajo con la mirada. Allí estaba Jenna sentada, con el culo desnudo sobre la encimera de la cocina y las piernas abiertas. Y allí estaba él, completamente vestido. Jenna pensó que se fundía por

dentro, estaba cada vez más húmeda y resbaladiza. Jake examinó cada centímetro de su cuerpo con ojos seductores y a Jenna se le puso la carne de gallina.

Ninguno de los dos se movía, hipnotizados como estaban por aquel momento increíblemente sensual. Los pezones de Jenna se habían convertido en largos y duros botones, y el flujo que se le había acumulado en la entrepierna empezó a resbalarle por los muslos.

Jake se movió al fin. Se desabrochó el cinturón, con la vista clavada en los ojos ardientes y hambrientos de Jenna. Se desabrochó el botón del pantalón y el sonido de su cremallera al abrirse, un sonido excepcionalmente sensual, logró que un escalofrío le recorriera la columna a Jenna. Jake dejó caer sus pantalones al suelo, donde aterrizaron con un golpe seco, debido al cinturón de cuero y la hebilla. Empezó a desabrocharse la camisa, pero Jenna le detuvo las manos y se relamió.

—Déjate puesta.

Le metió el dedo índice por dentro de la cinturilla de los calzoncillos.

—Y esto tampoco te lo quites.

Estiró de la goma de la cinturilla y la colocó por debajo de sus testículos, exponiéndolos a la vista. Enrolló las manos alrededor de su inmensa erección.

Jake se rió.

—Presiento otra fantasía.

Jenna sonrió, deslizando una mano hasta su corbata, cogiéndola de debajo el nudo y tirando de ella para acercarlo.

—No, sólo aprovecho una situación increíblemente estimulante cuando se presenta.

—Humm —murmuró Jake, besándole la garganta y enviando un cosquilleo desde su cuello hasta las puntas de sus pezones—. ¿Mi chica mala quiere que el poderoso empresario que quiere poseerla se aproveche de ella?

Jake atrapó un pezón en su boca. Jenna gimió.

—Algo así.

Jenna empezó a masturbarlo, sintiendo de repente la urgencia de tenerlo dentro de ella. Se apoyó en el armario, levantó las piernas y apoyó los talones en el borde de la encimera, abriéndolas aún más y dejando su cono húmedo a la vista de Jake. Se sentía lasciva, una chica mala. Y quería ser una buena chica mala.

—¿Le gusta lo que ve, Sr. Leigh?

Se acarició el vientre, descendiendo hasta su vulva.

—Ya lo creo —contestó él, con la mirada ensombrecida y vidriada al contemplarla masturbarse con el dedo.

Jenna se metió el dedo dentro.

A Jake se le aceleró la respiración.

—Esto es lo que quiero que me hagas —continuó ella, metiéndose y sacándose el dedo e incrementando la velocidad del movimiento mientras alargaba la mano para cogerle la verga—, pero con esto.

Se sacó el dedo y echó las caderas un poco hacia atrás. Jake parecía hipnotizado por su vulva. La cogió de la muñeca, se llevó su mano a los labios y empezó a chupar el húmedo dedo de Jenna. La sensación de su cálida boca succionándole el dedo, sabiendo que estaba probando sus jugos, la hizo mojarse aún más.

—Hummm. Sabe muy bien —dijo él, colocando su dedo sobre su carne caliente y húmeda y acariciándola, notando su humedad—. Pero tengo una idea distinta para esta chica tan mala y tan *mojada* —dijo con una sonrisa de lo más picara, mientras se inclinaba hacia delante y le daba un beso en la boca—. No te muevas.

Ella lo observó asombrada al verlo salir de la cocina, dejándola allí desnuda, con las piernas abiertas, sobre la encimera. Momentos después, Jake regresó con el vibrador morado en la mano.

—Oh, no —dijo ella, haciendo un ademán con la mano—. Ese cacharro no funciona conmigo.

Sonriendo, Jake lo sostuvo en alto y pulsó uno de los botones. El pene empezó a rotar.

—Apuesto lo que sea a que consigo que funcione —se aventuró, pulsando otro botón y accionando el pequeño bulto que había cerca de la base.

—Lo dudo, yo... —empezó a decir ella, pero se calló al notar una ligera vibración contra su clítoris—. Ohhh.

Lo observó sostener el diminuto estimulador de clítoris mientras que la recorría una oleada de placer. ¿Cómo habría logrado hacerlo? Ella había fracasado estrepitosamente al intentarlo. Jake lo apartó y Jenna gimoteó. Apagó el pene rotatorio y lo colocó contra la entrada de su vagina.

—No creo que...

Su protesta sincera murió en sus labios cuando Jake deslizó el vibrador púrpura en su interior. Su vagina se apretó alrededor de aquel pene duro.

—Cariño... —susurró Jake inclinándose hacia delante y besándole el cuello; su aliento le acarició la piel como una suave pluma—. Ten más confianza en mí.

Pulsó un botón y el vibrador empezó a moverse dentro de ella. Jenna contuvo la respiración. Giraba y giraba, acariciando sus paredes vaginales y embriagándola con un sinfín de sensaciones emocionantes.

Jake la besó en la sien.

—¿Te gusta?

—Muchísimo —dijo con voz ronca, antes de emitir un chillido al notar la suave vibración contra su clítoris. Se le quedó la mirada en blanco. Cerró los ojos—. Oh, cariño.

Una tormenta de energía se desató en su interior, haciendo que sus sentidos alcanzaran la cúspide. Jake retiró el juguete, deslizándolo hasta que la cabeza del pene salió de la boca de su vagina. Empezó a tocarle el clítoris con el dedo y luego la penetró. Experimentó sensaciones descontroladas, a medida que el placer se hacía más y más intenso.

—Oh, Jake, sí —gritó.

Lo rodeó con sus brazos y lo besó con fuerza, metiéndole la lengua en la boca salvajemente. Se enredaron en un beso. Jake se agachó para lamerle un pezón y luego el otro, mientras presionaba el vibrador de nuevo contra su clítoris. Le rodeó el pezón con los labios y lo chupó con fuerza. Jenna sintió una dicha absoluta al alcanzar un orgasmo demoledor, un placer inmenso que reverberó en todo su ser.

Al final, casi sin aliento, se desplomó contra los armarios que había tras ella. Al abrir los ojos, vio a Jake sonriéndole.

—Vaya, ¿no decías que no funcionaba?

Sacó el pene morado de su interior. El mecanismo rotatorio parecía hacer ahora un ruido terrible. Jake lo silenció, pulsando un botón y lanzó elartilugio al fregadero, que estaba vacío.

—¡Tonta de mí! —exclamó ella sonriendo.

Jake la besó, deslizando su lengua en el interior de su boca y acariciándole los labios por dentro. Jenna lo rodeó por el cuello y lo atrajo hacia sí, apretando sus pechos desnudos contra el torso vestido de Jake. El le cogió un pecho y lo apretó ligeramente.

—Y ahora, niña mala, este poderoso empresario quiere aprovecharse de ti.

Ella se llevó el antebrazo a la frente, haciendo el clásico gesto de damisela afligida.

—Soy una pobre muchacha indefensa. ¿Qué me va a hacer?

Jake le toqueteó el clítoris y le susurró al oído:

—Voy a meter mi enorme polla en tu mojado coño.

Jenna sintió un escalofrío.

—No, no —gritó ella, con fingida preocupación.

Jake frotó su polla contra la carne íntima de Jenna, que emitió un gemido. La embistió, y Jenna chilló al notar, complacida, su verga propulsando dentro de ella. Le enroscó las piernas alrededor de la cintura mientras que Jake la embestía de nuevo. Jenna le acarició con las manos las nalgas, increíblemente duras. En cuanto Jake empezó a moverse dentro de ella, sintió que iba a tener otro orgasmo.

—Oh, Jenna... —balbuceó Jake—. Espero... que estés a punto... porque no voy a... aguantar... mucho. —La cadencia de sus palabras se interrumpía a causa de sus movimientos constantes.

Jenna sintió una oleada de calor por todo el cuerpo.

—Jake... —pronunció su nombre con tanta fuerza como la con que apretaba sus puños, aferrados a su camisa—. Voy a... —buscó aliento, mientras que él se movía, describiendo círculos dentro de ella—. Oh, sí. —Una ola de placer la recorrió de arriba abajo—. Me corro...

Jake gruñó, deteniéndose dentro de Jenna durante un segundo, mientras que ella se aferraba a él. Empezó a moverse de nuevo, embistiéndola más y más rápidamente, besándole el cuello por el lado. La llevó a un climax desconocido.

—Sí —gimió Jenna con voz temblorosa mientras se perdía en un mar de absoluta felicidad.

Lentamente, regresó al mundo real, mientras que Jake la tenía abrazada, con la cabeza apoyada en su pecho, y le acariciaba tiernamente el cabello.

—¡Vaya! —no parecía suficiente, pero fue todo lo que logró articular.

Jake la besó en la coronilla.

—¡Opino lo mismo! —remachó.

Jenna sonrió y levantó la cabeza en busca de un beso.

Jake buscó sus labios hambriento, estrechándola entre sus brazos.

—Dios mío, Jenna, te quiero tanto. Jenna se encogió por dentro al darse cuenta de que ella también lo amaba. Pese a la sensación de seguridad y amor que sentía con Ryan, sabía que sentía algo igual de profundo por Jake. Era demasiado intenso para ser sólo un reflejo de lo que sentía por Ryan.

«Dios mío, ¿es posible que esté enamorada de los dos?», se preguntó desconcertada.

Capítulo 14

Jake rodeó a Jenna por la cintura con sus manos fuertes y cálidas y la bajó de la encimera. Ella tomó su mano tendida y lo siguió a través del dormitorio, hasta el baño. Recorrió con la vista la curva de su culo sexy y duro mientras que él caminaba por delante.

Seguía regodeándose en la sensación de amor, pero una voz rezongona le recordó que Ryan seguía queriéndola y aguardaba pacientemente su respuesta..., una respuesta que cada vez le costaba más encontrar.

Jake se detuvo frente a la ducha. Jenna le sonrió. Él le devolvió la sonrisa y la besó con ternura. Jenna le acarició los hombros y deslizó sus manos bajo el cuello de su camisa, acariciándole el torso y deleitándose con el tacto de sus músculos tensos y bien definidos bajo las yemas de sus dedos. Le desabrochó los botones, le quitó la camisa por los hombros y la arrojó al suelo. El se deshizo de sus calzoncillos y calcetines, y luego la condujo hasta la amplia ducha con mampara de vidrio.

Un chorro de agua caliente caía sobre ellos mientras Jake le enjabonaba el cuerpo de arriba abajo.

Dedicó una atención especial a su trasero, acariciando una y otra vez la curva de cada nalga con las manos resbaladizas por el jabón.

—Me toca —insistió ella.

Cogió la barra de jabón de color naranja transparente y se la frotó entre las manos hasta tenerlas cubiertas de espuma. Le cogió el pene y lo acarició de arriba y abajo. Jake tenía una piel resbaladiza y suave, como la seda. Tuvo una erección antes de que Jenna tuviera tiempo de pestañear. Jake le deslizó las manos resbaladizas sobre los pechos. Una vez los hubo enjabonado a conciencia, Jenna se inclinó hacia delante y se frotó contra él, deslizando sus pechos arriba y abajo por su torso y dejando a su paso una estela de espuma.

Jake deslizó su mano entre las piernas de Jenna, enjabonándola. La erótica sensación de notar sus manos resbalándole por la piel, hizo que Jenna sintiera una punzada de anhelo en la vagina. Se humedeció de una forma fascinante, por la combinación de jabón y su lubricante natural e íntimo. Mientras Jake le acariciaba la vulva con una mano, introduciéndole un dedo dentro, con la otra le tocaba el culo. Jenna echó la cabeza hacia atrás. El agua caía en cascada sobre su larga melena, pegándosela a la espalda. Jake la cogió de la pelvis y la apretó con fuerza contra la suya. Luego se echó hacia delante para llevarse un pezón a la boca.

—Oh, Jake, sí.

Deslizó otro dedo dentro de ella y la acarició con movimientos rotatorios, despertando en ella todo tipo de sensaciones estimulantes. Jenna volvió a cogerle la verga y empezó a masturbarlo al tiempo que la invadía el placer. Jake dobló los dedos y le

acarició la vagina hasta localizar su punto G. La apoyó de espaldas contra la pared alicatada.

A Jenna se le aceleró la respiración a medida que el placer iba en aumento. Con una paciencia infinita, Jake la acarició, arriba y abajo.

—Oh, qué bien lo haces.

Le costaba respirar. El agua caliente le caía por el hombro izquierdo y descendía por todo su cuerpo.

—Sí, oh, sigue.

Sintió una felicidad intermitente, seguida por instantes puntuales de placer en todo el cuerpo, y luego todo se fundió en una emocionante oleada de absoluto goce, bajo la forma de un potente orgasmo abrumador.

Antes de que se desvaneciera, Jake deslizó sus manos alrededor de los muslos de Jenna y la levantó en el aire. Ella le enroscó las piernas alrededor de la cintura mientras que Jake se dejaba caer en una embestida profunda y dura, subiéndola al cielo. Jenna se aferró a los hombros mojados de Jake mientras la penetraba. Sus jadeos reverberaban en el interior de aquella ducha cerrada. Jake gimió y la empujó contra la pared. Jenna sintió su semen caliente llenándole el útero y lo rodeó aún con más fuerza, con las piernas por la cintura, dándole la bienvenida a cada gota. Empezó a besarle el cuello y los hombros, deleitándose en el calor de su cuerpo y del agua que aún fluía. Tras aclararse, Jake la secó con una gran toalla mullida azul y luego la ayudó a enfundarse el albornoz. El teléfono sonó en la habitación contigua.

—Yo lo cojo —dijo Jake, plantándole un beso en el cuello.

Jenna observó el magnífico culo de Jake, mientras se dirigía al dormitorio, completamente desnudo. Se enroscó una toalla alrededor del pelo como si fuera un turbante. Siguió a Jake hasta la habitación. Jake le tendió el auricular con expresión amarga.

—¿Quién es? —preguntó Jenna.

—Ryan.

Ryan. Caray, había olvidado que tenía que llamarla. Quería verla esa misma noche. Arrastró los pies hasta donde estaba Jake, suspiró y se cerró más el albornoz, mientras cogía el auricular.

—Hola, Ryan. —Se metió una mano en el bolsillo y clavó la vista en el cable en espiral del teléfono.

—Hola, ¿qué tal estás? —preguntó Ryan.

—Bien —contestó, desviando la mirada hacia Jake, que ponía mala cara al otro lado de la habitación, mientras se enfundaba unos pantalones.

Jenna se sentó en el borde de la cama.

—¿Va todo bien?

—Sí, sí —respondió ella, entendiendo perfectamente que sus respuestas monosilábicas podían hacer pensar lo contrario, pero era consciente de que Jake no apartaba la vista de ella.

Jenna acariciaba la suave colcha de estampado granate y azul marino mientras hablaban.

—Jake está ahí, ¿verdad? —preguntó Ryan.

—Sí.

—Escucha, Jenna. De verdad que tengo que hablar contigo acerca de algo. Me he alojado en el Marriott, en el centro de la ciudad. ¿Quedamos para cenar?

Jenna bajó la voz.

—Ryan, le prometiste a Jake que nos dejarías un mes a solas.

—Es verdad —gruñó Jake desde el fondo.

—Lo sé. No habría roto mi promesa si no fuera importante. Por favor, Jenna, he venido conduciendo hasta aquí sólo para verte.

Jenna se pasó la mano por la cara y miró a Jake. Al ver la tensa línea de sus labios, se puso en pie y dio unos pasos, nerviosa. Luego se volvió hacia la ventana.

—Vale, de acuerdo. ¿A qué hora?

—Salgo ahora mismo a recogerte.

—¿Qué pasa, Jenna? —preguntó Jake.

Ella tapó el micrófono.

—Ryan necesita hablar conmigo. Viene a recogerme para llevarme a cenar.

Jake cogió el auricular.

—¿Qué diablos estás haciendo? —preguntó—. ¿Sí? —Se quedó de pie en silencio unos instantes, con el ceño fruncido—. Sí. —Transcurrieron unos segundos más y la expresión de preocupación de Jake se intensificó—. Vale, está bien, pero ya la llevo yo. —Tomó un papel y un bolígrafo de la mesilla de noche—. ¿Cómo se llama el restaurante? —Aferraba el bolígrafo con tanta fuerza que Jenna pensó que iba a romperse—. No creo. —Repiqueteó en el papel con el bolígrafo—. Sí, diré que es privado. —Miró a Jenna y luego se dio medio vuelta—. Maldita sea, Ryan, no me pongas en esta situación —dijo a su hermano, lo escuchó unos segundos más y colgó el teléfono enfadado.

La miró. Sus labios dibujaban una línea fina.

—¿Ocurre algo? —preguntó Jenna. Por lo que había oído a este lado de la conversación y por la reacción de Jake, se hacía una idea de lo que Ryan había sugerido.

—Quiere que cenes en su habitación.

«Bingo.»

—Dice que necesita hablar contigo en privado —le explicó, cogiéndola de la mano y clavando la mirada en ella—. No tienes que ir si no quieres, Jenna.

Ella le estrechó los dedos.

—Sí, sí tengo que ir. Ryan y yo hemos sido novios durante más de un año. Me pidió que me casara con él y acepté. No le negaré una cena y una conversación.

El rostro de Jake reflejó una expresión adusta.

—¿Y vas a negarle sexo?

—¡Jake!

Jake la estrechó entre sus brazos, apretándola fuertemente contra su cuerpo, sujetándola con firmeza por la espalda.

—Lo siento, cariño —se disculpó acariciándole el pelo—. Es que no puedo soportar imaginarte haciendo el amor con él. —Le levantó la cara por la barbilla—. Te quiero tanto...

A Jenna se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Yo también te quiero.

La mirada de Jake se suavizó y una sonrisa iluminó su rostro. Atrajo hacia sí a Jenna para darle un dulce y tierno beso. Sus labios se movieron ardientemente sobre los de ella, intentando disuadirla, sin pronunciar palabra.

—¿Quieres decir con eso que ya te has decidido? —preguntó, con los ojos oscuros llenos de esperanza.

—Eh..., yo... —empezó a decir sintiendo una sensación de mareo.

Se desplomó sobre la cama. Jake se sentó junto a ella y la tomó de la mano.

—Jake, te quiero, pero...

—¿Pero? —Una luz de alarma iluminó sus ojos.

Jenna le apretó la mano.

—Me preocupa que te canses de mí.

Jake la miró con cara de perplejidad.

—¿Por qué piensas algo así?

—Porque ayer por la mañana tú estabas tan enfrascado en tus papeles que ni siquiera te diste cuenta de mi existencia. Entiendo que todo el mundo necesita tiempo para sí mismo, pero era la mañana después de la primera vez que habíamos hecho el amor. Y eso me puso en alerta.

—Jenna, no te estaba ignorando.

Jenna clavó la mirada en sus manos enlazadas.

—Pues lo parecía.

Jake sacudió la cabeza.

—No quería decirte esto. No quería que te sintieras mal.

Jenna abrió los ojos como platos y sintió una punzada de angustia en el estómago. Jake le cogió la mano.

—No te estaba ignorando, simplemente estaba intentando aclarar mis propios sentimientos. Me sentía herido.

—¿Herido? No..., no lo entiendo.

—La noche anterior, justo antes de caer dormida...

—¿Qué?

Jake suspiró.

A Jenna el pensamiento le iba a mil por hora. ¿Qué había hecho? De repente, recordó algo. Abrió la boca de sorpresa y se la tapó con las manos.

—Dime que no lo hice...

—Me llamaste Ryan.

—Oh, Dios, Jake —dijo, acariciándole la mejilla, suplicándole con los ojos que la perdonara—. Lo siento.

Jake la abrazó.

—No pensaba decírtelo, porque no quería que te sintieras mal.

—Pero era yo la que te había hecho daño a ti.

El se llevó su mano a los labios y la besó.

—No lo hiciste a propósito. Escucha, Jenna, estás pasando un momento muy difícil y soy consciente de ello. Sólo te digo esto porque... —la agarró de los hombros y le dio media vuelta para que lo mirara de frente—, porque preferiría morirme a que creyera que me aburro contigo o que te desatiendo. Te quiero con toda mi alma.

Selló sus labios con un beso tierno y amoroso que reveló a Jenna que había encontrado al hombre con el que quería pasar el resto de su vida.

Mientras que Jake se abría paso entre el tráfico de la autopista para entrar en la ciudad, Jenna empezó a pensar en Ryan. ¿Cómo podía enfrentarse a él, ahora que sabía que estaba enamorada de Jake? Deslizó un dedo a lo largo del salpicadero y empezó a jugar con el botón de la guantera. Miró a Jake y observó su perfil parpadeando bajo la luz intermitente de los faros de los vehículos que corrían en sentido contrario. Era indudable que la quería y que encontraría tiempo para estar con ella. Y estaba convencida de que sería un padre fabuloso para el bebé que estaba de camino. Además, siendo Jake el verdadero padre, las cosas habían tomado el rumbo óptimo. Excepto para Ryan. Sintió una punzada en el corazón al darse cuenta de que no era justo alimentar las esperanzas de Ryan. De alguna manera, esa noche tenía que encontrar el modo de decirle que habían terminado. Ojalá no tuviera que escoger...

Jake aparcó frente al hotel. Un portero ataviado con un barroco uniforme en tonos granate y dorado abrió la puerta del coche para Jenna. Jake la acompañó hasta el vestíbulo, rodeándola con el brazo por la cintura. Jenna divisó a Ryan, al instante, acercándose hacia ellos.

—Jenna —la saludó, inclinándose hacia delante y besándola en la mejilla.

Le colocó la mano donde muere la espalda y la apartó de Jake.

—Vendré a recogerte en un par de horas, Jenna —dijo Jake en tono tajante.

—Yo la llevaré —contestó Ryan.

—De eso ni hablar —espetó Jake a su hermano.

Jenna puso su mano en el pecho de Jake.

—No pasa nada, Jake. Ryan puede llevarme.

Jake puso cara de pocos amigos, pero no discutió. La tomó entre sus brazos y la besó con furia y pasión, dejándola sin aliento. Antes de soltarla, le susurró al oído:

—Recuerda esto mientras estás aquí. Ryan entrecerró los ojos, pero no dijo nada. Cogió a Jenna del brazo y la condujo hasta el ascensor. Unos minutos después abrió la puerta de su habitación en la planta 18. Según pudo comprobar Jenna al entrar, se trataba de una suite. Estaba decorada con tonos marrones claros y puntuada con algún que otro toque de rojo carmesí en las obras de arte y los arreglos florales. Tenía un aspecto bastante elegante. Jenna tomó asiento en el sofá de piel, de color beige. Ryan sacó una botella de vino de una cubitera plateada que había sobre un pie y sirvió dos copas.

—Es vino sin alcohol —explicó, mientras le tendía una de las copas—. Me he adelantado y he pedido la cena. Se está haciendo tarde y no quería que tuvieras que esperar en tu estado. ¿Cenamos?

Señaló con la mano en dirección a la ventana. Sobre una mesa redonda con vistas espectaculares al horizonte urbano, había un par de platos cubiertos con tapas de plata, candelabros con velas y copas altas llenas de agua helada.

Ryan le retiró la silla y, una vez Jenna estuvo sentada, destapó los platos. Los maravillosos aromas que emanaron de ellos hicieron que a Jenna se le hiciera la boca agua. Ryan había pedido un chuletón con brócoli y patatas al horno. A ella le había pedido pollo Marsala, trocitos de pollo en una salsa con el característico sabor que sólo el vino Marsala

puede aportar. Era uno de sus platos preferidos, que reservaba para ocasiones especiales. Se colocó la servilleta de lino verde sobre el regazo.

—¿De qué querías hablarme? —preguntó.

Ryan encendió las altas velas sostenidas en candelabros plateados sobre la mesa.

—Primero disfrutemos de la cena. Ya hablaremos luego.

Jenna accedió, sintiéndose casi agradecida, porque estaba hambrienta.

—Te he telefoneado un par de veces después de registrarme, pero no ha respondido nadie —dijo Ryan, mientras cogía el tenedor y el cuchillo—. ¿Habéis salido?

Jenna dudó y sintió que se ruborizaba.

—No, estaba..., esto..., en la ducha.

A Ryan se le borró la sonrisa de la cara al entender lo que implicaba aquella respuesta. A decir verdad, Jake tampoco había contestado al teléfono.

Jenna se concentró en su plato. Bueno, ¿qué esperaba Ryan, teniendo en cuenta la situación en la que se encontraban cuando se había marchado?

Comieron el resto de la cena en silencio. Después de cenar, Jenna se acomodó en uno de los sillones para evitar que Ryan se acurrucara junto a ella en el sofá. Ryan sirvió en una taza té humeante, de una tetera plateada, y le añadió leche y azúcar. Le acercó la taza y el platillo. Jenna percibió el aroma del té Earl Grey, otro de sus favoritos. Ryan tomó asiento en el sillón que había frente a ella.

—¿Cómo van las cosas entre tú y Jake? —preguntó.

Jenna removió el té con la cucharilla que Ryan había dejado en el platillo, aunque él ya lo había removido previamente.

—Bien. Muy bien.

—No demasiado bien, espero.

Jenna depositó la taza en la mesa de café.

—Ryan...

—No, sólo quiero saber si estás empezando a considerar la posibilidad de quedarte con Jake.

Jenna no pudo evitar sentirse culpable. Tomó aire y suspiró. Sabía que tenía que confesárselo esa noche y él acababa de abrirle la puerta para hacerlo.

—Yo...

Ryan dio un puñetazo en la mesa.

—Maldita sea, sí lo estás haciendo.

Jenna entrelazó los dedos.

—Me quiere.

—¿Y tú? ¿Lo quieres? —le preguntó, levantando la mano en un gesto para indicarle que no siguiera—. No importa. No respondas. —Se puso en pie—. Durante toda mi vida Jake me ha robado las novias —explicó, apretando los puños mientras caminaba de un lado a otro de la habitación—, pero esta vez no lo hará. Bajo ningún concepto voy a dejaros solos de nuevo.

—Le prometí a Jake que pasaría un mes con él —dijo Jenna con un hilillo de voz, mientras que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—El tendrá su mes, pero yo también voy a estar ahí. Voy a luchar por ti.

Parecía tan enfadado..., y todo por ella. Nunca lo había visto tan categórico. Ni siquiera cuando hablaba de su empresa. Pero Jenna no quería convertirse en un trofeo de un concurso que venía prolongándose desde que ambos hermanos eran adolescentes.

—Ryan, esto no va de ganar a tu hermano. Esto va del amor... y de la vida.

Ryan clavó la vista en Jenna. La miró con dureza, fijamente.

—¿Acaso crees que no lo sé?

Capítulo 15

Jenna respiró hondo.

—Ryan, en lo más profundo de tu ser tienes que saber que las cosas entre nosotros no van a funcionar.

—Mentira.

—Estás entregado a tu profesión. No hay espacio en tu vida para una relación seria en estos momentos.

—Te dije que eso iba a cambiar.

—Sé que lo estás intentando, Ryan, de verdad, pero no está sucediendo. Y lo entiendo. Entiendo que tu empresa sea tan importante para ti.

—No es más importante que tú.

Jenna se colocó el pelo por detrás de la oreja.

—No estoy segura de que eso sea verdad.

Ryan se arrodilló frente a ella y la cogió de la mano.

—Jenna, no hay nada más importante para mí que tú.

Le acarició la mano con una ternura y una dulzura que le llegaron al alma. Al sentir el tacto sensual de sus labios, rozándole el dorso de la mano, como el aleteo de una mariposa, pensó que iba a derretirse.

Sus ojos de color azul oscuro habían pasado de ser hielo quebradizo a convertirse en cálidos estanques de deseo.

—¿Recuerdas los buenos tiempos, Jenna? ¿Te acuerdas de cuando empezamos a salir? ¿De cuando fuimos a esquiar aquel primer diciembre? ¿De la noche que fuimos a la piscina de agua caliente?

Lo recordaba. Había ocurrido en una noche bellísima, nítida y despejada. Las luces de la montaña vecina destellaban y la luna llena se reflejaba en la nieve. Grandes y esponjosos copos de nieve caían del cielo, y se posaban en el pelo y el rostro de ambos.

—¿Te acuerdas de que regresamos al camarote —continuó él— y la llave electrónica no funcionaba?

Jenna sonrió.

—Y tuviste que recorrer toda la recepción únicamente con la toalla enrollada a la cintura, para que te dieran otra.

En realidad, llevaba un bañador bajo la toalla, pero cuando ella recreó la imagen en su cabeza, sólo permanecía la toalla y la dulce posibilidad de que se le resbalara.

—Si no recuerdo mal, a la vuelta, me recibiste lanzándome una bola de nieve al pecho —dijo.

Jenna soltó una carcajada.

—Sí, y tú me tiraste un puñado de nieve por encima.

La había perseguido, la había agarrado por detrás y la había rodeado con sus brazos, entre risas y protestas, y luego le había echado por encima un puñado de nieve blanca. Al recordar la nieve fría y mojada derramándose entre sus pechos, los pezones se le enderezaron.

Aquél había sido el primer viaje que habían realizado juntos y la primera vez que habían hecho el amor. Ryan había querido que fuera algo especial. Por eso había sugerido ir de viaje. Tras el incidente con la nieve, la había llevado al bungalow y habían hecho el amor de forma salvaje y apasionada, frente a un fuego crepitante. Recordaba haberse levantado por la mañana, rodeada por la calidez de sus brazos, pensando que era el hombre con quien quería pasar el resto de su vida.

—¿Te das cuenta, Jenna? No me cuesta pasar tiempo contigo, lo que me cuesta es pasar tiempo lejos de ti.

—No lo entiendo.

—Cuando estoy contigo, nada más me importa. Nada. Ni mi empresa, ni mi familia, ni yo mismo. Y hasta ahora, eso me asustaba. De eso era de lo que huía, pero ya no tengo miedo. Me he dado cuenta de que contigo soy más de lo que nunca podré ser por mí mismo. Contigo puedo prescindir de mi negocio y de las formas tradicionales de éxito, por las que tanto he luchado. Contigo veo una vida llena de amor y felicidad. A través de tus ojos veo un mundo mejor y una versión mucho mejor de mí mismo. —Ryan se llevó la mano de Jenna a la boca. El dulce tacto de sus labios le hizo perder la compostura—. Te quiero. No puedo imaginar mi futuro sin ti —concluyó.

Sus palabras la conmovieron profundamente y la llenaron de confusión. Había llegado a una conclusión, la de tener aquel bebé con su padre, y ahora Ryan la había echado por tierra al mostrarse tan..., tan maravillosamente enamorado de ella. Pero ella amaba a Jake.

Y amaba a Ryan. Clavó la mirada en sus amorosos ojos. No podía creer cuánto lo quería. Pero el bebé era de Jake y ese hecho inclinaba la balanza a su favor. ¿O no?

—Jenna, estoy preparado para dar un paso adelante y construir una nueva vida contigo —dijo, poniéndole la mano en la barriga— y con nuestro hijo.

Ella posó su mano sobre la de él.

—Pero, Ryan, el bebé es de Jake.

—Si tú y yo nos casamos, cualquier hijo tuyo también será mío. Criaré al hijo de Jake como si fuera mío.

«¿Hijo?»

—Ryan, ¿tienes noticias del doctor? ¿Sabe ya que es un niño?

—Sí. De hecho, los dos que vienen son niños.

Jenna intentó hablar, pero no consiguió articular palabra. Carraspeó y volvió a intentarlo.

—¿Son gemelos?

—Exacto.

Sacudió la cabeza, sintiéndose mareada.

—Son gemelos idénticos.

Jenna empezó a temblar descontroladamente. Iba a tener gemelos. Se sintió desbordada por la situación.

—Jenna —le dijo Ryan, tomándola de la mano y rozándole los nudillos con los labios, luego apretó la palma contra la mejilla, sosteniéndola junto a su piel recién afeitada—. Te quiero más que a mi vida. Y me da igual cuántos bebés de Jake lleves dentro, los criaré como si fueran míos. Los querré como si fueran míos.

Le besó la mano y la sostuvo entre las suyas. Posó en ella su cálida mirada, llena de amor y de ternura. Jenna notó una ráfaga de amor henchirse en su interior.

—Hay algo más que tengo que decirte.

—¿Qué es?

—Sé que te preocupa la cantidad de tiempo que paso en el trabajo, pero eso no será ningún problema. Ya no tengo ninguna empresa que dirigir.

Jenna se sobresaltó.

—¿La has vendido?

—No, sigo siendo el principal accionista, pero voy a rebajar mi cargo al de presidente. He ascendido a Ken Harvey. El dirigirá la empresa a partir de ahora. Voy a pasar todo mi tiempo contigo y los niños.

Jenna se soltó de su mano y se puso en pie. Se dirigió hacia la ventana y se quedó mirando el infintio. Estaba hecha un lío. Y muerta de miedo.

Vio el reflejo de Ryan en el vidrio. Se aproximaba a ella. Le colocó las manos en los hombros.

—¿Qué ocurre, cariño? Pensaba que estarías contenta.

—No puedes dejar tu empresa por mí. ¿Qué pasará si empiezas a odiarme por ello? ¿O si empiezas a culpar a los bebés?

—Eso no sucederá nunca —aseguró Ryan, volviéndole la cara para mirarla de frente y apresando su boca entre la suya, dejando que sus labios surtieran un efecto mágico en ella.

Jenna se derritió cuando la lengua de Ryan se abrió camino entre sus labios y se enredó con la suya. Ryan liberó su boca, pero la mantuvo firmemente abrazada entre sus brazos.

—Yo nunca podría odiarte. Te quiero demasiado. Y eso también va por nuestros bebés.

—Oh, Ryan. ¿Qué podía decir?

—Jenna, te enamoraste de mí mucho antes de conocer a Jake. Accediste a casarte conmigo. No dejes que un caso de confusión de identidades destruya lo que tenemos.

Hacía tan sólo unas horas Jenna lo había resuelto todo. Jake la amaba y ella lo amaba. Iba a tener un hijo suyo. Casarse con él tenía sentido.

También amaba a Ryan, pero se había autoconvencido de que él no la quería. Y ahora él había echado por tierra esa idea y, en realidad, le había demostrado que la quería más de lo que ella podía imaginar que nadie la amara. Ryan le rodeó la cintura.

—Jenna, sé que todo esto es muy difícil para ti, pero dime que te casarás conmigo.

—Yo... no sé qué hacer.

—¿Me quieres?

Jenna lo miró a los ojos y supo que lo quería. Derramó una lágrima.

—Sí —susurró, sintiendo que el corazón le palpitaba descontroladamente—, pero necesito tiempo. —Sin hacer ninguna pausa, añadió—: Están pasando tantas cosas, y estoy tan confundida...

Ryan le puso los dedos sobre los labios para que no continuara.

—Ya lo sé, amor mío. No pasa nada. Vayamos paso a paso. Por ahora yo me conformo con saber que me quieres.

La miró sonriente y ella lo encontró tan juvenil y apuesto que se le deshizo el corazón. Al notar la dulce adoración en sus ojos, sintió un arrebató de amor dentro de ella que aturdió sus sentidos. Ryan se inclinó sobre ella. El tierno roce de sus labios le llegó muy hondo. Jenna le rodeó el cuello con los brazos y ahondó su beso. Ryan sondeó, tiernamente, sus labios con su lengua y Jenna los abrió para él, invitándolo a enlazarse en un beso abrasador.

Ryan gimíó y la aferró contra sí. Los pechos de Jenna se aplastaron contra su sólido torso. Tenía los pezones erectos por el deseo. Ryan le echó la melena por detrás de los hombros y la cogió por la nuca.

—Te quiero. Eres todo mi mundo —le susurró al oído, tenues palabras que le hicieron sentir un escalofrío.

A Jenna le dolían los pechos y empezaba a notar una sensación punzante entre las piernas.

—Jenna, quiero hacer el amor contigo.

Jenna estaba sobrecogida por el anhelo.

—Sí —musitó—. Hazme el amor, Ryan.

Ryan le pasó los brazos por debajo de las rodillas y la levantó en volandas. Jenna se aferró a su cuello mientras la llevaba al dormitorio. La tumbó en la cama y se sentó junto a ella. Le deshizo el nudo del vestido cruzado que llevaba y se lo abrió. Su mirada, cálida y amorosa, la recorrió de arriba abajo con admiración.

—Eres tan guapa, amor mío.

Ryan no podía creer que Jenna le estuviera dejando hacerle el amor. Había temido que lo rechazara. Pero su decisión lo había alentado. Se moría de amor por ella.

Jenna se sentó, se quitó el vestido por los hombros y lo apartó a un lado. Luego se desabrochó el sujetador y se lo quitó. Sus pechos, redondos y cremosos, quedaron a la vista.

Ryan le chupó un seno mientras que, con un dedo, dibujaba la forma del otro. Era increíblemente suave. Jenna le cogió la mano y se la colocó sobre el pecho. El pezón se apretaba contra su palma.

Ryan le mordisqueó la base del cuello. A Jenna se le aceleró la respiración, como le ocurría siempre que le hacía aquello. Ryan continuó besuqueándole el cuello, recorriéndole la clavícula, sin dejar de acariciarle los pechos en ningún momento. Al notar que Jenna se arqueaba contra su mano, se le agolpó la sangre en la entrepierna. Jenna le desabrochó la camisa y se la quitó. Ryan la lanzó lejos de la cama mientras ella le desabrochaba los pantalones. Cuando los dedos de Jenna se deslizaron dentro de sus calzoncillos y rodearon su miembro erecto, contuvo el aliento, y luego exhaló largamente mientras ella empezaba a masturbarlo.

El tacto de sus dedos era tan maravilloso que pensó que iba a morir de placer. Le acarició el otro pecho, deleitándose con los gemidos que ella emitía, y luego le lamió el pezón, se lo metió en la boca y la lameteó con la punta de la lengua. A Jenna le encantaba que le hiciera aquello. Le apretó más fuerte la verga y aceleró sus movimientos. Ryan se metió entonces toda la areola en la boca y se la chupó suavemente.

—Me gusta mucho —susurró Jenna, bajito.

El contacto de su cálida mano masturbándolo lo estaba excitando demasiado y era demasiado pronto. Ryan se apartó de ella.

—Ahora mismo vuelvo, cariño —le dijo, apartando sus pantalones y calzoncillos y dirigiéndose a grandes zancadas a la otra habitación.

Cogió la helada botella de vino y una de las copas. Las depositó en la mesilla de noche y llenó la copa.

—¿Tienes sed? —preguntó Jenna.

—No exactamente —contestó él.

Sumergió un dedo en el líquido transparente, lo colocó sobre un pecho de Jenna y dejó que una gota cayera sobre su pezón.

—¡Ah! —exclamó Jenna, abriendo los ojos.

Ryan toqueteó el pezón con su dedo frío y mojado y luego se lo metió en la boca, calentándolo con los rápidos roces de su lengua. Simultáneamente, dejó caer una gota y acarició el otro pezón, al que luego dedicó toda la atención de sus labios. Jenna arqueó la pelvis hacia delante, indicándole que quería un poco de atención en aquella zona. Ryan descendió la mano, recorriéndole el liso vientre, dejando atrás el ombligo e introduciéndola finalmente bajo sus bragas. Se abrió camino entre sus rizos sedosos y morenos, pasó por encima del capuchón del clítoris y le metió los dedos. Estaba mojada. Sintió un movimiento en su pene. Descubrió el clítoris con sumo cuidado, y Jenna gimio y abrió más las piernas. Ryan le bajó las braguitas por debajo de las caderas con dos dedos y se deleitó con la imagen de su gloriosa vulva desnuda. Le dio un beso rápido y se las quitó del todo. Subió, acariciándole el muslo, continuó por las caderas y volvió a ahuecar las manos sobre sus pechos. Los pezones se endurecieron contra sus palmas.

Le dio un sorbito al vino, sin tragárselo, y se metió un pezón en la boca llena. A Jenna se le tensó todo el cuerpo al notar rodeándola el frío líquido. Se le endureció aún más el pezón.

—Oh, Ryan, es increíble.

Ryan se tragó el vino y le lamió el pezón, calentándolo.

Jenna sonrió, lo tumbó boca arriba y trepó sobre él.

—Ahora me toca a mí —dijo, rodeándole la polla con las manos y bajando su boca hasta él.

Al notar su cálida boca alrededor de la polla, a Ryan se le aceleró el torrente sanguíneo. Jenna deslizó los labios por la polla, metiéndosela hasta la garganta, y luego volvió a retirarse y empezó a describir círculos con su lengua alrededor de la corona. Metió su otra mano entre las piernas de Ryan y le acarició los testículos.

—¿Te gusta?

Ryan asintió.

—Oh, sí, cariño, me gusta mucho.

—Bien —dijo ella, dándole un sorbo al vino sin alcohol y acercándose a él con una sonrisa.

El hecho de anticipar lo que iba a ocurrir no lo preparó para aquella sensación tan placentera. El líquido frío lo rodeó mientras ella deslizaba sus labios alrededor de él, inundándolo con el vino atrapado en su boca. Jenna lo hizo borbotear alrededor de él y luego le rodeó la corona con su cálida lengua. Frío y caliente. Borboteos y círculos.

Entonces el líquido frío desapareció y la boca de Jenna fue calentándose lentamente. Se apartó de él y le lamió la verga, arriba y abajo, arriba y abajo, como si fuera una piruleta. A Ryan le encantaba.

La cogió por el cuello, le levantó la cara alzándole la barbilla y mirándola con ojos amorosos le dijo:

—Ven aquí, amor mío.

Jenna se tumbó encima de él y se fundieron en un beso. Sus labios se movieron al unísono y sus lenguas empezaron a danzar rítmicamente. Ryan giró sobre ella y se colocó encima.

Le besó los pechos, mordisqueándoselos suavemente, y bajó hasta su vulva. Deslizó su lengua entre sus labios inferiores y fue acariciándole entre los pliegues hasta encontrar el botoncito enterrado bajo ellos. Jenna se estremeció. Empezó a lamerla y chuparla. Jenna se arqueó contra él. Ryan la acarició con el dedo, metiéndolo de vez en cuando en su aterciopelada vagina, sabiendo que eso era lo que le gustaba.

Jenna tomó aire y empezó a jadear en voz baja. Ryan aceleró sus movimientos y sus gemidos subieron de tono. El oírle gemir lo estremeció y lo excitó hasta un punto de no retorno. Deslizó su dedo dentro de su vagina, hasta el fondo, y notó cómo los músculos de Jenna se aferraban a él, apretándolo entre su sedosa y suave humedad.

Jenna tuvo un orgasmo que la hizo convulsionarse hasta desplomarse finalmente en la cama. Ryan le sonrió mientras subía hasta ella, acariciándole el cuerpo, y se la quedaba mirando. Ella le devolvió la sonrisa, le cogió el pene con la mano y tiró de él, para hacerle saber que había llegado el momento. Abrió las piernas y colocó su verga frente a la resbaladiza entrada de su vagina.

Ryan empezó a penetrarla lentamente. Una vez tuvo toda la verga dentro de ella, notó que estaba a punto de correrse. La sacó, sintiendo cómo se deslizaba por el interior de ella y luego volvió a embestirla, poco a poco.

—Más rápido —murmuró Jenna, enroscándole las piernas a la cintura.

Ryan la embistió de nuevo, esta vez más profundamente, y continuó penetrándola.

—Haz que me corra, Ryan.

Por el tono de su voz, Ryan supo que Jenna se acercaba al climax de nuevo. La embistió de nuevo, una y otra vez, aproximándose él también al orgasmo.

—Cariño, me excitas tanto —exclamó.

—Oh, sí, sí —balbuceó ella, antes de gemir, larga y profundamente.

Ryan sintió que el cuerpo se le tensaba y eyaculó dentro de su suave calor femenino. Momentos después, ambos cayeron rendidos en la cama. Ryan se apartó y se colocó de lado, cara a cara, pues no quería aplastarla con su peso.

La abrazó con fuerza, acariciándole el cabello y pensando que no quería separarse nunca de ella.

Capítulo 16

Jake observó con cara de pocos amigos cómo el coche de Ryan aparcaba frente a su casa. Había llamado al hotel, pero la recepcionista se había negado a pasar su llamada, alegando que la habitación mil ochocientos cincuenta y dos había solicitado que no se los molestara. Enfurecido, Jake había pensado en ir hasta el hotel y aporrear la puerta hasta que contestaran, pero era consciente de que a Jenna no le habría gustado que lo hiciera.

Ryan le abrió la puerta a Jenna y le puso la mano en la curva del final de la espalda mientras la acompañaba hasta la casa.

¿Cómo podía ser? Jenna le había dicho que lo quería y, sin embargo, había pasado la noche con Ryan.

Jake oyó la llave en la cerradura y a Jenna abrir la puerta.

—Ah, Jake, estás aquí... —dijo Jenna al entrar, seguida de Ryan.

—Sí, he estado aquí toda la noche. ¿Y tú? ¿Dónde estabas?

Inmediatamente deseó no haber dicho aquello. Sonó mezquino y, por la tensión que se le acumuló a Jenna en los hombros, quedó claro que la había puesto a la defensiva.

—Jake, tengo algo que decirte.

Jake notó que se quedaba pálido. Se le encogió el corazón. Iba a perderla.

—¿Por qué no te sientas? —sugirió Jenna.

Se sentó en el sofá y miró con dureza a Ryan, que había tomado asiento en el sillón como si fuera el dueño de la casa. Jenna se sentó en el sofá junto a Jake.

—En primer lugar —empezó Jenna— quiero decirte que...

Se detuvo a mirarlo, con una sonrisa temblorosa en los labios y el rostro iluminado por un suave resplandor, el resplandor de una mujer enamorada. A Jake se le encogió el corazón. No sabía cómo, pero Ryan había ganado. Lo sabía.

—... voy a tener gemelos.

Jake procesó aquellas palabras lentamente. ¿Así que iban a tener gemelos? Sintió un arrebato de júbilo y sonrió de oreja a oreja. La tomó de las manos.

—Madre mía, Jenna, eso es maravilloso.

Jenna le apretó las manos y, por un instante, Jake pensó que todo iba a salir bien. Pero entonces ella se soltó, juntó las manos sobre el regazo y clavó la vista en ellas.

—Esa es la buena noticia.

Lo cual implicaba que había una mala. Con los dientes apretados, Jake aguardó a que le dijera que regresaba a Ottawa con Ryan.

—Ryan me ha convencido de que...

«Ahora.»

—... él también debería trasladarse aquí durante las próximas semanas. Aún necesito cierto tiempo para tomar una decisión y creo que no es justo darte la ventaja de tenerme para ti solo.

Jake lanzó una mirada de odio a Ryan.

—¿Y qué hay de tu empresa? —preguntó.

—No te preocupes por eso, hermanito —contestó Ryan, repantingándose en el sillón, con las piernas cruzadas, con aspecto de estar más relajado de lo que Jake lo había visto en años—. He cedido el control a Ken Harvey. Ahora tengo todo el tiempo del mundo para hacer visitas a la familia.

Jake sintió una punzada en el estómago. Ryan había hecho el gran gesto de alejarse de su negocio para dedicarles todo el tiempo a Jenna y los bebés. ¿Cómo podía Jake competir con algo así? Habría vendido su empresa en aquel preciso instante si supiera que con ello iba a conquistar el corazón de Jenna, pero ahora parecería una estratagema barata.

—¿Qué te parece? —le preguntó Jenna, mirándolo, con las manos sobre el regazo.

—¿Qué me parece el hecho de que Ryan se mude aquí? —Detestaba la idea—. Si es eso lo que quieres, Jenna...

—Bueno, opino que es justo para Ryan.

No tenía otra opción. Si se negaba, lo más probable es que Jenna recogiera sus bártulos y se marchara. No tenía alternativa.

—Vale, pues que así sea —respondió.

Jenna estaba en plena revolución hormonal. Estaba sentada en el sofá con Jake a su izquierda y Ryan a su derecha viendo una película de suspense y ciencia ficción en la que había perdido el interés hacía una hora. Normalmente habría estado completamente absorta, pero el embarazo estaba causando estragos en su libido y le costaba trabajo estar sentada entre aquellos dos pedazos de monumentos con los cuales había mantenido relaciones íntimas y de los cuales estaba enamorada, y no poder agarrar a uno de ellos y arrastrarlo a la cama con ella. ¿Por qué no se llevaba a los dos? La idea de que dos hombres impresionantes la acariciaran, la besaran y le arrancaran la ropa del cuerpo la excitó enormemente.

Se revolvió incómoda, intentando no rozarse con ninguno de ellos. Pero no hubo suerte. Su pierna encontró el muslo de Jake y sintió un escalofrío. Al intentar apartarse de él, le rozó con el codo el brazo a Ryan y se le puso la piel de gallina. Se pasó la mano por la frente: la tenía sudada.

—Jenna, cariño, ¿estás bien? —preguntó Ryan.

Jake se volvió hacia ella.

—Parece que tienes un poco de fiebre —comentó, poniéndole la mano en la frente.

—Estoy bien. Sólo un poco acalorada.

Acalorada. Estaba que echaba humo.

—Te traeré un poco de agua —se ofreció Ryan, poniéndose de pie y desapareciendo en la cocina.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Jake preocupado.

Jenna asintió. Ryan regresó con un vaso y se bebió el agua de un trago.

—¿Necesitas algo más, Jenna? —preguntó Jake—. ¿Quieres comer algo?

Jenna sacudió la cabeza.

—No, acabemos de ver la película.

Cuando la película terminó, Jake apagó el reproductor de DVD y puso la televisión. Emitían un late-night con entrevistas y los tres se quedaron mirándolo. Ojalá alguno de los dos hermanos decidiera irse a la cama. Entonces ella podría arrastrar al otro hasta su habitación.

A ese programa siguió otro, y nadie se movió del sofá. Jenna miró a Ryan con recelo. Casi nunca trasnochaba y, sin embargo, allí estaba, a las dos de la madrugada, clavado delante del televisor. De repente, se le ocurrió que los dos estaban esperando a que el otro se fuera a dormir para quedarse a solas con ella.

Después de haber discutido que Ryan se instalara también en la casa esa misma mañana, Jake le había asignado el sofá que había en el sótano, en un cuarto de juegos muy cómodo y lujoso. La tercera habitación de la planta superior era un cuarto de estar, y la única opción era dormir en el sofá cama del salón, lo cual no ofrecía intimidad alguna.

Habían acordado cómo dormir. Lo que no habían decidido era quién iba a dormir con Jenna, trepar a su cama y hacerle el amor de forma salvaje y apasionada. Ahora mismo lo que más le apetecía es que le hicieran el amor con pasión.

Miró a Ryan por el rabillo del ojo y luego a Jake. «Maldita sea. Que uno de los dos se vaya a la cama. ¡Me da igual quién sea!»

Transcurrieron otros veinte minutos, que se hicieron eternos. Al final, Jenna se puso en pie.

—Buenas noches —farfulló entre dientes, adentrándose en el pasillo que conducía a su dormitorio.

—¿Qué le pasa? —oyó que Jake murmuraba bajito.

—No lo sé. Cambios de humor, quizá —respondió Ryan.

Jenna cerró la puerta de un portazo.

Jenna se quedó contemplando la luz de la luna que se reflejaba en la pared y las sombras de las ramas de los árboles que se balanceaban con la brisa.

El cuerpo le pedía caricias. Quería que Ryan o Jake se unieran a ella, que la acariciaran, la besaran y la, subieran al cielo. Oyó unos pasos en el pasillo procedentes del salón, que poco a poco se fueron haciendo más contundentes. Se detuvieron frente a la puerta de su habitación. Contuvo el aliento.

—¿Qué haces, Jake?

Tuvo que esforzarse para oír lo que murmuraba Ryan.

—Quiero comprobar que está bien —respondía Jake.

—No, es mi prometida. Lo haré yo.

Jenna se aferró a las sábanas.

—Dejó de ser tu prometida al minuto de descubrir de quién era el niño que llevaba dentro.

Las voces se callaron y alguien llamó a la puerta.

—Estoy bien. No necesito nada —mintió.

No quería que los dos se asomaran por allí. Igual perdía la cabeza e intentaba seducirlos a ambos. Los oyó alejarse en direcciones opuestas y soltó las sábanas. ¡Qué mala suerte! Allí estaba ella, marcándoles las distancias a dos amantes fantásticos, tumbada, totalmente frustrada, mirando el techo. Iba a ser una noche muy larga.

A la mañana siguiente se dio una larga ducha de agua caliente, cubriéndose el cuerpo de espuma y enjabonándose entero con largas y lentas caricias. Pensó en cómo Jake le acariciaba los pechos. Se pasó la ducha de masaje por todo el cuerpo. Recordó a Ryan besándole el vientre y lamiéndole la vulva. Abrió las piernas e hizo girar la ducha sobre su clítoris, apoyando la espalda en la pared y disfrutando de aquella intensa estimulación. Al cabo de unos momentos tuvo un orgasmo. Un orgasmo vacío y frustrante. Deseaba tener a uno de sus hombres dentro de ella.

Se secó, se puso por encima un albornoz suave y esponjoso de Jake y se lo ató a la cintura. Al abrir la puerta del baño se encontró con Jake saliendo de su habitación.

—Buenos días, cielo.

La cogió por la cintura y la atrajo de espaldas contra su musculoso pecho. Le recorrió el vientre con los dedos y Jenna pudo sentir cómo su pene se endurecía contra sus nalgas. Le dolía el cuerpo por dentro. Su vagina se contraía, anhelaba sentir su enhiesta verga dentro de ella. Se apoyó en él, cerrando los ojos. Lo cogió de la mano y estaba a punto de arrastrarlo a su habitación cuando oyeron un «buenos días».

Jenna abrió los ojos del susto y topó con la mirada de desaprobación de Ryan. «Maldita sea.» Se enderezó y se zafó de Jake. Se aclaró la garganta.

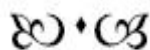
—Buenos días, Ryan —saludó, pasó a su lado y se metió en su habitación, cerrando la puerta tras ella.

Vaya, no podía haber sido más inoportuno. Aunque, sin lugar a dudas, desde el punto de vista de Ryan, consideraría que había sido de lo más oportuno.

Aquella situación era una locura. Ambos querían tener relaciones sexuales con ella y ella quería tener relaciones sexuales con los dos. Todo parecía que ni pintado y, sin embargo, no dejaba de encontrarse constantemente excitada y sin tener a ningún hombre que la satisficiera porque se pasaban el día acechándose el uno al otro. Tenía que haber una solución que permitiera que nadie sufriera.

Durante los días siguientes, ninguno de los dos la dejó a solas con el otro. Jake efectuó una llamada telefónica para hacer las gestiones pertinentes y no tener que aparecer por la oficina.

A medida que su frustración iba en aumento, se preguntó por qué no se levantaba sencillamente a media noche y se metía a hurtadillas en el dormitorio de Jake (no se planteaba hacerle una visita a Ryan en el sótano, porque la estancia estaba demasiado expuesta y se veía todo desde la puerta de las escaleras). Sin embargo, una parte de ella se sentía incómoda ante la idea de hacer el amor con uno de ellos mientras que el otro estaba a tan sólo unos metros. ¿A qué vendrían aquellas inhibiciones tan estúpidas?



La quinta noche, Jenna no pudo soportar más estar sola en su habitación. Tenía los pechos hinchados y le dolían, y su cuerpo ansiaba las caricias de uno de sus hombres. Y uno de ellos dormía en la puerta contigua. No iba a seguir haciéndose aquello a sí misma. Apartó las sábanas y se dirigió a la puerta. La abrió y echó un vistazo fuera. Todo estaba tranquilo. No había ni rastro de Ryan ni de Jake.

Se deslizó en el pasillo y cerró silenciosamente la puerta de su habitación tras ella. Luego fue de puntillas hasta la puerta de la habitación de Jake. Se sentía como una adolescente escapándose para acudir a una cita prohibida, sin que la pillaran sus padres.

Se quedó de pie unos momentos frente a la puerta de la habitación de Jake, sopesando si debía llamar o sencillamente entrar. Si Ryan seguía despierto (aunque no era probable a las dos de la madrugada), podía oírla. No le gustaba entrar sin más en el dormitorio de Jake, pero seguro que a él no le molestaba.

Se encogió de hombros. Mejor sería descubrirlo. Giro el pomo y abrió la puerta. Se coló dentro y la cerró tras de sí. Notaba los latidos entrecortados de su corazón. Habría sido una ladrona nefasta, de eso no cabía duda. No era capaz de entrar en la habitación de su amante sin estar a punto de padecer un ataque de corazón. Se apoyó en la puerta.

—¿Jake? —susurró.

La luz de la luna iluminaba la cama y pudo ver los valles sombreados de sus sábanas elevándose sobre su cuerpo. Jake se apoyó en los codos.

—¿Jenna? —preguntó, con voz ronca por el sueño.

Jenna sintió un temblor en el cuerpo. Con aquel pelo alborotado y el rostro ensombrecido por una barba incipiente, iluminado por la luz de la luna, estaba tan sexy.

—¿Ocurre algo?

Tomó aliento y lo miró fijamente. Se estremeció por dentro sólo de pensar en lo que le aguardaba.

—Yo... sólo quería estar contigo —dijo con voz queda y sensual.

Jake abrió las sábanas y cruzó la habitación en una milésima de segundo, clavando su mirada oscura y ardiente en ella. La rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí. A Jenna se le pusieron los pezones de punta al instante, nada más rozarse con el torso Jake. Se besaron con ardor. Jenna lo abrazó por cuello, disfrutando al notar el musculoso cuerpo de Jake contra el suyo y sus dedos acariciándole la mejilla.

—Oh, Jake, te necesito.

Le recorrió con las manos sus anchos hombros continuó acariciándole el musculoso pecho. Jake ahondó en su beso. Jenna le retiró la cinturilla de los calzoncillos y le metió la mano dentro para tocar su larga y sólida erección. La prueba incontestable de que él también la deseaba, la emocionó.

Jake apartó los labios y la apoyó contra la puerta. Sus manos se deslizaron bajo el camisón. Le acarició los pechos. Sus pezones se convirtieron en botones duros y ardientes de deseo. Jenna no podía esperar.

—Estoy tan mojada, Jake...

Lo besó y le guió una mano hasta el pubis para que comprobara que no mentía. Jake deslizó los dedos bajo sus braguitas de encaje, le acarició los rizos y luego le metió un dedo.

—Sí que lo estás.

Jake no apartó la mirada de ella en ningún momento. La intensidad con que la miraba la deshacía por completo.

—Jake, hazme el amor... aquí y ahora.

Jake hizo un movimiento y Jenna notó cómo la cabeza del pene empujaba suavemente contra su carne húmeda. Se puso de puntillas y abrió las piernas, inclinándose

la pelvis hacia delante para facilitarle el acceso. Jake le apartó las braguitas y apretó más. Su verga se deslizó dentro de ella como una flecha. Jenna gimió al notar la deliciosa sensación de su vagina húmeda y caliente abriéndose alrededor de él. Apretó los músculos internos para recibir aquella verga larga y dura.

—Oh, Jenna, es genial.

Jake volvió a embestirla, enterrándose en sus entrañas. Jenna continuó contrayendo sus músculos internos, intentando atraerlo aún más adentro y disfrutando de la sensación de notar en su interior su miembro duro, sólido e inflexible.

Jake la agarró por los muslos y la levantó del suelo.

Jenna enroscó las piernas alrededor de su cintura.

Jake salió y volvió a entrar, lentamente, una y otra vez.

Jenna se aferró a sus hombros, respirando cada vez más rápido, sintiendo palpitaciones en todo el cuerpo.

—Oh, sí, Jake, te deseo tanto.

Jake empujó con más fuerza, más rápidamente.

Jenna gimió al notar el suave tacto de su polla deslizándose dentro de ella, llenándola de un placer que le recorría todo el cuerpo.

—Oh, sí, sí —gritó al notar la sensación intensa y exquisita del orgasmo que se avecinaba—. Voy a correrme —gritó llena de alegría.

Jake aceleró el ritmo de sus estocadas, cada vez más fuertes, pues sabía lo que le gustaba.

Jenna contrajo aún más las aterciopeladas paredes de su vagina, intensificando la fricción y el placer.

Jake la apoyó contra la puerta mientras ella gemía de placer.

—Oh, Jake... ¡Oh, sí!

—Ah, Jenna... Ah, Jenna... Ah...

Jenna notó el estallido de líquido caliente dentro de ella. Ambos permacieron de pie inmóviles, mientras él eyaculaba dentro y los músculos de Jenna se contraían alrededor de su pene, aferrados el uno al otro mientras culminaban el acto juntos.

Al desplomarse contra la puerta, Jenna cayó en la cuenta que no había hecho el amor de forma silenciosa.

—¿Crees que Ryan nos habrá oído? —susurró.

Jake le besó el cuello.

—¿Y qué si lo ha hecho?

—No sé... —contestó ella, encogiéndose de hombros.

Jake la besó.

—¿Por eso has tardado tanto en venir a buscarme? ¿Te preocupaba que nos oyera?

—Bueno..., no me sentía cómoda... —respondió, encogiéndose de nuevo de hombros—. Ya sabes, teniéndolo tan cerca.

—Yo también estoy cerca. ¿Te has acostado con él?

Jenna negó con la cabeza.

—Así que has estado escondida en tu habitación, frustrada —continuó, acariciándole el cabello y apartándose de los ojos—. Escucha, Jenna, los dos somos hombres adultos. Tienes que pensar en lo que tú necesitas y dejar de preocuparte por nosotros.

Ella arqueó las cejas.

—¿Entonces no te importaría que metiera a Ryan en mi habitación o bajara al sótano y pasara la noche con él?

—No he dicho que no me importara, pero lo superaría. Si me estás pidiendo permiso, no lo hagas. No lo necesitas. Haz lo que creas que debes hacer.

A Jenna se le derritió el corazón al escuchar aquellas palabras tan llenas de preocupación por sus necesidades. Lo besó.

—Gracias.

Entonces alguien llamó a la puerta y dio un brinco, sobresaltada.

Capítulo 17

—Jake, ¿está Jenna contigo?

A Jenna se le encogió el estómago al saber que Ryan estaba a unos centímetros, que sólo los separaba una puerta, mientras ella seguía allí con la verga de Jake aún dentro.

—No es asunto tuyo, Ryan.

Ryan llamó con más fuerza.

—Jenna, ¿estás ahí?

Jenna clavó la mirada en Jake, se mordisqueó el labio inferior y suspiró:

—Sí, Ryan.

Jake se apartó de ella. Jenna sintió frío al notar cómo salía de su interior. Se alisó el camisón y abrió la puerta. Sonrió con dulzura.

—¿Qué quieres?

—Nada, he oído ruidos, quería asegurarme de que estabas bien.

—Pues sí, estoy bien. Jake y yo estábamos... —dudó sobre si continuar al ver cómo el rostro de Ryan se tensaba, pero suspiró y dijo—: ...estábamos haciendo el amor.

Ryan se quedó boquiabierto. Obviamente había esperado que Jenna mintiera.

—Escucha, Ryan, llevo todos estos días en mi habitación suspirando por vosotros —dijo, señalándolos a ambos—, pero no he hecho nada porque..., bueno, pensaba que si me iba a la cama con uno de vosotros podía hacerle daño al otro.

—¿Y entonces decidiste acostarte con Jake?

—Estaba más cerca.

—Gracias —rezongó Jake.

Jenna volvió la vista hacia él y le acarició el brazo con delicadeza.

—No te ofendas, por favor. Os deseo a ambos —aclaró. Miró a Ryan y dijo—: No quiero tener que decidir entre vosotros —añadió, notando que se le llenaban los ojos de lágrimas—. Yo no quería vivir una situación así. No quería haceros daño a ninguno de los dos. No hay una fórmula mágica para elegir entre vosotros —continuó, llorando a moco tendido—. Os quiero a los dos.

—Oh, Jenna —exclamó Ryan tomándola entre sus brazos.

Jenna enterró el rostro en el cuello de Ryan. Jake le acarició la espalda.

—Todo esto tiene que ser terriblemente duro para ti —opinó Jake—. ¿Qué podemos hacer para que sea más fácil?

Jenna se sorbió la nariz y se enjugó los ojos. El calor de las caricias de ambos la excitó.

—No lo sé, pero... —sin pensarlo arqueó su cuerpo contra Ryan, presionándolo con sus pechos, confusa por el anhelo—. Maldita sea, estas hormonas me van a volver loca... Me estoy excitando otra vez.

Sus dedos se enredaron en la bata de Ryan. Lo miró a los ojos.

—Te deseo.

Miró a Jake.

—¡Os deseo a los dos! —espetó entre lloros, sorbiéndose los mocos, totalmente desconcertada.

Enterró la cara en el pecho de Ryan de nuevo. Ryan le alcanzó un pañuelo. Jenna se enjugó los ojos y se sonó la nariz.

—¿A los dos? ¿Al mismo tiempo? —preguntó Ryan.

«¿A los dos? ¿Al mismo tiempo?», pensó Jenna para sus adentros. Sus hormonas se activaron. Se le aceleró el ritmo cardíaco.

—Sí. No... Me refiero a... —Volvió a sonarse la nariz y respiró hondo—. Mejor será que... piense un poco sobre ello.

Aquella había sido una de sus fantasías más estimulantes. Y ahora que lo había sacado a colación, empezaba a hacer mella en ella, a convertirse en una comezón que no se iba rascándose. Jenna sabía que no lograría zafarse de aquel anhelo, pero por las caras de Ryan y Jake supo que nunca aceptarían algo así. La verdad es que nunca se le habría ocurrido que lo hicieran.

Sin embargo, Jake le había dicho que se ocupara de satisfacer sus propias necesidades y los dejara a ellos ocuparse de las suyas. Jenna se acarició los pechos, pensando que un poco de persuasión no vendría mal.

—He tenido algunas fantasías. He imaginado cómo sería teneros a los dos acariciándome los pechos, uno cada uno —dijo, acariciándose los pezones, que se perfilaban claramente bajo el fino algodón de su camisón—, sentir las bocas de ambos al mismo tiempo.

Deslizó una mano hacia abajo, dejando atrás su vientre. Ryan y Jake observaban sus movimientos mientras se acariciaba el monte de Venus y entre las piernas. Se sentía tan lasciva y tan sexy.

—He fantaseado con que uno de vosotros me embistiera con una de vuestras largas y duras pollas mientras yo se la chupaba al otro, rodeándole la polla con la lengua.

Notó que ambos se excitaban con sus palabras.

—Jenna, tú y tus fantasías —acertó a decir Jake con voz ronca.

Jenna volvió a acariciarse los pechos, luego le tomó la mano a Ryan y se la llevó sobre el pecho derecho. Notó que Ryan se tensaba cuando le tomó la mano a Jake y se la colocó sobre el pecho izquierdo.

—Jenna, ¿qué haces? —preguntó Ryan con la vista clavada en la mano de Jake.

Jake empezó a acariciarla dibujando círculos.

Ryan la masajeaba suavemente y luego le rodeó el pezó con un dedo.

Jenna se levantó el camisón, dejando a la vista la parte inferior de sus pechos. Luego guió la mano de Ryan bajo la tela, hasta uno de sus pechos desnudos. Ryan tomó aire al notar que la carne de ella se adaptaba a sus suaves apretones. Jake deslizó una mano sobre el vientre desnudo, le metió un dedo dentro de las braguitas y, suavemente, empezó a acariciarle la humedad.

La excitante forma de tocarla de Jake le nubló el pensamiento. Quería tumbarse en el suelo, allí mismo, abrir las piernas e invitarlos a ambos a penetrarla, suplicarles que la embistieran con sus miembros, uno después del otro.

Ryan no apartaba la mirada de la mano de Jake; empezaba a costarle respirar. A Jenna le parecía imposible haberlos convencido. Sólo pensarlo la hizo excitarse aún más. Jake buscó su clítoris con el dedo. Huuummm. El parecía a punto de aceptar su propuesta. Pero al ver el rostro de Ryan tenso, pese a estar nublado por el placer, supo que estaba pidiendo demasiado. No quería empujarlos a hacer algo de lo que pudieran arrepentirse. A la luz del día, incluso ella, probablemente, lamentaría haber dicho todo aquello.

Jake deslizó el dedo en su interior y Jenna notó que toda ella palpitaba con fuerza. El pezón que Ryan le estaba acariciando parecía a punto de estallarle. Deseaba hacer el amor. Otra vez. Acababa de acostarse con Jake, de modo que deslizó sus manos alrededor del antebrazo de Ryan y se inclinó hacia él. Empezó a besarle la oreja y murmuró:

—¿Qué me dices de la fantasía del pirata? —preguntó, mordisqueándole el lóbulo—. Solos, tú y yo.

—¿Qué? —preguntó él, con los ojos iluminados.

—Bueno, Jake y yo acabamos de pasar cierto tiempo añadido juntos. Estoy segura de que no le importará que tú y yo compartamos una aventura ahora.

Jake retiró la mano de sus braguitas a regañadientes.

—Si es lo que quieres, Jenna —dijo.

—Ya sabes lo que quiero, Jake —replicó ella con voz baja y ronca—, pero esto tampoco estará mal.

Ryan se desató la bata. Al abrirse, su ardiente erección quedó a la vista, bajo sus calzoncillos bóxer azul marino. Le cogió las manos a Jenna y le enrolló el cinturón de satén alrededor de las muñecas. Se las ató. La atrajo contra sí, la rodeó con los brazos y le susurró al oído.

—Podemos permitirle a Jake que mire.

Jenna abrió los ojos como platos.

Jake sonrió incrédulo.

Ryan se agachó, colocó el hombro a la altura de la pelvis de Jenna, la cogió por las nalgas con un brazo y se puso en pie. La llevó colgando del hombro hasta el salón, en dirección a las puertas del patio. Con la mano que le quedaba libre iba acariciándole el muslo y las nalgas.

—Ven, bonita. Tengo planes para ti —dijo.

Abrió la puerta corredera y la sacó al calor de la noche. Las luces de la piscina se activaron. Jenna pensó que Jake debía haber accionado el interruptor. La piscina parecía un zafiro azul en medio de la oscuridad.

Ryan le deslizó la mano por las nalgas y entre sus muslos, acariciándole ligeramente su ardiente vulva. Jenna estuvo a punto de soltar un grito ante aquella sensación terriblemente erótica. La llevó hasta el trampolín y la colocó sobre él.

—Creo que te lanzaré por la borda.

—Oh, no, por favor, no —suplicó ella, encantada de que él se hubiera metido tanto en el papel.

Ryan le soltó las muñecas y arrojó el cinturón a un lado. Dio un paso hacia delante. Jenna retrocedió, aproximándose al borde del trampolín.

—Sí, creo que sí —corroboró él con una mirada fingidamente feroz, un destello en los ojos y una sonrisa malévola.

A Jenna empezó a palparle el corazón descontroladamente. Ryan era un pirata de lo más atractivo. El dio un paso más, y ella también. Miro a sus espaldas. Se puso de rodillas y se aferró a la bata de Ryan.

— ¿Qué puedo hacer para convencerle de que me libere?

— No voy a liberarte, bonita, pero tal vez te deje que deambules por aquí si...

— ¿Si qué?

— Lo dejaré a tu imaginación. Digamos sólo que estás en una buena posición.

La polla de Ryan se apretaba contra el delgado algodón de los calzoncillos justo delante de la cara de Jenna. Supo exactamente lo que él le pedía. Miró en dirección a la casa y detectó la silueta de Jake enmarcada por las puertas del patio. Tuvo un subidón de adrenalina. Los estaba observando.

Deslizó las manos por la bata de Ryan hasta llegar a su pectoral y le acarició los pezones, luego volvió a descender hasta sus calzoncillos. Le metió los dedos bajo la cinturilla y los deslizó hasta su espalda. Le acarició las musculosas nalgas mientras le bajaba lentamente los calzoncillos, relamiéndose. Llevó de nuevo las manos adelante y le bajó el elástico. La polla erecta de Ryan salió disparada como un muelle. Jenna le bajó los calzoncillos hasta las rodillas. Le rodeó la verga con la mano y empezó a masturbarlo lentamente.

— ¿Quiere que le toque aquí?

— Sí, pero quiero que hagas algo más que tocarme, jovencita.

Jenna se relamió, abrió la boca, sacó la lengua y la enroscó hacia arriba.

— ¿Cómo qué? — preguntó con una inocencia exagerada.

— Como lamerla.

Al ver a Ryan allí, dejándose llevar y actuando con todo descaro, se le encogió el corazón de emoción. Tenía que aprender a soltarse más. Sacó la lengua y le dio unos golpecitos con ella en la base del pene, luego la deslizó lentamente hasta la punta.

— ¿Así?

— Sí. Ahora métetela en la boca.

Jenna miró en dirección a Jake mientras cubría la punta del pene de Ryan con los labios, jugueteando con el diminuto orificio con la punta de la lengua. Luego dibujó círculos con su lengua alrededor de la corona del pene. Lo succionó. Ryan gimió. Jenna deslizó su boca sobre él, metiéndoselo hasta la garganta, mientras lo lamía y chupaba.

— Ahhh — gritó él, acariciándole el cabello.

Jenna le metió las manos bajo los testículos y los acarició suavemente. Ryan intentó abrir las piernas para que llegara mejor, pero no pudo. Jenna le bajó los calzoncillos hasta los tobillos. Tenía miedo de que se cayera sobre ella. Apartó la boca y preguntó con voz persuasiva:

— Barbazul, ¿no debería ponerse cómodo mientras lo complazco?

Le tiró suavemente de la polla hacia abajo y empezó a lamerle la punta. Ryan sonrió, tomándole el guante, y se tumbó en el trampolín. Jenna miró en dirección a la casa mientras le quitaba los calzoncillos y los arrojaba al césped. Jake seguía de pie, observándolos. No podía decirlo con certeza, pero le pareció que estaba masturbándose. Mientras le lamía la verga a Ryan, se imaginó a Jake sacándose la suya y acariciándose. La idea de excitar a dos hombres asombrosamente guapos al mismo tiempo la excitó

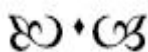
sobremanera. Sintió que la humedad de su entrepierna empezaba a resbalarle por los muslos.

Engulló a Ryan, chupándolo con fuerza. Deslizó su boca arriba y abajo, rodeándole el asta con la lengua. Notó que los testículos se le endurecían. Se sacó la punta del pene de la boca y descendió hasta ellos para lamerlos. Se metió uno en la boca, luego el otro, succionándolos y dándoles golpecitos con la lengua. Los soltó y volvió a introducir su miembro en la boca.

—Oh, cariño, estoy a punto —murmuró Ryan.

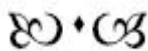
Jenna le metió el dedo bajo los testículos y le acarició el perineo mientras succionaba una y otra vez su polla con la boca. Notó cómo Ryan se tensaba. Miró a Jake mientras deslizaba su boca por el pene de Ryan, continuando la tarea con sus manos. Sostuvo su mástil entre sus cálidas manos y apartó la boca de la polla justo cuando Ryan empezaba a eyacular. Largos chorros blancos de néctar cayeron sobre su hombro. Jenna le lamió los testículos mientras el semen seguía manando como una fuente. Se tumbó sobre él y lo besó en la boca.

—No lo has hecho nada mal —le dijo, guiñándole el ojo—. Apuesto a que tu hermano estará impresionado.



Al observar a Jenna meterse la polla de su hermano hasta la garganta, Jake sintió que se excitaba. Se acarició con la mano. Ryan estaba tumbado en el trampolín, con su verga erecta como el mástil de un barco. Jake empezó a masturbarse con más fuerza a medida que Jenna subía y bajaba por la polla de Ryan. Se moría de ganas de sentir los labios de Jenna sobre su pene. ¿Por qué diablos no habrían aceptado Ryan y él la sugerencia de Jenna? Hacerle el amor al mismo tiempo. Un trío. Jenna les había ofrecido un escenario de ensueño y ellos lo habían declinado. Eran un par de idiotas.

Continuó masturbándose mientras contemplaba a Jenna chupársela a su hermano. Finalmente, Jenna apartó la boca de Ryan y una fuente de semen brotó de su miembro. A Jake se le tensaron los testículos y dejó manar su propio néctar, deseando haber eyaculado en la cálida y sensual boca de Jenna.



Ryan arrastró a Jenna sobre él, la besó y se sentó. Era una mujer sensacional cuyas fantasías habían llenado la vida de Ryan de la emoción que le faltaba.

—Bueno, jovencita —dijo, guiñándole el ojo—. Se ha ganado un poco de tiempo libre.

Se puso en pie, la agarró de las manos y la ayudó a levantarse. La cogió del brazo mientras recogía el cinturón del suelo y volvía a atárselo a las muñecas. Agarró el cinturón por el medio y lo utilizó como correa para conducirla hasta las puertas del patio.

Jake había desaparecido. Ryan había sido consciente en todo momento de que los observaba y eso lo había estimulado sobremanera..., quizá por el hecho de que Jake conociera su capacidad para excitar a Jenna. No estaba seguro del motivo, simplemente sabía que había sido un aliciente más.

Ryan abrió la puerta corredera y arrastró dentro de la casa a Jenna.

Jake le llamó desde la cocina y señaló en dirección a su dormitorio.

Ryan guió a Jenna por el pasillo. En el interior de la habitación de su hermano vio cuatro esposas de velero atadas al cabecero y a los pies de la cama, dispuestas para atar a Jenna con las piernas y los brazos abiertos. Ryan sonrió. Notó que su pene empezaba a moverse.

—Tumbate, muchacha —ordenó a Jenna.

Jenna miró las esposas y se volvió hacia él, con los ojos como platos. Con un horror fingido gritó:

—No, por favor, no me ate.

—He dicho que te tumbes, jovenzuela —volvió a ordenarle, mirándola con una sonrisa astuta en los labios y golpeándose la palma de la mano con el cinturón de tela—. No me obligues a tener que repetírtelo.

La idea de fustigarla la espalda con el cinturón de tela, mientras observaba la carne blanca y tersa de su culo colorearse con sus caricias, hizo que su pene se agitara de nuevo. ¿Lo desafiaría ella? Quizá que la azotaran formaba parte de su fantasía. Pero cuando Jenna se tumbó en la cama, supo que no..., al menos no aquella vez.

Le cogió una muñeca y se la ató con una de las esposas de velero. Luego hizo lo mismo con la otra. La agarró de un tobillo y la abrió de piernas, hasta podérselo atar a la esposa de un extremo de los pies de la cama. Luego la cogió por el otro y se lo sujetó con la última cinta.

Se sentó y la contempló allí tumbada, con las piernas y los brazos abiertos, lista para él. Ella le devolvió la mirada, con los ojos muy abiertos y respirando con dificultad. El único problema es que seguía llevando puesta aquella camiseta enorme que usaba como camisón. Ryan podía soltarla de las muñecas y pedirle que se la quitara, pero no sería propio de un pirata. La miró picaramente, cogió la camiseta por el bajo y se la rasgó hasta el cuello. Jenna ahogó un grito.

Ryan le apartó la tela del cuerpo, dejando a la vista sus pechos blancos y redondos. Los pezones se le pusieron duros, implorándole que se los chupara. Su braguita, tan delicadas y blancas, iban a correr la misma suerte que la camiseta. La frágil puntilla cedió al desgarró. Ryan las arrojó al suelo. Las mangas cortas de la camiseta seguían abrazándole los hombros, de modo que Ryan las rasgó, una a una, y dejó la prenda hecha jirones bajo ella.

—¿Qué pasa aquí?

Ryan se volvió y vio a Jake de pie apoyado en el marco de la puerta.

—¿Has venido a rescatarme? —preguntó Jenna.

Jake sonrió.

—Si te rescatara, tendría que desatarte.

Ryan percibió el deseo en los ojos de Jenna y recordó cuánto lo había excitado saber que Jake los había contemplado en el trampolín. De hecho, un poco antes esa misma noche le había resultado sumamente estimulante oír a Jenna y Jake hacer el amor contra la puerta. Ryan seguía recordando cómo Jenna chocaba una y otra vez contra ella a causa de las estocadas de Jake y lanzaba grititos de placer mientras la penetraba. Los gemidos de Jenna al alcanzar el orgasmo seguían haciéndolo estremecerse.

Estaba seguro de que lo que más podría excitar a Jenna en el mundo es que ambos le hicieran el amor al mismo tiempo. ¿Cómo podía él negarle tal placer? ¿Cómo podía negárselo a sí mismo?

—Desatarla sería una pena —comentó Ryan—. Acércate, hermano, compartamos el botín.

Jenna abrió los ojos como platos.

Jake sonrió de oreja a oreja.

—Como puedes ver, muchacha, el hermano de un pirata también es pirata. Creo que los dos vamos a sacar partido de ti.

Capítulo 18

Jenna se sintió desfallecer al darse cuenta de que su máxima fantasía, estar con dos hombres (con aquellos dos hombres), estaba a punto de hacerse realidad. No podía creerlo. Estaba tan emocionada que le costaba respirar.

Jake se arrodilló a un lado de la cama y le acarició el pecho derecho. El pezón se le enderezó. Ryan se sentó al otro lado y le acarició el pecho izquierdo, a continuación se inclinó sobre ella y se lo metió en la boca.

—Ohhh, sí—gimió.

Cuando Jake se metió su otro pezón en la boca, estuvo a punto de desmayarse de placer. Lo dos la succionaban y la lamían, provocándole todo tipo de sensaciones.

—Nuestra cautiva se muestra asombrosamente colaboradora —opinó Ryan.

Uuups. Ella había sido quien había sugerido la fantasía y se había salido del papel. Abrió los ojos desconcertada y luchó por librarse de las ataduras.

—No. Soltadme.

—De eso nada, bonita —sentenció Ryan.

Le acarició el vientre y luego deslizó la mano entre sus piernas. Jake se acercó y empezó a lamerle la vulva. Los dedos de Ryan se abrieron camino entre sus labios y Jake empezó a jugar con la lengua sobre su clítoris.

—Ahhh.

Jake se colocó entre sus piernas y la lamió vorazmente, antes de succionarla con toda su boca. Mientras tanto, Ryan atrapaba su pezón entre los labios y le acariciaba suavemente con la mano el otro pecho.

La sensación de notar las manos y las bocas de ambos sobre ella era increíble. Se arqueó hacia arriba, apretándose contra la boca de Jake. Ryan le cubrió ambos senos con las manos y le lamió el torso y la base del cuello. La lengua de Jake se mecía contra ella. Sintió una oleada de placer cuando Jake la hundió en su interior, moviéndola en círculos, y luego se concentró en su clítoris, mientras le acariciaba con las manos la cara interna de los muslos. Ryan le chupó el pezón con fuerza, remitió la mano por debajo de su espalda y la agarró de las nalgas. Mientras Ryan la acariciaba y manoseaba, los músculos de Jenna se tensaron y se arqueó hacia arriba, apretándose más aún contra la lengua de Jake. Ryan le mordisqueó el otro pezón con los labios y Jake continuó lamiéndola al tiempo que deslizaba los dedos en su interior.

—Sí..., oh..., sí —gimió.

—Jake, creo que vas a hacer que se corra —dijo Ryan con voz suave.

La lengua de Jake dibujó espirales sobre su clítoris y Jenna explotó en un intenso orgasmo. Ryan le acarició los pechos mientras ella se contorsionaba de placer.

—Sí, definitivamente estás haciendo que se corra.

Jenna sintió una ráfaga de placer tras otra. A medida que su cuerpo se relajaba, Jake fue ralentizando los movimientos de su lengua. Finalmente, Jenna se desplomó en la cama. La larga y dura verga de Ryan entró en su campo de visión. Se estaba acariciando, tremendamente excitado. Miró hacia abajo y vio el enorme miembro de Jake, erguido como un mástil.

Necesitaba una verga dentro de ella, la de Ryan, para ser justos, porque el último con quien había hecho el amor era Jake. Mantendría a Jake ocupado en otra cosa.

—¿Y qué me va a pedir ahora, hermano del pirata? —preguntó, con la vista posada en Jake.

Abrió la boca y se lamió los labios sugerentemente. Jake sonrió, se colocó a su lado y le metió el pene en la boca. Jenna empezó lamiéndole la punta y continuó deslizando su lengua alrededor de la corona.

—Más —murmuró.

Jake se inclinó un poco más, para que pudiera engullirlo.

—Nuestra cautiva comienza a mostrarse muy participativa de nuevo —observó Ryan, acariciándose con la mano su abultada erección.

Jenna se moría de ganas de notarlo dentro. Soltó a Jake.

—No, salvajes. Dejadme en paz. No me metáis vuestras enormes pollas. No me embistáis rápido y con fuerza. No me hagáis gritar, presa del éxtasis.

Ambos hermanos la observaron sonrientes, pero ninguno de ellos se movió. Jenna se retorció bajo sus miradas.

—He dicho que no lo hagáis..., que no lo hagáis ahora —insistió.

Jake volvió a meterle su mástil en la boca y Jake se dirigió a los pies de la cama. Se arrodilló entre sus piernas abiertas y le recorrió el cuerpo con las manos, desde las muñecas atadas hasta la cintura. Sus caricias le erizaron la piel como una descarga eléctrica. Ryan se inclinó hacia delante y le succionó un pezón. Jenna estuvo a punto de lanzar un grito, pese a tener aquel falo en la boca.

Abrió más los muslos y arqueó la pelvis mientras chupaba y acariciaba a Jake con su lengua. Ryan buscó con la polla la húmeda entrada de su vagina. Ella hizo un movimiento para intentar atraerlo a su interior, pero él se apartó.

—Tranquila, bonita —dijo, dándole golpecitos con el pulgar en el clítoris y acariciándolo después.

Jenna gimió en voz alta y luego engulló a Jake hasta la garganta.

Ryan la embistió, con ímpetu, rápidamente, y Jenna tomó aire. La sensación de notar su cálido y rígido pene dentro de ella era increíble. Succionó a Jake con más fuerza mientras que Ryan se balanceaba adelante y atrás, con embestidas cada vez más profundas. Continuó chupando con fuerza a Jake, dejándose llevar por aquella oleada de pasión. Sabía que Jake estaba a punto, pero éste se apartó de su boca justo cuando ella notó que su placer aumentaba. Empezó a gemir y Ryan se dejó caer hacia delante y gruñó, eyaculando un río de semen caliente dentro de ella. Jenna gimió de placer al alcanzar el orgasmo juntos. Se desplomó sobre la cama, jadeando, mientras que Ryan salía de ella.

Su mirada, aún nublada por el climax, se encontró con la de Jake, y sintió un arrebató de placer al pensar en lo que se avecinaba.

—Ahora, Jake, déjame sentirte dentro de mí—rogó, con una voz ronca e incitante.

Jake sonrió.

—Es exactamente lo que pensaba hacer.

Jake colocó su polla de acero contra ella, la penetró y continuó bombeándola. Jenna alcanzó el orgasmo de forma casi inmediata. Gritó de éxtasis y Jake eyaculó dentro de ella, mezclando su semen con el de su hermano. Se dejó caer sobre ella y luego se colocó a un lado. Jenna permaneció tumbada, jadeando, mirando a sus dos fantásticos amantes.

—¿Qué más deberíamos hacerle a nuestra adorable cautiva, hermano? —preguntó Jake a Ryan.

—Creo que ya no necesitaremos esto —contestó Ryan, soltándole las ataduras de los tobillos, mientras Jake le liberaba las muñecas.

Ryan se apoyó en el cabezal y se colocó a Jenna sobre el regazo.

—Creo que esta vez deberías ir tú primero —aventuró, abriéndole las piernas a Jenna en un gesto de ofrecimiento a Jake.

Jake se arrodilló delante de ella y le lamió la húmeda vulva, antes de dirigir su lengua al clítoris.

—Oh, sí —exclamó Jenna, con la sensibilidad a flor de piel; estaba tan excitada que gimió, inmediatamente, de placer, al notar la embriaguez de otro orgasmo—. Quiero notar las bocas de los dos sobre mí otra vez —dijo, buscando aire—, una en cada pecho.

Ryan se tumbó a su lado en la cama y cada uno de ellos se metió un pecho en la boca. Sus pezones duros se alargaron aún más.

—Sí, así, chupadlos con fuerza.

Ryan succionó el pezón con fuerza y lo apretó entre el paladar y su lengua. Jake lo mordisqueó suavemente, haciéndole contener el aliento, y luego lo lamió con delicadeza. Los distintos ritmos y sensaciones eran increíbles. Jenna se puso de rodillas y besó a Ryan, quien la rodeó con los brazos. Jenna lo tumbó sobre el colchón, con la cabeza cerca de los pies de la cama. Levantó el trasero y lo balanceó para que Jake lo mirara. Sintió sus manos acariciarle las caderas y las nalgas. Segundos después, su cálida lengua se enzarzó en su húmeda abertura. Jenna lo miró por encima sensualmente.

—Te quiero dentro. Ahora mismo —dijo, descendiendo por el pectoral de Ryan y metiéndose su verga grande y dura en la boca.

Jake deslizó su miembro dentro de ella. Jenna gimió y empezó a chuparle la verga a Ryan como si fuera la última cosa que fuera a hacer en el mundo. Mientras, Jake entraba y salía de ella, acariciándola por dentro con la cresta de su falo.

—Sí, sí, así, más rápido. Huuummm.

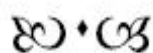
—Ah, cariño, me pones tan caliente —gimió Jake.

Jenna deslizó los dedos bajo los testículos de Ryan, notando cómo se endurecían y cómo se le hinchaba la polla, mientras que el cuerpo se le tensaba. Estaba a punto de correrse. Ralentizó sus movimientos sobre aquella magnífica erección y se dejó caer hacia atrás, sobre el cuerpo oscilante de Jake, instándolo a penetrarla con más rapidez. Sabía que Jake también estaba a punto de alcanzar el orgasmo. Empezó entonces a chupar a Ryan con más fuerza, más rápidamente, mientras se movía hacia atrás, en busca de Jake.

Sintió un subidón de adrenalina seguido por una oleada de placer. Gimió con aquella polla rígida aún en su boca y continuó describiendo círculos con su lengua alrededor de la cresta del pene de Ryan, mientras le acariciaba los testículos. Ryan eyaculó en su boca; su

cálido semen le llenó la garganta. Al oír los gemidos de Ryan, Jake se tensó y empezó a penetrarla con estocadas breves y potentes. Un cálido líquido llenó su útero, mientras alcanzaba el éxtasis.

Se desplomó sobre el pecho de Ryan y la polla de Jake resbaló fuera de ella. Sintió su cabeza apoyada sobre su espalda y sus manos acríciándole los muslos. Se durmieron hechos una maraña de piernas y brazos.



Jenna se despertó boca arriba entre dos cuerpos musculosos y cálidos, con el brazo de Jake encima, cogiéndole un pecho y el brazo de Ryan sobre las caderas, con las yemas de los dedos sobre los rizos de su vello púbico. Ella los rodeaba a cada uno con un brazo.

Miró a uno y a otro. Eran tan guapos. Se le endureció el pezón bajo la mano de Jake, apretándose contra su palma. Notó entonces una sensación de anhelo en la entrepierna y se movió ligeramente. Los dedos de Ryan se deslizaron un poco más abajo.

Le apetecía tanto que se despertaran y volvieran a saciarla. La noche anterior había vivido la experiencia sexual más increíble de su vida y, dadas las fantasías sexuales que había protagonizado desde que Jake había entrado en su vida, no era decir poco.

Acarició con cada mano una de aquellas fuertes espaldas. Jake fue el primero en abrir los ojos. La miró. Se inclinó hacia ella y le besó la mejilla.

—Buenos días, cielo.

Ryan se despertó al instante, clavando la mirada en Jake. Jake pareció caer en la cuenta entonces de la presencia de Ryan. Los rostros de ambos reflejaban perplejidad. Ambos se apartaron. Jake se sentó.

—¿Qué diablos...? —preguntó, frotándose la cara con las manos, hasta que empezó a recordar.

—¡Joder! —exclamó Ryan, sentándose y bajando los pies al suelo. Se puso en pie y atravesó la habitación, cerrando la puerta de un portazo tras de sí.

Jake se quedó mirando atónito a su hermano, sacudió la cabeza y desapareció en el cuarto de baño.

—Creo que la fiesta se ha acabado —refunfuñó Jenna.

Después de ducharse y vestirse, Jenna se dirigió a la cocina. Sam dejó de comer del bol para mirarla. Jake estaba sentado en la encimera, sorbiendo una taza de café.

—¿Dónde está Ryan? —preguntó.

Hizo un gesto con la cabeza señalando la puerta.

—Ha salido.

—¿Ha salido? —preguntó incrédula, pues hasta entonces ninguno de los dos la había dejado sola en ningún momento con el otro—. Debe de estar bastante molesto.

Jake no contestó. Jenna se sirvió un vaso de zumo de naranja y se sentó en un taburete junto a él.

—¿Te... molesta... lo que ocurrió anoche?

Jake se pasó la mano por el cabello. Tenía el rostro tenso.

—No lo sé, Jenna —contestó, mirándola—. No quiero que me malinterpretes. Eres una mujer de lo más sensual y fue muy excitante —continuó, frotándose la nuca—, pero...

Jenna esperó, avergonzada por lo que habían hecho la noche anterior al tiempo que excitada por el recuerdo de cómo ambos la habían tocado y ella los había tocado a los dos al mismo tiempo.

Jake aferró la taza entre sus dedos.

—Maldita sea, jamás había pensado en despertarme junto a otro hombre, y mucho menos junto a mi hermano.

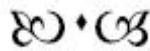
—No lo entiendo. Vosotros dos no hicisteis el amor. Me lo hicisteis a mí.

Jake sacudió la cabeza.

—Cuesta de explicar —dijo, poniéndose en pie y dirigiéndose al fregadero, donde dejó la taza—. Tengo cosas que hacer.

Dicho lo cual desapareció.

Jenna apoyó un codo en la encimera y reposó su barbilla en la mano. Se quedó mirando por la ventana la piscina, que resplandecía bajo la luz de la mañana. Sam trepó de un salto al taburete que había junto a ella y maulló. Jenna la acarició distraídamente.



Estaba claro que Jake y Ryan no podían afrontar la idea de que los tres estuvieran juntos, cosa que ponía punto y final a una posibilidad maravillosa y estimulante de solucionar su dilema. A decir verdad, jamás la había considerado en serio como una relación a largo plazo, pero seguía sin saber qué hacer.

En los días que siguieron las cosas no hicieron sino empeorar. Los hermanos se evitaban. Si uno entraba en una habitación, el otro se marchaba. Jenna insistió en que cenaran los tres juntos, pero las cenas fueron silenciosas y no duraban mucho.

Le dolía muchísimo presenciar lo que estaba sucediendo. Había creído que sólo necesitarían un par de días para reponerse, pero parecía que cada vez se apartaban más el uno del otro. Pese al deseo incólume que sentía, Jenna había decidido no acudir a ninguno de los dos durante la noche por miedo a distanciarlos aún más.

Transcurrida una semana, a Jenna la martirizaba el sentimiento de culpabilidad por haber causado un daño irreparable en la relación entre Ryan y Jake.

Eran hermanos. Se suponía que tenían que quererse. Y ahora, por culpa de ella, ese estrecho lazo que debía existir entre ellos se había tensado y estaba a punto de romperse. Además, se daba cuenta de que, una vez ella se decidiera por uno u otro, el despechado sentiría odio hacia el elegido. Y no sólo eso, al margen de cuál escogiera, ella seguiría sufriendo por el otro.

Se sintió deprimida al percatarse de que aquel dilema no tenía solución. Los amaba a ambos profundamente. No había modo de escoger a uno.

Capítulo 19

Jenna abrió la puerta de la cocina y se encontró a Jake fregando los platos. No se había tropezado con Ryan en el camino.

—Buenos días —la saludó Jake, secándose las manos y dejando los platos para darle un beso.

Jenna le permitió rozarle los labios, pero cuando él intentó ahondar en su boca, se apartó.

—¿Dónde está Ryan?

—No lo sé. Creo que está fuera.

Jenna descorrió las cortinas de la ventanita que había en la cocina y vio a Ryan vestido con una camisa de manga corta y pantalones cortos sentado en una hamaca junto a la piscina, leyendo un libro a la luz del sol. Se calzó las sandalias que dejaba siempre junto a la puerta del patio y salió. Jake la observó desde la puerta. Fue caminando por el césped hasta llegar a la tarima de la piscina de piedra.

—Ryan, ¿te importaría entrar un minuto, por favor? Necesito hablar contigo.

Ryan la miró y sonrió, pero, al ver la expresión seria del rostro de Jenna, su sonrisa se desvaneció.

—Podemos hablar aquí.

Ella sacudió la cabeza.

—Por favor.

Ryan se puso en pie y la siguió al interior de la casa. Jake y Ryan evitaron la mirada.

—Jenna, ¿te preparo algo para desayunar? —preguntó Jake.

—No, no tengo hambre.

De hecho, no podía pensar en llevarse ni un bocado al estómago, de los nervios que tenía.

—Pero los bebés necesitan... —empezó a decir Jake.

—Los bebés necesitan un montón de cosas —lo cortó ella, juntando las manos y mirándolos a uno y a otro; incluso ella percibió la profunda tristeza que transmitía su voz—. Y, por desgracia, no pueden tener todo lo que necesitan.

Ryan se le acercó por detrás y le acarició el hombro.

—Jenna, ¿estás bien? —preguntó.

Ella se encogió de hombros para apartarse de él y se abrazó a sí misma.

—Sí, estoy bien —dijo con la voz tensa, alejándose otro paso más—. De hecho, no, no lo estoy.

—¿Qué te ocurre, cariño? —preguntó Jake, acercándose, pero no demasiado, consciente de que Jenna necesitaba espacio.

A Jenna se le llenaron los ojos de lágrimas, pero logró contenerlas. Tenía que pensar con claridad para explicárselo.

—Necesito hablar con los dos. He tomado una decisión.

Los dos hermanos intercambiaron una mirada por primera vez desde hacía más de una semana.

Ryan le acercó una silla de la cocina, y Jenna hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza y se desplomó sobre ella. Jake se subió a la encimera, con los pies colgando. Ryan se apoyó en el frigorífico.

—Ryan, te quiero.

Ryan sonrió abiertamente, convencido de que había ganado. Cuando Jenna se volvió hacia Jake y vio el dolor reflejado en sus ojos, se le partió el corazón.

—Jake, a ti también te quiero.

Ambos la miraron confusos.

—Ahí está el problema. Os amo a ambos con todo mi corazón —explicó, apoyando las manos en la mesa y mirándolos a uno y a otro—. Si escogiera a uno de vosotros, me dolería por el otro. Y aquel de los dos a quien descartara odiaría al otro —continuó, soltando una lagrimita que intentó enjugarse antes de que ellos la vieran—. Elegir a uno implicaría romper una familia, y no soy capaz de hacerlo —concluyó, ahogando un sollozo.

—No tienes que preocuparte por eso, de verdad —le aseguró Jake—. Aceptaremos tu decisión.

Jenna lo miró a los ojos.

—De acuerdo, Jake, entonces, si te digo que me quedo con Ryan, ¿lo aceptarás sin más?

Jenna observó cómo los labios de Jake se fruncían hasta dibujar una línea recta y cómo sus ojos se nublaban de dolor.

—Aunque tú fueras capaz de aceptarlo, yo no lo sería. Cuando hiciera el amor con mi marido, pensaría en el hermano a quien no puedo tener, y eso no sería justo para ninguno de vosotros.

Ryan se metió las manos en los bolsillos.

—Pero, Jenna, has dicho que habías tomado una decisión.

Jenna asintió con la cabeza, secándose una lágrima.

—Y lo he hecho —aseguró, respirando hondo—. Creo sinceramente que lo mejor es que no me case con ninguno de los dos.

Jake y Ryan se la quedaron mirando perplejos.

Jenna empezó a llorar desconsoladamente, sacudiendo la cabeza en gesto de indefensión.

—No puedo escoger a uno de vosotros.

Se puso en pie y salió corriendo de la estancia.

Jake y Ryan se miraron fijamente.

—No puedo permitir que haga algo así —dijo Jake.

—¿Estás dispuesto a apartarte para que no tenga que hacerlo? —preguntó Ryan.

Cuando Jenna le había preguntado cómo se sentiría si ella eligiera a Ryan, a Jake se le había helado el corazón y una sensación de vacío se había apoderado de él. Nunca se apartaría de forma voluntaria.

—¿Y tú?

El rostro de Ryan se endureció.

Claro que no, tampoco. Ambos la amaban.

—Quizá no hablaba en serio. Dentro de unos días, cuando lo haya meditado más...

La puerta se abrió y Jenna entró con su maleta en la mano.

—Jake, ¿me pides un taxi, por favor?

Al verla allí, con su equipaje, lista para salir para siempre de su casa, a Jake se le arremolinaron las ideas en la cabeza. Tenía que dar con una solución.

—Jenna, cuando todo esto empezó, me pediste tiempo para decidir. Me garantizaste un tiempo para estar contigo y conocerte. Has sido sumamente paciente. ¿Tendrías ahora la paciencia de darnos a Ryan y a mí un poco de tiempo para llegar a una solución?

—Jake, no hay ninguna solución a la que llegar. Simplemente no puedo...

Empezó a llorar de nuevo. Jake le acarició la espalda.

—Ya lo sé, cielo. Lo sé, pero confía en mí, ¿de acuerdo?

—Danos un poco más de tiempo, por favor —imploró Ryan.

Jenna lo miró con los ojos llorosos, muy abiertos, y los párpados un poco hinchados. Dudó.

—Si pensáis que los dos podéis llegar a un acuerdo sobre con quién debería casarme, os anticipo que no servirá de nada.

Jake la tomó de la mano.

—Jenna, por favor.

Al final, accedió.

—Está bien.

Jake cogió su maleta, la tomó del codo y la condujo de nuevo a su dormitorio.

—¿Por qué no te sientas y lees un buen libro? Te traeré algo para desayunar. Eso me dará la oportunidad de hablar con Ryan.

Jenna se sentó y empezó a acariciar a Sam, que estaba felizmente enroscada en su regazo. Echó un vistazo al reloj. Jake y Ryan llevaban hablando más de dos horas. Suspiró y retomó la lectura. Unos veinte minutos después, alguien llamó a la puerta de su dormitorio.

—Adelante —dijo.

Ryan abrió la puerta. Sam saltó al suelo y salió huyendo de la habitación.

—Jenna, tengo una idea que me gustaría discutir contigo. ¿Me acompañas?

Jenna se puso en pie y tomó la mano que Ryan le tendía. La condujo por el pasillo, pero en lugar de girar a la izquierda para dirigirse a la zona principal de la casa, torció a la derecha, hacia la habitación de Jake. Ella redujo el paso, tirándole de la mano.

—¿Qué haces, Ryan?

Ryan la miró y le sonrió cálidamente.

—Vamos, Jenna, confía en mí.

¿De qué se preocupaba? Seguro que no iba a llevarla a la habitación de su hermano y a poseerla allí mismo, sobre todo porque Jake seguía en la casa. Asintió con la cabeza y lo siguió al dormitorio. Al menos, ella pensaba que Jake seguía en casa. No se iría habiendo tantas cosas por resolver. A menos que la conclusión a la que hubieran llegado fuera repartírsela en una especie de custodia compartida, y Ryan fuera el primero.

Al entrar, recordó cómo Jake le había hecho el amor en ese mismo lugar, cómo la había golpeado contra la puerta con sus estocadas potentes y constantes.

Ryan la llevó hasta la cama, deteniéndose a medio camino.

—¿Qué pasa?

Se volvió para mirarla.

—Jenna, podemos hacer que esto funcione.

—¿Tú y yo, Ryan? ¿Y qué ocurre con Jake?

—Cuando digo que «podemos hacer que esto funcione», me refiero a los tres, Jenna.

Jenna se dio la vuelta y vio a Jake en el vano de la puerta. El corazón empezó a palparle a toda velocidad.

—¿Hacer que funcione qué, exactamente?

—Para empezar, esto —dijo Ryan, acercándose a ella, rodeándola por la cintura y apretándola contra su cuerpo.

Le besó la nuca. Jenna se tensó.

—Pero, Ryan...

—Y esto —dijo Jake, dirigiéndose a ella y pegándose a su cuerpo, de tal modo que quedó apresada entre ambos.

Jake cogió su cara entre sus manos y la besó. Su lengua empezó a describir espirales dentro de la boca de Jenna, haciéndole sentir un frenesí. Lo único que notaba en aquel momento eran los potentes músculos masculinos que la rodeaban y los tersos labios que le besaban la boca y el cuello.

—Pero, después de la otra vez..., los dos os habéis portado como niños. No quiero hacer algo que os incomode.

—Jenna, lo hemos hablado —respondió Ryan—. Por primera vez, nos hemos sentado y hemos hablado largo y tendido del tema. Somos conscientes de que era un estúpido tabú masculino.

—Como bien has dicho tú esta mañana —continuó Jake—, los dos te estábamos haciendo el amor a ti, no entre nosotros. Los dos te amamos y tú nos amas a ambos. Tenemos sexo entre personas que se aman. Un hombre, una mujer y otro hombre.

Ryan le acarició los hombros, haciéndole sentir un cosquilleo en todo el cuerpo.

—Tal vez no sea la solución más convencional, pero si nosotros creemos que funciona...

Jenna deseaba que la acariciaran. Miró aquellos ojos oscuros y serios de Jake. Giró la cabeza sobre el hombro para mirar a Ryan y se topó con la misma mirada de deseo.

—¿Creéis que funcionará? —preguntó Jenna.

—Yo haré cuanto esté en mi mano para que así sea —afirmó Ryan—, porque no quiero perderte.

—Y yo también —se sumó Jake.

¿Y ella? ¿Podría ella?

—¿Qué te parece, Jenna? —le susurró Ryan al oído derecho.

—¿Quieres probar? —preguntó Jake rozándole con los labios la sien izquierda.

Al verla dubitativa, Jake le besó el cuello.

—Hablamos de los dos al mismo tiempo, siempre que quieras.

Ryan le sopló en la oreja.

—¿Te gusta, no, cariño? —preguntó, desrizándole las manos bajo la camiseta, acariciándole el talle y cubriendo sus pechos.

—A fin de cuentas —añadió Jake con una sonrisa—, eres nuestra descocada gatita sexual.

Le cogió el culo y atrajo la pelvis de Jenna, restregando contra ella el bulto de su verga cubierta por la tela. La polla de Ryan se aplastaba contra su culo.

Si accedía, en cualquier momento podría sentir ambos miembros dándole placer. Ahora mismo quería tocar los dos.

—No sé —bromeó—. ¿Cómo sé que los dos me deseáis?

Jake rió mientras que Ryan protestaba:

—Vamos, Jenna.

—No, hermanito, esto es lo que quiere.

Dio un paso atrás, se abrió los pantalones, se bajó los calzoncillos negros y se los colocó bajo los testículos para que ella pudiera ver su erección al completo.

—¡Ah!

Ryan le soltó los pechos, dejándolos fríos y hambrientos, pero la imagen que tenía delante la mantuvo excitada. Ryan se quitó los pantalones e imitó la pose de su hermano, pasándose la cinturilla de sus calzoncillos grises bajo los testículos. Al ver aquellas dos vergas inmensas y rojas reclamando su atención, a Jenna se le aceleró el corazón.

—Vaya, parece que los dos os alegráis de verme.

Jenna sonrió mientras se quitaba la camiseta por la cabeza. Ambos la observaron atentamente mientras se desabotonaba los téjanos, se bajaba la cremallera y los arrojaba al suelo, apartándolos de una patada.

Dio un paso al frente y tocó la punta de cada uno de aquellos adorables penes con un dedo. Al ver las expresiones de dolor en los rostros de ambos, cerró una mano en torno a cada una y las bombeó un par de veces.

—¿Cómo podría yo satisfacer a dos ejemplares tan fantásticos de masculinidad excitada?

—¿Por qué no dejas eso en nuestras manos? Jake le hizo un gesto a Ryan. La cogieron de los brazos y la tumbaron sobre la cama. Un segundo después, Jenna se encontró boca arriba, con el sujetador desabrochado y una boca masculina sobre cada pecho. Se le endurecieron los pezones al instante; la sensación exquisitamente erótica de notar una boca cálida sobre ambos al mismo tiempo, la volvió loca de deseo.

Seguía aferrando sus penes en las manos y empezó a acariciarlos, jugueteando con la polla de uno y acariciando los testículos de otro. Jake le quitó las braguitas de un movimiento rápido. Jenna notó su lengua recorrerle el talle, pasar por encima del ombligo y continuar descendiendo. Abrió las piernas y Jake le lamió la cara interna de los muslos. Tiró de la polla de Ryan para llevársela a la boca. Ryan le soltó el pezón y se tumbó cabeza abajo en la cama, apoyando los pies en la almohada y alineando su bella y erecta verga con su boca. Jenna se quitó el sujetador y se puso de lado, cara a él. Jake la ayudó levantándole una pierna y colocándosela sobre el hombro. Mientras se deslizaba el pene de Ryan en la boca, Jake le metía la lengua dentro.

Jenna gimió. Hizo girar su lengua una y otra vez alrededor de la corona del pene de Ryan mientras que Jake le estimulaba el clítoris. Ryan le acarició los pechos, jugueteando con un pezón mientras su otra mano cubría el otro seno.

Mientras Jake le lamía su ultrasensible clítoris, sintió oleadas de placer que la embriagaron. Apretó el paladar sobre el largo y duro mástil de Ryan y se lo chupó. Le toqueteó los testículos y jugueteó con ellos mientras notaba un placer cada vez más intenso.

—Oh, Jenna, estoy a punto.

Jenna continuaba meciendo su cabeza adelante y atrás, chupándolo y proporcionándole una fricción fuerte y estimulante.

Mientras, Jake le succionaba el clítoris y hacía girar su lengua contra él con rapidez. Las olas de placer se tornaron más rápidas, más potentes. Jenna enredó sus dedos en el pelo de Jake mientras chupaba con fuerza a Ryan.

—Oh, Jenna, me corro.

Ryan gimió mientras el cálido líquido brotaba en su garganta. Jenna continuó chupándolo mientras eyaculaba dentro de ella, sintiendo sus propias ráfagas de placer. Ryan se deslizó fuera de su boca y empezó a succionarle un pezón. Una intensa sensación de calor descendió directamente de su pecho a su vagina, estallando con el fervor que le ocasionaba la cálida lengua de Jake, que ahora exploraba sus profundidades.

Jenna gimió. Jake volvió a concentrarse en su clítoris, chupándolo con fuerza, mientras que Ryan le succionaba el pezón.

Sintió que la intensidad iba en aumento y cómo una oleada de placer ardiente estallaba en ella, provocándole el orgasmo más potente de su vida. Se dejó caer en la cama y tomó aire.

—Ha sido increíble.

—Todavía no hemos acabado.

Abrió los ojos y se encontró con la mirada reluciente en los dos rostros de los dos fantásticos hombres que había en su vida.

—Jake se sentiría terriblemente frustrado si lo dejamos ahora. Mira cuánto te desea —dijo Ryan.

Jenna contempló su inmenso miembro morado.

—Tienes razón. No podemos dejarlo así —afirmó ella, irguiéndose ligeramente y apoyándose en las almohadas, con las piernas abiertas. Le hizo un gesto con el dedo para que se acercara—. Ven, Jake, te necesito.

Jake sonrió y subió a gatas por la cama. Se puso de rodillas entre las piernas de Jenna y la besó fuertemente en los labios.

—Ahora, Jake —dijo, arqueándose hacia arriba.

Notó su larga y caliente polla contra el vientre.

—Hummm.

Jake apretó la cabeza del pene contra sus suaves labios y luego deslizó la polla dentro de ella.

Jenna vio a Ryan en un extremo de la cama, con los dedos alrededor de su miembro, que volvía a estar empalmado, masturbándose mientras los contemplaba.

—Jake, quiero que me folies rápido, con fuerza. Méteme dentro esa enorme polla tuya una y otra vez.

Ryan soltó una carcajada. Jake obedeció. Jenna gimio mientras su pene se adentraba en sus profundidades, rodeado por su húmeda vagina. Salía y volvía a entrar. Jenna veía a Ryan masturbándose más y más rápidamente. Jake volvió a embestirla, una y otra vez.

—Oh, Dios, sí, Jake, sigue, no pares —dijo, antes de que un orgasmo que llegó por sorpresa le nublara los sentidos.

Fue un orgasmo intenso, frenético, perfecto. Jake gimio y la llenó con su semilla. Transcurridos unos momentos, la besó con ternura y se tumbó a su lado, sacando de ella su miembro flácido. Jenna cerró los ojos y volvió a abrirlos de repente al notar unos labios acariciándole el cuello. Ryan estaba sobre ella.

—¿Hay sitio para uno más, cariño?

Jenna sonrió.

—Por supuesto.

Le rodeó el cuello con los brazos y le dio un beso largo y apasionado. Notó las rodillas de Ryan posarse entre sus piernas y la punta de su pene presionándole la entrada de la vagina. La penetró de una fuerte estocada. Jenna ahogó un grito y empezó a jadear al instante, al notar otro orgasmo. Ryan la embistió una y otra vez, alargando su placer más y más. El tiempo desapareció. Jenna lo oyó gemir, sintió su semen fluir en su interior, mientras que el placer aún la embriagaba. Una bola de fuego la recorrió como un cometa, llevándola a la galaxia más remota. Sus jadeos dieron paso a un grito salvaje. Más y más y más. Le costaba respirar. Ryan seguía embistiéndola, una y otra vez.

Jenna ascendió hasta las cotas más altas de placer y luego descendió navegando hasta la eternidad par la cara opuesta, sintiendo la más dulce y pura bendición en todo momento.

Se desplomó sobre su espalda. Lentamente se dio cuenta de que Ryan seguía duro dentro de ella. Se la colocó a horcajadas encima. Jake tomó posición detrás de Jenna, quien sintió su polla dura entre sus nalgas. Jenna gimio y se inclinó hacia delante, de modo que sus nalgas se abrieron aún más. Jake le acareó el ano, sacó un tubo de lubricante de la mesilla de noche (Jenna no lo había visto antes, pero lo cierto es que había estado muy distraída), extrajo una pequeña cantidad y se la aplicó al ano, con la yema del dedo. Aquel líquido resbaladizo estaba templado. Jake la apretó con fuerza, deslizándole el dedo en el interior. Jenna nunca había practicado el sexo anal, pero notar el dedo de Jake deslizándose dentro de ella despertó sus ansias de más. Jake le metió un segundo dedo y empezó a moverlos describiendo círculos en su interior. Ella arqueó la cintura para ofrecerle mejor el trasero y lo contoneó, alentándolo a seguir.

—Más —imploró.

Jake agarró el tubo de nuevo, pero esta vez se untó la polla con aquel gel transparente. Apoyó la verga contra el ano de Jenna y la embistió. Jenna fue abriéndose a él poco a poco. Una vez que estuvo dentro toda la polla, Jake se detuvo. La abrazó con las manos y se le aferró al cuerpo. La polla de Ryan se movió dentro de su vagina.

Jenna se sentía más llena de lo que jamás había imaginado, pero quería más. Quería sentir ambos falos dentro de ella, totalmente dentro, llenándola, complaciéndola. Se inclinó de nuevo hacia delante.

—Métemela entera —rogó a Jake. Jake se inclinó hacia delante, alimentándola con su verga, centímetro a centímetro. Jenna se estremeció al notar su duro mástil deslizándose dentro de ella con determinación.

Tenía dos penes dentro. ¡Dos!

Una vez estuvo totalmente llena, Jake y Ryan se quedaron inmóviles. Tras un momento sobrecogedor, Ryan empezó a moverse, lentamente, entrando y saliendo. Jake siguió el ritmo pautado por su hermano, entrando y saliendo.

—Oh, es fantástico —gritó Jenna, sintiendo que la embriagaba un orgasmo inmediatamente—. Oh, sí, sí —jadeó.

Las dos vergas parecían acariciarse entre ellas mientras se deslizaban en su interior. Aquella sensación increíble la condujo a un orgasmo intenso y prolongado. El tiempo se desvaneció y la sensación única de tener dos vergas increíbles, resbalando dentro de ella, complaciéndola, pareció real.

Sintió un sonido como de sirena en los oídos. No, era su propia voz, gritando de éxtasis. Los miembros de Jake y Ryan parecían hincharse dentro de ella.

—¡Jenna, Jenna, Jenna! —gritó Ryan, echándose hacia delante y sosteniéndola firmemente por la cintura.

—Cariño, oh, sí—gimió Jake apretándola contra su torso, con las manos sobre sus pechos.

Jenna apretó ambas vergas en su interior, haciéndolas volar a medida que el dulce y cálido néctar de sus cuerpos inundaba sus entrañas.

Parecieron quedarse congelados en el tiempo, durante unos instantes, respirando al unísono. Al final, Ryan la besó y Jake salió de ella y se tumbó a su lado. Jenna se puso boca arriba y los dos amantes posaron sus labios en sus mejillas, cogiéndola por la cintura con un brazo cada uno.

Allí, tumbada entre aquellos dos maravillosos hombres, regodeándose en la calidez y dulzura de su amor, Jenna descubrió que su vida se había convertido en una fantasía hecha realidad.

Dos mejor que uno.

Epílogo

Jenna condujo por la estrecha carretera privada, bordeada por altos y frondosos árboles bañados por los espectaculares rojos, naranjas y amarillos del otoño. Llegó a un claro y aparcó frente a una casa de cedro, de aspecto acogedor, el encantador y aislado refugio que ahora era su hogar. Crisantemos morados, naranjas y amarillos aportaban color al jardín delantero.

Las otras flores habían muerto con la estación y Jenna supo que, mientras ella estaba fuera, Jake había estado arreglando el jardín y preparándolo para el invierno. Sólo unas cuantas hojas naranjas, perdidas, ensuciaban el prado. Cerca de los escalones de la entrada había dos grandes bolsas de basura naranja con caras de calabazas de Halloween llenas de las hojas que Jake debía de haber estado rastrillando todo el día.

Dos pares de ojos brillantes se asomaron a los grandes ventanales frontales de la casa. El corazón se le encogió al ver a sus dos angelitos, Jeremy y Robbie, de tres añitos. De repente, la puerta de la entrada se abrió y los dos pequeños llenos de energía se abalanzaron sobre ella.

—¡Mami, mami! —gritaron al unísono.

—¡Papi, mamá está en casa! —gritó Jeremy detrás de Robbie, mientras bajaba corriendo por los escalones de la entrada, para ir a buscarla.

Jenna rió cuando se le aferraron a las piernas, los cogió en brazos y les propinó un beso sonoro a cada uno.

—Os he echado mucho de menos a los dos —dijo, dándoles un apretón.

Los pequeños le besuquearon la cara, se la llenaron de babas y luego se retorcieron para que los dejara en el suelo.

—Jenna, ya has llegado.

Jenna vio a Jake, que salía a recibirla. La cogió, la abrazó y le dio un beso profundo. Jenna sintió un arrebató de amor dentro de ella, como una fuente de calor manando desde su alma.

Todos y cada uno de los días que había compartido con él durante los pasados años le había agradecido a Dios haberlo conocido.

—Y yo te he echado de menos a ti—murmuró él.

—Hummm, yo también —contestó.

Lo besó otra vez, deleitándose en notar la presión de sus fuertes y masculinos labios sobre los suyos, pensando en las demás delicias que compartirían después de meter a los niños en la cama por la noche.

Tan sólo había estado fuera tres días, pero le parecía una eternidad. Ahora, que habían unido sus esfuerzos para fundar una nueva empresa, dedicada a programar software educativo divertido para niños, se turnaban en los viajes de negocios.

Jake sacó su maleta del maletero del coche y la acompañó dentro de casa, cogida por la cintura.

—Mami, ven a jugar al nuevo juego que nos ha regalado papá —dijo Jeremy, subiendo unos cuantos escalones a toda prisa y deteniéndose para asegurarse de que ella lo seguía.

—Sí, mami, juega con nosotros —la invitó Robbie, sonriendo, con los ojos centelleantes, a sabiendas de que aquella estrategia funcionaba con su madre.

—Hijos, vuestra madre ha tenido un vuelo muy largo —dijo Jake, alborotándole el pelo a Robbie—. Tal vez le apetezca descansar un poco primero.

—Pero jugando, uno se relaja, papá —insistió Jeremy, sacando un juego de la estantería que había al final del mostrador y dejándolo sobre la mesa de la cocina.

—Eh, colega, ¿por qué no nos sentamos todos a ver una película juntos? —sugirió Jake—. Tal vez a mami le apetezca más.

Robbie fue corriendo hasta la puerta del salón y gritó:

—¡Papi R! Mamá ha llegado y vamos a ver una película. —El pequeño cogió la mano de Jake y tiró de él hasta el salón—. Venga, papi J, vamos.

Jeremy devolvió el juego a la estantería.

A Jenna no dejaba de sorprenderle oír a los niños llamar a Jake y Ryan «papi J» y «papi R» cuando estaban los dos y simplemente «papi» el resto del tiempo. Nunca habían preguntado por qué tenían dos padres. Pronto lo harían, y tendrían que explicárselo.

—¿Jenna? —Ryan apareció en la habitación con una sonrisa enorme en el rostro.

Se apartó para esquivar a Jeremy, que iba corriendo hacia el salón. Jenna le sonrió al contemplar, hipnotizada, su bello rostro. Se había relajado tanto en los últimos años... La paternidad le había sentado bien. Todas las preocupaciones que había tenido con respecto a que Ryan no les dedicara tiempo a ella y los niños se habían evaporado en cuanto nacieron los pequeños. Ryan había cumplido su promesa de tratar a los gemelos como si fueran hijos suyos. La cara se le iluminaba al observarlos y le encantaba pasar tiempo con ellos. Ya no trabajaba de sol a sol. De hecho, había sido Ryan quien había sugerido que hicieran turnos, de modo que uno de los tres se ocupara de los niños mientras los otros dos trabajaban. Esa era una de las grandes ventajas de trabajar en casa. Ryan se le acercó con los brazos abiertos.

—Bienvenida a casa.

Jenna se dejó abrazar, disfrutando de la fuerza con la que la rodeaba. Ryan le levantó la cabeza y la besó intensamente. Jenna volvió a sentir un arrebató de amor. Ryan le acarició levemente un pecho y se le erizó el pezón. Desde luego, aquella noche la iban a tratar bien. Ryan le sonrió.

—Me alegra que estés de regreso. Te he echado de menos.

—Yo también.

Al principio, Jenna se había preguntado sinceramente si aquella relación funcionaría, si los tres podrían convivir, pero se las habían ingeniado para hacerlo. Su amor crecía día tras día, tanto hacia Jake como hacia Ryan. Y ambos insistían en que la amaban.

Los tres habían fundado una empresa, uniendo sus esfuerzos para obtener los máximos beneficios. Ryan ya no sentía la necesidad de competir con Jake, probablemente

porque ahora todos trabajaban para alcanzar una misma meta: levantar una empresa de éxito y, más aún, crear un hogar feliz.

—Mami, papi R, estamos esperando —dijo la voz de Jeremy clara e impacientemente desde el salón.

Jenna soltó una carcajada. Ryan la tomó de la mano y entraron en el salón. Al sentarse en el sofá, con Ryan a un lado y Jake al otro, y con los dos chiquillos saltando encima de ellos, todos supieron que habían alcanzado el éxito en todos los aspectos. La felicidad llenaba aquella casa como la cálida luz otoñal que se filtraba por las ventanas panorámicas.

Jenna le acarició el cabello ondulado rubio ceniza de Jeremy, que estaba tumbado sobre el regazo de Ryan. Robbie se había acurrucado en el regazo de Jake y accionó el mando a distancia para poner en marcha la película.

Sin lugar a dudas, una fantasía hecha realidad.

FIN